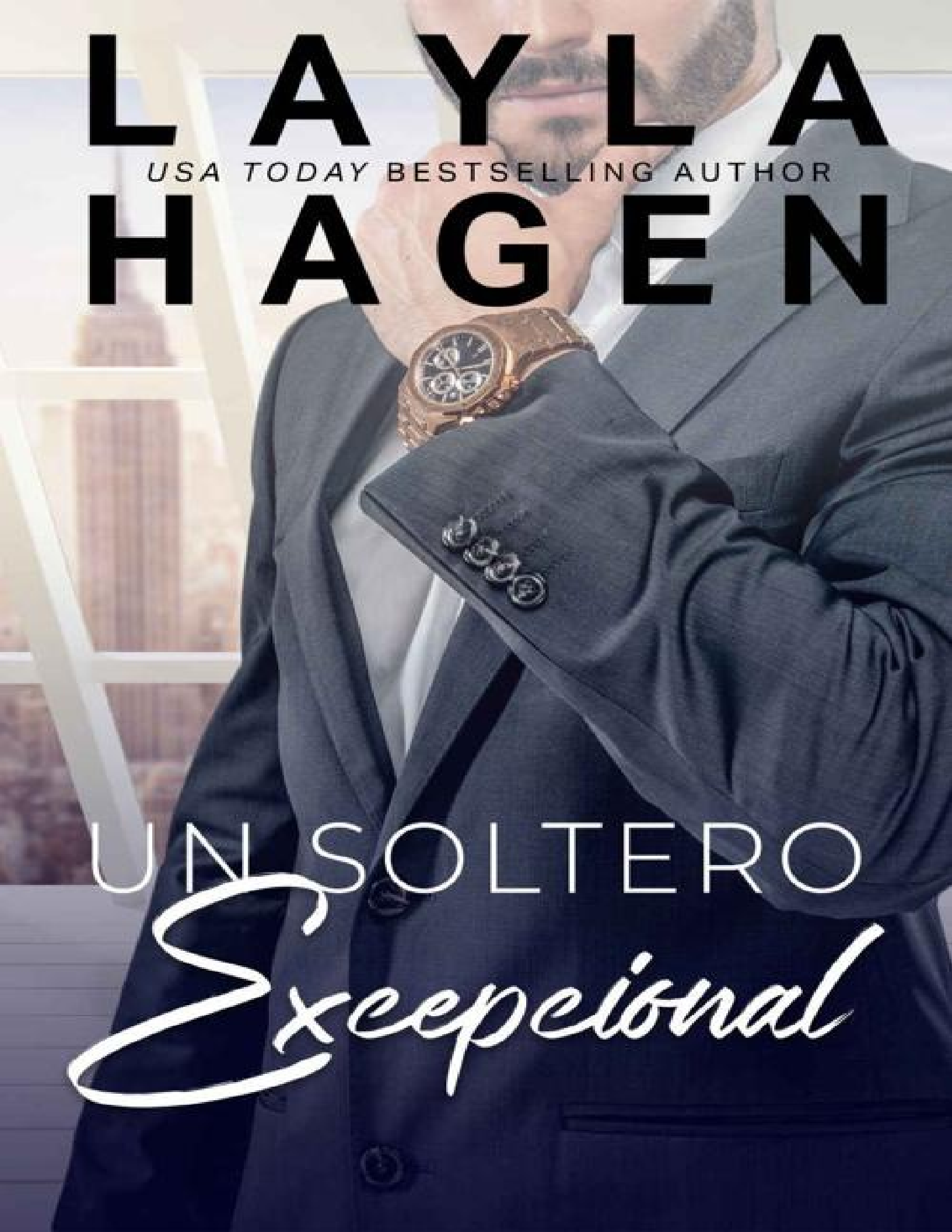




LAYLA HAGEN

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

UN SOLTERO
Excepcional

Un soltero excepcional

Liam & Tess ~ Solteros Muy Irresistibles

Layla Hagen

Un soltero excepcional

Copyright ©2024 Layla Hagen

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Traducido por Well Read Translations

Tabla de Contenido

[Derechos de Autor](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta y Uno](#)

[Capítulo Treinta y Dos](#)

[Epílogo](#)

Capítulo Uno

Liam

—Hola, abu. ¿Todo bien? —Independientemente de lo que tuviera entre manos, hablaba con ella dos veces por semana para ver cómo se encontraba. En ese momento, estaba en un breve descanso. Había estado escuchando las presentaciones de las empresas en las que mi fondo estaba considerando invertir.

—Aún sigo viva —dijo.

Gruñí.

—¡Abuela, por favor! ¿Podrías buscar otra manera de saludarme?

—¿Por qué? Agradezco cada día no haber estirado la pata.

Tenía razón, pero, de todos modos, me seguía pareciendo demasiado morboso.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Acabo de salir de mi clase de Pilates. Debería haberlo probado hace años. No sé por qué no lo hice.

—Nunca es tarde para probar cosas nuevas —coincidí.

—¿Cuándo fue la última vez que probaste algo nuevo? —preguntó.

A decir verdad, tuve que pensármelo mucho y, aun así, no se me ocurrió nada.

—No tengo ni idea. —No tenía tiempo para nuevas experiencias, pero me gustaba mi vida.

Dirigía mi fondo de inversión, Harrington & Co, con mis dos mejores amigos, David y Becca.

—Pues eso no está bien. Un día tendrás ochenta años y te preguntarás en qué momento fue que dejaste pasar la vida.

Me reí.

—Lo tendré en cuenta, abu. ¿Necesitas algo?

—No, no. Estoy bien. Esa aplicación de servicio de reparto a domicilio que me mostraste es estupenda.

—Me alegro de que te guste.

Una de las empresas en las que había invertido unos años antes desarrolló una aplicación que gestionaba varios tipos de servicios, entre ellos, los pedidos de comida a domicilio. Los desarrolladores demostraron ser auténticos genios en la creación de aplicaciones intuitivas. Como prueba, la abuela había aprendido a usarla en solo quince minutos.

—De todas formas, si quieres puedo pasarme por tu casa. Todavía no puede reemplazarme —dije con tono juguetón.

—Claro, no estaría mal. Sigues siendo el mejor jugador de ajedrez que conozco.

—Me alegra saber que sigo siendo un oponente digno.

Llevábamos toda la vida jugando al ajedrez. Mi abuela creía que era mejor de lo que realmente era, sobre todo porque mi abuelo se esforzaba por dejarla ganar más de lo debido. Siempre decía que después estaba de mejor humor y que un hombre debía saber elegir sus batallas. Podía llegar a ser muy testaruda y peleona, dos rasgos que yo parecía haber heredado.

Después de colgar, comprobé la hora. Aún me quedaban unos minutos antes de que empezara la siguiente presentación, así que me dirigí al baño. Iba a ser un día largo. Nos encontrábamos en un auditorio frente a nuestro edificio de oficinas en el Upper West Side.

Una vez al año, Harrington & Co. aceptaba propuestas de empresas que estaban buscando inversores. Aquel año tuvimos veinte solicitantes y todos eran excelentes. Lo consideré como un cumplido para nuestro fondo. Era la prueba de que ya éramos conocidos en Nueva York y

atraíamos mucho interés. Normalmente, firmábamos acuerdos con unas tres empresas nuevas anualmente, pero esa vez solo íbamos a aceptar una. Nuestro equipo ya no daba abasto y, hasta que no decidiéramos contratar más personal, no podíamos hacer otra cosa que trabajar con una empresa más.

¿Dónde coño estaban los baños? Solo alquilábamos ese lugar una vez al año para nuestras presentaciones, y, para colmo, el sitio era un maldito laberinto. Me equivoqué de pasillo dos veces antes de finalmente encontrar el correcto. Luego, me dirigí directo al servicio de caballeros, mientras seguía reproduciendo en mi mente las cinco presentaciones que ya había escuchado. Abrí la puerta y tropecé con una mujer que estaba a medio vestir.

Jo-der. Era alta y tenía una figura de reloj de arena, con un brillante cabello que le caía sobre los hombros. No podía distinguir si era rubio o castaño; una mezcla que le sentaba increíblemente bien.

Se había quitado la camisa y solo llevaba un sujetador rojo que, para ser sincero, me estaba volviendo loco.

—¡Dios mío, este es el baño de mujeres! —exclamó, haciendo una mueca de disgusto al fijarse en mí.

Varias cosas ocurrieron simultáneamente. Retrocedió un paso y trató de cubrirse el pecho, pero una de las copas pareció deslizarse. Alcancé a ver un precioso pecho antes de que consiguiera cubrirse con los brazos. Al instante, un profundo rubor apareció en sus mejillas e hizo resaltar sus ojos azules.

—Lo siento. No estaba prestando atención.

—Cierra la puerta. *¡Ahora mismo!*

Di un paso atrás y cerré la puerta de inmediato, aunque no se cerró del todo. Quedaba una fina rendija, pero ella estaba completamente fuera de mi vista.

—Pido disculpas de nuevo —dije a través de la puerta—. Estaba perdido en mis pensamientos y no estaba prestando atención. No era mi intención sorprenderte de esa manera. —Miré los carteles de las puertas. Podía jurar que estaban invertidos con respecto al año anterior, pero tal vez mi mente me estuviera jugando una mala pasada.

—¡Dios mío, qué vergüenza! Yo, eeemm, he tenido que venir a limpiar una mancha. No tengo por costumbre desnudarme en los baños. —Estaba divagando, hablando muy rápido.

—Has venido para la sesión de presentaciones, ¿no?

La reconocí porque la había visto antes en la sala de espera con los otros candidatos. Quería tranquilizarla.

—Sí. Soy Tess Winchester de Soho Lingerie. Y tú eres Liam Harrington, ¿no?

—Sí.

—Vaya manera de conocernos —murmuré.

—Haré de cuenta que no he visto nada.

Hubo una pequeña pausa antes de que preguntara en voz baja:

—¿Entonces has llegado a ver algo?

—No, nada —dije enseguida.

—Pues eso no suena muy convincente.

Era evidente que mi estrategia no estaba funcionando. Cuanto más intentaba tranquilizarla, más frenética se volvía.

—Vale, entonces fingiré que no nos hemos conocido. ¿Qué te parece? —pregunté.

Se rió entre dientes.

—¿Hay algo que pueda hacer para mejorar un poco la situación? —pregunté.

—¿Dar por terminada esta incómoda conversación?

Parecía alterada; era lógico. Yo no estaba ayudando en nada, de hecho lo estaba empeorando. Después de que lo mencionara, me di cuenta de que solo estaba prolongando una situación incómoda. Después de todo, todavía estaba a medio vestir.

—Nos vemos en el auditorio. Buena suerte.

Se rió. Fue una risita nerviosa, pero al menos era un avance. Lo último que quería era que entrara al auditorio y cometiera algún error o se confundiera debido a ese episodio. Solo tenía una oportunidad. No quería que nada pusiera en peligro sus posibilidades de éxito.

No me convencía mucho su negocio. Recordaba que en la solicitud que habían enviado figuraban unas cifras de ventas impresionantes, pero que su trayectoria era corta. Sin embargo, eso no significaba que no fuera a darles una oportunidad.

—Intentaré hacer lo mismo.

Sonreí antes de entrar en el baño de caballeros, aún molesto por mi descuido. El edificio del auditorio había sido reformado poco tiempo antes, por lo que era posible que hubieran cambiado la ubicación de los servicios.

En realidad, eso no importaba. Tenía otros problemas. Podría fingir que no nos conocíamos, pero no sería capaz de borrar esa imagen pecaminosa de mi mente.

Tess

¡Dios mío, qué vergüenza! Derramé café sobre mi camisa, así que fui al baño a limpiarlo. En lugar de eso, acabé enseñándole mis tetas al mismísimo Liam Harrington. Vaya manera de empezar el día...

Lo reconocí por la foto de la página web de su empresa. También le había visto de pasada esa mañana, cuando nos acompañaron a todos a la sala de espera.

Desistí de intentar quitar la mancha y me limité a mantener la parte mojada de la camisa bajo el secador de mano durante un minuto. Después de ponérmela, me abroché la chaqueta negra. Había conseguido ocultarla. Lo único que esperaba era no empezar a sudar.

Sacudí mi falda con las manos antes de volver rápido a la sala de espera, que en realidad no era más que un largo pasillo con sillas alineadas a ambos lados de la pared. Los suelos de madera, y las altas y estrechas ventanas conferían al espacio un ambiente acogedor. El techo, sorprendentemente alto, por alguna razón me parecía majestuoso.

Mi hermana Skye estaba mirando el portátil que sostenía en el regazo con extrema atención, mordiéndose el labio inferior. Era un día angustioso para las dos, pero rara vez había visto a mi hermana tan nerviosa. Estar rodeada de nuestros competidores no ayudaba en absoluto. Me senté a su lado, decidida a olvidar el incidente del baño y centrarme en cómo podía ayudar a Skye a relajarse.

Aquel día había mucho en juego. Skye y yo éramos propietarias de Soho Lingerie, una tienda de todo tipo de ropa interior, y queríamos expandirnos. Para ello, necesitábamos financiación, algo que esperábamos obtener de Harrington & Co. Recibir capital adicional nos ayudaría a expandirnos de forma más rápida; eso era innegable, pero también tendríamos que ceder a Harrington & Co. parte del control de nuestro negocio, y la verdad era que aún tenía sentimientos encontrados al respecto. De todos modos, tenía que ir por partes, y en ese momento mi prioridad era distraer a Skye.

Se pasó una mano por el pelo, despeinando su flequillo perfectamente cortado. Su pelo color chocolate había quedado muy desarreglado. Incluso su traje azul oscuro se estaba arrugando de tanto moverse.

Por lo general, calmar a Skye era una tarea fácil para mí, pero el problema era que yo también estaba nerviosísima, especialmente después del incidente del baño.

Haciendo uso de mi extensa experiencia como la hermana mayor de tres hermanos traviesos, se me ocurrió una idea. La cara de Skye siempre se iluminaba cuando hablaba de su hijo de seis meses.

—¿Jonas ha conseguido ya sentarse solo? —pregunté sin preocuparme por bajar la voz, ya que el siguiente grupo estaba bastante lejos de nosotros.

Skye sonrió al instante.

—No, pero se le da muy bien reptar. Parece como si estuviera nadando por el suelo.

—¿Y no me enviaste una foto? —Hice pucheros, sintiendo una extraña opresión en el pecho. Me encantaba estar presente en cada logro, pero por alguna razón, ese mes había sido el más ajetreado de todos. Estábamos a mediados de septiembre, y pese a que normalmente no era un mes de grandes ventas, no podía desperdiciar aquella oportunidad.

—Lo siento, lo olvidé. En mi defensa, ocurrió ayer cuando estaba leyendo la presentación. Pero tengo una foto. —Cogió su móvil y lo pulsó dos veces antes de girar la pantalla hacia mí.

Suspiré mientras el pecho no solo se oprimía, sino que experimentaba una sensación como si algo se apretara literalmente dentro de mi caja torácica. Quería mucho a mi sobrino y estaba creciendo muy deprisa. Cada vez que lo veía, parecía estar más grande que la vez anterior.

—¿Lo llevarás mañana a la tienda? —pregunté con impaciencia.

Skye sonrió.

—Sip. Parece que te hace tan feliz como a él.

Le devolví la sonrisa.

—Eso es porque tenemos una relación especial. —Y con eso me refería a que lo tenía en brazos el noventa por ciento del tiempo cuando estaba con él. Adoraba su dulce olor a bebé y su inagotable curiosidad. Incluso cuando era una niña pequeña, tenía un amor especial por los bebés. Cuando nacieron mis dos hermanos menores, recordaba sostenerlos en mis brazos mientras paseaba por la casa. Fingía estar ayudando a mi madre, pero la verdad era que me encantaba cogerlos en brazos.

Skye me mostró unas cuantas fotos nuevas y al instante su lenguaje corporal se volvió más relajado. Misión cumplida. Para ser sincera, yo también me sentía menos estresada.

Al menos hasta que la puerta se abrió y uno de los candidatos fue invitado a entrar para hacer su presentación.

—¿Qué pasa? —preguntó Skye—. Pareces un poco alterada desde que has venido del baño. ¿No ha salido la mancha?

Suspirando, decidí confesarlo. Quizá eso me ayudaría a ver las cosas con otra perspectiva.

—Bueno... mientras estaba intentando quitar la mancha, alguien entró y me sorprendió. Era Liam Harrington.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—No *llevaba* la camisa —susurré—. Solo un sujetador, uno sin tirantes. Y entonces le enseñé una teta por accidente.

Skye abrió ampliamente la boca antes de tapársela con una mano. Aun así, podía oír su risita.

—¡Ay, Tess!

—Ya. Vaya suerte la mía, ¿no?

—Ese tal Harrington no me parece tan feo... —susurró.

El comentario estaba tan fuera de lugar que no pude evitar reírme. Rara vez se fijaba en otros chicos desde que se había casado. La miré con el ceño fruncido.

—¿Qué? Si tú usaste a Jonas para que me tranquilizara, entonces yo puedo usar la técnica del tío guapo —susurró.

A pesar del nudo que tenía en el estómago, me reí. Soñar despierta con un chico que me llamaba la atención era una de mis técnicas favoritas para relajarme. Lo de “no tan feo” lo había dicho en modo irónico, por supuesto. Me fijé en esos ojos azules como el cielo en cuanto vi su foto en la página web de la empresa. Aquel día, cuando por fin le conocí en persona, me di cuenta de que era asombrosamente atractivo. En una escala que iba desde lo atractivo hasta lo sensual, sin lugar a dudas se encontraba en el extremo más sensual del espectro. No obstante, eso no me ayudaba a calmar mis nervios. En ese momento, no podía recurrir a mi técnica favorita de distracción.

Al llegar nos habían entregado una lista con el orden de presentación. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando me di cuenta de que seríamos las siguientes en exponer.

Ladeé la cabeza en dirección al auditorio justo cuando Liam Harrington apareció, y el murmullo en el pasillo cesó al instante. Su presencia también había silenciado las conversaciones la vez anterior que había salido. Tenía la impresión de que siempre provocaba ese efecto de

silenciar una sala, o al menos de hacer que todo el mundo dejara lo que estaba haciendo para prestarle atención. Era innegable que había algo magnético en él.

—Atención, todos. Ya estamos listos. Skye y Tess Winchester de Soho Lingerie son las siguientes —dijo.

Los nervios volvieron a invadirme por completo.

Skye y yo nos pusimos de pie de inmediato y nos dirigimos hacia él, quien sostenía la puerta abierta. Desvié la mirada con disimulo, ya que no estaba preparada para establecer contacto visual con él.

Cuando pasé junto a él, estuve lo bastante cerca para darme cuenta de que era más alto que yo, medía al menos un metro ochenta, y de que sus ojos no eran su único rasgo llamativo. Su mandíbula era definida y masculina, y tanto sus hombros como sus brazos estaban tonificados. Llevaba una camisa negra que le quedaba tan ajustada que era fácil apreciar su físico, lo que me hizo pensar que su ropa tenía que estar hecha a medida. Su pelo rubio oscuro le daba un aire de chico malo que no encajaba con el resto de su cuerpo, pero que resultaba sumamente atractivo.

Cuando entramos, me puse a jugar con mis pertenencias y respiré hondo. El auditorio era muy intimidante. Era enorme, con diez largas filas. Todas las ventanas estaban cubiertas con persianas para poder proyectar las presentaciones en la pared, y la mesa con el proyector estaba al frente.

Harrington se situó justo al lado de la entrada, mientras que otras dos personas que estaban sentadas en primera fila se levantaron de sus sillas cuando entramos. Reconocí a Rebecca Johnson y David Delgado porque también había estudiado sus fotos y biografías en su sitio web. No sabía quiénes eran las seis personas de la segunda fila. Supuse que tres de ellos serían los gestores de fondos, y el resto sus respectivos pasantes o becarios.

Harrington nos condujo a mi hermana y a mí a la mesa del centro. Cuando señaló el cable donde debía conectar mi portátil, no pude evitar notar que sus iniciales estaban cosidas en el puño de la manga. Había acertado: su camisa *estaba* hecha a medida.

—Skye, Tess, podéis empezar cuando estéis listas. Nuestros becarios también estarán presenciando todo, pero si os incomodan, podemos pedirles que salgan.

Skye y yo intercambiamos una mirada y mi hermana asintió.

—No pasa nada. No nos importa que se queden —dijo.

Encendí el portátil y conecté el cable del proyector. Skye empezaría la presentación y yo tomaría el relevo a la mitad de la misma, tal y como habíamos practicado.

Liam se sentó junto a Rebecca y, por primera vez, no aparté la mirada. Le miré directamente y se me cortó la respiración. Maldita sea, esos ojos azules eran capaces de derretirte el corazón... y las bragas. Sentí que se me encendían las mejillas. ¿Acaso seguiría pensando en el incidente del baño?

Su mirada se desvió hacia la zona de mi pecho —solo durante una fracción de segundo, pero la capté— justo antes de que me dedicara una sonrisa cómplice.

Dios mío.

Dos cosas estaban claras.

La primera: seguía pensando en mi parcial desnudo.

La segunda: tenía que dejar de sonrojarme si quería que nos tomaran en serio.

Capítulo Dos

Tess

Me senté en la primera fila del auditorio, a pocos asientos de Liam y del resto de su personal. Skye estaba de pie junto al escritorio donde apoyábamos el portátil. La pantalla se proyectaba en la pared detrás de ella. Empezó presentando el crecimiento financiero que habíamos tenido en los últimos tres años. El orgullo me invadía por dentro mientras pasaba de una diapositiva a la otra. Construimos aquel negocio desde cero y el año anterior habíamos introducido opciones de personalización que revolucionaron el sector por completo.

Las últimas diapositivas de Skye versaron sobre lo que planeábamos hacer si nos asociábamos con Harrington & Co. y se centraron en el hecho de que queríamos abrir un segundo establecimiento físico. También buscábamos fondos para una tienda online con mayor capacidad. La que usábamos en ese momento apenas daba abasto.

—De este modo, podríamos llegar a más clientes con mayor rapidez. Tess entrará en más detalles sobre el tipo de productos que desarrollaríamos con financiación adicional, además de mostrarles los productos que contribuyeron a la mayor parte de nuestro crecimiento —concluyó Skye.

Se sentó a mi lado, le apreté la mano y le dije en voz baja:

—Buen trabajo, hermanita. —Acto seguido, me dirigí al frente. A medio camino, uno de mis tacones se atascó en el espacio que había entre dos piezas de madera y tropecé ligeramente.

Dios mío, no. ¡Un episodio incómodo al día era más que suficiente! Ya estaba preocupada por la posibilidad de que Liam Harrington no me tomara en serio debido a ello. No quería que Rebecca y David pensarán que era tonta.

Por suerte, no me caí de culo. Recuperé el equilibrio y caminé hacia el escritorio, colocándome de pie junto a él.

Hice un movimiento circular con los hombros, sonriendo mientras hablaba.

—Lo novedoso de nuestra propuesta es que Soho Lingerie tiene opciones para todo el mundo. Desde que introdujimos nuestras opciones de personalización, es más fácil ofrecer ese valor. Las clientas pueden jugar con los diseños en nuestra tienda online. También les damos la oportunidad de acudir a la tienda física para comprobar los modelos. Luego de incorporar este programa, el índice de devoluciones bajó un noventa por ciento. Literalmente, tenemos algo para cada clienta, desde mujeres adultas que saben con exactitud lo que quieren hasta chicas jóvenes que buscan orientación cuando entran en la tienda. Están en una edad delicada, compran lencería por primera vez y en muchos casos tienen problemas de autoestima.

Apreté los labios, sonriendo. Había hablado demasiado, como solía hacer cuando llegaba a ese tema. Esperaba que no fuera obvio para todos lo personal que era la cuestión para mí, pero la mirada de Liam se había vuelto afable. Me había calado. Bueno, eso era positivo, ¿no? Querían empresarios apasionados, y no había nada más apasionado que aquello. Sin embargo, me sentí expuesta, como si hubiera revelado una parte de mí misma que hubiera preferido mantener oculta. Era mucho más observador de lo que esperaba y, cuando pasé la mirada de él a mi hermana, mis instintos protectores se activaron.

Las dos habíamos tenido curvas desde muy temprana edad y eso había llamado mucho la atención, pero luego Skye tuvo uno de esos estirones locos y los niños empezaron a burlarse de ella. Para la mayoría de las mujeres, comprar lencería aumentaba la confianza en sí mismas. El hecho de sentirte bien con lo que llevabas puesto te daba una seguridad en ti misma como

ninguna otra cosa podía darte. Estábamos decididas a facilitar el paso a la feminidad a cualquier chica que entrara en nuestra tienda.

Pasé a la siguiente diapositiva, que mostraba uno de nuestros productos estrella.

—Este es un ejemplo de un producto que se puede personalizar. Del mismo modo que no hay dos cuerpos idénticos, la percepción sensorial no es la misma. Para algunas, los tirantes de terciopelo son demasiado suaves, para otras demasiado ásperos. Así que les ofrecemos una variedad de opciones para mezclar y combinar en lo que se refiere a los tirantes, la decoración de las copas e incluso el relleno interior de los sujetadores. Por ejemplo, yo prefiero las copas con interior de seda. Me resultan suaves en contacto con la piel. El algodón me raspa.

Por desgracia, elegí ese momento exacto para establecer contacto visual con Liam, y el calor de su mirada me hizo sonrojar.

¡Joder! ¿Hacía calor allí o era yo?

Sus pupilas se dilataron ligeramente. Agarraba el bolígrafo con tanta fuerza que estaba segura de que el plástico cedería en cualquier momento.

¿Había compartido demasiada información? Pensé que si les contaba mis experiencias personales les ayudaría a entender nuestro negocio.

Miré detenidamente al resto de los presentes, y ninguno parecía tan... afectado como Liam. Maldita sea. Esperaba que estuviera juzgando el caso y no fantaseando con mi involuntario espectáculo de *striptease*.

Volví a mirarle. En efecto, el calor de su mirada se había vuelto más intenso durante los segundos que había apartado la vista.

Me obligué a no sonrojarme aún más y pasé a hablar de los productos que pensábamos diseñar si disponíamos de más fondos, describiéndolos con todo lujo de detalles.

Cuanto más hablaba, más me entusiasmaba. Hablaba en voz alta y gesticulaba mucho, e incluso sacaba a relucir más de mis hallazgos personales. Así era yo, lo hacía todo con gran intensidad. Cuando llegué a la última diapositiva casi me había quedado sin aliento.

—Bueno, eso es todo por nuestra parte —dije, mirando al público. Involuntariamente, me detuve en Liam—. Espero que lo que les hemos mostrado aquí despierte su interés de inversión en nuestro negocio. No obstante, si necesitan más información, no duden en contactarnos. ¿Alguna pregunta?

Dios mío, su ardiente mirada me estaba atravesando, pero estaba decidida a no apartar la vista, a pesar de que todo mi cuerpo vibrara ante semejante percepción.

Liam

Me enderecé en el cómodo sillón de cuero del auditorio, dando pequeños golpes con el bolígrafo contra la pila de papeles. Pocas veces había visto a alguien hablar con tanta pasión de sus clientes y sus productos.

Por supuesto que todos los que habían ido a exponer ante nosotros estaban orgullosos de su éxito financiero y sus logros, pero estas mujeres eran diferentes. Por la forma en que habían hablado, la cuestión era claramente personal para ellas, y eso me gustaba. Eso sí, tenía que dejar de imaginarme a Tess vistiendo todos los diseños de los que había hablado.

Joder, cuando comenzó a explicar aquello de la sensación que le producía el contacto de la seda contra su piel, casi me volví loco. Atrás quedaron los pensamientos sobre negocios. En lugar de eso, me pregunté qué llevaría debajo de la falda. ¿Coincidiría con el sujetador que había visto en el baño? Casi podía sentir su suave piel bajo mis dedos mientras le quitaba lo que llevara puesto.

Aún seguía pensando en eso. Maldita sea, tenía que controlarme, ya no era un crío de catorce años. Obligué a mis pensamientos a regresar al camino de la razón y ordené a otra parte de mi cuerpo que se tranquilizara. Todas las miradas estaban puestas en mí, esperando a que tomara la iniciativa, ya que había sido el más escéptico respecto a su empresa.

Rara vez nos adentrábamos en el sector de la moda, pero su negocio de lencería era sólido, incluso impresionante. Mi escepticismo anterior desapareció porque me di cuenta de que su crecimiento coincidía con la introducción de las opciones de personalización. Sus ventas seguirían aumentando. Pero tenían que aprovechar la oportunidad y captar el mayor número posible de clientes para establecerse como la tienda de referencia en lencería personalizable antes de que otros empezaran a copiar su modelo de negocio.

Necesitaban una experiencia de compra en línea mucho mejor y una segunda tienda física para hacer frente a la demanda, aunque solo fuera para albergar el inventario con el que se estaban abasteciendo.

—Gracias a las dos por la presentación —dije—. Conocíamos la mayor parte de sus cifras por la solicitud que enviaron, pero permítanme reiterar que son impresionantes. Tienen un negocio muy sólido. Hoy solo queríamos escucharlas en persona. Nos pondremos en contacto con ustedes en unos días para comunicarles nuestra respuesta y todo lo que necesitan saber sobre el siguiente paso.

—¿Cuál sería el siguiente paso? —preguntó Tess.

—Invitarlas a una cena en la que todos nos conoceremos en un ambiente más informal.

A continuación, tomó la palabra David.

—Nos gusta conocer personalmente a los propietarios. Todo tiene que encajar; si no, trabajar juntos será difícil.

—Estupendo, gracias por su tiempo hoy —dijo Skye—. Esperamos tener noticias tuyas pronto.

Mientras las dos recogían sus portátiles y otras pertenencias, no pude evitar quedarme embobado mirando el culo de Tess. Dios mío, aquella mujer me estaba matando con esas curvas.

Cuando se dio la vuelta, me pilló mirándola y levantó una ceja. Mierda. No quería que pensara que no me estaba tomando todo en serio por el encuentro en el baño... o que era un maldito pervertido.

Ninguna de las dos cosas era cierta.

Por lo general, se me daba mucho mejor separar los negocios de los intereses personales. No me involucraba ni me fijaba en las candidatas de forma sexual. Punto. Era una regla estricta y la cumplía a rajatabla. No tenía ni idea de por qué me costaba tanto controlarme con Tess.

Observé que tenía los hombros ligeramente caídos cuando Skye y ella salieron del auditorio.

En un abrir y cerrar de ojos, tomé una decisión.

—Tomemos un descanso de cinco minutos.

Becca asintió.

David se encogió de hombros y preguntó:

—¿Otra vez?

—Vuelvo enseguida —fue todo lo que dije antes de levantarme de mi asiento. Alcancé a Tess en el vestíbulo del edificio, donde todos tenían la opción de guardar sus pertenencias en una taquilla. La encontré guardando su portátil en su bolso y estaba sola en ese momento.

—Tess —dije.

Sorprendida, levantó la cabeza y se echó el bolso al hombro.

—Hola. ¿Nos hemos olvidado algo dentro?

—No. —Me acerqué hasta que estuve de pie justo delante de ella—. Solo quería hablar contigo un segundo.

—Dime.

No había otra forma de decírselo, así que simplemente expuse todas mis cartas sobre la mesa.

—Es posible que me hayas pillado mirándote.

Tess jadeó mientras un rojizo color inundaba sus mejillas. Maldita sea, su reacción ante mí fue adorable.

—¿Posible? —interpeló con un tono divertido.

—Lo hice. Varias veces. Te aseguro que no soy un gilipollas. Y nada de eso influirá en la forma en que juzguemos vuestra solicitud. Quiero que quede claro. Suelo comportarme con profesionalidad en el trabajo. Es solo que... me resulta difícil pensar con claridad cerca de ti. No sé por qué.

—¿Tal vez porque me has visto en sujetador esta mañana? —En ese momento estaba sonriendo. Joder, era aún más preciosa así. Estaba mucho más relajada que en el auditorio.

—Y sin él.

Ella jadeó de nuevo antes de echarse a reír.

—Pensé que habías dicho que no habías visto nada.

—Es que quería tranquilizarte. O al menos intentarlo.

—Pues fallaste. Estuve tensa todo el tiempo.

—Lo pude notar por tu lenguaje corporal —admití.

Sus ojos se abrieron de par en par y se aclaró la garganta. Me acerqué lo suficiente para oler su perfume. Era afrutado y dulce, pero también tenía un toque picante. Se humedeció el labio inferior antes de exhalar con fuerza. Retrocedí y señalé en dirección a la puerta principal.

—No quiero entretenerte más. Si todo va bien, espero verte en el encuentro.

—¿Y actuarás *con profesionalidad* allí? —bromeó.

—Lo intentaré.

—¿Al igual que intentaste fingir que no me habías visto medio desnuda?

—Me esforzaré un poco más. Perdóname si fallo. Causas una... impresión *duradera*.

Abrió la boca en gesto de sorpresa y negó con la cabeza antes de pasar a mi lado. No pude dejar de mirarla mientras salía del edificio. Ese movimiento de caderas iba a acabar conmigo.

Fantástico. Había salido para tranquilizarla y acabé flirteando con ella. *Bien hecho, Harrington.*

Podía haberme autoconvencido de que lo haría mejor durante el encuentro de la noche, pero no me gustaba engañarme a mí mismo.

Capítulo Tres

Liam

Durante el resto del día, escuchamos veinte presentaciones más mientras mi mente no dejaba de divagar hacia un negocio de lencería en particular. Por la tarde, volvimos a nuestras oficinas, situadas en un típico edificio de ladrillos rojos que alquilamos en el Upper West Side. Convertimos la cocina original en una zona de bienvenida. Los becarios trabajaban en un despacho abierto en lo que antes era el salón. David, Becca y yo teníamos cada uno un despacho enorme en la planta superior. La sala de reuniones estaba en el sótano.

Habíamos decidido subir a la terraza, que era la mejor parte del edificio, para discutir en cuál de los negocios invertiríamos. Nos gustaba mucho ese espacio por el aire fresco, y como no estábamos en una planta muy alta, no hacía viento. En septiembre hacía frío, pero los edificios altos que nos rodeaban nos protegían bastante de las inclemencias del tiempo. Cada vez que estaba en uno de los rascacielos de Nueva York, sentía una sensación de asfixia. No necesitaba una gran vista desde cincuenta plantas de altura. Solamente necesitaba poder salir cuando quisiera despejarme.

Tanto Becca, como David y yo teníamos dos becarios en nuestros equipos. Uno de los míos, Dexter, trajo refrescos para todos, así como mi pelota antiestrés, que era lo que me mantenía cuerdo. Cuando nos sentamos en los sillones de ratán que había repartidos por la terraza, pedí a los becarios que nos dijeran cuáles eran sus tres mejores opciones. Todos mencionaron a Soho Lingerie. Solo teníamos otras cuatro empresas dentro del sector de la moda en nuestra cartera, y cada una abordaba su mercado desde un ángulo innovador.

Después de que los becarios terminaran de presentarnos sus informes, se dirigieron a la oficina, pero Becca, David y yo decidimos quedarnos arriba.

No solo eran mis socios, sino también mis mejores amigos. Nos habíamos conocido quince años antes, mientras hacíamos prácticas en Wall Street después de acabar la universidad. En nuestro tiempo libre, trabajábamos en una aplicación de finanzas personales llamada InvestMe. Un gran banco la había comprado por mucho dinero. Durante un tiempo fuimos consultores en el equipo de gestión de la aplicación, antes de que se hiciera evidente que no nos necesitaban. Creamos el fondo porque teníamos mucho capital y un deseo ferviente de trabajar con empresarios. Aquella empresa nos llenaba de orgullo y satisfacción, y los tres trabajamos sin parar para convertirlo en un éxito. Llevábamos diez años haciéndolo, aunque a los treinta y seis seguíamos tan motivados y hambrientos de éxito como a los veintiséis.

Por aquel entonces, éramos cuatro. Habíamos embarcado a otro de nuestros mejores amigos, Albert. No tenía dinero para invertir, pero era brillante, un verdadero innovador. Tan brillante que tardamos años en descubrir lo que hacía a nuestras espaldas. En resumen: decidimos simplemente dejar de hablar sobre él.

—Después de escucharlos a todos, sigo pensando que tenemos una gran cantidad de candidatos excepcionales. Es un problema agradable, pero al final del día, sigue siendo un problema —comentó Becca. Aunque estábamos a la sombra de los edificios más altos, el sol brillaba a través de las rendijas. Era un día precioso para estar al aire libre.

—Estoy de acuerdo. Si tuviéramos suficiente personal, votaría a favor de aceptar todos los proyectos —afirmé.

—Quizás deberíamos considerar contratar más empleados, como ya hemos hablado —sugirió David.

Gruñí en desacuerdo, negando con la cabeza.

—No. Me gusta nuestro equipo. Formar a nuevos miembros requiere mucho tiempo y recursos, y no contamos con ninguno de los dos. —A pesar de que teníamos la opción de expandirnos, el proceso de formación de nuevos miembros no era sencillo, y realmente habíamos tenido suerte con el grupo que habíamos constituido.

—O eres un gruñón al que no le gusta la gente nueva —dijo Becca con una sonrisa pícara. Le lancé mi pelota antiestrés y ella la atrapó al vuelo—. Hoy no te la voy a devolver. A ver qué tal te va sin ella.

—Becca —dijo David casi en una súplica—. Vamos, no nos hagas esto. Necesitamos que se concentre.

—Estoy concentrado —aseguré.

—Vale, dame tus tres primeras elecciones. Instintivamente —retó David.

—Soho Lingerie, Robotron y DesignPen. —Ni siquiera dudé. Las tres presentaciones se me quedaron grabadas en el cerebro: la de Soho Lingerie más que las otras, por razones que no llegaba a entender.

David ladeó la cabeza.

—No te convencía Soho Lingerie cuando te la sugerí por primera vez. ¿Qué ha cambiado?

—La presentación fue muy convincente. Creo que pueden llegar a ser gigantes si se mueven rápido.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Becca.

—Hay algo que no nos estás contando. Estabas raro cuando entraron.

Ambos me miraron expectantes. Si no decía nada, solo sospecharían más.

—Bueno, accidentalmente entré en el baño de mujeres mientras Tess Winchester estaba en pleno acto de cambiarse el sujetador o algo por el estilo.

—¡Dios mío, qué situación más incómoda! Pobre mujer... —dijo Becca.

—¿Está buena? —preguntó David al instante.

Le miré levantando una ceja.

—Olvida lo que acabo de decir. Claro que está buena. Era evidente incluso con la ropa puesta. ¿Cuánto has podido ver? —continuó.

—Lo suficiente para que fuera incómodo. —Y para que yo perdiera el control de mi mente y mi cuerpo, al parecer.

—Pero... ¿eso fue suficiente para que te desconcentraras? ¿Hace cuánto tiempo que no sales con una mujer? —preguntó David con una sonrisa burlona.

—Salgo con bastantes mujeres —respondí sin entrar en más detalles. No me gustaba hablar de mi vida privada. Tampoco había mucho que contar, aparte de las citas y el sexo sin compromiso.

—¿Queréis parar? —reprendió Becca.

—No —contestó David al mismo tiempo que yo decía “Sí”.

—Venga, tío, dame una descripción más explícita—suplicó David—. Solo algo para mejorar mi día. Y...

Le interrumpí con la mirada.

—Volvamos al tema en cuestión. Como sea, eso no tiene nada que ver con el hecho de que sean una de mis tres favoritas.

—Esas son mis tres favoritas también —dijo Becca—. Pero al final tendremos que decantarnos por una sola.

—Bueno, aún no vamos a elegir a los finalistas. Podemos invitar a cenar al menos a doce de los veinte equipos y seguir a partir de allí —dijo David. Me di cuenta de que todavía quería

hablar de lo que había visto en el baño.

—Vamos a darnos tiempo hasta mañana para pensarlo —dije—. No me gusta tomar decisiones apresuradas.

Becca volvió a sonreír de manera pícara.

—Sí, ya nos hemos dado cuenta.

—No paras de darme la lata, pero al mismo tiempo te gustan todos los procedimientos que he establecido. —Fue mi idea tener procedimientos estandarizados para casi todo.

—Lo sé. Es que me encanta burlarme de ti. ¡Uy, y ahora estoy divisando un ceño fruncido! Es hora de devolverte tu pelota antiestrés. —Me la lanzó—. Bueno, como no vamos a tomar una decisión hoy, voy a volver a molestar un poco a mis becarios.

—Yo me uno —dijo David.

Los tres formábamos un equipo bastante inusual. A primera vista, no teníamos tanto en común.

A David no le gustaban mucho las reglas. Iba a trabajar en zapatillas de deporte y vaqueros y habría sido igual de feliz entrenando a un equipo de béisbol de instituto que dirigiendo un fondo millonario.

Becca compartía su opinión sobre las reglas, pero a ella le gustaba darle la lata a *él*, no a mí... normalmente. Le gustaba disfrutar de las cosas buenas de la vida y siempre iba vestida de punta en blanco.

—Me pondré al día con vosotros más tarde. Hoy pensaré en las presentaciones. Mientras tanto, voy a ir a visitar a mi abuela. —Levantándome, bajé a la planta baja y pedí un Uber.

Mis abuelos prácticamente me habían criado y siempre disfrutaba mucho con nuestras conversaciones. Como eran fotógrafos de naturaleza, mis padres viajaban todo el tiempo, así que viví con ellos hasta que cumplí dieciocho años. En ese momento estaban en el Kilimanjaro y como mi abuelo había fallecido cinco años antes, la abuela solo me tenía a mí.

Después de perder al abuelo, pasó por una fase de profunda tristeza durante más de un año. Mamá y papá la habían llevado con ellos de viaje al Gran Cañón y, desde que había regresado, noté que estaba diferente. El cambio de aires le había sentado bien.

Durante el trayecto hasta su apartamento, planeé repasar mentalmente las presentaciones. Sin embargo, no podía evitar pensar en Tess Winchester.

El fuego de sus ojos y la pasión de su voz me seguían cautivando incluso horas después. Aquella mirada protectora cuando dirigía la vista a su hermana me afectó de una manera que no podría explicar. Era capaz de identificar muchos aspectos de una persona por su presentación. Por ejemplo, Tess no solo participaba en las decisiones de la dirección. Basándome en las cosas a las que había hecho referencia, estaba claro que no le importaba ensuciarse las manos... y eso me llevó directamente a tener pensamientos traviesos.

Volví a pensar en ella en ropa interior, en el involuntario vistazo que les había echado a sus pechos. Había estado muy nerviosa en el baño, pero de un modo adorable. También se había mostrado encantadora en las taquillas, donde me desafió y se burló de mí, lo cual hizo que me olvidara por completo de los límites o del sentido común. Si íbamos a trabajar con Soho Lingerie, tenía que poner fin a todo aquello, fuera lo que fuera.

Siempre había sido perfectamente capaz de separar mi vida personal de mis proyectos empresariales. Era uno de mis puntos fuertes y no creía que nada pudiera cambiarlo.

Tess Winchester no hacía más que demostrarme lo equivocado que estaba.

Capítulo Cuatro

Tess

Me encantaba ir de compras. Me ayudaba a relajarme, y sin duda lo necesitaba. Durante todo el día anterior había estado como un flan, incluso después de salir del auditorio tras nuestra presentación. Al día siguiente, pasé toda la mañana en la tienda y por la tarde me reuní con el diseñador de nuestro sitio web.

En aquel momento, estaba dando un paseo por NoLiTa con una enorme lista de compras. Aunque, a decir verdad, nunca me ceñía a ella y casi siempre terminaba las compras con al menos tres bolsas más de las previstas. A esas alturas, había comprado un pañuelo que pensé que le gustaría a mamá y un collar para mi sobrina Avery. Era un colgante precioso con un cuarzo azul. Sinceramente, la joyería era tan increíble que me costó salir de allí. No era lujosa ni nada por el estilo, pero los joyeros de terciopelo rosa la hacían bonita y acogedora. Lo que más me gustó fue comprar regalos para mis sobrinos, era tan fácil hacerles felices. Y como mi niña interior seguía estando muy presente, me ayudaba a elegir los regalos adecuados.

Nos habíamos criado en Boston, en una casa grandísima y con todas las comodidades posibles, hasta que el matrimonio de mis padres se vino a pique y el negocio de papá quebró. Después de mudarnos a un suburbio de Nueva York, apenas llegábamos a fin de mes. Entonces aprendí a no pedir cosas nuevas, porque eso entristecía a mamá. Nos habría regalado el mundo si hubiera podido permitírselo.

Me sentía inmensamente feliz de estar en una posición en la que podía darme el gusto de comprar todo lo que quisiera, no solo para mí, sino también para mi familia. Me gustaba comprar regalos sin motivo alguno.

Me encantaba que hubiera tantos niños en la familia. Todo había comenzado tres años antes, cuando mi hermano Ryker comenzó a salir con una madre soltera, Heather; que estaba embarazada en aquel momento. Además, mi primo Hunter estaba casado con nuestra buena amiga Josie, aunque no habían tenido hijos... *de momento*.

Luego, la familia continuó agrandándose rápidamente cuando Skye se quedó embarazada. Además, la hermana de su marido también tenía una hija de diez años, Lindsay. Todavía no había decidido qué tipo de colgante comprarle, aunque a ella le encantaba casi todo lo que le había regalado. Tenía que ser diferente del de Avery, para que cada niña se sintiera especial, pero no tan diferente como para que se pelearan por ver cuál era más bonito. Había tantas opciones para elegir que me sentí un poco abrumada. Al final, acabé eligiendo uno que también tenía forma de lágrima, pero con un cuarzo rosa.

—Envuélvalos en papel rosa, por favor —le dije a la dependienta. Aquello era algo en lo que las chicas estaban de acuerdo: el rosa era su color favorito.

—Ahora mismo.

Puse una sonrisa de oreja a oreja cuando volví a comprobar la lista. Ya estaba todo. Me sentía mucho más relajada que el día anterior. Sin embargo, había algo que me seguía atormentando. Aún no teníamos noticias de Harrington & Co.; ese día comprobaba mi correo electrónico cada treinta minutos para cerciorarme. No solo me ponía nerviosa cada vez que recordaba mi encuentro en el baño con Liam, sino también cuando rememoraba el descarado tonto en las taquillas. ¡Eso sí que no me lo esperaba!

Al salir de la tienda, me detuve un momento y miré a mi alrededor, intentando decidir qué hacer a continuación. Una tienda de magdalenas captó mi atención y, aunque yo era más de tartas de chocolate, el cartel rosa y los cojines mullidos del escaparate acabaron convenciéndome.

De repente, mientras estaba cruzando la calle, sonó mi teléfono. Cargué todas las bolsas en mi mano derecha y busqué el móvil en mi bolso con la izquierda. Era Skye, y contesté enseguida esperando que tuviera noticias.

—¡Hemos pasado a la siguiente ronda! —exclamó.

—¡Genial! Aún no he podido comprobar mi correo electrónico. ¿Cuándo es?

—Nos han dado tres opciones. Una es mañana, la otra el viernes y la tercera el lunes que viene. Todas a las siete.

—Cualquiera de esos días me viene bien, así que tú eliges.

—Vale, responderé enseguida. Tess, estoy tan emocionada. Ayer, luego de que nos despacharan tan rápido, no sabía qué pensar...

—Nos dieron turnos de quince minutos a todos, Skye. Creo que nos pareció más rápido porque fuimos nosotras mismas las que expusimos.

—Tienes razón. Bueno, me preocupé por nada, porque lo hemos conseguido. Me muero de ganas por continuar con el proceso de selección.

—Por cierto, estoy justo frente a un local de magdalenas que tiene una pinta increíble. ¿Quieres que compre algunas y me pase por tu casa para celebrarlo? —No había mejor manera de celebrar una buena noticia que pasando un buen rato con mi hermana, su marido y mi sobrino.

—Vaya, no puedo. Hemos quedado para ir a cenar a casa de la hermana de Rob.

—Jo, estoy haciendo pucheros ahora mismo, pero pásatelo bien.

—Gracias, Tess. Estoy muy emocionada por esta oportunidad.

Sonreí.

—Yo también, hermanita.

Hubiera podido pensar que eso había sido una señal para ignorar el local de las magdalenas, pero en lugar de eso me acerqué para echar un vistazo más de cerca al escaparate. Para mi sorpresa, tenían un trozo de tarta de chocolate en una bandeja dorada. No podía dejarlo pasar, ¿no?

Mi emoción creció a pasos agigantados cuando nos confirmaron que nos reuniríamos con ellos para una cena el jueves. Aquel día estuve nerviosa desde que me levanté.

No tenía reuniones, así que trabajé desde casa. Pasé todo el día en el sofá, con pantalones de yoga y una camiseta holgada, tratando de avanzar en una hoja de cálculo con proyecciones presupuestarias. Sin embargo, no fui muy productiva.

Intentaba imaginarme cómo transcurriría la velada. ¿De qué querrían hablar? ¿De nuestros diseños? ¿De los detalles de nuestros planes con respecto al futuro de la empresa? Se me ocurrían más preguntas de las que podía responder.

Me presioné el pecho con la palma de la mano e inspiré con fuerza. Necesitaba relajarme para poder dar lo mejor de mí esa noche. Me puse en posición de meditación, apoyé las manos en las rodillas y cerré los ojos. Probé una de las técnicas que me había enseñado recientemente mi instructor de yoga: visualizar que estaba a los pies de un árbol muy viejo y muy grande y que su majestuosa copa se mecía con el viento. Había dado resultado durante la clase de yoga. Incluso podía jurar que sentí una ligera brisa en la piel.

Sonreí. Sí, en aquel instante no estaba viendo ningún árbol en mi mente. En su lugar, veía un par de preciosos ojos azules. Sin duda, los ojos de Liam Harrington eran más cercanos al color de una aguamarina. También podía visualizar el resto de su cuerpo con lujo de detalles. Todo, desde su definida mandíbula hasta sus marcados brazos había quedado registrado en mi

memoria. Aquel hombre era realmente un deleite para la vista. Podría recorrer su cuerpo con la boca durante días.

Sin dejar de sonreír, abrí los ojos. Vaya, no era que estuviera relajada ni mucho menos, pero era divertido.

Me recordé a mí misma que *esa noche no podía devorarlo con la mirada*. Lo único que tenía que hacer era causar una buena impresión, nada más. Esperaba que la ardiente energía que había reinado entre nosotros en la taquilla antes de marcharme se debiera solo a mi percance con el sujetador. Realmente esperaba eso, porque si aquel hombre volvía a clavarme esos increíbles ojos azules, podría entrar en combustión. Mis bragas estaban en llamas solo de pensarlo.

Media hora antes de que Skye llegara a mi casa, me vestí con otro conjunto cañero. Esa vez, era un vestido negro envolvente de manga corta que combiné con unos *stilettos* verde oscuro de tacón plateado y un *clutch* a juego. También llevaba unos enormes pendientes redondos de color plateado y el cabello hasta los hombros en delicadas ondas que me hice con una plancha rizadora. Al final, me pasé una mano por el pelo para que los mechones rubios resaltaran más.

Cuando llegó Skye, yo ya estaba muy nerviosa. El lugar de la cena estaba más cerca de mi zona de residencia que la suya, así que decidimos quedar en mi casa y salir juntas.

Llevaba un precioso vestido de seda color crema y un abrigo negro de cachemir. Yo me puse un abrigo a juego; nos los compramos juntas como regalo cuando habíamos alcanzado nuestro más reciente hito: el millón de productos vendidos.

—¡Oh-oh! —exclamé, señalando su cara—. Veo una expresión de preocupación. Tranquila. Vamos a petarlo.

Skye hizo pucheros.

—Eso espero. ¿Cómo es que tú no estás preocupada?

Me reí.

—Lo estoy, solo que lo disimulo mejor.

Con un suspiro, tomé la mano de mi hermana entre las mías y la miré directamente a los ojos.

—Hermana, tienes que prometerme que me controlarás.

—Tess, eso es imposible.

—Sabes que a veces me emociono demasiado con las cosas.

Skye apartó la palma de la mano de entre las mías y luego me agarró las mejillas con ambas manos.

—Lo haces todo con gran intensidad. Podría asegurar que ni siquiera sabes cómo hacer las cosas de otra manera.

Tenía razón. Yo celebraba las buenas noticias con mucha euforia y, en general, me gustaba armar un gran alboroto por todo. Una vez, cuando nuestro hermano Cole volvió de un viaje al extranjero, lo esperé con un cartel de **“Bienvenido a casa”** en el aeropuerto. También había querido comprar globos, pero Skye y Ryker me disuadieron.

—Solo asegúrate de que no haya incidentes en el baño y todo irá bien —dijo Skye con una sonrisa.

Gruñí.

—No te burles de mí por eso. Estoy intentando fingir que no ha pasado.

—Espera un momento... te estás sonrojando. Te gusta Liam, ¿no?

¿Por qué iba a negarlo?

—Bueno, está superbueno, pero voy a ignorar ese detalle. O al menos intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque si van a invertir, es mejor no mezclar las cosas. Con mi pésimo historial de citas, podría convertirse en un desastre.

Podía escribir un libro entero sobre malas citas. Una que tenía grabada en la memoria incluso al cabo de mucho tiempo era la de un tío llamado Lloyd. Le pillé pidiéndole el número a la camarera. Cuando le planté cara, dijo que quería tener una alternativa en caso de que no me fuera a casa con él. Por supuesto, ese tío no tuvo sexo aquella noche.

Y luego estaba el caso de Francis, que se esforzaba por averiguar cuánto ganaba en mi trabajo y lo grande que era mi apartamento, porque quería asegurarse de que no estaba buscando un *sugar daddy*.

—Ah, vale. Buena observación.

—Así que esta noche solo se trata de causar una buena impresión.

La gente que no me conocía a veces pensaba que era rara, pero debía reconocer que esa noche estaba un poco preocupada por mí, por si diría algo inapropiado o transmitiría una sensación extraña. Normalmente no me importaba, pero esa vez quería dejar una buena imagen. Si aquella cena no salía bien, tendríamos que volver a buscar otro socio, y se nos acababa el tiempo.

—Sé tú misma —dijo Skye—. Si no les gusta eso, es que no son adecuados para nosotras.

Le di un rápido abrazo a mi hermana, agradecida de que aceptara mi alocada personalidad. Sabía lo mucho que deseaba conseguir esa asociación, así que estaba decidida a no estropearlo todo. Me froté las manos con entusiasmo cuando el coche aminoró la marcha y sonreí a mi hermana mientras subíamos al Honda.

—Vale, demostrémosles que somos todo aquello que no sabían que querían y necesitaban.

Skye se echó a reír. Incluso el conductor se rió, mirándonos por el retrovisor.

Un rato después, llegamos a The Edge, uno de los restaurantes más elegantes del Upper East Side. Me acomodé el vestido al salir del coche y subimos con cuidado los escalones de piedra hasta la puerta. Había oído hablar de ese restaurante, pero nunca había entrado. Justo al lado de la entrada había una mesa redonda alta con un cartel que ponía **“Por favor, espere a que le asignen mesa”**. También había un cartel más pequeño con las palabras **“Si no le atienden, llame al timbre”**. Entonces, Skye pulsó el botón del timbre de latón antiguo, y de inmediato una camarera rubia se apresuró hacia nosotros.

—¿Han venido a la cena de Harrington & Co.? —preguntó casi sin aliento.

—Sí —respondí.

—Perfecto. La cena es en el salón de la izquierda.

—Gracias —dijo Skye.

—Barbilla alta, hombros rectos —le dije a mi hermana sonriendo. Ella me devolvió la sonrisa. Ese había sido mi lema desde que los niños la molestaban en el colegio, y se me quedó grabado.

—¿Qué táctica usaremos? Divide y vencerás, ¿no? —preguntó.

—Sin duda. Tenemos que hablar con los tres.

—Te dejaré a Harrington a ti. —Bajó la voz a un susurro mientras movía las cejas de arriba abajo. No tuve oportunidad de responder antes de entrar en el salón.

Era precioso, aunque un poco oscuro. Las paredes estaban pintadas de un moderno gris hormigón y las lámparas eran de latón antiguo con bombillas amarillas. Era una mezcla muy interesante, una especie de *El Gran Gatsby* mezclado con la Nueva York de nuestra época.

Había alrededor de una docena de mesas altas y redondas repartidas por el lugar, y todo el mundo estaba de pie a su alrededor. El bullicio se oía incluso por encima de la tenue música de

jazz. Aunque el salón estaba abarrotado, pude divisar a Liam enseguida. Era imposible no percibir su presencia, ya que era realmente intensa e imponente. Todos los miembros del grupo con los que hablaba se mantenían a unos metros de distancia, como si se sintieran demasiado intimidados para acercarse más.

En ese momento, se dio la vuelta y me miró directo a los ojos. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, sentí que estaba clavada en el suelo.

Acto seguido, se dirigió hacia nosotras, y esa sensación de estar atada a él por una cuerda invisible se intensificaba a cada paso que daba. Tuve la idea de apartar la mirada, pero era de mala educación. Mientras Skye le estrechaba la mano, se me cortó la respiración y las palmas de las manos me empezaron a sudar ligeramente.

—Bienvenida, Skye... y Tess.

Me cogió la mano y, en cuanto nos tocamos, fue como si una corriente de electricidad recorriera todo mi cuerpo. Me invadió un deseo inexplicable de estar más cerca de él. Esa vez, no pude evitar desviar la mirada. Hubiera podido jurar que le vi sonreír por el rabillo del ojo ante mi timidez.

Al instante, Rebecca se unió a nosotros y Skye entabló conversación con ella, adentrándose en el salón.

Exacto. Divide y vencerás. Estaba allí para impresionar, no para derretirme solo porque me encontraba de pie a poca distancia del hombre más sexy del planeta.

No tenía ni idea de cuándo había pasado de estar buenísimo a ser el hombre más sexy del planeta, pero tenía la corazonada de que había ocurrido en los pocos segundos que había tardado en cruzar el salón. En mi defensa debía decir que, como el lugar estaba tan poco iluminado, sus preciosos ojos resaltaban aún más. Además, llevaba una camisa blanca que le quedaba tan bien que resultaba imposible no sentirme atraída. Podía imaginarme con absoluta claridad todos esos músculos que se escondían bajo la tela y todas las formas en las que le demostraría mi aprecio por ellos.

—No hay tanta gente como esperaba —dije.

—Hemos dividido a los candidatos en tres grupos, así que no todos están presentes esta noche. Queríamos tener la oportunidad de interactuar a fondo con todos.

—Bien pensado.

Volvió a mostrarme su sonrisa con hoyuelos y tuve que recordarme a mí misma que no debía mirarle.

—Entre tú y yo, lo que más me apetecía era verte a ti —dijo en tono de conspiración.

Tragué saliva y aparté un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¡Liam! ¿No habías dicho que ibas a hacer un esfuerzo por comportarte?

—Es justamente lo que estoy haciendo ahora mismo —dijo con una fingida expresión seria—. Pero como puedes ver, estoy fracasando.

Inspiré y espiré con rapidez, sintiéndome un poco aturdida. ¿Cómo era posible que un pequeño flirteo me afectara tanto?

—Bueno, pues veamos si consigo mantenerte por el buen camino —dije con descaro, esperando que no se diera cuenta de lo mucho que me gustaba su lado coqueto—. Hazme un resumen de lo que va a pasar.

—Esta noche se trata de conocernos —dijo al cabo de unos segundos—. Es importante que las partes congenien en una colaboración. Por tu discurso, me di cuenta de que te apasiona lo que haces y de que tu negocio es muy personal para ti. Eso me gusta. Siempre da a los empresarios la motivación para dar un paso más, incluso cuando las cosas se ponen difíciles.

Asentí, contenta de que se hubiera dado cuenta y apreciara aquello.

—Es muy personal. Es algo que mi hermana y yo construimos juntas. Estamos muy unidas. Toda nuestra familia lo está.

—Me lo imagino.

—¿Tú estás unido con tu familia? —No tenía ni idea de por qué había preguntado eso. No era relevante, y sin embargo quería saber la respuesta.

La sonrisa de Liam se acentuó.

—Eso es muy personal.

Maldita sea, sabía que me había excedido.

—Pensé que ese era el objetivo de esta noche. Conocernos el uno al otro.

Se rió.

—Cierto, pero la verdad es que no he visto venir esa pregunta. Y para darte una respuesta, sí, estoy muy unido a mi abuela.

No dijo nada sobre otros miembros de la familia, pero incluso yo era consciente de que era de mala educación insistir en el tema.

—Vamos, Tess. Puedo notar que quieres seguir preguntando. No tengo nada que ocultar. ¿Qué más quieres saber?

Se me ocurrieron un millón de preguntas. Quería saber qué tipo de persona era en su vida privada. ¿Cruzaba la calle con el semáforo en rojo? ¿Era el tipo de persona que veía a un vagabundo y pensaba que había terminado en la calle porque no quería trabajar? ¿O le daba unos dólares? No sabía por qué, pero me importaba conocer las respuestas. Quería averiguar más sobre su carácter.

Antes de dar rienda suelta a mi alocada personalidad ante él, tenía una confesión que hacerle.

—En honor a la completa honestidad, debes saber algo sobre mí: soy inoportuna el noventa y nueve por ciento de las veces. Hablo demasiado, hago demasiadas preguntas y exijo respuestas demasiado detalladas.

Liam soltó una risita y el sonido casi hizo que me derritiera.

—Me alegra saberlo. Pues adelante, no me importa.

Le devolví la sonrisa. Estaba claro que intentaba tranquilizarme, pero no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Le miré a los ojos, tratando de descifrarle.

—Haz la prueba. No muerdo, Tess. A menos que insistas.

Santo cielo. Liam no solo estaba tratando de tranquilizarme, ¿verdad? Estaba flirteando abiertamente conmigo. ¿Acaso tenía alguna intención real de comportarse?

Mi cara se encendió al instante. Mi mantra pasó de “no devorarlo con la mirada” a “no devolverle el coqueteo”. Sin embargo, a juzgar por el brillo ardiente de sus ojos, estaba destinada a fracasar.

Capítulo Cinco

Liam

Antes de acudir a la cena de aquella noche, me había propuesto comportarme lo mejor posible y, sin embargo, a los pocos minutos de verla, ya estaba flirteando.

Tenía que hacer un esfuerzo. Un *verdadero* esfuerzo.

—¿Qué hizo que te decidieras a iniciar una empresa de inversiones? ¿Por qué no disfrutar de todo ese dinero que conseguiste cuando vendiste la aplicación InvestMe? —preguntó Tess.

A pesar de que la información estaba a la vista de todos, la pregunta me resultó inesperada. Nuestra trayectoria figuraba en el sitio web de Harrington & Co. y allí también se incluían los detalles sobre la venta de nuestra aplicación.

Tuve que pensar un momento en su pregunta antes de responder.

—Recibí el consejo de algunas personas a las que respeto mucho de pensar en el futuro, no solo en el presente. Y por personas, en realidad me refiero a mi abuelo.

Organicé una gran fiesta para celebrar la venta. Mis abuelos no habían estado presentes, insistiendo en que era para gente joven, pero me pidieron que los visitara al día siguiente para almorzar juntos. Tenía demasiada resaca para llegar a tiempo, de modo que al final acabé yendo a cenar. Mi abuelo me echó una larga mirada y luego me dijo que me iban a dar una sola oportunidad de hacer las cosas bien, que no me habían educado para tirar mi vida por la borda y que esperaban que les hiciera sentir orgullosos.

Tess me ofreció una amplia sonrisa y, joder, me encantó esa imagen. Se iluminó por completo. Sospeché que bajo todo su fuego y determinación había una capa de calidez. Me entraron ganas de averiguarlo. Por supuesto, no tenía por qué averiguarlo. Se trataba de negocios, no de placer, y yo nunca mezclaba las dos cosas.

¿Eso sería lo que supondría trabajar con ella? ¿Un constante ejercicio de autocontrol? Acabaría fracasando, lo tenía claro.

Me aclaré la garganta y señalé una de las mesas.

Los camareros circulaban con bandejas de bebidas, y uno se acercó a nosotros cuando nos dirigimos a la mesa más cercana. Tanto Tess como yo cogimos un vaso de agua.

—¿Qué sueles hacer en tu tiempo libre? —continuó.

Me sentí como si estuviera en una entrevista universitaria, pero una en la que tenía especial interés en salir bien parado. Y no lo pensaba en doble sentido.

—Salir a correr.

—¿Ves a tu abuela a menudo?

—Cada dos semanas.

Sus ojos se abrieron apenas unos milímetros y su sonrisa se amplió. Era evidente que aquello era importante para ella. Yo estaba aprendiendo más de sus preguntas que ella de mis respuestas. No mucha gente se atrevería a hablar sobre asuntos tan personales.

Apreté los labios. Podía apostar a que no solo tenía muchas más preguntas en mente, sino que serían aún más personales.

Pero yo también tenía algunas que formular. Disponía de una lista estándar que utilizaba para todos los empresarios. Normalmente, me gustaba seguirla, pero en ese momento lo único que quería era desviarme de la norma e ir de lleno a lo más personal.

—¿Por qué decidisteis abrir un negocio? —pregunté, orgulloso de haberme ceñido a la lista... al menos al principio—. Según vuestro currículum, ambas tenéis experiencia en puestos de

dirección intermedia debido a vuestros trabajos anteriores. Os ha ido muy bien en el mundo empresarial.

Los empresarios solían pertenecer a dos categorías. La primera era la de los jóvenes profesionales, insatisfechos con su trabajo, que sentían que podían ganar más dinero por su cuenta. En el otro extremo estaban los que ocupaban puestos muy altos, tenían mucho dinero y se encontraban en búsqueda de un cambio. Tess y Skye no encajaban en ninguna de las dos categorías. Tess era solo un año más joven que yo y había ocupado un puesto directivo de nivel medio muy bien remunerado.

—Nos gusta trabajar juntas, así que esa parte fue fácil —dijo Tess—. Pero creo que el interés surgió porque siempre me ha costado encontrar la lencería adecuada para mí. Es un tema peliagudo, porque está ligado a la autoestima. En fin... la lencería adecuada hace que las mujeres tengan mayor confianza en sí mismas y nos encanta poder hacer eso por nuestras clientas.

Me gustaba ver la pasión que había en la voz de Tess y su lenguaje corporal. Me resultaba fascinante. A esas alturas ya no tenía sentido negarlo, no podía apartar la mirada de su cuello. Quería acurrucarme en su calor, besarla de manera intensa y profunda, atrapar su labio inferior con mi boca. Apenas pude evitar desplazar la mirada aún más abajo. Era una auténtica bomba con aquel vestido. El cinturón acentuaba sus curvas y me hacía perder el foco.

Céntrate en la lista de preguntas, Harrington.

—¿Pensáis conservar el negocio indefinidamente o venderlo en algún momento? —pregunté.

—No pensamos vender la empresa. ¿Acaso eso supone un problema?

—Para nada. Solo quería saber cuál es tu postura al respecto. —Me gustaba trabajar con empresarios que quisieran dedicarse a colaborar a largo plazo. A menudo, mis colegas se preguntaban por qué no lo incluía directamente en la solicitud inicial que tenían que rellenar los empresarios, pero era una pregunta tan personal e importante que quería mirarlos de manera fija a los ojos cuando me respondían. Necesitábamos cierto tiempo con cada inversión para recuperar nuestro dinero, y una venta temprana no nos proporcionaba un buen rédito. Además, si el cliente se mostraba comprometido, significaba que trabajaría muy duro en beneficio de todos los implicados.

Asentí, luchando por mantener mi mirada lejos de su boca mientras acercaba el vaso a sus labios. Detrás del borde, alcancé a ver que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba.

—Estás intentando ocultar una sonrisa —dije.

—Lo admito.

—¿Por qué? —Me acerqué más a ella, disfrutando de ver cómo se dilataban sus pupilas.

—Pensé que esta noche era para conocernos, pero las preguntas que haces son muy... rígidas.

Me desafiaba de un modo que nadie se atrevía a hacer, y menos una candidata. Me di cuenta de que simplemente hacía las cosas a su manera, lo cual me gustó.

—¿Prefieres que te siga contando todas las razones por las que no puedo dejar de flirtear contigo?

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿No hay término medio?

—Al parecer, cuando se trata de ti y de mí, no.

Exhaló con fuerza. Por instinto, toqué la parte baja de su espalda, apartándola hacia un rincón más oscuro del salón. No pude evitar notar el ligero escalofrío que recorrió su cuerpo. Sentí unas ganas irrefrenables de aprisionarla contra la pared y besarla hasta hacerla estremecer.

—Tengo una lista, Tess. Lo mejor para los dos será que me ciña a ella. No tienes ni idea de lo personal que quiero ponerme. —La miré directamente a los ojos para que no confundiera mis

intenciones.

Humedeció sus labios y volvió a llevarse el vaso a la boca como si fuera un escudo.

—Vaaale. Entonces, mejor respetemos esa lista.

No pude evitar acercarme un poco y bromear con doble sentido.

—¿Acaso no me habías dicho que te parecía demasiado rígida?

—Liam...

No podía dejar de pensar en lo placentero que sería sentir el contacto de sus labios con los míos. Pero me recompuse y me centré en lo que tenía que hacer.

Se suponía que esa noche, una vez que terminara con mis preguntas, debía socializar con el resto de los candidatos, pero lo único que quería era averiguar más cosas sobre aquella fascinante mujer. Quería llevarla a algún lugar donde pudiéramos estar a solas.

No obstante, me percaté de que Becca me estaba haciendo señas desde el otro extremo del salón, levantando las cejas. Fue entonces cuando supe que era hora de cambiar de interlocutor.

—Tess, debo reunirme con los demás también. Ha sido un placer hablar contigo.

—Bastante informativa, ¿no? —bromeó.

—Mucho. Mira, los camareros han traído comida mientras hablábamos.

Volví a poner una mano en la parte baja de su espalda, guiándola hacia la mesa del bufé. Se enderezó y volvió a humedecerse los labios. Joder, la manera en que reaccionaba a aquel simple contacto me estaba volviendo loco.

—Vaya, realmente os lo habéis currado —murmuró Tess cuando llegamos a la mesa. Colocó su bolso sobre ella mientras cogía un plato.

Resultó que estaba abierto y su móvil quedaba a la vista, así que no pude evitar notar que la pantalla estaba encendida con un mensaje de un tal Kevin. Aparté la mirada, no quería entrometerme en su esfera personal, pero alcancé a ver unos ridículos emojis en forma de corazón. ¿Ya estaba pillada? Eso no me gustaba nada.

—Queríamos asegurarnos de que hubiera algo para todos. Disfrútalo, Tess.

Le apreté ligeramente el brazo antes de soltarla. Por lo general, no acostumbraba tocar a la gente, sobre todo si no existía una relación de confianza, pero cuando se trataba de Tess Winchester, parecía querer hacer las cosas de manera diferente.

Capítulo Seis

Liam

—Esto sí que es divertido —dijo Becca unos días después—. Ojalá nos hubiéramos reunido unas tres horas más tarde.

David, Becca y yo estábamos desayunando en la azotea del edificio. También nos acompañaba mi becario Dexter, pero ninguno de los otros becarios había conseguido llegar a tiempo. El día anterior habíamos tenido la cena con el último grupo de candidatos, así que, una vez que se marcharon del restaurante, intercambiamos impresiones. Luego pedimos vino y para cuando nos dimos cuenta se nos había pasado la velada.

—Va a ser un día largo —dije.

La noche anterior habíamos decidido con qué empresa íbamos a colaborar: Soho Lingerie.

—Tenemos que comunicárselo a las representantes de Soho Lingerie. Los abogados ya han enviado el contrato. Deberíamos volver a comprobarlo —dije.

David hizo una mueca de disgusto.

—Eso es algo que sueles hacer tú, Liam. Los abogados se encargarán de hacer lo suyo.

Le miré fijamente hasta que levantó las manos.

—Vale, vale. Yo también revisaré el contrato.

Los abogados hacían muy bien su trabajo, por supuesto. Teníamos un contrato estándar, pero lo adaptaban a las necesidades del negocio de cada solicitante, personalizándolo. Me gustaba comprobarlo todo dos veces. Era una deferencia para todas las partes involucradas, y siempre insistía en que lo hiciéramos.

—Dios, ¿te imaginas cómo sería la vida con un Liam más relajado? —preguntó David.

Becca entrecerró los ojos como si estuviera considerándolo.

—Sinceramente, no. Ha sido así desde el primer día en que nos conocimos en Wall Street. Siempre tenso y riguroso en cuanto al cumplimiento de las normas. Creo que nunca ha querido saltarse ninguna.

Aquella afirmación había sido cien por ciento cierta hasta que conocí a Tess. Algo en ella me invitaba a ignorar todas las reglas. Pero Becca y David no tenían por qué saberlo.

—¿Os parece que decidamos quién será el mentor de Soho Lingerie? —preguntó Becca.

Negué con la cabeza.

—Esperemos hasta después de firmar el contrato.

A veces los tratos no llegaban a buen puerto, y si eso ocurría, tendríamos que contactar a nuestro segundo mejor candidato. No quería entrar en detalles sobre quién sería su mentor hasta que todo estuviera firmado.

—Cierto —dijo David—. Bueno, ya que eres tan estricto con las normas y me vas a hacer quedarme aquí hasta medianoche si hace falta, empezaré a revisar todos los detalles del contrato.

—Perfecto.

Becca gruñó.

—¿Por qué le das el gusto? Lo único que vas a conseguir es que se vuelva más insufrible.

—Eso es imposible.

Le lancé mi pelota antiestrés a David. Rebotó y golpeó la oreja de Becca.

Di un puñetazo al aire en señal de acierto.

—Dos pájaros de un tiro.

Becca se rió.

—Vale, yo también me pondré con lo del contrato. Pero hoy la azotea es mía.

—Por mí, no hay problema. Dexter, vamos, bajemos.

—Claro. —De camino a mi despacho, añadió—: Espero que acabes siendo el mentor de Soho Lingerie. Esa tal Tess es increíble. Voy a invitarla a salir en cuanto se firmen los papeles.

Me detuve en seco a mitad de camino. Respiré hondo y me di la vuelta lentamente.

—No, no lo harás.

—¿Qué?

—Tess Winchester es territorio prohibido.

—Pero si no lleva ningún anillo puesto.

Le miré directo a los ojos, metiéndome las manos en los bolsillos.

—Va a ser socia de la empresa.

—No hay ninguna cláusula que diga que no podemos invitar a salir a los candidatos.

Se me desencajó la mandíbula y le clavé la mirada.

—Entendido, jefe. He recibido el mensaje. Me retiro.

—Perfecto.

Me fui a mi despacho, plenamente consciente de que era un hipócrita. Habían pasado cinco días desde aquella cena y aún no podía dejar de pensar en ella. No pude apartar los ojos de aquella mujer en toda la velada. Era como una diosa sexy y una torpe tontorrón, todo en uno, y aunque nunca me había imaginado que lo segundo me parecería una característica encantadora, así era.

Era tan auténtica, tan diferente a todas las mujeres con las que había salido. Tampoco era casualidad que no hubiera tenido una cita desde el día en que conocí a Tess. Podía achacarlo a mi carga de trabajo, pero la verdad era que solo quería quedar con ella. Pero lamentablemente, eso se complicaba, sobre todo después de haber decidido hacer negocios con Soho Lingerie.

Me senté en mi silla y, en lugar de revisar el contrato, busqué el número de Tess en su solicitud y lo ingresé en mi teléfono. Por lo general, delegábamos en nuestros becarios la tarea de comunicarse con los candidatos que seleccionábamos, pero esa vez quería hacerlo personalmente.

Envié a Dexter un breve correo electrónico, informándole de que sería yo quien comunicaría la buena noticia a Soho Lingerie. Probablemente pensaría que lo hacía por su comentario anterior. Estaba molesto con Dexter, sí, pero quería ser yo quien le diera la buena noticia a Tess. Quería ser el primero en escuchar su reacción.

Tess no contestó de inmediato y, cuando lo hizo, parecía estar sin aliento.

—¡Hola!

—Tess, soy Liam.

—Lo siento, no encontraba mi móvil. Lo he buscado por toda la trastienda y al final lo he encontrado debajo de un montón de bragas.

Apenas pude reprimir un gruñido. De repente, había aparecido una imagen de Tess probándose bragas en mi mente. Joder, no podía empezar nuestra conversación de esa manera. Tenía que serenarme.

—No eran mis bragas. Eran... no importa.

—Tess. Buenos días a ti también.

—Lo siento, solo me he tomado un café en todo el día, así que estoy divagando aún más de lo habitual.

Era adorable. Podía imaginarme el rubor en sus mejillas al hablar, la manera en la que intentaría evitar mirarme si estuviera delante de ella.

—No te preocupes. Ha sido un interesante tema de conversación.

Hizo un sonido extraño, como si se hubiera tragado la lengua.

—Buenos días —dijo al cabo de unos instantes—. ¿Podemos empezar de nuevo?

—Ni hablar.

—Te gusta tomarme el pelo, ¿no?

—Me encanta.

También me gustaba hacerla sonrojar, pero era demasiado pronto para hacer esa confesión.

—Tengo excelentes noticias para ti, Tess.

—¡Dios mío, no! ¿Podrías esperar hasta que esté con Skye? Si eran buenas noticias, había planeado todo para compartir este momento con ella.

—¿Y si hubieran sido malas noticias?

—Humm... lo habría asimilado y hubiera buscado la manera más sutil de contárselo.

Me quedé sin palabras, y eso no era propio de mí.

—Si quieres puedes enviarme un mensaje cuando estés con Skye y te llamaré de nuevo.

No podía creer que estuviera planteando aquello, pero no quería que me tachara de estirado. Sentí un deseo inexplicable de complacerla.

—No, esa no es una opción. Se daría cuenta de que ya lo sé. Creí que llamaríais a los candidatos por la tarde. He quedado con Skye a las seis. —Su tono era casi acusador.

Me reí, mientras me reclinaba en la silla.

—Pensé que sería mejor acortar el tiempo de espera.

—Así que realmente hemos quedado seleccionadas, ¿verdad?

—Sí. Estamos redactando el contrato y os lo enviaremos esta tarde. Puedes tomarte el tiempo que quieras para revisarlo y, por supuesto, algunos puntos son negociables. Si preferís no aceptar el trato, lo entenderemos, pero esperamos que lo hagáis.

—Vaya. Skye se pondrá muy contenta.

Algo en esa frase me molestó. ¿Ella no estaba contenta? ¿Acaso no quería todo aquello?

—Voy a pensar en una manera guay de darle la noticia.

—¿Vais a celebrarlo?

—Pues claro. Por todo lo alto.

—¿Qué supone eso? —Estaba haciendo preguntas personales de nuevo, algo que no solíamos hacer con los representantes de las empresas con las que colaborábamos.

—Champán, por supuesto, y mucha comida. Estoy pensando en un plato de quesos franceses y suizos.

—Así que te gusta el queso.

—¡Claro! Incluso me gustan los simples macarrones con queso. Me apunto a todo lo que sea cremoso y lleno de calorías.

—¿Y qué hay del champán? ¿Algún tipo en especial?

—En realidad, sí. Me gusta el Brut Traditionnel de Bardoux. Solo se produce en pequeños lotes, así que tengo que ir a Dumont Gourmet, cruzando los dedos para encontrarlo. No quería comprarlo antes de saber si nos aceptarían. No quería gafar nada.

—Veo que te tomas muy en serio las celebraciones.

—Claro que sí. Incluso... —Se detuvo de golpe.

—¿Incluso qué?

—No importa.

—Tess...

—Es demasiado vergonzoso para decirlo en voz alta, incluso para mí.

—Ahora estoy aún más intrigado. Dímelo. Creo que tú y yo hemos cruzado el umbral de la vergüenza desde la primera vez que nos vimos.

—No puedo creer que saques ese tema —susurró.

Me reí entre dientes, imaginándola nerviosa y sonrojada.

—Tengo que confesarte algo. Me gusta burlarme de ti, Tess. Hacer que te ruborices. Aunque no esté allí para verlo, puedo imaginármelo con lujo de detalles.

—Eres muy cruel.

—No, solo débil ante ti.

—Ah, ¿así que no flirteas con todas las mujeres que conoces?

—Solo contigo. Te lo aseguro.

Se aclaró la garganta.

—Bueno, vamos a trabajar juntos, así que deberíamos comportarnos. ¿Por qué mejor no me cuentas acerca de los siguientes pasos a seguir?

Tenía razón. Necesitaba controlarme.

—Hoy os enviaremos el contrato por correo electrónico. Dentro de un plazo de catorce días necesitamos saber si queréis seguir adelante con la colaboración.

—Entendido. Gracias por llamar para avisarme. Que tengas un buen día.

—Igualmente. Ah, Tess. La próxima vez que te vea, haré que me cuentes todo sobre tus extravagantes hábitos de celebración. Cueste lo que cueste.

Alcancé a oír su agitada respiración justo antes de que se cortara la llamada.

En lugar de centrarme en el contrato, abrí la página web de Dumont Gourmet en mi navegador, comprobé dónde estaba el más cercano y pedí una botella del champán favorito de Tess. Quería hacerla sonreír.

No tenía ni idea de cómo me las ingeniaría para trabajar con aquella mujer sin intentar conquistarla.

Capítulo Siete

Tess

—Espere, yo no he pedido esto —le dije al repartidor de Dumont Gourmet. Estaba delante de la tienda, con una botella de mi adorado Brut Traditionnel de Bardoux. Solo había mirado en Internet para ver si lo tenían disponible y pensaba recogerlo más tarde.

La hermana de mi cuñado era la propietaria de Dumont Gourmet, pero ella no podía saber que yo pensaba pedirlo.

—No, es un regalo. El remitente es un hombre de apellido... —Hizo una pausa, revisando una lista en su teléfono—. Harrington.

Se me aceleró el pulso. Cogí la botella y la examiné de cerca. Me moría por conocer más detalles. ¿En qué momento había pedido Liam la botella? ¿Acaso había programado la entrega porque sabía cuándo saldría de casa? Decidí no interrogar al repartidor ya que, a juzgar por su abultada mochila, parecía que tenía muchas paradas que hacer.

En cuanto se marchó, cogí mi móvil y me dirigí a la trastienda; la parte delantera estaba abarrotada de clientes y no quería estorbar.

La fachada de la tienda era muy elegante, con sofás de terciopelo y lámparas doradas. Estábamos decididas a hacer de la compra de lencería una experiencia agradable para todas. Niñas en transición hacia la feminidad, mujeres adultas que querían expresar su sensualidad o madres que estaban aprendiendo a sentirse sexys de nuevo. Teníamos algo para todo el mundo y estábamos orgullosas de ello.

Habíamos reformado la trastienda unos meses atrás porque pasábamos mucho tiempo en ese lugar jugando con las opciones de personalización. La habitación carecía de ventanas, así que teníamos media docena de lámparas situadas en las esquinas y focos en el techo. También era el lugar donde guardábamos parte del inventario, de modo que las paredes estaban repletas de estanterías de metal de color negro.

La sedosa alfombra de terracota era la pieza central, junto con los dos sillones verde oscuro y la otomana. Si bien era cierto que el espacio no contaba con ventanas, estaba lleno de vida. Habíamos colgado cuadros por todas partes, por lo que a simple vista no se notaba la ausencia de luz natural.

Ni siquiera intenté moderar mi sonrisa mientras escribía.

Tess: ¿Me has enviado una botella de champán?!

Liam: Sí.

Tess: ¿Por qué?

Liam: No lo sé. Un impulso. Quería darte una sorpresa.

Tess: Y vaya si me has sorprendido. Estaba a punto de salir para encontrarme con Skye.

Liam: Lo sé. Dijiste que habías quedado con ella a las seis.

¡Vaya, qué detalle!

Liam: Quizá también sea un regalo para caer en gracia. Así será más fácil que la próxima vez me cuentes todo sobre tus hábitos extravagantes...

Mierda, estaba flirteando de nuevo. Era mucho más fácil resistirse a responder al flirteo por teléfono que cara a cara. Iba a ser nuestro socio, no había lugar para nada más. Además, tal y como marchaban mis relaciones, las probabilidades de que la siguiente se fuera al garete eran del noventa y nueve por ciento.

Liam: ¿Qué estás haciendo ahora?

Tess: Trabajando en más opciones de personalización.

Liam: ¿Quieres enviarme fotos?

Solté una carcajada, negando con la cabeza.

Tess: Me los estoy probando.

Liam: ...

Tess: ¡¡¡Liam!!!!

No respondió, así que envié otro mensaje mientras me sentaba en la otomana redonda de terciopelo rojo, cruzando las piernas.

Tess: Te estaba regañando. ¿Se intuye en la escritura?

Liam: No mucho. Te estoy imaginando probándote las prendas.

Una oleada de calor recorrió mi cuerpo como un reguero de pólvora, desde la parte superior de la cabeza hasta los dedos los pies.

Liam: Sé que es terreno pantanoso, pero me gustas, Tess. Eres impulsiva y decidida, y sin duda la persona más interesante que he conocido en años. Amable, cálida, y jodidamente sexy.

Vaya... Tuve que leer su mensaje varias veces para poder asimilar cada una de sus palabras. No tenía ni idea de qué responder, así que decidí tomarle el pelo.

Tess: Aun así, no te enviaré ninguna foto.

Liam: No lo he dicho para que cambiaras de opinión al respecto. Solo estaba siendo sincero.

Y precisamente porque estaba siendo sincero, yo estaba en llamas. Podía jurar que mis bragas estaban ardiendo. Me puse en pie, demasiado nerviosa para quedarme sentada.

Tess: Gracias :)

En lugar de responder, me llamó. Durante unos segundos, titubeé, porque no estaba segura de que oír su voz fuera a aplacar el fuego, pero era nuestro inversor. Tenía que encontrar la manera de trabajar con él.

—Hola —dije.

—Lo creas o no, en realidad quería mandarte un mensaje sobre negocios.

Pude percibir la sonrisa en su voz y no pude evitar sonreír yo también.

—No me digas...

—Así que he decidido llamarte.

—¿Y crees que eso mejorará la situación?

—No lo sé, Tess. Ya veremos. —Después de un instante, añadió—: Quiero que nos conozcamos mejor. Sé que es preferible no mezclar negocios y placer, pero no puedo evitarlo. Me siento locamente atraído por ti y creo que es mutuo. ¿Me equivoco?

—No —admití. Unas mariposas vagaban por mi vientre—. Pero no sé si deberíamos correr ese riesgo.

—Piénsatelo, ¿vale? —Su voz era relajada. Agradecí que no insistiera, porque necesitaba tiempo para procesarlo.

—Vale. Enviaré cualquier pregunta que tengamos sobre el contrato por email.

Tras colgar, me quedé mirando la botella y al instante la abracé contra mi pecho.

Estaba de muy buen humor. Un reputado inversor había decidido trabajar con nosotras y tenía una botella de nuestro champán favorito. ¿Cómo no iba a estar contenta?

Celebrar los logros era una tradición en mi familia, siempre había insistido en ello. Todos teníamos obstáculos que superar, así que había que disfrutar y celebrar las cosas buenas.

Me dirigí a casa de Ryker. Skye se reuniría con nosotros allí. Como mi hermano trabajaba en Wall Street, queríamos escuchar su opinión sobre el contrato. Él sabría si los términos y condiciones eran justos.

De camino, recibí un mensaje y fruncí el ceño al leerlo.

Kevin: ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

Adjunta había una foto de una rubia guapísima.

Kevin era el propietario de un *food truck* no muy lejos de nuestra tienda. Nos habíamos conocido unos meses antes cuando le compré comida para el almuerzo. Pensé que congeniábamos, así que, al mejor estilo Tess, muy optimista, le invité a salir. Me rechazó amablemente, diciendo que yo no era su tipo y que prefería que fuéramos amigos.

Desde entonces, se mantuvo en contacto, la mayoría de las veces pidiendo consejos sobre las mujeres. Barajé la idea de ignorarle, pero no quería ser grosera, ya que había sido sincero. Sin embargo, al ver la foto, no pude evitar preguntarme: *¿Qué tiene ella que no tenga yo?* Me dolía.

Tess: No veo por qué no :)

Listo, era una buena respuesta y no daba pie a más conversación.

Por suerte, no me envió más mensajes.

Mi hermano vivía en un precioso apartamento no muy lejos del SoHo, en la planta cincuenta y cuatro de un rascacielos. Me hacía ilusión volver a ver a mi sobrina Avery para darle el regalo que le había comprado en NoLIta. Lo saqué de la bolsa mientras salía del ascensor, alisando el bonito envoltorio rosa y el lazo.

Al llegar a su piso, Ryker abrió la puerta. Mi hermano era una montaña de hombre con el cabello constantemente alborotado y unos profundos ojos azul oscuro que habían roto varios corazones antes de decidirse por Heather y sentar cabeza.

Señaló el paquete.

—¿Qué tal, hermanita? ¿Qué es eso?

—Un regalo para Avery.

—Ahora mismo no está aquí, Heather la ha llevado a cenar. Pero puedes dejarle el regalo, seguro que se alegrará.

Hice pucheros, sosteniendo el paquete contra mi pecho junto con la botella mientras entraba.

—Es que me gusta verla cuando recibe sus regalos.

Eso era algo que me encantaba de los niños. No se contenían en absoluto, sin importar si estaban exultantes o en plena rabieta.

Sin embargo, decidí entregarle el paquete.

—Envíame una foto cuando se lo des, ¿vale?

—Claro. —Ryker se rió y me guió al interior del salón.

Me quité los zapatos en el vestíbulo antes de dirigirme al sofá, donde Skye estaba sentada sola.

—¿No has traído a mi sobrino? —pregunté.

—No, preferí que nuestra atención estuviera completamente enfocada en el contrato.

Suspiré, resignándome a la idea de que no tendría ningún momento de mimos con Jonas o Avery aquel día. Coloqué la botella de champán sobre la mesa y me senté junto a mi hermana. Fue entonces cuando noté que se estaba pasando la mano por la cara y el pelo, un gesto que solo hacía cuando estaba preocupada o enfadada.

—No he tenido tiempo de leerlo. ¿Hay algún problema?

Había estado hasta arriba de tareas en la tienda. Skye no contestó. Alterné la mirada entre ella y Ryker, que estaba sentado en el sillón frente al sofá.

—Nada malo, pero no creo que te guste —dijo mi hermano.

Se me revolvió el estómago.

—Vale, ¿lo repasamos o prefieres empezar por un resumen de las cosas que probablemente no me van a gustar? —pregunté.

—Empezaré por los aspectos positivos. No piden una participación en la empresa, solo un porcentaje de los beneficios. En ese aspecto, dudo que consigáis un trato mejor con ningún otro inversor.

Fruncí el ceño.

—Eso ya lo sabíamos. Por eso los consideramos como posibles inversores. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Quieren tener un grado considerable de poder de decisión, más de lo que suelo ver en este tipo de acuerdos. Es comprensible, pero poco común. Personalmente, no tendría ningún problema en aceptarlo, pero sé que a vosotras os gusta tener el control.

De hecho, mi hermano se estaba quedando corto con esa observación. Skye y yo todavía estábamos trabajando a tiempo completo cuando abrimos la tienda online, y no renunciamos a nuestros empleos anteriores hasta que abrimos la tienda física. Lo habíamos hecho todo nosotras mismas, desde la creación de prototipos hasta el marketing online.

Miré hacia el portátil por encima del hombro de Skye. Durante las dos horas siguientes, analizamos cada sección del contrato. Mi estado de ánimo no hacía más que caer en picado.

—Liam mencionó que estaban dispuestos a negociar —dijo Skye, mordiéndose el labio inferior.

Le cogí la mano y la apreté para tranquilizarla.

Yo había sido quien, unos años antes, convenció a Skye para que se uniera al negocio conmigo. Por algo mi familia me apodaba el Huracán: cuando me proponía algo, no había quien me parara. Había persuadido a Skye y en ese momento me sentía responsable de que todo aquello funcionara. Sin embargo, no sabía qué decir, porque nuestro sueño de expandirnos se nos estaba escapando de las manos. De ninguna manera podíamos aceptar esos términos.

—Tess, hay sesenta y cinco puntos sobre los que queremos discutir. No veo cómo podemos llegar a un acuerdo.

Estuve tentada de rechazar el trato, porque esas negociaciones probablemente llevarían tiempo, algo que a nosotras no nos sobraba.

—Vale, le enviaré un correo electrónico con nuestros comentarios y solicitaré una reunión —dije.

Envié el correo electrónico de inmediato, cruzando los dedos con la esperanza de que pudiéramos reunirnos lo antes posible.

—Vamos, chicas. Salgamos a cenar. Yo invito. Necesitáis algo para animarse —dijo Ryker.

—¿Te he dicho que te quiero últimamente? —bromeé, levantándome del sofá y besándole la mejilla.

—Solo un par de veces.

—Pensábamos pedir una tabla de quesos —dijo Skye.

Negué con la cabeza con vehemencia.

—No, eso es para las celebraciones. No lo estropeemos convirtiéndolo en comida de consuelo.

No hacía falta aclarar que ni siquiera habíamos abierto el champán.

Para mi asombro, Liam envió un correo electrónico antes de que saliéramos del apartamento.

Liam: Puedo veros mañana a las ocho y hablar de vuestras preocupaciones.

—Perfecto —dijo Skye cuando leí el contenido—. Por mí, genial.
Le envié un correo electrónico enseguida.

Tess: Allí estaremos.

Guardé el móvil en el bolso, decidida a no dejarme influir el día siguiente por esos ojos azules ni por su magnífico trasero. Iba a mantener el enfoque en los negocios.

—Vale, está todo arreglado. Nos reuniremos con él mañana.

—Entonces, aceptemos la oferta de nuestro querido hermano —dijo Skye.

—Sí. Escuchad, tengo una idea. ¿Por qué no vamos al mismo lugar donde Heather ha llevado a Avery? ¿Creéis que siguen allí?

—Seguramente —respondió Ryker.

—Genial. Así podré ver a Avery también y darle el regalo yo misma. Necesito más mimos esta noche.

Capítulo Ocho

Liam

Lo primero que hice al llegar a mi despacho a la mañana siguiente fue descargar el documento que Tess me había enviado en mi ordenador. Había leído su correo electrónico la noche anterior, en el que me pedía una reunión cara a cara. Abrí el PDF y, sorprendido, me desplazé hasta el final. Había sesenta y cinco comentarios. Nos estaban cuestionando más que cualquier otra empresa con la que hubiéramos hecho negocios.

Tamborileé con los dedos sobre mi escritorio, tenía un mal presentimiento. Los candidatos que querían negociar cada línea del contrato eran una pérdida de tiempo, pero no estaba dispuesto a dejar marchar a Tess sin luchar.

«No a Tess, a Soho Lingerie», me corregí. Aquello se trataba de incorporar otra empresa sólida a nuestra cartera, no era algo personal.

No tenía tiempo para repasar todos los comentarios, pero empecé a leerlos de todos modos. A las ocho menos cinco, Dexter asomó la cabeza en mi despacho. Ni siquiera le había oído entrar. El edificio estaba vacío cuando llegué a las siete.

—Liam, ha llegado Tess.

—¿Solo Tess?

—Sí.

—Vale, hazla pasar. Gracias.

Me levanté y deambulé alrededor del escritorio.

Cuando Tess entró en mi despacho, no pude evitar contemplarla. Su cuerpo era simplemente perfecto. Llevaba una falda negra y una camisa blanca que se ceñían a sus generosas curvas. *¿Llevaría además uno de sus sexys modelos?* Me resultaba imposible ignorar lo bien que lucían sus curvas con esa falda lápiz y lo jodidamente atraído que me sentía por ella.

Esa era una de las razones por las que mantenía mi vida personal separada de los negocios. Sí, la química personal era necesaria para una buena relación de negocios, pero cuando decía química, me refería a estar en sintonía, no a querer besarla hasta que gimiera cada vez que la veía.

Sin embargo, no iba a seguir luchando contra la atracción que sentía por ella. Ya sabía que la deseaba.

—Buenos días, Tess. ¿Vendrá Skye también?

—No, estaba planeado que lo hiciera, pero su hijo no se encontraba bien esta mañana, así que ha ido al médico con él.

—Espero que no sea nada grave.

—Ella cree que no.

—Sentémonos. ¿Quieres café? ¿Agua?

—Estoy bien, gracias. Vayamos directamente al grano.

Apenas se había sentado cuando sacó un montón de papeles de su bolso. Un segundo después, me di cuenta de que era el acuerdo con los sesenta y cinco comentarios. Quería repasar cada punto en persona.

Aquella mujer me estaba matando.

—Quiero que aclaremos los puntos que he marcado —dijo en cuanto me senté.

—Tess, revisar todos esos comentarios nos llevará horas. Solo tengo cuarenta minutos.

Me miró fijamente, apretando los labios.

—Entonces, ¿por qué has aceptado la reunión?

—No había abierto el documento cuando respondí. Supuse que solo teníais algunos aspectos importantes que queríais negociar. Me gusta discutir los asuntos más complejos en persona. Te dije que no invertimos en empresas, sino en personas. Creemos en las relaciones interpersonales, en generar confianza y tener la química adecuada.

Estaba seguro de que eso me haría ganar puntos, incluso encantarla un poco. Pero no fue así. Tess solo se limitó a bajar la mirada hacia la pila de papeles.

—Bueno, haya química personal o no, lo único que dicta los términos de una colaboración es un contrato. —Se puso a dar golpecitos en los papeles con el bolígrafo y volvió a mirarme. Sus ojos estaban llenos de fuego y determinación. No iba a ceder.

Le clavé la mirada, haciéndole saber que podía jugar igual de duro.

—Son condiciones estándar en esta industria, pero también negociables.

—Pues eso es justo lo que he venido a hacer: negociar.

—Tess, he leído los primeros veinte comentarios. Vuestra postura no es la de alguien que quiere negociar. Es la de alguien que directamente no quiere trabajar con un inversor.

Se enderezó y giró los hombros.

—Solo queremos un trato justo —dijo al cabo de un momento.

—¿Creéis que estoy aquí para estafaros?

Por primera vez, su determinación flaqueó, dejando paso a la vulnerabilidad. Había descubierto algo que explicaba por qué se había comportado tan a la defensiva. Quería llegar al fondo del asunto.

Cada instinto en mí quería moverse al otro lado del escritorio y sentarse a su lado, para acercarme y tranquilizarla de todas las maneras posibles, pero no quería que aquello se convirtiera en algo personal. Al menos, no entonces.

—No, no creo que ese sea el caso —respondió en voz baja.

—Dime, Tess. ¿Alguien intentó estafaros antes?

Suspiró y cruzó las manos sobre su regazo.

—Sí, al principio. Luego, hace unos años, un inversor se interesó por la empresa y acabó retirándose en el último momento, cuando ya habíamos prometido a nuestros proveedores que íbamos a expandir nuestro negocio y, en consecuencia, se habían preparado para recibir más pedidos. No puedes imaginar los dolores de cabeza que eso nos causó.

Y estaba claro que también les había dejado un amargo sabor en la boca.

—Tess, no pretendo hacer falsas promesas o estafaros.

—Creo que lo que quieres es maximizar tus beneficios.

—Todos los que se dedican a los negocios lo hacen. La maximización del beneficio no se hace a costa de los emprendedores. —La miré a los ojos—. Tess, ¿por qué no programamos otra reunión, una a la que pueda dedicar unas horas y a la que también pueda asistir Skye?

—Vale.

—Además, he observado que algunos de vuestros comentarios hacen referencia a la terminología legal. Puedo daros el número de nuestros abogados, o si lo preferís, podéis consultar a uno de vuestra confianza. Así ahorraremos tiempo y nos centraremos en los puntos importantes.

—Tenemos un abogado en la familia. Me encargaré de ello. —Asintió y se levantó de la silla.

No estaba dispuesto a poner fin a la conversación.

—Tess, tengo una propuesta para ti. Vayamos a desayunar juntos. No para hablar de trabajo, solo para conocernos.

—¿Por qué?

—Quiero que confíes en mí y no vamos a conseguirlo solo negociando.

—Pues en eso tienes razón. Esto va incluso peor de lo que imaginaba.

—¿Cómo imaginaste que sería?

—No importa.

—Tess, cada vez que haces eso, me despiertas aún más curiosidad. Lo sabes, ¿no?

Me dedicó una pequeña sonrisa, y lo tomé como una buena señal, como si estuviéramos pasando de un terreno hostil a un lugar más neutral.

—¿Qué decías con respecto a desayunar juntos?

—Conozco unos cuantos sitios estupendos por aquí cerca.

Ella asintió y colocó la pila de papeles en su bolso.

La conduje fuera del despacho de inmediato, sin darle tiempo a reconsiderarlo. Apoyé una mano en su espalda y la guíé por el pasillo.

—Espera, ¿no habías dicho que solo tenías cuarenta minutos? —preguntó.

Me incliné hacia ella, acercando mi boca a su oído, deseando estar más cerca.

—Despejaré mi agenda por ti, Tess.

—Ah, ¿la despejarás para desayunar, pero no para hablar del contrato?

—Como he dicho, es mejor que Skye también esté presente cuando lo repasemos. Para el desayuno, sin embargo, solo te quiero a ti.

Giró la cabeza, mirándome directamente.

—Pero...

—Nada de peros.

—Si tienes trabajo...

—Me tomaré la mañana libre e iremos a desayunar. Fin de la discusión.

Se rió entre dientes.

—¿Y piensas que esta es la mejor manera de convencerme de que serás un buen socio?

—¿Cuál es la mejor manera, Tess? Dime.

—No lo sé —susurró, apretando los labios formando una fina línea.

Me dieron ganas de besarla. Apenas pude evitar acercarme aún más hacia ella, pero esa no era la forma de ganarme su confianza.

Al salir, me detuve junto al escritorio de Dexter.

—Dexter, cancela mi próxima reunión.

Se quedó boquiabierto, pero tuvo la sensatez de no contradecirme.

Cuando salimos del edificio, repasé mentalmente las cafeterías más cercanas.

—Conozco un lugar con un queso delicioso. Tu comida favorita, ¿verdad?

Tess suspiró.

—Liam, intentar seducirme no es una opción.

—Dijimos que no hablaríamos de negocios, así que seducirte es definitivamente una opción.

Si no, ¿de qué otra manera podría conquistarte?

Estaba demasiado cerca otra vez, con mi mano apoyada en la parte baja de su espalda.

Tess respiró profundamente y me señaló.

—Estás flirteando de nuevo.

—Sí.

Su boca se abrió en una enorme “O” y tuve que recurrir a mi fuerza de voluntad para no acercarme aún más a ella. ¿Qué tenía Tess que me hacía tan impulsivo? Yo era un tipo

calculador y me gustaba planearlo todo, pero había cancelado una reunión en el último minuto sin pensármelo dos veces.

—Pues no lo hagas. Puede acabar mal.

—Coincido, pero no puedo contenerme. Cada vez que te veo, me repito a mí mismo que lo haré mejor y, sin embargo, no paro de fracasar.

—Liam... —Ella negó con la cabeza y echó un vistazo a su alrededor—. ¿Dónde está ese lugar para desayunar?

—Vamos, te lo enseñaré.

Tras una caminata de cinco minutos, llegamos a una pequeña cafetería en la que solo cabían unas diez personas a la vez. David, Becca y yo éramos clientes habituales. Además de ofrecer una comida estupenda, el ambiente era relajante, pues tenía unos preciosos sillones junto a unas estanterías llenas de libros que llegaban hasta el techo. Llevé a Tess a una mesa redonda en uno de sus rincones. Allí gozábamos de total intimidad. Ella vaciló, inquieta, con la mirada fija en sus pies.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Vale, ya me lo he pensado. Me parece bien que haya buen rollo entre nosotros dos. Pero nada más.

—¿Estás segura? —bromeé.

—Sí. Esto va de fomentar la confianza, y...

—Quiero decir, ¿estás segura de que quieres que entre nosotros solo haya buen rollo? ¿Y si aparece tu lado inoportuno?

—Liam...

—Tienes suerte de que encuentre ese lado tuyo adorable.

Se sonrojó, pero me sostuvo la mirada, como si estuviera decidida a dejar algo claro. Tras unos segundos de contacto visual, bajó la mirada y se puso a jugar con la correa de su bolso.

Le hablé al oído.

—Toma asiento, Tess. Vamos a pedir.

No quería hacer promesas, porque estaba seguro de que las rompería todas. Fuera de los confines de la oficina, me resultaba aún más difícil mantener a raya aquella demencial atracción.

Oí cómo inspiró con fuerza antes de sentarse. Yo también me acomodé en el asiento y, cuando llegó el camarero, pedí lo de siempre.

Tess pidió una tabla de quesos y un café especial con muchos *toppings*.

—Voy a enviarle un mensaje a Skye para ver cómo ha ido todo —murmuró una vez que el camarero se fue, mientras tecleaba en su móvil—. Se supone que a estas alturas tendría que haber salido de la consulta. Realmente espero que no sea nada serio.

Maldita sea, aquella mujer era demasiado tierna.

Al cabo de un momento, sonó su teléfono y clavó la mirada en la pantalla. Sonrió de oreja a oreja y suspiró.

—¡Menos mal! Acaba de contestar. El médico ha confirmado que eran cólicos. El bebé está bien, solo un poco de mal humor.

—¿Tienes más sobrinos?

—Sí. Tengo una sobrina que se llama Avery y otra sobrina más, la hija de la hermana de mi cuñado.

—Estoy perdiendo la cuenta.

Sonrió.

—¿Ya? Ni siquiera te he hecho un repaso de toda la familia.

—¿Sois muchos?

—Bueno, estamos Skye y yo, como bien sabes, y luego están mi hermano Ryker y mi otro hermano Cole. Ah, y nuestro primo Hunter también vive aquí en la ciudad.

—Una gran familia.

Ella asintió.

—Así es. Y con todos los matrimonios y los nuevos sobrinos que van llegando, no para de crecer.

Se iluminó por completo. Era la primera vez que la veía sonreír de ese modo.

—Hablando de tu familia... he investigado un poco porque no dejaba de pensar que tu apellido me sonaba. Tu familia es la que organiza las Galas Benéficas de Baile.

—Sí.

Si bien los eventos recaudaban fondos para obras benéficas, era de público conocimiento que la familia tenía mucho dinero.

—Sé que dijimos que no queríamos hablar de negocios, pero vuestro primo Hunter es el director de una de las mayores compañías inmobiliarias de la ciudad. ¿Por qué no pedís financiación a vuestra familia?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero mezclar familia y dinero.

—Vale, me parece muy respetable.

—¿Y qué hay de tu familia? —preguntó—. ¿Estás solo con tu abuela?

—Mis padres también, pero rara vez vienen por aquí. Son fotógrafos de naturaleza y viajan constantemente. Pasan alrededor de diez días al año en la ciudad. Crecí con mis abuelos, pero mi abuelo falleció hace unos años. Desde entonces, cuido más de cerca a mi abu. Es una mujer fuerte, pero desde la muerte de mi abuelo, ha estado pasando por momentos difíciles.

—Compartió su vida con otra persona durante décadas. Quizás se sienta un poco perdida desde que está sola. Si eran como dos guisantes en una vaina, supongo que ahora su vida está un poco desequilibrada. Se necesita tiempo para encontrar un nuevo propósito.

—Exactamente. Siente que le falta algo. Lleva tiempo acostumbrarse después de perder a alguien.

Su comentario fue sorprendente. No solo porque había dado en el clavo, sino por lo rápido que había comprendido la situación de la abuela. Tess era muy parecida a mí en muchos aspectos.

—Mi abuela ha empezado a probar cosas nuevas que antes no hacía, aunque le siguen gustando algunos de sus viejos pasatiempos favoritos, como jugar al ajedrez. A menudo dejo que me gane. Pienso que eso podría mejorar su estado de ánimo.

Los dos nos reímos, y entonces Tess dijo:

—No pensé que fueras capaz de hacer algo así, con eso de ser fiel a seguir las reglas y todo eso.

—Tengo reglas muy definidas para todo, no cruzo los límites, pero no tienes ni idea de cuántas veces he pensado en romper mis propias reglas desde que te conocí.

Tess se rió, pero enseguida se llevó la taza a la boca. Cuando llegó la tabla de quesos, la devoró.

—Parece que alguien tenía hambre —bromeé.

—Solo tuve tiempo para un café rápido esta mañana.

—¿Así que has venido a mi despacho hambrienta y semidormida?

—Hambrienta, quizás, pero sin demasiado sueño. Estaba llena de adrenalina. Esta mañana me he levantado muy temprano y he trabajado en unos cuantos diseños de sujetadores que estamos sometiendo a prueba estos días. Probármelos todos ha sido demasiado para mi piel sensible. Está bastante irritada... —se quejó—. Demasiada información. ¿Por qué siempre hago el ridículo contigo?

Me reí de su consternación, porque sinceramente, estaba encantado de que se sintiera tan cómoda conmigo.

—Es parte de tu encanto.

Era tan abierta y desenfadada cuando no hablábamos de negocios. En cambio, cuando tratábamos ese tema en serio, levantaba un muro. Quería superarlo, pero por el momento estaba disfrutando de nuestro desayuno. Tanto, que empecé a barajar la idea de que tal vez sería mejor que no llegáramos a un acuerdo. De esa forma, podría invitarla a salir sin preocuparme por cómo afectaría a nuestra colaboración.

Tess era una conversadora divertida, fácil de tratar, y eso era algo que me gustaba mucho de ella. Nos pusimos a hablar de nuestros restaurantes favoritos y me encantó descubrir lo parecidos que eran nuestros gustos. Ella también había pedido una tortita con sirope de arce, y me divertí viendo cómo se le escapaba el sirope de la boca mientras sacaba la lengua para capturar las pegajosas gotas.

Cuando terminó, pregunté:

—¿Tienes prisa? —Habíamos pedido la cuenta, pero el camarero aún no había regresado. Los dos nos levantamos, dejando que otra persona ocupara la mesa mientras esperábamos.

—Sí, la verdad es que sí. Tengo una reunión con un proveedor.

—Joder, esperaba que me hablaras de tus extravagantes hábitos de celebración —bromeé.

Ladeó la cabeza y sus mejillas se tiñeron de un precioso tono rojizo.

—Aún es pronto para eso. Tienes que esforzarte más para conseguir esa información.

Vaya, me encantaban nuestras bromas.

—Ten cuidado, Tess. Te tomaré la palabra. Me esforzaré tanto por ello que no tendrás más remedio que...

—¿Qué?

—Ceder.

Se humedeció los labios, probablemente disfrutando de la persistente dulzura que aún quedaba en ellos, y luego jugueteó con los pulgares. Tuve que hacer un esfuerzo para no atraerla hacia mis brazos.

—Liam... no me gusta mezclar las cosas.

—Pues por lo que parece, nos estás descartando, así que eso no será un problema.

Estaba arando en el mar, pero no me iba a rendir; me moría de ganas de besarla. Frunció el ceño y respiró de manera profunda. Sentí la necesidad de preguntar:

—Tess... ¿estás saliendo con alguien?

—¿Qué? ¿Por qué preguntas eso? —preguntó a la defensiva.

—Porque tengo muchas ganas de besarte y no me gusta compartir.

—No, no estoy saliendo con nadie.

Al segundo siguiente, me incliné hacia ella y fundí mi boca contra la suya. Cuando separó los labios, me asaltó un deseo irrefrenable de conquistarla.

Quería besar a esa mujer hasta quitarle el sentido, y ser su único objeto de deseo.

Saboreé sus labios antes de profundizar el beso, necesitando explorarla de todas las formas posibles. Ella gimíó de una manera encantadora y entonces no pude contenerme más. Sumergí

una mano en su cabello, manteniéndola lo más cerca posible mientras disfrutaba de su respuesta. Pasé la otra mano por el costado de su cuerpo, deteniéndome en su cintura. Ella giró las caderas, apretándose contra mi polla, que ya estaba dura, y gruñí, apretando con más fuerza su cintura. Quería tocarla más, explorar todo su cuerpo, y saborearla por todas partes.

El sonido de alguien aclarándose la garganta rompió el momento. Di un paso atrás y respiré hondo. Tess apretó los labios, sus mejillas estaban rojas.

El camarero estaba frente a nosotros, mirándonos.

—Aquí está su cuenta.

Tess extendió su mano para cogerla, pero yo la atrapé en el aire, clavándole la mirada.

—No, quiero encargarme yo, Tess. De todo.

Capítulo Nueve

Tess

—¡Qué bieeen, has traído algunas delicias! Dame, dame. Espera, ¿eso es fruta? No, no. Puedes quedarte con eso. ¡Quiero los panecillos! —exclamó Skye. Skye residía en las afueras de la ciudad, y había ido a su casa después de la reunión con el proveedor. En mi camino de vuelta, había comprado algunos *snacks*.

Me eché a reír. Habíamos tenido la misma conversación desde que Skye era una niña. A pesar de que nunca logré convencer a mi hermana de que prefiriera la fruta a las chucherías, no iba a dejar de intentarlo. Parecía tener los ojos un poco hinchados, pero en general parecía ser la misma de siempre. Jonas se encontraba bien; solo había tenido algunos cólicos, lo que había mantenido a mi hermana despierta durante gran parte de la noche. Llevaba su pelo castaño bastante revuelto, pero aún así, lucía una amplia sonrisa.

—¿Puedo mimarlo un poco? —Señalé a mi sobrino.

—Se acaba de quedar dormido. Tengo miedo de que se despierte si lo muevo. —Jonas estaba durmiendo profundamente en una pequeña cuna móvil junto al sofá donde ella estaba sentada.

Hice pucheros, pero no insistí. Me había enamorado de él desde el primer momento en que lo había cogido en brazos. Era pequeño y precioso, y su olor a recién nacido aún perduraba. Siempre que visitaba a Skye, no me despegaba de él. Tenía muchas ganas de tener una pequeña fuente de alegría propia. A mis treinta y cinco años, mi reloj biológico avanzaba cada vez más rápido.

—¿Cómo ha ido la reunión con Liam? No me has enviado ningún mensaje.

—No, me pareció que sería mejor contártelo todo en persona.

Me senté a su lado en el sofá, abrí la bolsa de panecillos y la coloqué entre las dos.

—Uf, no me digas. Eso es que la reunión no ha ido bien —murmuró Skye de repente.

—¿Cómo lo sabes?

—Noto el sentimiento de culpa en tu voz.

—Skye, sinceramente, no quería ponérselo difícil. Solo quería repasar todas las notas que había hecho en el contrato, y él no quiso. Estaba superirritable y tenía una actitud altanera.

—Espera un momento. Hay algo que no me estás contando.

Vaya, mi hermana me estaba lanzando su típica mirada *cómplice*.

Suspiré, apretando la barbilla contra el pecho.

—Bueno, me invitó a desayunar. Liam planteó que, si nos conocíamos mejor, sería más fácil crear confianza, lo cual me pareció una buena idea, ya que en lo referente a los negocios discrepamos mucho.

—¿Pero? —preguntó Skye, tirándome de la lengua. Me conocía demasiado bien.

—Acabamos besándonos. —Lo dije todo tan rápido que fue un milagro que me entendiera.

Skye jadeó antes de sonreír.

—¿Qué has hecho qué? Ay, Tess...

—Lo sé. —Mis mejillas entraron en calor. Sabía que me estaba poniendo roja.

Siguió pinchándose mientras yo intentaba calmarme.

—Para que quede claro, cuando comenté que te estaba lanzando una mirada sugerente, solo te estaba vacilando, pero no me esperaba que de verdad le fueras a dar un beso.

—Yo tampoco. ¿Podemos olvidarlo, por favor?

Skye alzó las cejas.

—Si insistes.

—Insisto. Ya me siento bastante culpable.

—Solo tengo una pregunta.

—Dime.

—En una escala del uno al diez, ¿qué puntaje le darías al beso?

Le arrojé uno de los mullidos cojines del sofá, y luego abracé otro contra mi pecho. Skye tenía cierta obsesión con los cojines.

—Un diez, en todos los aspectos —confesé. ¿Cómo podría mentirle? Después de todo, era mi hermana.

Abrió la boca, pero la interrumpí alzando un dedo.

—Has dicho que solo harías una pregunta. Ya está.

Frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Vale. Entonces, ¿cuáles son los siguientes pasos?

—Bueno, me sugirió que habláramos con un abogado sobre todos los asuntos legales que hemos señalado y que luego volviéramos a reunirnos con él para abordar nuestras preocupaciones empresariales.

—Me parece bien. Muchas de nuestras preguntas son sobre cuestiones legales. Harrington & Co. definitivamente tiene un contrato muy detallado.

—Ya le he enviado un mensaje a Josie. Dijo que estaría libre a las tres. —Eso era en dos horas. Josie no solo era la mujer de nuestro primo y nuestra mejor amiga, sino también una abogada excepcional.

—Vale, podemos repasar el documento hasta entonces —sugirió Skye.

—Eso es justo lo que tenía en mente.

Lo analizamos con detenimiento hasta que llegó el momento de hablar con Josie. Estuvimos dos horas y media al teléfono con ella, repasando el contrato punto por punto, y nos ayudó muchísimo. La primera vez que lo leí, había marcado todo lo que me parecía un poco ambiguo. En ese momento comprendí que eso era algo que podía resultar molesto para cualquier persona. Josie nos explicó de forma muy paciente todas las cuestiones legales en términos sencillos, que era exactamente lo que necesitábamos.

Al final, logramos reducir el número de asuntos que queríamos tratar con Liam de sesenta y cinco a dieciocho. Josie también destacó que había un socio silencioso, Albert McDowell, y nos recomendó que averiguáramos cuál sería su participación. Me inquietaba la cláusula que mencionaba la posibilidad de rescindir el acuerdo en un plazo de seis meses en caso de fuerza mayor, pero Josie me aseguró que era solo por precaución y que las probabilidades de que eso ocurriera eran muy escasas.

—Aún os queda un largo trecho por delante hasta que lleguéis a un acuerdo —comentó Josie —, pero creo que vais por buen camino. Os están ofreciendo un buen trato, chicas. Si podéis resolver esas pequeñas diferencias, podríais formar una gran sociedad.

—Yo también creo lo mismo —dijo Skye.

—Muchas gracias, Josie —dije de corazón. El simple hecho de contar con su aprobación nos tranquilizaba a ambas. Podía percibir el alivio en la postura de mi hermana, y estaba segura de que ese mismo sentimiento se reflejaba también en la mía.

—Cruzaré los dedos por vosotras —agregó antes de finalizar la llamada.

Me volví hacia Skye.

—Vale, le enviaré un correo a Liam, ya que fui yo quien se reunió con él.

—Y quien le ha besado.

—Bueno, técnicamente, él me besó a mí.

Mi hermana estaba sonriendo. Maldita sea, hasta yo estaba sonriendo, porque casi siempre me *desvivía* por compartir todos los detalles, hacía un repaso de cada cita e incluso trazaba un vívido retrato de cualquier chico que me gustara. Pero las cosas eran complicadas con Liam.

Le envié un correo electrónico de inmediato, solicitando otra reunión y adjuntándole la versión del documento en el que Skye y yo habíamos estado trabajando.

—¡Bueno, ha sido un día productivo! —exclamó.

—¿Verdad que sí? ¿Quieres que corte algunas naranjas? —Señalé la bolsa que había llevado, que todavía estaba cerrada.

Skye hizo pucheros.

—¿Acabo de decir que hemos sido muy productivas y quieres celebrarlo con fruta en vez de panecillos? ¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana?

—Bueno, solo intentaba hacer lo correcto.

Antes de que pudiera añadir nada más, llegó Rob.

—¡Hola, Tess!

—¡Hola!

Besó a mi hermana y a su hijo, y luego se quedó mirando la bolsa de fruta.

—Tess, ¿tú has traído eso? —preguntó.

—Sí, pero no he logrado convencerla de que coma. Tal vez tú puedas echarme una mano...

Asintió.

—Déjalo en mis manos.

—Ya veo. Ahora estáis conspirando en mi contra —se quejó Skye.

Le guiñé un ojo a Rob antes de levantarme del sofá. Era hora de marcharme. Por mucho que me gustara pasar tiempo con ellos, no quería ser una molestia ni imponer nada.

Mi corazón suspiró al ver que *eran* tan felices juntos. Algún día tendría mi propia familia, estaba segura de ello.

Era una persona bastante soñadora y romántica, pese a que mi vida sentimental no me daba motivos para serlo. Pero bueno, ser positiva y optimista siempre había sido parte de mi personalidad y me ayudaba a impulsarme en los momentos difíciles, como cuando acabábamos de abrir la tienda y trabajábamos un montón de horas.

Tenía mucho amor para dar —aunque a veces pensaba que era demasiado y que podría resultar agobiante— y quería compartirlo con alguien.

A continuación, me fui directamente a casa y, justo cuando estaba entrando en mi apartamento, sonó mi móvil.

Era mi hermano Cole. Me conecté los cascos antes de contestar y me descalcé y quité el abrigo. A pesar de que apenas habíamos entrado en la tercera semana de septiembre, el tiempo había cambiado con una sorprendente rapidez.

—Hola, hermanita —saludó.

—¡Ey, qué pasa!

—Tengo que hacerte una pregunta. Claro que puedes negarte si quieres...

—Menuda forma más extraña de empezar una conversación...

—Verás, como ya sabes, Laney y yo hemos decidido, por fin, una fecha para la boda. También tenemos ya un organizador de bodas, pero nos encantaría contar con tu opinión en cuanto a la planificación. Te luciste mucho con la de Josie y Hunter...

—¡Claro que sí! Acepto tu oferta para ser tu organizadora de bodas secundaria —prácticamente chillé al teléfono. Esa era yo, una eterna planificadora incansable, y *me encantaba*.

—Sabía que te molaría un montón.

—No sé si puedes oírme sonreír, pero lo estoy haciendo. —Me adentré más en mi vestíbulo con un pequeño balanceo de caderas.

—Tienes muy buen gusto y sé que tus dotes organizativas son increíbles. Te habríamos pedido que lo supervisaras todo, pero ya tienes bastante con lo tuyo.

Hice pucheros.

—Es verdad, pero gracias por el voto de confianza.

Mi hermano le había propuesto matrimonio a su chica el 4 de julio del pasado año y acababan de decidir la fecha de la boda.

—Me pondré en contacto directamente con la organizadora para que no tengas que repetir las mismas cosas dos veces —dije.

—Gracias por encargarte de esto.

—Será un placer, hermanito.

¿Había mencionado que *me encantaba* organizar bodas? Había echado una mano en la de nuestro primo, pero cuando Ryker se casó, estaba demasiado ocupada con la tienda. Aquella acabó siendo una boda doble porque Skye se había enterado de que estaba embarazada y querían casarse antes del nacimiento del bebé, así que me sentí aún más disgustada por no haber podido colaborar en la misma. Tenía mucha experiencia en la organización de eventos, ya que mi familia se encargaba de organizar muchos a lo largo del año, siempre de carácter benéfico. Consistían en elegantes galas que celebrábamos en un gran salón de baile. Las bodas, por otro lado, tenían un significado especial, ya que estaban llenas de *sentimiento*. Esperaba con ansias la boda de Cole.

Tras finalizar la llamada, cogí mi portátil y me acomodé en la silla del salón. Simplemente adoraba mi hogar. Aunque el apartamento no tenía nada de especial, contaba con el tamaño perfecto para mí y se había convertido en mi propio oasis de relajación. La decoración combinaba elementos bohemios y *hippies*, con mesas de centro, juegos de comedor de bambú y cojines de colores apilados en el sofá y el sillón. Tenía una enorme lámpara de lazo colgando del techo, hecha con una mezcla de latón y plata. Mi sillón era uno de esos modernos, equipados con un mando a distancia. Levanté las piernas, me recosté por completo y encendí la función de masaje mientras buscaba lugares para bodas en Internet.

De repente, mi móvil vibró en el reposabrazos y me sobresalté. Al mirar hacia abajo, vi que era un mensaje de Liam.

Liam: Tess, puedo cambiar los planes para esta tarde. ¿Te parece bien a las cinco?

Primero lo consulté con Skye, que me respondió al instante que no había ningún problema.

Acto seguido, le envié un mensaje a Liam.

Tess: Sí, a las cinco nos viene bien a las dos. ¿Tienes tiempo? Creo que necesitaremos dos horas.

Liam: He despejado toda la tarde. Podemos ir a cenar después.

Humm. ¿Hablabas de una cena de negocios... o de otra cosa?

Tess: Skye tiene que regresar a casa justo después de la reunión.

Liam: En ese caso, podemos ir tú y yo. Sé de un lugar estupendo para cenar. Y después, podría darte otro beso.

Y entonces, una intensa sensación de calor recorrió todo mi cuerpo. Sonreí mientras apretaba un mullido cojín contra mi pecho.

Tess: No creo que sea una buena idea.

Liam: ¿La cena o el beso?

Tess: Ninguna de las dos cosas.

La siguiente vez que mi móvil volvió a vibrar, fue por una llamada entrante.

—Si dejamos de lado el beso, ¿aceptarías la cena? —preguntó.

—Vaya, eres un buen negociador.

—Lo sé. —La brusquedad repentina en su tono de voz no me ayudó a mantener la determinación.

—Liam... centrémonos en llegar a un acuerdo mañana, ¿vale?

Tras una breve pausa, añadió:

—Me adaptaré a lo que te haga sentir más cómoda.

—Gracias. —En cierto modo hubiera deseado que me presionara más, porque sabía que no haría falta mucho para convencerme, pero sinceramente, era lo mejor. Todavía no tenía ni idea de cómo íbamos a conciliar el trabajo con el hecho de salir juntos. Pero lo deseaba muchísimo...

—¿Qué estás haciendo ahora? No dejo de oír clics. Dime que no estás añadiendo más comentarios al documento. —Su tono cambió a burlón, y no pude evitar reírme.

—Nada de eso. Acabo de hacer clic en un artículo que es como la biblia de los organizadores de bodas.

—¿Eres organizadora de bodas?

—Solo para mi familia. Mi hermano me ha pedido que supervise los preparativos de la suya —expliqué, rebotante de orgullo—. Me muero de ganas de empezar.

—Eres un ser fascinante —dijo con ternura—. ¿Ves? Detalles como estos solo aumentan mi interés en invitarte a cenar. Y de be...

—¡Liam! —le interrumpí antes de que terminara la palabra. Tenía una sonrisa de oreja a oreja. ¿Sería capaz de notarlo en mi voz?— Te pido que mañana no hablemos de la cena, el desayuno, ni ninguna otra actividad, ¿vale?

—Dirás actividades... —repitió con tono divertido.

—Sí. No me gustan mucho las reglas, pero creo que lo más sensato será centrarnos en una sola cosa a la vez.

—Estoy de acuerdo. Y como sabes, a mí me encantan las reglas. El problema es que no puedo evitar querer romperlas cuando estoy cerca de ti.

Capítulo Diez

Tess

Al día siguiente por la tarde, fui la primera en llegar a la sede de la empresa, y uno de los becarios me hizo pasar al despacho de Liam. Sin embargo, él no estaba allí.

Skye entró dos minutos después, guiñándome un ojo. Nos sentamos y esperamos frente a su escritorio. Mis nervios ya estaban a flor de piel, lo que no ayudaba en absoluto. No podía dejar de estirar el bajo de mi vestido negro. Parecía que se había encogido en la lavadora, o quizás había comido demasiados panecillos...

Cuando finalmente Liam entró en el despacho, sentí un cambio en el ambiente, como si el aire se cargara. Me giré lentamente y mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando nuestras miradas se encontraron.

Skye estaba más cerca, por lo que él le estrechó la mano primero.

—Skye, me alegro de que hayas podido venir hoy.

—La vida con hijos te da sorpresas a diario.

Después, me tendió la mano y se la estreché.

—Me alegro de verte de nuevo, Tess. —La forma en que pronunció mi nombre me hizo aún más consciente de su presencia. Maldita sea. No quería reaccionar así ante él.

Liam continuó.

—Como ya le mencioné a Tess en nuestra última reunión, el contrato está abierto a la negociación, pero discutir cada punto que señalasteis no hubiera sido productivo para nadie. Os agradezco que hayáis reducido la lista de preguntas.

—Nos gusta ser minuciosas y queríamos que estuvieras al tanto de todo —dijo Skye.

—Hemos revisado las preguntas que eliminamos con una abogada, así que ya no hace falta repasar esos puntos —añadí.

Asintió.

—Está bien que abarquéis todas las posibilidades.

—Tenemos una pregunta acerca de vuestro socio silencioso. ¿Qué papel desempeña? —pregunté.

—Ninguno —dijo de inmediato—. Es solo eso, un socio silencioso. Le pagamos, pero no desempeña *ningún* papel.

A continuación, empezamos a discutir todos los puntos. Liam había impreso un documento para cada una de nosotras. Saqué un bolígrafo de mi bolso y tomé notas al margen. Skye fue la que más habló hasta que llegamos al párrafo diecisiete. Mientras tanto, yo me esforzaba por evitar mirar a Liam los ojos, porque quería centrarme plenamente en la negociación y, por alguna razón, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, perdía el hilo de mis pensamientos.

—Aquí pone que vosotros queréis que decidamos el número de diseños que tenemos pensado desarrollar al principio de cada trimestre. Esa no es nuestra forma de trabajar —dije.

Se reclinó en su silla y nos miró.

—Vale, explicadme vuestro proceso. Quiero saber cómo es.

Eso me animó.

—Pues lo que hacemos es tener siempre en cuenta lo que entusiasmó a nuestros clientes la temporada anterior y lo que nos trajo más ventas, y luego nos basamos en ello. Pero no podemos predecir cuántos productos vamos a necesitar de antemano. Tenemos una idea general, pero cambia a menudo. ¿Qué te parece si decidimos juntos el presupuesto total y nos dejamos a nosotras manejar el número de diseños? —pregunté.

—Eso podría funcionar. —Sus profundos ojos azules me miraron de manera intensa, sin dar tregua. Me volví hiperconsciente de cada centímetro de mi cuerpo. Ni siquiera la presencia de Skye parecía ayudar a disipar aquella extraña tensión en el ambiente.

Repasamos los siguientes párrafos minuciosamente. Liam se mantuvo tranquilo y sensato; explicó los motivos de cada requerimiento y aceptó discutir los cambios que queríamos con Becca y David.

Terminamos de revisar el documento varias horas después. Skye aplaudió y consultó su reloj.

—Justo a tiempo. Voy a salir un momento para hacer una llamada rápida y ver cómo está mi hijo, ¿vale?

—Claro. Tómate tu tiempo, Skye —dije.

Cuando mi hermana salió del despacho, me di cuenta de que me había equivocado. La tensión aumentó de inmediato y se volvió tan densa que no sabía cómo actuar.

La mirada de Liam estaba fija en mí. Era penetrante, ardiente, exigente. Me observó en silencio durante unos instantes. Mi piel se calentó bajo su mirada. De repente, sentí la boca seca.

—La última vez parecías un tanto reacia a formar esta unión.

—Qué va, solo me había estresado un poco al leer el contrato, pero ahora Skye y yo estamos en sintonía.

—No deberías aceptar esto solo por el bien de tu hermana. Tienes que estar convencida tú también.

—Lo sé. Lo estoy.

Liamladeó la cabeza, como si no estuviera del todo convencido.

—Tenéis argumentos muy sólidos para todo lo que proponéis —dije—. Además, ayer me empezaste a caer un poco mejor durante ese delicioso desayuno. Me gustó que fueras abierto y que no te importara compartir detalles personales.

—A mí también me gustó nuestro desayuno. Y el beso.

Mi respiración se cortó y mi pulso se aceleró.

—Liam... tenemos reglas, ¿recuerdas? —susurré.

—Tú las rompiste primero.

Entrecerré los ojos.

—Lo único que he hecho ha sido mencionar el desayuno.

—¿En serio? Y yo que pensaba que “desayuno” era sinónimo de “beso” y que me estabas haciendo un cumplido.

Se levantó de la silla y se acercó a mí, quedando a centímetros de distancia. Su mirada era implacable.

Rápidamente, exploré mi mente en busca de un tema que no generara complicaciones.

—¿Cuándo recibiremos el contrato revisado?

—Discutiré todos vuestros comentarios con David y Becca y redactaré un nuevo contrato para el fin de semana. Te lo enviaré tan pronto esté listo.

—Gracias.

—Tess... no firmes nada si no estás completamente segura de que es lo que quieres. Ni siquiera por el bien de Skye.

—No te preocupes; así será.

—Por cierto, sigo esperando tu valoración de nuestro... desayuno.

Me reí, a pesar de que los latidos de mi corazón habían vuelto a acelerarse.

—Realmente eres incapaz de atenerte a las reglas, ¿verdad?

Apoyé una mano en el respaldo de una silla. Él se inclinó ligeramente, cubriendo mi mano con la suya. Dios mío. Mi piel empezó a arder y mi mente se quedó en blanco. Ese suave contacto bastó para recordarme lo irresistible que había sido su beso. Me hizo desear más. Lo único que quería hacer era tocarle y besarle.

Pero tenía que contenerme. Estaba en una reunión de negocios.

—Podría... pero ¿por qué hacerlo cuando la alternativa es tan tentadora?

De repente, alguien llamó a la puerta y me sobresalté. Un segundo más tarde, Skye la abrió y asomó la cabeza.

—Ya ha concluido la llamada. ¿Me he perdido algo?

—No, Liam me estaba diciendo que pronto nos enviará el contrato modificado —dije. Skye asintió antes de pedir un Uber desde su móvil. Me volví hacia Liam y le pregunté—: ¿Queda algo por discutir?

Me dedicó una sonrisa cómplice. Acercándose, dijo en voz baja:

—Muchas cosas. Pero sé esperar mi momento, y actuar cuando sea oportuno.

Liam

—¡Tramposo! —exclamó mi abuela más tarde esa noche—. Me estás dejando ganar. ¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

Acababa de darme el jaque mate antes de su arrebato. En lugar de inventar una respuesta ingeniosa, le pregunté:

—¿Qué me ha delatado?

—Liam Harrington, me aseguré de educarte bien.

—En realidad, no. ¿Recuerdas que siempre fingías necesitar más tiempo que yo para armar los puzles?

—Tenías siete años.

—Es verdad.

Estábamos en la terraza acristalada de su ático, nuestro lugar habitual para jugar al ajedrez. Tamborileó con los dedos sobre la mesa de mármol, mientras negaba con la cabeza.

—Algo te pasa —dijo.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Has estado fingiendo perder durante años, y esta es la primera vez que lo noto. Significa que no eres el de siempre.

—Acabaría delatándome en algún momento, era solo cuestión de tiempo. —Mi abuela era muy intuitiva.

—¿Problemas en el trabajo? Tú, David y Becca siempre habéis formado un gran equipo.

—No, en el trabajo todo va bien. Estamos a punto de firmar un acuerdo.

—Ya veo. Sin embargo, no me has contado nada de todas las increíbles empresas con las que vais a trabajar. Me pregunto por qué...

Posiblemente porque había estado demasiado pendiente de una socia en particular. Desde que había salido de mi oficina, no podía dejar de pensar en Tess.

—Este año trabajaremos solo con una. Se dedican al negocio de la moda. —Les habíamos comunicado a las demás empresas que ya no estaban en carrera, a excepción de nuestra segunda opción. Si Tess y Skye decidían no firmar, apostaríamos por DesignPen.

La abuela dio un sorbo a su copa de vino.

—¿Moda? Rara vez inviertes en ese sector. Si no estoy equivocada, esta sería apenas vuestra quinta inversión, ¿verdad?

—Así es.

Esa era una de las cosas que más me gustaban de mi abuela. No hacía preguntas solo para conversar. Escuchaba y recordaba.

—Es conveniente diversificar el riesgo y, además, es una buena manera de desafiarnos a nosotros mismos —proseguí.

—Me alegro por ti. ¿Sabes a quién más le gustan los desafíos? A mí. Liam, no necesito que me consientas. He pasado por momentos difíciles y he logrado superarlos, no tienes que perder a propósito. Disfruto con un buen reto. Tú lo sabes bien.

Para un desconocido, mi abuela no le habría parecido mayor de sesenta años. Tenía el pelo teñido de negro y siempre lo llevaba cortado a la altura de la barbilla: era su *look* al estilo Chanel, como solía decirme. Se movía con agilidad y era rápida de ingenio. Quien no la conociera, podría pensar que nunca había tenido ni un solo día difícil en su vida, y mucho menos que había perdido a su marido. Pero yo no era un extraño, y era muy observador. Todavía

conservaba el cuadro de una puesta de sol en Santorini porque a su esposo le gustaba mucho, a pesar de que a ella no. Aún continuaba adaptándose, tal como había dicho Tess. Yo también echaba de menos al abuelo, todos los días. Había sido un hombre muy peculiar, siempre dispuesto a enfrentar nuevos retos, siempre estoico; un hombre de pocas palabras y que rara vez expresaba emociones.

Nunca eludía las tareas manuales en la casa. Durante toda mi infancia había aspirado a ser como él. Trabajaba en Wall Street como director de un banco. Yo quería seguir sus pasos, y por eso empecé a trabajar en Wall Street justo después de acabar la universidad. Me di cuenta de que aquello no era para mí incluso antes de vender la aplicación, simplemente no encajaba en ese entorno. Me gustaba seguir mis propias reglas. Siempre había pensado que estaría decepcionado conmigo por haberme desviado de mi recorrido profesional original, pero el día que le dije que dejaba Wall Street, me dijo: “Cada uno debe encontrar su propio camino. No hay que avergonzarse de ello”.

—Lo sé abuela, tienes razón —dije—. Lo siento. No sé por qué lo hice.

—Porque te importo —respondió ella con sencillez—. Y ahora, antes de que te vayas, quiero otra partida. Una de verdad.

—Así será.

Y en esa segunda ocasión, me dio una paliza de verdad.

Tras terminar la partida, me dirigí a casa. Saqué el móvil para contarle a Tess que mi abuela había descubierto mi táctica de ajedrez. No tenía ni idea de por qué quería compartirlo con ella, pero lo hice. Pese a que tenía una docena de mensajes en el chat de grupo que compartía con Becca y David, quería mandarle un mensaje a ella primero.

Liam: Mi abuela se ha dado cuenta de que la he estado dejando ganar a propósito. Es todo culpa tuya.

Tess: ¿Por qué mía?

Liam: En lugar de centrarme en la partida, estaba pensando en ti. Todavía lo sigo haciendo. ¿Te parece una locura? Lo primero que quería hacer era contártelo.

Tess: Humm... ¿Así es como esperas el momento oportuno?

Liam: Quiero verte. No en la oficina, en otro sitio.

Era cierto; le había dicho que esperaría mi momento, pero necesitaba verla de nuevo. Probarla otra vez.

Me quedé mirando el teléfono mientras aparecían las palabras “**Tess está escribiendo**”. Tardó tanto tiempo que me pregunté si estaría borrando el mensaje y volviendo a teclear. Podía insistir, sugerirle un punto de encuentro, pero quería que fuera a su manera para que se sintiera cómoda. Solo quería verla; el dónde y el cuándo no me importaban.

Tess: Dentro de dos días voy a asistir a un evento de la Semana de la Moda. Proenza Schouler. Tengo una entrada de sobra, porque Skye no puede ir. ¿Quieres acompañarme?

Hubiera preferido un ambiente más íntimo, pero no iba a negarme.

Liam: Sí. Por supuesto.

Tess: Genial. Mi objetivo es buscar inspiración para mis diseños y socializar un poco.

Liam: Yo tengo otros objetivos. Hacerte sonrojar. Besarte. Conocerte.

Tess: Ten cuidado con lo que desees, Liam. Podría salirte el tiro por la culata.

Me reí ante su inesperada respuesta. Esperaba que me dijera que tenía que comportarme, no que se burlara así de mí.

Se me vinieron a la mente imágenes de nosotros dos en un rincón apartado, en cualquier lugar donde pudiera explorar su suave piel con la boca, sus curvas con las manos. Había

fantaseado con saborear aquel turgente pezón que alcancé a divisar en nuestro primer encuentro. Quería complacerla de todas las formas posibles.

Liam: Estoy dispuesto a todo. Absolutamente a todo.

Capítulo Once

Tess

A la mañana siguiente, mi día comenzó con un mensaje de texto de Liam.

Liam: Buenos días. ¿Cómo va hoy la búsqueda de bragas?

Sonreí, recordando aquella embarazosa conversación.

Tess: Hola... Estaba buscando el móvil, que estaba escondido debajo de las bragas. Y solo para aclarar, ¡no todos mis días comienzan de esta manera! :)

No confesé que aún seguía en la cama. Me parecía demasiado íntimo.

Liam: ¿Entonces, he tenido suerte?

Tess: O tal vez todo lo contrario, depende de cómo lo veas.

Liam: Cuando se trata de ti, siempre me siento afortunado.

Durante los dos días siguientes, Liam continuó enviándome mensajes de texto en los momentos más inesperados, preguntándome qué iba a almorzar o simplemente qué estaba haciendo. No podía dejar de pensar en él.

La noche del desfile de Proenza Schouler, cuando llegué con veinte minutos de antelación a los Spring Studios, ubicados en la calle St John's en el barrio de TriBeCa, estaba muy nerviosa y emocionada.

Me encantaban las innumerables oportunidades que ofrecía Nueva York, en especial en lo referente a los eventos de moda, y más aún durante la Semana de la Moda —que en realidad se extendía durante varios meses, ya que había diferentes actividades desde septiembre hasta octubre—. Me sentía muy elegante con mi vestido de cóctel y mi abrigo ligero. Era cierto que estaba temblando un poco, ya que, a pesar de estar a mediados de septiembre, hacía bastante frío; pero sabía que no estaría mucho tiempo fuera.

La multitud estaba agolpada frente a la entrada. Era una gran oportunidad para conocer a gente influyente, pero no era el momento ideal para entablar conversación. Después del espectáculo, todo el mundo estaría más relajado y abierto. Entre la audiencia se encontraban revistas de renombre y los peces gordos de la industria, pero decidí posponer la socialización para más tarde. En ese instante, me quedé asombrada al ver entrar a Gisele Bündchen y a su marido. Unos segundos después, divisé a dos actores de mis películas de superhéroes favoritas.

Estaba tan ocupada tratando de identificar a otras celebridades que no me di cuenta de la presencia de Liam hasta que estuvo delante de mí.

Llevaba un traje azul oscuro con pajarita y una camisa blanca. No podía apartar los ojos de él. Siempre irradiaba masculinidad y *sex appeal*, pero en aquel momento estaba más sexy que nunca. Ese hombre podía haber sido fácilmente modelo de portada de *GQ*. Quería besar cada centímetro de su cuerpo.

Joder, si mis pensamientos ya habían vagado por ese terreno travieso tan temprano en la noche, ¿qué tan traviosos podían volverse cuando terminara el evento?

—¡Hola! Aquí tienes tu entrada. —Nuestros dedos se rozaron cuando me la quitó de la mano, y esa conexión se extendió hasta mis partes más íntimas. ¿Cómo era posible? Bajé rápidamente la mano. No era la primera vez que mi cuerpo reaccionaba así ante él. Cada vez que lo veía, parecía ser aún más susceptible a su contacto.

—Es la primera vez que asisto a un desfile de moda —dijo Liam.

—¿En serio? Será divertido. Y, por favor, nada de hablar del contrato, ¿de acuerdo?

—Está bien. ¿Cuándo es que procedes a interactuar y hacer contactos? ¿Es ahora o después del evento?

—Después.

—Vale. —De repente, miró por encima de mi hombro—. ¿Ese de allí es Tom Brady?

Me reí entre dientes.

—Me gusta que te hayas fijado en él primero. La mayoría de los hombres hubieran visto a Gisele antes que a él.

Volvió a centrarse en mí.

—Esta noche solo estoy interesado en una mujer.

Dios mío.

Me aclaré la garganta.

—A propósito, Proenza Schouler tiene mucho talento. Espero que la temática también me sirva de inspiración para la boda de mi hermano.

Sonrió ampliamente.

—No he conocido a nadie que piense tanto en su familia como tú.

—Solo quiero hacerlos felices. Ese es uno de mis objetivos. El otro es incorporar nuevas tendencias a nuestras opciones de personalización.

—Por mi parte, creo que ya he dejado claros mis objetivos —dijo. Sus ojos brillaban.

Tragué con fuerza, relamiéndome los labios. Recordaba muy bien cuáles eran sus objetivos.

Hacerme sonrojar. Besarme. Conocerme.

Sí, había leído ese mensaje tantas veces que las palabras acabaron grabadas en mi cerebro.

—¿Por cuál te gustaría empezar? —bromeé. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero estaba disfrutándolo muchísimo.

Sus ojos brillaron.

—¿Cuál prefieres?

—¿Puedo elegir? —pregunté.

—Por supuesto.

Me removí en mi sitio, mordiéndome el labio inferior.

—Estás nerviosa —dijo Liam—. ¿Por qué?

Se inclinó hacia mí, como invitándome a susurrarle al oído.

Por impulso, me incliné hacia delante y confesé:

—No estoy segura de lo que estoy haciendo.

Riendo suavemente, se enderezó y dijo:

—¿Qué tal si lo vamos descubriendo sobre la marcha?

—Humm... parece arriesgado.

Liam guardó silencio durante un momento y mantuvo su mirada fija en mí.

—Me gustas, Tess. Lo digo en serio. Me gusta que seas fuerte y que sepas lo que quieres. Me gusta que hagas cualquier cosa por tu familia incluso cuando no tienes tiempo. Me gusta que me hayas hecho todo tipo de preguntas inoportunas durante el encuentro de la noche y que no me dejaras en paz hasta que te di una respuesta.

Vaya. Si antes pensaba que tenía el pulso acelerado, en ese momento estaba directamente descontrolado. Latía con fuerza en mis oídos y reverberaba por todo mi cuerpo.

Justo entonces, la multitud comenzó a moverse hacia la entrada.

—Entremos —susurré.

—Lo que tú desees. —Su tono seguía siendo juguetón, pero sus ojos no mentían. Estaban más ardientes que nunca.

Mientras hacíamos cola, me puso una mano en la parte baja de la espalda. Incluso a través de la chaqueta y el vestido, sentí aquel contacto como si fuera piel con piel.

Después de quitarme la chaqueta y dejarla en el lugar designado en la entrada, intenté concentrarme en lo que me rodeaba, en cualquier cosa excepto en aquel hombre tan atractivo que tenía a mi lado.

Los Spring Studios eran un lugar glamuroso y perfecto para un desfile de moda. A un lado, destacaba una barra de mármol verde con asientos altos y redondos bordeando el mostrador. En el extremo opuesto, un enorme ventanal ofrecía una impresionante vista de TriBeCa.

La hilera de focos proyectaba un agradable resplandor en el recinto. Había cinco filas de asientos a cada lado de la pasarela, y Liam y yo estábamos sentados en la cuarta.

A pesar de haber tomado asiento y de que el murmullo de la multitud se iba apagando, no podía evitar seguir prestando atención al apuesto hombre que me acompañaba.

Céntrate en la pasarela, Tess. No pierdas el enfoque.

Unas filas más adelante se encontraban los representantes de las principales revistas de moda, como *Vogue* y *Cosmopolitan*. Todos los aspirantes a diseñador ansiaban la oportunidad de hablar con ellos para poder presentar sus ideas, pero yo no era así. Tener presencia en esas publicaciones no era realmente nuestro objetivo. Mi enfoque era diferente. Nos poníamos en contacto con blogueros de moda y estilo de vida, YouTubers e Instagramers. Sabía que algunos de los más influyentes habían obtenido invitaciones para el desfile, y me esforzaba por identificar dónde estaban sentados. Algunos llevaban al menos un bolso que mostraba nuestra marca, mientras que otros pasaban desapercibidos. Aun así, logré identificar a varios entre la multitud y me hice una nota mental para abordarlos más tarde.

Cuando la primera modelo hizo su entrada en la pasarela, quedé completamente fascinada.

Me encantaba Proenza Schouler. Tenían una mezcla perfecta de urbanismo y delicadeza femenina en sus colecciones, a veces incluso en el mismo conjunto. Combinaban vaqueros con seda o incluso encaje. Un pequeño *clutch* podía elevar por completo hasta el atuendo más casual.

Rebosaba de ideas. Con la mayor discreción posible, saqué mi móvil y comencé a tomar notas lo más rápido que pude, con la esperanza de que mis notas tuvieran sentido.

Después de guardar el teléfono, volví a centrarme en la pasarela. Liam recorrió mi antebrazo con sus dedos antes de colocar su brazo sobre mi hombro. Dios mío. Cada punto de contacto se volvía hipersensible.

—¿Qué sigue ahora? —preguntó después de que saliera la última modelo—. ¿Ya sabes a quiénes quieres contactar?

—He visto a dos Instagramers muy influyentes y a una bloguera que me gustaría conocer.

—Pues yo he visto a un ejecutivo de publicidad con el que he trabajado antes. Y también al director de *A La Mode*. No es tan conocida como *Vogue*, pero en mi opinión, es un mejor espacio para que os anunciéis. Puedo presentártelo.

—Eso sería estupendo. Gracias.

—¿Quieres que te acompañe a hacer el recorrido? Así podemos hacerles saber que existe la posibilidad de que trabajemos juntos. Tal vez el hecho de que sepan que contáis con un respaldo adicional os resulte de ayuda.

—¿Quieres que presuma de ello cuando aún no hemos firmado nada? —Tenía razón; eso supondría una gran diferencia, pero no me parecía bien, ya que no habíamos cerrado el trato todavía.

—Creo que hará que algunas personas presten más atención. Además, no quiero arriesgarme a perderlo. Tengo planes para nosotros más tarde.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero primero terminemos las rondas.

—Pues entonces, a por ellos, Sr. Harrington.

La mayoría de los invitados estaban prácticamente apiñados alrededor de la barra. El murmullo era tan fuerte que parecía música de fondo. Mientras dábamos vueltas, no podía evitar ser extremadamente consciente de mi cuerpo, como si de repente pudiera percibir las cosas a otro nivel. Todo estaba intensificado. Liam apoyaba la mano en la parte baja de mi espalda y tocaba mi hombro o mi brazo a cada paso. El resultado fue que estuve todo el tiempo en tensión.

Me acerqué a mi Instagrammer favorita, “LorelaiInLingerie”, y hablamos un poco sobre cómo podríamos colaborar.

—Tienes mucha naturalidad para hacer esto —comentó Liam una vez que Lorelai empezó a hablar con otra persona.

—Me gusta socializar, y la cuenta de Lorelai me parece increíble.

—Ya lo he notado. A todos nos agrada recibir elogios sinceros. Y que te guste socializar es una cualidad importante en un empresario.

—¿Todavía estoy a prueba? —pregunté, batiendo las pestañas.

Se inclinó hacia mí y susurró:

—¿Acaso yo lo estoy?

Me encogí de hombros de manera juguetona.

—Tal vez.

—Vale, entonces permíteme demostrarte lo buen socio que sería como inversor.

Nos dirigimos directamente hacia el propietario de la empresa de publicidad que había mencionado antes. Después de presentarnos, Liam le habló sobre Soho Lingerie.

—Tienen una pasión desbordante, y se refleja en todos los aspectos, desde sus productos hasta su relación con los clientes —concluyó.

—Bueno, un perfil como ese podría arrasarse en el sector. Envíame un correo electrónico, Tess. Estaré encantado de ayudarte en todo lo que pueda —dijo Jerry, director de Eastside Advertising.

—Gracias.

El año anterior habíamos enviado un correo electrónico a Eastside Advertising para ver si podían hacernos un presupuesto por sus servicios, y su respuesta fue que no trabajaban con tiendas pequeñas. Negué con la cabeza, sonriendo para mis adentros y pensando: «Todo depende de a quién conozcas». En ese momento, como había un inversor que estaba interesado en colaborar con nuestra empresa, ya no nos veían como al chico nuevo de la clase.

A medida que Liam me iba presentando a las distintas personas que conocía, me di cuenta de que no estaba tratando de venderme sus habilidades como inversor, sino que realmente creía en nuestro negocio. Le necesitábamos en nuestro equipo. Cada vez que hablaba de nosotras, tenía la sensación de que me iba a desmayar, y allí radicaba mi problema: ¿Podríamos colaborar y manejar aquella intensa atracción?

—Estás tensa —susurró Liam.

¿Cómo podía leer mi cuerpo tan bien?

Asentí.

—Veamos si mi plan te ayuda con eso —añadió.

Una sonrisa coqueta se dibujó en sus labios. Sus ojos se clavaron en mí, ardientes y exigentes y, de solo pensar en todo lo que podría suponer aquel plan, mis pensamientos se descontrolaron. Llevó una mano a la parte baja de mi espalda antes de deslizarla hasta mi cuello. Todo mi cuerpo estaba crispado, como si acabara de pasar su boca por mi nuca, primero con sus labios y luego su lengua.

—Te invitaré a una copa y te haré soltar todos tus secretos —bromeó.

Una vez más, esa seguridad en sí mismo. Me encantaba.

Me relamí el labio inferior, tratando de fortalecerme contra el encanto que emanaba de él. Pasar más tiempo con Liam aumentaba las probabilidades de caer en terreno peligroso. Tal y como estaban las cosas, ya tenía pensamientos atrevidos (¿cuánto tiempo me llevaría arrancarle la camisa y lamer todos esos exquisitos músculos?

—Claro, ¿por qué no? Me apetece una copa de vino blanco.

—Tú siéntate. Yo me encargo. —Señaló dos taburetes vacíos.

—Vale.

Tras acomodarme en el asiento, saqué mi teléfono. Repasé mis notas rápidamente, corrigiendo las palabras que había tecleado mal mientras aún recordaba lo que había escrito.

—Vino blanco para la dama —dijo Liam.

—Gracias. Qué rápido.

Nuestras manos se rozaron cuando le cogí la copa, y sentí aquel contacto atravesando todo mi cuerpo. Maldita sea, estaba en problemas.

—Dime, ¿por qué estás tensa? —preguntó, sentándose en la silla contigua a la mía. ¿Me lo estaba imaginando, o la silla y Liam parecían estar más cerca que antes? Humedecí mis labios y le di un sorbo a la copa.

—Mejor hablemos un poco de ti primero —dije—. Siempre hablamos de mí.

—Hagamos un trato. Yo respondo a cualquier pregunta que quieras, y tú respondes a cualquiera de las mías.

Me estaba mirando con tanta atención que era imposible negarme. Aunque lo cierto era que tampoco tenía intenciones de hacerlo. Me encogí de hombros de manera juguetona.

—Bueno. Háblame de ti, de David y de Becca. ¿Solo sois compañeros o también amigos?

—Son mis mejores amigos. Empezamos a trabajar juntos en Wall Street después de la universidad y nos volvimos íntimos. Creamos la aplicación InvestMe, principalmente por diversión. Aunque, sinceramente, creo que habríamos dejado Wall Street de todos modos. No era nuestro ambiente. Demasiadas reglas y demasiados procesos estandarizados.

—Pero eso te gusta. ¿Acaso no tenías la misma lista de preguntas para todos los candidatos? —bromeé.

—Dices lo mismo que David. Siempre me da la lata con eso de ser demasiado... estirado.

—A estas alturas ya no me queda claro si te gusta más seguir las reglas o romperlas. Estoy bastante confundida al respecto. —Quería parecer seria, pero estaba sonriendo.

Se inclinó hacia mí y acercó su boca a mi oído.

—Solo me gustan las reglas cuando soy yo quien las establece, Tess. Y las únicas reglas que rompo son las que te involucran a ti.

Sentí cada aliento suyo sobre mi piel, y me pareció casi tan íntimo como besarse. Durante un breve instante, pareció que éramos los únicos en aquel abarrotado espacio. Entonces el murmullo aumentó, como si alguien hubiera pinchado la burbuja que nos rodeaba.

Me aclaré la garganta y Liam se echó hacia atrás. No podía apartar los ojos de él. Todo, desde el corte de su camisa y su traje de chaqueta hasta la determinación de su mirada, destilaba sensualidad. Agarré fuertemente la copa con una mano y el borde de la silla con la otra para intentar controlar el impulso de tocarle.

Estaba tan tentada de encontrar una excusa para abrir el botón superior de su camisa... ¿Acaso no tenía ni un poco de calor?

—Entonces, ¿por qué decidiste trabajar en Wall Street en primer lugar? —pregunté, recomponiéndome. Quería saberlo todo sobre él.

—Cuando era pequeño, siempre soñaba con ser como mi abuelo. Trabajó en Wall Street casi toda su vida.

—¿Casi? —Algo en la forma en que había pronunciado esa palabra me hizo pensar que quizás hubiera una historia detrás.

—Sí, hasta que le despidieron sin previo aviso. Por suerte, había logrado ahorrar dinero suficiente, así que eso no supuso un problema, pero nunca volvió a ser el mismo. Se deprimió y ya no parecía el de antes. Entonces, le pregunté a un terapeuta cómo podríamos ayudar a la abuela, y me sugirió que tuviéramos rutinas y horarios estrictos, similares a los que estaba acostumbrado en el banco. Afortunadamente, funcionó. Su estado de ánimo mejoró, y al final, empezó a cogerle el gustillo a su jubilación anticipada. Al mismo tiempo yo, en el proceso, acabé acostumbrándome a ese tipo de rutina estricta.

A decir verdad, me quedé atónita. ¿Hizo todo eso por su abuelo? En ese momento, tuve la sensación de que me había enamorado un poco de él.

—Vale, ahora me toca a mí. —Sus ojos brillaron. Se inclinó hacia delante, poniendo una mano en mi rodilla. ¡Dios mío! Mi cuerpo se encendió al instante: mis pezones se erizaron y una corriente de calor se propagó hasta mi centro.

¿Qué me estaba pasando?

—Eso no es justo, tengo más preguntas. —Hice pucheros, batiendo mis pestañas lentamente.

—Joder, Tess, no hagas esos pucheros tan tentadores o te besaré en esta barra.

Se me cortó la respiración. No tenía ninguna duda de que lo haría.

—Dime por qué estabas tensa antes. —Su voz era tan exigente que no tuve más remedio que ceder.

—Porque me gustas mucho, y...

—Dímelo, Tess. Cuéntame a qué le tienes miedo.

—Ni siquiera lo tengo claro.

—Mencionaste el tema de nuestra colaboración varias veces. Te aseguro que soy muy profesional. Pase lo que pase, no afectará a mi ética de trabajo. Si te hace sentir mejor, David o Becca podrían incluso convertirse en vuestro mentor principal. Solo me verías a título profesional durante las reuniones dedicadas a las decisiones estratégicas.

Vaya, ¿realmente había pensado en ese aspecto? ¿Solo para tranquilizarme?

—¿Qué más te preocupa? —preguntó.

Que me rompieran el corazón. Pero no podía decir eso en voz alta. Ni siquiera habíamos tenido una cita, no quería asustarle con mis ideas románticas. Siempre había sido una persona soñadora y optimista, pero quince años de citas me habían enseñado que las relaciones no eran fáciles.

—Muchísimas cosas, pero me gustan mucho tus sugerencias. —No podía creer que fuera tan considerado.

Comencé a jugar con mi copa de vino, buscando algo que hacer con las manos. Su mirada se centró en mis labios, y podría jurar que se inclinó unos centímetros hacia delante.

Antes de que pudiera añadir algo más, alguien se chocó contra mi por detrás.

Mi copa de vino se derramó sobre mi vestido, empapándome. Salté de la silla y, por instinto, traté de alisar la tela con las palmas de las manos. No sirvió de nada. Al mirar a la mujer que había chocado conmigo, vi que tenía una expresión de disculpa y, enseguida, esbozó una mueca pesarosa.

—¡Ay! Lo siento mucho. Pagaré la tintorería.

—No hace falta. Le podría pasar a cualquiera.

—¿Estás segura?

—Sí, no te preocupes.

Charlamos un poco más antes de que siguiera su camino y, cuando se marchó, me volví hacia Liam.

—Me ha entrado un poco de frío. El vestido está completamente empapado. Debería irme a casa.

—Te acompañaré.

Colocándome la mano en la parte baja de la espalda, me acompañó hasta la entrada, donde estaba el guardarropa. Había una pequeña cola, pero recibí mi abrigo en pocos minutos. Gracias a Dios, porque temblaba de frío cada vez que alguien abría la puerta de entrada.

Liam me sostuvo el abrigo y procuré no reaccionar cuando sus dedos rozaron mis hombros mientras me lo ponía.

—No esperaba que nuestra velada acabara de esta forma —susurró en mi oído desde atrás mientras yo me ajustaba el cinturón alrededor de la cintura—. Parece que tendré que poner en marcha el resto de mi plan en otra ocasión.

Se me revolvió el estómago al darme la vuelta y quedar frente a él.

—Eso parece.

Maldita copa de vino. Me estaba privando de una noche muy prometedora. Pero quizás fuera mejor así.

—Vamos. Hay taxis fuera.

Iba caminando un paso detrás de mí, y podría jurar que sentía su presencia a pesar de que ni siquiera me estaba rozando. Una vez fuera, vimos partir los dos últimos taxis ante nuestros ojos. El conserje del evento nos aseguró que llegaría uno nuevo en unos minutos.

—¿Tienes frío? —preguntó Liam.

Asentí. Me frotaba las manos porque estaban heladas. Él las tomó entre las suyas, que estaban calentitas y me producían una sensación increíble. Estaba disfrutando mucho de todo aquello. Se me cortó la respiración cuando le sorprendí mirándome a los labios. Mierda, de repente, sentí una ola de calor por todo el cuerpo, no solo donde nuestras manos se estaban tocando. No podía apartar la mirada, no podía hacer nada para romper ese hechizo entre nosotros, y para colmo, aquel hombre estaba calentándome las manos, por el amor de Dios. ¿Acaso quería que me desmayara allí mismo?

No tenía ni idea de quién se había acercado primero, pero en cuanto su boca estuvo sobre la mía, no pude pensar en otra cosa que no fuera *él*. Sus labios eran firmes y suaves al mismo tiempo. Me exploraba lentamente, como si no hubiera otra cosa que prefiriera hacer en ese momento que besarme. De hecho, parecía como si eso fuera lo único que quisiera hacer el resto de la noche.

Soltó mis manos y me agarró por la cintura. Cuando profundizó el beso, no pude contenerme y le pasé las manos por el pelo. Fui invadida por la necesidad. Gemí involuntariamente y él siguió intensificando el beso. Le deseaba.

La forma en que me besó me hizo sentir que yo era lo único que importaba aquella noche. Me apretó contra él y deslizó sus labios por el lateral de mi cuello. Cada beso enviaba pequeñas ondas de placer que reverberaban por todo mi cuerpo. Su colonia de enebro y pino inundó mis sentidos. Metí la mano bajo su chaqueta y la acerqué al botón que me había estado tentando toda la noche. Quería arrancarlo, junto con todos los demás botones. Quería...

Un fuerte pitido hizo que nos separáramos de golpe. Parpadeé durante unos segundos, desorientada. Entonces me percaté de la presencia del taxi y del sonriente conserje.

—El taxista ha tocado la bocina tres veces antes de que os dierais cuenta —nos informó.

Ni siquiera estaba arrepentida, porque ese beso merecía que pitaran.

Mientras me dirigía hacia el coche con Liam a mi lado, sentía que las piernas me temblaban un poco. Acto seguido, me abrió la puerta. Cuando incliné mi cuerpo para entrar en el taxi, él se acercó y me besó la mejilla antes de acercar su boca a mi oreja.

—La próxima vez que te vea, me aseguraré de que no haya ninguna copa de vino derramado, ni taxis tocando el claxon que se interpongan en nuestro camino —dijo.

Cuando se apartó, el brillo prometedor de sus ojos se había convertido en puro fuego, y en ese momento, tuve la certeza de que la próxima vez nada le impediría ir a por lo que quería: a mí.

Capítulo Doce

Liam

Yo no era de esos que se quedaban atrapados en los momentos, repitiéndolos en mi mente. Simplemente no era mi forma de ser. Sin embargo, no podía olvidar mi noche con Tess. Si besarla me producía esa sensación, ¿cómo sería explorarla en la cama? Quería tenerla conmigo toda la noche.

Pasar tiempo con ella había sido extasiante. Realmente me había escuchado con mucha atención cuando le conté la historia de mi abuelo y de aquella dura etapa de nuestras vidas. No era común que me lo preguntaran y (yo) no estaba acostumbrado a hablar de ello; pero con Tess me resultó muy fácil.

Les envié a ella y a Skye el contrato revisado esa misma noche, después del evento, pero no había vuelto a saber nada de ellas. Si bien era cierto que lo había enviado el jueves por la noche y todavía era lunes, me estaba impacientando. Sin embargo, no quería ser yo quien se pusiera en contacto primero. Sabía cuándo presionar y cuándo esperar. Quería que se firmara el contrato y de esa forma tener vía libre para conquistar a Tess.

—¿Te estás volviendo un abuelo o qué? Estás corriendo despacio hoy —dijo David.

Nos reuníamos tres veces por semana a las siete de la mañana para salir a correr antes de empezar el día. Después, nos duchábamos en el edificio de nuestras oficinas y guardábamos allí ropa limpia para poder llegar al trabajo a una hora razonable.

—No, es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—Eso no te ha impedido ganarme antes.

Siempre competíamos en el último kilómetro; no iba a permitir que David me venciera. De ser así, nunca dejaría de alardear de ello.

Mis pulmones luchaban contra el aire frío. Joder, hacía mucho frío para ser finales de septiembre. Si continuaba aquella tendencia meteorológica, solo podría mantener la rutina de salir a correr durante octubre y noviembre.

Forcé mis muslos para avanzar más deprisa, y luego aún más rápido sobre el asfalto. Solo miré hacia atrás cuando llegué a la puerta principal del edificio de ladrillos rojos. David venía justo detrás de mí. Me ardía todo el cuerpo, pero ni siquiera ese esfuerzo consiguió disipar los pensamientos sobre Tess.

—Solo cinco segundos más rápido —dijo entre fuertes jadeos—. Algún día te alcanzaré.

Le di un pequeño puñetazo en el hombro.

—Ni en tus sueños. Venga, vamos a trabajar.

David fue primero a la ducha, mientras, yo me dirigí a mi despacho para coger ropa limpia.

Cuando pasé junto a Dexter, me dijo:

—Te llamaron varias veces mientras corrías.

Siempre dejaba el teléfono en las oficinas cuando salía a correr, y la primera tarea del becario era comprobar si había alguna llamada perdida.

—Las comprobaré más tarde.

—Pero está...

No oí el resto de la frase, porque cerré la puerta de mi despacho. Tess estaba allí. Entonces, caí en la cuenta de que eso era probablemente lo que Dexter intentaba comunicarme.

—¡Tess, qué sorpresa!

Estaba empapado en sudor y con la camiseta pegada al a mi cuerpo. A Tess no pareció importarle mientras me examinaba muy despacio de arriba abajo. Levanté una ceja y ella se

sonrojó.

Puesto que me estaba mirando con tanto descaro, no vi razón para contenerme. Tenía puesto un vestido negro, el mismo abrigo que llevó al desfile y unos tacones de aguja. Lo único que quería era despojarla de todo... excepto de esos zapatos rojos.

—Siento irrumpir así, pero tu becario me dijo que no tenías ninguna cita esta mañana.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Puso su bolso sobre el escritorio, sacó de él un montón de papeles y los colocó junto a mi portátil.

—Skye y yo hemos firmado el contrato.

—¡Es una gran noticia, genial! Pero no hacía falta que lo trajeras en persona.

—Lo sé, pero quería hacerlo. ¡Estoy tan contenta! —Juntó las manos y sonrió de oreja a oreja—. Entonces, ¿cuáles son los pasos a seguir? ¿Cuándo empezamos? ¿Cuándo podremos enseñarte el local que estamos pensando alquilar? ¿Y cuándo pondremos en marcha la nueva tienda online?

Sonreí y cogí la bolsa de deporte que estaba en un rincón. Saqué una toalla y me la puse sobre los hombros.

—No haces nada a medias, ¿verdad? Primero me lo pones difícil y, ahora que has firmado, ¿te lanzas a por todas?

Su sonrisa se atenuó un poco.

—Sí, bueno, tengo fama de hacerlo todo... con mucho entusiasmo.

Parecía un poco insegura. Dejé caer la bolsa de deporte al suelo y me acerqué a ella.

—Eso me gusta mucho de ti, Tess. Tanto como todo lo demás. Firmaré el contrato esta mañana, junto con Becca y David. Luego podemos organizar una reunión general.

—Entonces, ¿debería volver más tarde con Skye? ¿Cuándo... lleves más ropa?

Sonreí.

—¿Tienes algún problema con mi atuendo?

—Pues sí. Tus abdominales están a plena vista. ¿Tienes idea de lo mucho que me distraen? No puedo evitar pensar en tocarlos... y lamerlos.

Joder, ¿estaba intentando matarme? Se me iba a poner dura si continuaba. Algo me decía que Tess no solo estaba de acuerdo con el contrato, sino que también había tomado una decisión con respecto a nosotros, y me lo estaba haciendo saber con su sobreexcitación habitual.

Me acerqué aún más.

—Tess... no puedes decirme esas cosas aquí.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a follarte en mi escritorio cuando estoy todo sudado por haber corrido.

Sus ojos se abrieron de par en par antes de entrecerrarlos.

—Ya veo. ¿Así que te gusta flirtear, pero solo bajo tus términos?

—Sí.

—Bueno, pues que sepas que eso no va conmigo. —Movié las cejas de arriba abajo—. Ahora mismo no sabes cómo lidiar conmigo, ¿verdad?

—No —admití riendo.

Levantó su mano y me tocó el pecho. Agarré su muñeca y luego la otra. Sus ojos se abrieron de par en par cuando le aparté los brazos y fundí mi boca con la suya. Sabía a sirope de arce y café; quería saborearla por completo. Exploré su boca hasta que noté que se retorció y la oí gemir. Sujeté sus manos con firmeza, besándola como yo quería. Tampoco estaba dispuesto a que me tocara como sabía que ella deseaba, porque ya estaba totalmente empalmado. Separó los

muslos para hacerme hueco. Gemí en su boca y solté sus manos. Quería explorar algo más que su boca y necesitaba con urgencia que ella hiciera lo mismo conmigo.

Me retiré solo lo suficiente para decir:

—Tócame. Tess, joder. Tócame —Acto seguido, volví a besarla.

Deslizó su mano entre nosotros, tocando mi erección. Casi exploto al sentir el contacto. Me provocó pasando sus dedos de arriba abajo. Apreté su culo contra el borde del escritorio.

Aquello era una tortura, una auténtica tortura. En ese momento, besarla estaba muy bien, pero tocar su cadera y sus muslos no era tan satisfactorio, pues llevaba demasiada ropa. Moví la mano desde su vientre hacia abajo, presionando a medida que descendía. Le toqué el clítoris por encima de la ropa y sus piernas flaquearon. Gimió, tironeando de mi empapada camiseta con la mano libre. Luego introdujo su mano, trazando las líneas de mis abdominales con los dedos, tal como había prometido. Estaba decidido a no dejar que su boca tocara mi cuerpo, porque entonces no habría forma de contenerme.

No le costaría mucho correrse, estaba aún más al límite que yo, pero no quería que el primer orgasmo que experimentara conmigo fuera así: rápido y con ropa.

Quería que fuera muy salvaje y muy duro, pero no allí en mi despacho. Volví a subir mis manos por su cuerpo. Ya estaba memorizando sus curvas incluso por encima de su ropa, y me moría de ganas de volver a explorarlas cuando estuviera desnuda. Ella protestó, apartando también su mano... pero entonces giró las caderas, restregándose contra mi erección, y casi me caigo encima de ella.

—Tess, cariño.

Llevó la mano a la pretina de mis calzoncillos, pero la detuve sin dejar de mirarla directamente a los ojos.

—Aquí no. —Mi voz sonaba áspera, como si hubiera estado en silencio durante mucho tiempo. Quería hacer las cosas bien con ella, y un polvo rápido en la oficina no era la mejor manera de empezar. Tess se merecía algo mejor. Los dos estábamos actuando por instinto en ese momento, pero primero quería enamorarla un poco. Nunca me había planteado eso antes, pero estaba seguro de que le gustaría. Nunca en mi vida había conocido a alguien tan especial.

Me aparté, dando un paso atrás para no perder la cabeza por completo.

—Esta noche, quiero que celebremos la firma del acuerdo. Solo tú y yo.

Ella asintió, con los ojos ligeramente cerrados. Me sentí victorioso. Los papeles ya estaban firmados y ya nada iba a impedir que hiciera mía a Tess.

Capítulo Trece

Tess

El resto del día fue una locura. Liam me envió un mensaje de texto justo después de irme, informándome que todos habían firmado, y acordamos que la reunión general sería al día siguiente por la mañana. No podía dejar de pensar en él y no había forma de quitármelo de la cabeza. Todavía sentía sus labios en los míos, sus manos en mi cuerpo. Habíamos quedado en vernos a las siete en la tienda y, la verdad, estaba contando las horas... y los minutos. ¡Estaba tan ansiosa!

Pensé que tendría todo el día para jugar con las opciones de personalización y recordar la forma tan sensual en que me empujó contra su escritorio y me besó como si no hubiera un mañana.

Pero por la tarde, descubrí que teníamos cien pedidos que no coincidían. Nuestra tienda online no había registrado algunas ventas. A pesar de que las chicas los habían revisado todos y añadido los artículos faltantes, tuve que volver a empaquetarlos. No veía la hora de contar con una página web mejor. La que teníamos en aquel entonces se caía a menudo o (simplemente) registraba incorrectamente los pedidos. Dado que los envíos tenían que realizarse al día siguiente, solo disponía de unas pocas horas para organizarlos. Ni en mis mejores sueños cabía la posibilidad de tener todo listo para las siete.

No quería que Liam pensara que me estaba haciendo la difícil, así que hice una foto de las cajas y se la envié.

Tess: No sé cuándo acabaré con esto. ¿Lo dejamos para otra ocasión?

Sonreí cuando las palabras “**Liam está escribiendo**” aparecieron en la pantalla. ¿Siempre respondía tan rápido o era que me estaba dando un trato especial?

Liam: No.

Liam: Quiero seducirte esta noche.

Madre mía.

Tess: No me tientes. Por favoor.

Liam: Claro que lo haré. ¿Queso? ¿Champán? ¿Un beso? ¿Mis abdominales desnudos?

Me reí, llevándome una mano al vientre. Observé la pila de cajas, luego el sillón y finalmente el teléfono. Bueno, como era mi propia jefa, podía darme el lujo de tomarme un descanso para ligar un poco. Sonriendo, me senté con las piernas apoyadas en un reposabrazos y los pies balanceándose en el aire.

Tess: ¿Esto es una negociación?

Liam: Solo si salgo ganando.

Me contoneé en el sillón. Solamente estaba flirteando un poco. ¿Cómo podía ser que ya me estuviera subiendo la temperatura?

Tess: Las negociaciones no funcionan así.

Liam: Dime cuáles son tus condiciones.

Tess: ¿Tienen que incluir besos?

Liam: Sí. No voy a ceder en eso.

Los nervios se apoderaron de mí mientras escribía y borraba tres mensajes antes de finalmente decidirme por uno. Pulsé “Enviar” antes de que pudiera cambiar de opinión.

Tess: ¿Entonces, sobre qué puedo decidir en concreto?

A esas alturas, ya no me estaba cociendo a fuego lento, más bien estaba ardiendo. Contuve la respiración cuando las palabras “**Liam estaba escribiendo**” volvieron a aparecer en la pantalla.

¿Por qué se estaba tomando tanto tiempo?

Liam: Sobre dónde y cuántos.

Tess: Voy a reflexionar bien sobre mis condiciones y te llamaré.

Por supuesto; yo también sabía cómo coquetear. Sabía cómo provocar.

Liam: Tess... cuanto más tardes, más besos exigiré. Uno por cada hora que me hagas esperar.

Joder. Estaba claro que no podía ganarle. Era un maestro en la materia.

Liam: No estarás trabajando sola para organizar todos esos pedidos, ¿no?

Tess: Sí. Skye está reunida con un proveedor y las dependientas están ocupadas con los clientes.

Liam: Vale. Entiendo.

Me reí, pensando si debía señalar que me había dicho que *me exigiría* más besos por cada hora que tardara... pero quizás no fuera muy buena idea recordárselo. Quién sabía qué otras *exigencias* me plantearía.

Liam no escribió nada más, cosa que agradecí, porque las habilidades de flirteo de aquel hombre eran lo suficientemente peligrosas como para hacer que me olvidara del resto de mis tareas.

Tras completar las doce primeras cajas, tenía las manos entumecidas. Parecía que tendría que quedarme incluso después de la hora de cierre, y no podía pedirles a las chicas que trabajaran más horas; habían estado todo el día de pie y sin duda estarían aún más cansadas que yo.

Una hora más tarde, escuché la voz de Liam en la entrada y me puse en pie de un salto. Les había comunicado a las chicas que acabábamos de cerrar un acuerdo con él como inversor, por lo que seguramente lo enviarían hacia donde yo me encontraba para que hablara conmigo.

¡Dios mío, qué nerviosa estaba! Mi estómago se llenó de mariposas al escuchar pasos pesados acercándose. Podía jurar que mi corazón pareció detenerse cuando entró en la trastienda.

Me miró de manera fija con sus increíbles ojos. Ni siquiera había pronunciado una palabra y, sin embargo, me invadió una enorme oleada de calor. El hombre era sencillamente irresistible. Vestía unos vaqueros desgastados, una camisa negra y una cazadora de cuero por encima. Su pelo estaba revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él.

—Hola, Tess.

—¡Hola!

Llevaba una bolsa de papel consigo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Tacos. Y tu champán favorito. No hace falta que salgamos a ningún lugar a celebrarlo, podemos hacerlo aquí. Así también puedo echar una mano con las cajas.

—¿Quieres ayudarme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ahora soy tu socio, ¿recuerdas? —Su mirada era juguetona.

—¿Esa es la única razón?

Ese brillo juguetón se volvió ardiente en una fracción de segundo.

—Y para reclamar todos los besos que hemos negociado.

Jadeé, tapándome la boca.

—Olvidé contestarte.

Me guiñó un ojo.

—Lo sé. Dime qué hacer, Tess.

Se quitó la chaqueta de cuero y la dejó en el respaldo de uno de los sillones.

Examinó con atención el lugar y frunció el ceño al notar la pila de cajas terminadas.

—Dime que no has hecho todo eso tú sola.

—Claro que sí. Ha sido pan comido. Solo necesito girar un poco las muñecas para aliviar un poco la tensión. Están un tanto rígidas.

Comencé a girarlas en círculos, tratando de ejercitarlas un poco.

Liam colocó la bolsa de papel sobre la mesa de centro, delante de los sillones. Pensé que empezaría con las cajas, pero en lugar de eso se dirigió directamente hacia mí. Me agarró una muñeca, luego la otra, presionando con sus pulgares justo donde me dolía. Cerré los ojos y dejé caer un poco la cabeza hacia atrás.

—Mmm, qué placer... —murmuré. Todo mi cuerpo se había relajado a pesar de que solo estaba masajeando mis muñecas. Al tener los ojos cerrados, mis sentidos se agudizaron. El tenue olor de su *aftershave* era tremendamente sensual. El calor de su cuerpo era abrumador. Abrí los ojos y, cuando me di cuenta de lo cerca que me estaba observando, estuve a punto de gemir.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí.

—Sentémonos y comamos algo. Luego puedes relajarte un rato mientras yo continúo con las cajas.

—¿De verdad? Pues no me puedo negar a esa oferta. Déjame enseñarte exactamente cómo lo hago antes de que empecemos a comer.

Liam me dedicó una media sonrisa, señalando los pequeños montones de cartones desplegados.

Intenté centrarme en la caja y no en lo cerca que estábamos, ni en el hecho de que sus labios rozarían mi oreja si me inclinaba un poco hacia atrás.

Terminé la demostración lo antes posible y luego comprobé cómo hacía la siguiente.

—Vale, has pasado la prueba.

—Gracias por el voto de confianza —dijo riendo.

—¡Oye! Es que quiero que nuestras clientas se sientan especiales.

Tomó asiento en un sillón, y saqué los tacos de la bolsa. Había tres, cada uno en un plato de papel. También cogí la botella y me dirigí rápidamente a uno de los estantes donde guardaba las copas de champán.

Se rió al verlas.

—¿Qué? A Skye y a mí nos gusta celebrar los logros. Aunque podríamos abrirlo cuando acabemos con las cajas.

—Tú mandas, jefa.

—Eso me ha dado una idea... Yo dándote órdenes a ti. Mmm... creo que podría funcionar muy bien.

Levantó una ceja.

—Ups, ¿he dicho la última parte en voz alta? —bromeé.

—Sí, así es.

—Bueno, no era mi intención. —Seguía mirándome expectante, así que añadí—: Oye, vamos a comer rápido para que puedas empezar con las cajas. Nada de flojear. Soy la jefa, ¿recuerdas?

Se rió y le dio un mordisco al taco. Los dos comimos en silencio, prácticamente devorando la comida.

—Estos tacos están buenísimos —dije cuando terminé. Dejé el plato vacío sobre la mesita y Liam hizo lo mismo luego de terminar—. Kevin tiene mucho talento.

Liam se quedó inmóvil.

—¿Le conoces?

—Sí.

Como no dije nada más, preguntó:

—¿Habéis... tenido algo?

—No. ¿Por qué?

—Durante la cena “para conocerse”, vi un mensaje suyo. Te había escrito emojis de corazones.

Parpadeé, sorprendida. Me observaba expectante. No sabía qué decir.

—Bueno, no hemos tenido nada, aunque... le invité a salir, pero me rechazó.

—¿Qué?

—Dijo que estaríamos mejor como amigos. Así que... somos amigos, supongo. Siempre me pide consejos sobre otras mujeres con las que sale.

—Es un completo idiota.

Sonreí, sintiéndome un poco cohibida.

Liam se levantó de su sillón y se sentó en el reposabrazos del mío.

—Pero *tú* le invitaste a salir —dijo, más para sí mismo—. ¿Sigues sintiendo algo por *él*?

Apreté la mandíbula. Su mirada era firme.

—No, claro que no. A menos que cuente sentirme incómoda cada vez que me manda un mensaje.

Liam acarició mi mejilla.

—Qué imbécil. Olvídate de él. No vuelvas a comprar sus tacos.

Me reí, encogiéndome de hombros.

Sin dejar de mirarme con atención, se sentó en el suelo y terminó de preparar la primera caja. Cuando empezó con la segunda, decidí dejar de descansar y me agaché a su lado.

—Puedo hacerlo yo solo, Tess. Descansa un poco.

—No, no. No soy una de esas jefas odiosas. Disfruto haciendo las cosas yo misma.

—Lo sé. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—¿Qué más te gusta de mí?

Se inclinó de lado hacia mí, acercando su boca a mi oído.

—Podría decírtelo, pero entonces nunca terminaríamos de empaquetar.

—¿Tan poca fe tienes en mí?

—No, en mí. Mi autocontrol está pendiendo de un hilo, Tess.

Quedé atrapada en su encanto, sin saber qué responder.

Se apartó un poco y me miró directamente a los ojos.

—Hagamos un trato. Cuando terminemos de preparar los pedidos, te lo contaré todo con lujo de detalles. Y luego, reclamaré esos besos. Todos y cada uno de ellos. ¿A qué hora se van tus dependientas?

Pronunció cada palabra contra mis labios. Mi autocontrol también estaba pendiendo de un fino hilo.

—A las diez —susurré.

—Para entonces habremos acabado con las cajas. —Tragó con dificultad, mirándome durante unos segundos antes de volver a centrarse en la tarea que tenía entre manos. Las siguientes horas pasaron volando, y cuando llegaron las diez y las chicas se marcharon, redoblé mis esfuerzos. Solo nos quedaban unas pocas cajas.

Aunque estaba agotada y me dolían de nuevo las muñecas, no me detuve ni disminuí el ritmo.

—Alguien tiene prisa —susurró Liam de manera juguetona.

—Es que me has dado un buen incentivo.

—¿Los cumplidos o los besos? —Una vez más, su boca estaba tan cerca que parecía que estábamos tocándonos. Mi cuerpo se encontraba en un estado de máxima alerta.

—No lo tengo claro —bromeé justo cuando pegaba el lazo de seda roja a la última caja—. Ya está.

Me senté en el suelo, con las piernas cruzadas. Liam imitó mi postura. Sus ojos emanaban puro fuego, y ya no estaba segura de poder manejar la tensión que había entre nosotros.

—Entonces... ¿habías dicho algo sobre permitirme hacer preguntas? —susurré.

—Sí, todas las que quieras.

—Háblame un poco más sobre las cosas que te gustan de mí.

Acaricié mi mejilla. El roce me hizo sentir una oleada de calor.

—¿Qué te parece si primero reclamo todos los besos que quiero? —preguntó.

—¿Te refieres a los que te debo?

—No. Me refiero a los que debes, y a todos los extras que quiero.

¡Dios mío! Estaba completamente cautivada por aquel hombre.

Asentí, acercándome hasta que nuestros labios se rozaron. En cuanto su boca estuvo sobre la mía, no pude ni respirar. Las emociones me invadían y no podía distinguir unas de otras. Estaba rendida ante la sensación que me producía el contacto de sus labios contra mi boca y luego contra el lateral de mi cuello. Una de sus manos se dirigió a mi cintura, la otra bajó por mi muslo y, a continuación, pasó los dedos por el borde de mi vestido, donde la tela se encontraba con la piel.

El placer fluyó directo hacia mi centro. Gemí y lo acerqué más a mí, sujetándolo por el cuello de la camisa. Mi postura no era la más cómoda, así que me puse de rodillas, a horcajadas sobre su regazo, con bastante torpeza. Apoyé la rodilla en sus muslos antes de abrir un poco más las piernas. Sus labios se curvaron en una sonrisa *mientras* me besaba, por lo que le di un leve puñetazo en el hombro. Su sonrisa se amplió al mismo tiempo que deslizaba las manos por debajo de mi vestido. Subió lentamente hasta hacerme estremecer entre sus brazos.

Liam estaba a punto de sacudir mi mundo esa noche.

Capítulo Catorce

Liam

Me encantaba besar a aquella mujer y pensaba tomarme mi tiempo. Me gustaba explorarla, sabiendo que no había un horario al que atenerse.

La tendría solo para mí.

Todo era incluso mejor de lo que había imaginado, y eso que ya había imaginado a Tess así muchas veces. Su cuerpo era exquisito. Esas piernas tonificadas, su esbelta cintura. No podía decidir cuál de los dos era mi kryptonita: sus pechos o ese firme culo. Planeaba explorar ambos atributos a fondo antes de tomar una decisión. Su pelo, de un tono rubio oscuro, le caía por los hombros, y no dudé ni un segundo en meter la mano en él, disfrutando de lo sedoso y suave que resultaba entre mis dedos.

Solo dejé de besarla el tiempo suficiente para quitarle el vestido. Lo tiré a un lado, contemplando su escultural silueta y aquella piel blanca y nacarada.

Era seductora, y a la vez tenía una pizca de vulnerabilidad. Quería llegar al fondo de eso, saber qué la hacía sentir así y ayudarla a superarlo.

No podía creer que tuviera la suerte de estar allí con ella, pero primero tenía que llevarla a un lugar más cómodo. Divisé un sofá cerca de los probadores.

Me aparté, interrumpiendo el beso. Hizo pucheros y el gesto fue tan encantador que estuve a punto de volver a besarla.

—Sube al sofá, preciosa.

Le agarré el culo con las dos manos, la separé un poco de mí y me puse en pie, levantándola para que estuviera a mi altura.

Me coloqué detrás de ella y le besé la nuca antes de inclinarle la cabeza hacia un lado. Me puse duro como una piedra mientras bajaba la boca por el lateral de su cuello y luego incliné la pelvis hacia delante, presionando mi erección contra su trasero. Tess jadeó, contoneándose contra mí.

—¿Ves lo que me haces? —murmuré—. Ni siquiera me has tocado y ya estoy perdiendo la cabeza por ti.

Se rió bajito antes de bajar una mano y apretar mi erección por encima de los vaqueros. Se me nubló la vista. Gruñí, haciendo movimientos hacia delante y hacia atrás. Intentó darse la vuelta, pero la agarré por las caderas y la detuve. Me deshice rápido de los vaqueros y luego del resto de la ropa. No quería que nada se interpusiera entre nosotros. Una vez desnudo, la besé a lo largo de la espalda, bajando hasta que mi cara quedó justo delante de su precioso culo. Llevaba unas bragas negras que solo cubrían la parte superior de su trasero.

Le besé una mejilla y luego la otra antes de girarla hacia mí y mirarla. Pasé los pulgares por el interior de sus muslos, hasta llegar al borde de las bragas. Noté que tenía la piel de gallina, inspiró con fuerza y los músculos de su vientre se contrajeron. Me gustaba verla así, casi sin poder respirar por la expectación. La miré directo a los ojos y pasé el pulgar por encima de la tela. Le temblaron las piernas y me agarró los hombros con ambas manos. A esas alturas la tenía tan dura que incluso resultaba doloroso.

Me agarré la polla, apretándola en busca de algo de alivio. Fue en vano. Necesitaba que me tocara, pero esperaría. En ese instante, todo giraba en torno a ella.

Tiré de la pretina de sus bragas, bajándoselas, y luego di un golpecito en el borde del sillón, indicándole: “Pon el pie aquí arriba”.

Hizo exactamente lo que le pedí, abriéndose para mí. Besé la parte interior de su muslo, reduciendo la velocidad a medida que me acercaba al vértice. Sonreí cuando me pasó los dedos por el pelo.

Apreté la punta de la lengua contra su clítoris. Al mismo tiempo, acaricié su abertura con los dedos. Tess gimió y me tiró del pelo con más fuerza. Su delicada piel estaba empapada. Ya se encontraba preparada para mí, pero quería llevarla aún más al límite.

Quería sensibilizarla tanto que, cuando la penetrara, apenas pudiera respirar del placer. Quería que se perdiera en mí, no obstante, con cada caricia, era yo quien se perdía en ella.

Me estaba volviendo adicto a su olor, a su suave piel y a cómo reaccionaba ante mí.

—Liam —murmuró, moviendo las caderas.

Quería hacer que se corriera con mi boca, pero tenía demasiadas ganas de besarla. Necesitaba sentirme más cerca de ella. Besé su cuerpo y me detuve justo en el borde de su sujetador. Se lo quité de un tirón y retrocedí unos centímetros. La imagen de sus pechos desnudos fue suficiente para que todos mis instintos se descontrolaran.

Pasé los dedos por la piel rosada que rodeaba sus pezones y luego hice el mismo recorrido con la lengua. Tess gimió justo antes de que la atrajera hacia mí y capturara su boca. Bajé los dedos hacia su abdomen, pasando por el ombligo, hasta llegar a su clítoris. Entrelacé su lengua con la mía mientras movía los dedos en círculos alrededor de su clítoris. Mi erección palpitaba y cada centímetro de mi cuerpo estaba en tensión. Ella estaba cada vez más cerca del clímax y sus músculos se contraían bajo mis caricias. El beso se volvió más urgente, estaba buscando desesperadamente su orgasmo.

Entonces, explotó de una manera maravillosa, sacudiéndose contra mi mano. Gritó mi nombre, echando la cabeza hacia atrás y abrazándose con fuerza por los hombros. No había una vista más extraordinaria que la de Tess abrumada por su clímax. Tenía las mejillas sonrojadas y las piernas le temblaban ligeramente. Yo la sujetaba con firmeza con las dos manos y le besaba el cuello mientras ella atravesaba la oleada de placer. Todos mis instintos deseaban poseer a aquella mujer. Cuando se balanceó del talón a la punta de los pies y luego de nuevo al talón, cedí a ese impulso.

Necesitaba estar dentro de ella, adueñarme por completo de su placer y sus pensamientos. Enganchando mis manos bajo su trasero, la levanté. Ella me rodeó con las piernas, atrapando la punta de mi polla entre su coño y mi pelvis. Gemí ante la ráfaga de deseo que recorrió mi cuerpo.

La llevé hasta el sofá que había entre los probadores y la coloqué sobre él.

Miró la chaqueta que había dejado sobre el reposabrazos y se humedeció los labios.

—Dime que tienes un condón aquí. —Palmeó la chaqueta.

—Sí, claro.

Cogí la cartera, sujeté el preservativo con dos dedos y rasgué el paquete con los dientes. Tess sujetó mi erección con una mano y extendió la otra para coger el condón. Casi me volví loco cuando me lo puso lentamente. Luego, descendí entre sus muslos abiertos. Sonreí cuando ella los apretó, atrapándose allí.

—No te soltaré —murmuró con una sonrisa de saciedad.

La penetré hasta la base, emitiendo un gruñido de lo increíble que era la sensación. Tess gritó, sus músculos internos palpitaban a mi alrededor, las pequeñas réplicas de su orgasmo. Quería intensificar su placer mientras perseguía el mío. Entré y salí de ella sin cesar, observando nuestros cuerpos. Su cuerpo me causaba sensaciones indescriptibles, como si estuviera hecho para mí. El deseo volvió a apoderarse de mí, esa vez en oleadas. Me ardían los músculos, pero aún no estaba listo para sucumbir al orgasmo.

Ralentice el ritmo, sonriendo contra la boca de Tess cuando ella movió las caderas más deprisa, tratando de compensar el cambio de ritmo, y entonces me retiré de golpe. Sus pequeños pucheros eran tan encantadores que casi perdí la determinación.

—Date la vuelta —susurré en su oído.

Con los ojos muy abiertos y aún haciendo pucheros, accedió a mi petición.

—Cuando estés tan cerca que no puedas contenerlo más, quiero que te toques, ¿vale?

Jadeó un poco y volvió a asentir. Separé más sus muslos y la penetré con avidez.

—¡Joooooder! —jadeé. ¿Cómo podía ser aún más placentero que antes? Me invadió una sensación de ardor. Cada músculo se tensaba, estaba al límite.

Estaba conociendo su cuerpo con cada caricia, memorizando lo que la hacía gemir o gritar. Tenía un punto sensible entre los omóplatos y otro en la nuca.

Gritó y se llevó una mano al clítoris, tal como le había pedido. Era tan excitante ver cómo seguía todas las instrucciones... Jadeó contra el cojín, gritó mi nombre, y al segundo siguiente me corrí. Comencé a eyacular incluso antes de que sus músculos internos se contrajeran a mi alrededor; solo el sonido de mi nombre en su boca me llevó al orgasmo. Entraba y salía de ella, cada vez más profundo, luego más fuerte, hasta que nos rendimos a nuestro clímax.

Cuando los dos estuvimos agotados, me tumbé sobre ella, apoyando mi peso principalmente en las rodillas. Acaricié los lados de sus pechos con los dedos y le besé la nuca. Tenía la piel enrojecida y el pelo un poco húmedo por el sudor. Joder, qué guapa estaba, allí tumbada, saciada y feliz.

Me aparté a un lado antes de bajar al suelo.

Tess hizo pucheros.

—¿Por qué te has ido tan lejos?

—Para verte mejor.

—Pero así no puedo acariciarte. —Se dio la vuelta y solo me percaté de lo que pretendía cuando cayó encima de mí. Los dos nos echamos a reír mientras ella se colocaba en una posición más cómoda, casi a horcajadas sobre mi cuerpo.

—Mi preciosa y torpe chica.

Sonrió. No podía dejar de mirarla, apreciando cada detalle.

—¿Por qué sonríes? —preguntó.

—Nada, solo que antes, me estaba preguntando si mi kryptonita eran tus pechos o tu culo.

—¿Y cuál es el veredicto? Espera... no me lo digas todavía. Deja que traiga toallitas húmedas.

Fue a la trastienda, regresó al cabo de un breve instante y nos limpiamos rápidamente antes de tumbarnos en el sofá.

—Y bien... ¿Cuál es tu veredicto?

—No lo sé todavía. Necesito explorarte un poco más antes de decidirme.

—Bueno, entonces, te tentaré con las dos cosas, y tú me dirás qué te excita más.

Sonriendo, se puso boca abajo, dejando al descubierto su exquisito trasero. Le toqué la nalga derecha, y a continuación la izquierda.

—Tienes el culo más precioso del mundo.

Lo contoneó bajo mi mano y todo su cuerpo se erizó.

—Bueno, creo que mi culo ya ha recibido suficiente reconocimiento. Es hora de dedicarles un poco de atención a las chicas para que no se sientan ignoradas.

Rodó sobre su espalda, poniendo sus preciosos pechos justo delante de mí. Me incliné hacia ella e introduje un pezón en mi boca. Tess gimíó, sorprendida, y su espalda se arqueó sobre el

suelo.

Me aparté y la miré directo a los ojos.

—Aún no consigo decidirme —dije lo más seriamente posible—. Voy a necesitar varias tandas de esto para hacerlo.

—Me parece bien. ¿Tiene que ser desnuda o puedo estar vestida?

—Desnuda, por supuesto.

—Humm... tú espera a verme en lencería sexy. Cambiarás de opinión.

Se me escapó un sonido gutural de la garganta al imaginarme a Tess desnudándose para mí. Joder, qué feliz sería si modelara en lencería solo para mí.

—Vaya, ¿eso ha sido un gruñido? ¡Qué sexy! Me muero de ganas de ver lo que haces cuando me la ponga de verdad. Ya tengo unos cuantos conjuntos en mente, son perfectos. —Se dio un golpecito en la sien, sonriendo con descaro.

—Venga, ven aquí. —Me incliné sobre ella, besándola de manera larga y profunda, hasta que sentí su sonrisa contra mi boca.

—Es código rojo —me provocó.

—¿Qué es eso?

—Skye y yo tenemos un código para la ropa interior. Verde es lencería para usar durante el periodo. Amarillo es lencería normal. Y el rojo es supersexy.

—Tú siempre llevas prendas de código rojo, ¿no?

Se rió entre dientes.

—Humm, no. Lo que llevaba hoy era código amarillo. —Me miró y levantó una ceja—. No me mires así. Me hubiera gustado llevar rojo para nuestra primera vez, pero ¿cómo iba a saber que hoy ibas a seducirme tan descaradamente?

—¿Acaso nuestra reunión matutina no te dio ninguna pista? ¿O los mensajes de hoy?

Se acomodó un poco y recorrió mis abdominales con sus dedos.

—Bueno, sí... pero en ese momento creía que tendría que cancelar lo de esta noche. Y luego fue todo tan romántico... la manera en que apareciste aquí y me conquistaste. —Suspiró—. Ah, y hablando de nuestros correos electrónicos y mensajes, tenemos que poner algunas reglas. —Su expresión era seria, pero pude ver que estaba luchando contra una sonrisa.

—¿En serio?

—Sí, tal vez un código de “temperatura” o algo así. Si nos guiamos por el que uso para la lencería... tenemos que limitar todos nuestros *emails* al código amarillo.

—¿O qué?

—Pues que nos distraeremos y acabaremos siendo improductivos.

—Pero merece la pena el sacrificio. Todos esos mensajes me han alegrado el día.

—Aun así, las reglas ayudan. —Su tono era un poco desafiante. Me estaba tomando el pelo.

En respuesta, la atraje hacia mí. Sus ojos se agrandaron cuando mis labios casi tocaron los suyos.

—Lo sé. Normalmente me rijo por una serie de normas estrictas, pero contigo siempre me entran ganas de romperlas todas.

Sonrió ampliamente, contoneando sus caderas debajo de mí.

—Bueno, Sr. Harrington, ¿ha conseguido llevarse todos esos besos que buscaba?

—Ni de lejos, pero tenemos toda la noche por delante.

Capítulo Quince

Liam

A la mañana siguiente, me sentía como un universitario en su primer año. Me había ido a dormir a las dos de la mañana después de dejar a Tess en su apartamento.

Parecía tan agotada como yo, e intercambiamos sonrisas de complicidad al salir de la sala tras la primera reunión general sobre nuestra nueva asociación.

Había sido una sesión muy productiva, en la que establecimos nuestros objetivos a corto plazo. Empezaríamos de inmediato con los anuncios de radio. Tess y Skye nos darían una lista de sus requisitos para la nueva tienda online, que luego enviaríamos a las empresas de diseño de sitios web con las que habíamos trabajado en el pasado.

Dexter y Becca también iban a evaluar sus campañas publicitarias en Facebook y Google. Decidimos que yo sería el mentor oficial de Soho Lingerie, ya que había estado en mayor contacto con la compañía.

Y finalmente estaba mi parte favorita: Tess iba a enseñarme la ubicación del espacio que querían alquilar para su segunda tienda.

—Bueno, enhorabuena por vuestro gran trabajo —les dije al equipo, a Tess y a Skye cuando regresamos a la planta de los becarios—. Cada uno tiene sus tareas asignadas, así que pongámonos manos a la obra.

No tenía duda de que todos pensaban que me estaba haciendo el duro, como de costumbre. Sin embargo, la realidad era que lo único que quería era irme de allí para estar con Tess.

Todos menos Skye, que alternaba la mirada entre Tess y yo mientras esbozaba una pequeña sonrisa. Unos minutos más tarde, los tres salimos juntos del edificio.

Skye me estrechó la mano.

—Liam, siento no poder acompañaros a ver el espacio, pero estoy segura de que Tess será una gran compañía.

—Sin duda lo será.

Skye miró a Tess con una amplia sonrisa. Luego, antes de subirse al Uber que había pedido, le susurró algo al oído mientras le besaba la mejilla.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté una vez que nos quedamos solos.

—Ah... sí... Esta mañana mi hermana me pidió un resumen detallado de lo que pasó anoche. Le prometí ponerla al día hoy.

—Lo dices como si fuera algo normal. —Ni siquiera compartía mi vida personal con David y Becca, y eso que eran mis mejores amigos.

Tess se echó a reír.

—Así es. En mi familia, tenemos una política de no guardar secretos. Yo soy la encargada de hacerla cumplir —dijo con orgullo.

—No deo de descubrir cosas nuevas sobre ti.

Unos segundos más tarde, un Mercedes negro se detuvo frente a nosotros. Era nuestro Uber. Le abrí la puerta a Tess y ella me miró, levantando las cejas mientras subía.

—Me encanta que siempre seas tan caballeroso. Pensaba que solo ocurría en películas antiguas.

Me reí y me subí a su lado.

Llegamos rápidamente al SoHo. El local que pensaban alquilar estaba a solo unas calles de su tienda original. Me parecía una decisión inteligente tener los dos espacios en la misma zona. Facilitaría la logística y, al fin y al cabo, su nombre era Soho Lingerie. Tess estaba

entusiasmadísima mientras me enseñaba el interior. El agente inmobiliario nos había hecho una visita rápida y en ese momento estaba afuera, fumando un cigarro.

—Creo que podríamos tomar como modelo la tienda original para reformar este local. La distribución del espacio es perfecta. Me parece que eso ayudaría a reforzar la marca.

No conseguí prestar mucha atención a sus palabras, estaba demasiado ocupado disfrutando de su entusiasmo, de cómo se iluminaba cuando hablaba de sus sueños. Quería hacer realidad cada uno de ellos.

—Oye, céntrate —me amonestó, dándome un golpecito en el brazo.

—¿O qué?

—O podrías acabar tomando la decisión equivocada.

—El espacio es estupendo, Tess. ¿Cuándo podréis abrir?

—Si firmamos esta semana, probablemente a principios de diciembre.

—Entonces, manos a la obra.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta. La alcancé a medio camino y le di un beso en el cuello por detrás.

Gritó sorprendida antes de girarse hacia mí

—Oiga señor, tiene un lado juguetón que me encanta. Lo ha tenido escondido hasta ahora.

—No creo que fuera consciente de ello —dije con sinceridad.

Sonrió.

—¿Así que lo sacas solo para mí?

—Solo para ti, te lo aseguro.

Se inclinó para darme un rápido beso y con sus manos alisó el cuello de mi abrigo.

—Bueno, vamos a ultimar las cosas con el agente inmobiliario. Luego será mejor que vuelvas al despacho, o David me mandará a tomar por culo.

Gruñí.

—En primer lugar, David no hará nada con tu culo. Es mío.

—¿Y en segundo lugar? —preguntó.

—Quiero pasar el día contigo.

No tenía ni idea por qué había dicho eso, pero era un impulso que quería seguir.

—Pero si os he oído a ti y a David hablar de todas las cosas que teníais hoy por hacer.

—Sé cómo convencer a David. Le diré que estoy profundizando mi conocimiento sobre tu negocio. La verdad es que probablemente lo apruebe. Por otro lado, estoy seguro de que me la liaré por faltar al trabajo, pero puesto que siempre se burla de mí por ser tan estricto con los horarios y la agenda...

Tess volvió a sonreír.

—¿Así que soy la responsable de sacar tu lado juguetón y hacer que quieras faltar al trabajo? Entonces no sé si soy un buen partido para ti.

—Bueno, supongo que pronto lo averiguaremos.

—Muy bien. Ahora mismo hay dos dependientas en la tienda, así que no tengo por qué estar allí.

Salimos los dos juntos y, mientras Tess hablaba con el agente inmobiliario, le envié un mensaje a David. Como predije, respondió con el emoji de la peineta.

Riéndome, volví a guardar el móvil en el bolsillo.

—Ya está todo listo —dijo Tess cuando el agente inmobiliario se marchó—. Ahora dime... ¿hasta qué punto ibas en serio con lo de pasar el día conmigo?

—Pues lo he dicho muy en serio. ¿Cuál era tu plan?

Se sonrojó.

—Pensaba ir a comprar tela a la fábrica y después llevarla a casa para experimentar un poco. La trastienda está llena de pedidos esperando a ser enviados, y eso no es precisamente inspirador para poder ser creativa.

Moví las cejas de arriba abajo.

—Estaré encantado de mirar. O incluso de ayudar.

—¿Y cómo piensas “ayudar” exactamente? —preguntó, haciendo comillas en el aire con los dedos.

—Como mejor te parezca, Tess. Se me da muy bien quitarte la lencería.

Jadeó ligeramente antes de señalarme con el dedo.

—No lo harás. Prométemelo.

Arqueeé una ceja.

—Al menos, no hasta que termine con los experimentos —rectificó.

—Así está mejor.

—Vale, pues vámonos.

Antes de dirigirnos a su apartamento, que quedaba cerca de Bryant Park, hicimos una parada en la tienda.

La noche anterior, cuando la había dejado en su casa, solo la había acompañado hasta la puerta, por lo que esa era la primera vez que entraba. Mientras abría la primera puerta, la vi mirar hacia atrás varias veces. *¿Acaso estaba nerviosa?*

Dejamos los abrigos y zapatos en la entrada y me llevó al salón.

En comparación con su apartamento, el mío parecía vacío. Había cojines y muebles por todas partes, creando un ambiente cálido y acogedor, lo cual reflejaba su personalidad.

—Bueno, esta es mi casa. Eres el primer chico que entra aquí en... mucho tiempo.

Eso me sorprendió.

—¿Cómo es eso posible?

Se encogió de hombros y dejó la bolsa llena de provisiones que había comprado en la tienda justo en medio del suelo del salón.

—He tenido muy mala suerte en el mundo de las citas estos últimos años. Creo que la última vez que estuve con el mismo chico durante más de unos meses fue cuando aún trabajaba en mi empleo corporativo. Me tomé la relación mucho más en serio que él; lo dejó claro cuando empezó a salir con una compañera de trabajo inmediatamente después de romper conmigo. Por lo general, cuando estoy conociendo a alguien, prefiero ir a su casa. Traer a alguien aquí... bueno, me parece algo muy personal.

La simple idea de que Tess se fuera a casa con cualquier otro tío me enfureció. ¡Maldita sea, no podía permitirlo! Necesitaba borrar esa imagen de mi mente. Ella era solo para mí.

Opté por centrarme en el hecho de que Tess me había llevado a su apartamento.

—Entonces, humm, no sé si se me dan bien las citas.

—Tess, dime a qué le tienes miedo. Quiero saberlo. —Tomé sus manos entre las mías, entrelazando nuestros dedos.

—A que me rompan el corazón —susurró.

Le di un beso en la sien, deslizando mis labios hasta llegar a su frente.

—No puedo prometerte que no cometeré errores, pero no te romperé el corazón. ¿Confías en mí?

Ella asintió y se inclinó hacia mí.

—Sí, confío en ti. ¿Y tú? ¿Por qué no estás comprometido?

Me encogí de hombros.

—No es que haya una razón en particular. La última relación seria que tuve fue justo antes de vender la aplicación. Rompió conmigo porque quería mudarse al otro lado del país, y desde entonces no he tenido nada serio.

Se zafó de mis brazos, moviendo las cejas.

—Bueno, señor, parece que los dos estamos en el mismo barco.

—Así es. —Sonreí, señalando la pila de sujetadores—. ¿Cómo funciona esto?

—Normalmente juego con...

Dejó de hablar cuando se oyó el sonido de un teléfono proveniente de la entrada.

—Creo que es tu móvil —dijo Tess.

—Iré a silenciarlo.

Me dirigí hacia la entrada, y mientras sacaba el teléfono de mi abrigo, noté que Tess también se dirigía hacia la parte delantera de la casa.

Era una llamada de mi abuela. Vaya, rara vez llamaba. Por lo general, solía ser yo quien lo hacía.

—Tengo que atender —dije y contesté inmediatamente.

—Liam, hola. Soy Hilary, la amiga de Ellen.

Era una vecina que a menudo jugaba al ajedrez con mi abuela.

—¿Pasa algo?

—Pues verás, Ellen se ha caído.

—¿Qué ha pasado? ¿Has llamado a una ambulancia?

—No quiere que llame. Dice que con un poco de hielo estará bien.

—¿Cómo que no quiere? Vale. Estaré allí lo antes posible. ¿Puedes quedarte con ella? Llegaré en unos quince minutos.

—Por supuesto, pero no te preocupes. Solo le duele un poco la rodilla, nada serio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tess después de colgar la llamada.

—Mi abuela se ha caído y no quiere ir al hospital. Su vecina me ha llamado. Lo siento mucho, tenía muchas ganas de pasar todo el día contigo, pero no me voy a quedar tranquilo si no voy a comprobar como está. Su vecina dice que está bien, pero quiero asegurarme.

—Claro que sí. ¿Quieres que te acompañe?

Su propuesta me pilló por sorpresa. Mi asombro debió de ser obvio, porque enseguida dijo:

—Es que... te noto muy tenso. Pensé que tal vez ayudaría.

—La verdad es que sí. Además, a la abuela le encantaría conocerte.

Tess parpadeó con rapidez.

—¿Por qué pareces tan sorprendida? —pregunté.

—Digamos que eres diferente a todos los hombres que he conocido. —Acercándose, tomó mi puño entre sus manos. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo tenía apretado.

—Te vas a hacer daño —susurró Tess y, a continuación, abrió mis dedos.

Me había dejado marcas en la piel. Tess levantó mi mano y me besó suavemente la palma. No estaba acostumbrado a que alguien intentara calmarme —siempre me lamía las heridas solo—, pero en ese momento lo único que quería era más de todo aquello, más de Tess.

Capítulo Dieciséis

Liam

Durante el trayecto hasta el Upper East Side, no conseguí calmarme. Mientras tanto, Tess mantenía mi mano entre las suyas y me miraba de reojo.

—Se me ha ocurrido una idea. La prometida de mi hermano es médica. Sé que no está de turno ahora. Si quieres, podría preguntarle si puede pasar por casa de tu abuela para verla.

¿Cómo había deducido que estaba tan preocupado porque mi abuela se resistía a ir al hospital? ¿Que necesitaba la tranquilidad que solo un médico podía proporcionar?

—Me parece una gran idea, Tess. Gracias.

—Ahora mismo la llamo. —Sacando su teléfono, se lo llevó a la oreja y comenzó a hablar—. Hola, Laney. Espero no molestarte. Tengo que pedirte un gran favor. La abuela de un muy buen amigo se ha caído. Parece estar bien, pero él se quedaría mucho más tranquilo si pudieras echarle un vistazo, porque ella se niega a ir al hospital. —Tess sujetaba mi mano sobre su regazo, acariciándola—. Vale, perfecto, gracias. Te enviaré la dirección. —Colgó y se volvió hacia mí—. Hemos conseguido una doctora.

—Muchas gracias.

—Dime cuál es la dirección.

Mientras yo hablaba, ella tecleaba, y no pude apartar los ojos de ella. No me había gustado que me describiera como un “muy buen amigo”, pero no era el momento de sacar el tema.

Llegamos al edificio de mi abuela diez minutos después. La conduje hasta la entrada, manteniendo una mano en su espalda. No podía dejar de tocarla y, sinceramente, ni siquiera trataba de evitarlo. Me sentía más tranquilo cuando estábamos conectados piel con piel.

Pese a tener una copia de las llaves, llamé al timbre, con la intención de avisar a la abuela y a su vecina. Al abrir la puerta, nos adentramos en el estrecho y oscuro pasillo.

Para mi asombro, oí la risa de mi abuela desde el salón. ¿Acaso no habían oído el timbre?

—Parece que alguien está de buen humor —susurró Tess.

Asentí y me adelanté hasta que vi a mi abuela y a Hilary, que estaban sentadas en el sofá de estampado floral. La abuela descansaba la pierna en una silla de madera y sobre su rodilla tenía un paquete de guisantes congelados. Hilary, una mujer de cabello blanco que siempre vestía de oscuro, estaba concentrada en el tablero de ajedrez frente a ella. Al percatarse de nuestra presencia, ambas se sobresaltaron; estaba claro que el timbre no funcionaba. Hice una nota mental para repararlo.

—Liam, cariño. ¿Quién es esa encantadora jovencita que has traído para visitarme?

—Abuela, ella es Tess. Estábamos juntos cuando Hilary nos llamó para contarnos lo de tu caída.

Tess la saludó con una sonrisa.

—Encantada de conocerla, señora Harrington.

—Llámame Ellen. —Luego se volvió hacia mí—. ¡Liam! Dime que no has interrumpido una velada encantadora solo para ver cómo estaba este saco de huesos. He oído claramente a Hilary decirte que estaba bien.

Hilary se limitó a saludarnos con la mano antes de volver a centrarse en el tablero. Siempre perdía contra mi abuela y, hasta donde yo sabía, ella no fingía.

—No le regañes, Ellen. Estaba demasiado preocupado como para no venir a verte personalmente. Y más teniendo en cuenta que no querías ir al hospital —dijo Tess.

Mi abuela protestó.

—No tengo ni un leve rasguño en la rodilla. Nadie va al hospital por una simple caída.

—Cuando uno tiene ochenta años, debe ir al hospital —dije, perdiendo la paciencia.

Tess hizo un gesto de nerviosismo. Mi abuela entrecerró los ojos.

—¡Liam Harrington! No vengas a darme sermones.

Sacudí la cabeza.

—Vale, eso ha sido innecesario, perdona.

Mi abuela suavizó su actitud de inmediato, alternando la mirada entre Tess y yo.

—Ellen, tengo una amiga de la familia que es doctora. Liam estaba tan preocupado por ti que me ofrecí a pedirle que viniera. ¿Te parece bien? —preguntó Tess.

Ellen agitó la mano.

—Vale, vale. Supongo que no puedo pelearme con los dos.

Tess sonrió.

—Será una revisión rápida. Además, así no tendrás que ir al hospital y tu tiránico nieto se quedará más tranquilo. Todos salimos ganando.

—¿Vendrá aquí a estas horas?

—Sí. Le he dicho que es por un muy buen amigo mío.

Otra vez con esa etiqueta...

Apenas pude evitar sonreír. A Tess se le daban bien esos intercambios, lo formulaba todo como si estuviera pidiendo permiso. Había olvidado que la amiga de Tess estaba de camino. No quería ni imaginarme cómo habría reaccionado la abuela si un doctor hubiera aparecido de la nada en su casa.

—Voy a ver por dónde va mi amiga —continuó Tess.

—Siéntete como en casa. Siento no poder traerte algo de beber...

—Yo me encargo, abuela.

Pasé un brazo por los hombros de Tess y la guíé hasta el comedor. Era una habitación separada, donde estábamos fuera del alcance de los oídos y en la que mi abuela tenía un bar.

—¿Qué hubieras hecho si te hubiera dicho que no? —bromeé.

Tess se rió.

—Estoy segura de que podrías haberla convencido... o simplemente hacer uso de tu faceta de tirano.

—Es que yo no tengo tu habilidad para engatusar a todo el mundo.

Tess colocó una mano en la cadera y pestañeó varias veces.

—Tengo cuatro hermanos y un primo. Dominar la política familiar era una habilidad esencial.

Bajé la mano por su espalda y volví a subirla, enredándola en su pelo. Pasé mi lengua por su labio inferior y besé la comisura de sus labios. Tess suspiró de una manera encantadora. Apenas pude contenerme para no inmovilizarla contra la barra y besarla desenfrenadamente. Me sentía pletórico de que estuviera allí. El mero hecho de estar cerca de ella me llenaba de una sensación de calma que me era desconocida. Tess me equilibraba. La agarré por la cintura con ambas manos y deslicé mis labios sobre su boca de una comisura a otra. Ella se aferró a mis hombros, clavando las uñas en la tela hasta llegar a mi piel. Su respiración se volvió agitada.

—Bésame —susurró.

—No puedo. Tengo miedo de no poder parar. Solo quiero abrazarte así.

—¿Y torturarme?

Sonreí contra su boca.

—Tal vez.

—No te preocupa estar en casa de tu abuela, ¿verdad?

—Tess, te he besado contra las paredes en público y casi te follo en mi escritorio. Creo que ahora mismo me estoy portando bastante bien.

Se rió y bajó la mirada hacia donde mi mano estaba posada. Estaba agarrando su nalga. Debí de desplazarla de manera inconsciente.

—Bueno, me estás manoseando el culo, así que diría que eso es discutible. —Retrocedió unos pasos, entrecerrando los ojos—. Creo que así estamos a una distancia segura. Estoy fuera del alcance de esas feromonas que desprendes.

Me eché a reír.

—¿Qué?

Tess se dio un golpecito en la mejilla como si estuviera pensando en algo.

—De hecho, ¿sabes qué? Estaremos aún más seguros si te pones detrás de la barra. Además, quiero una copa. Este bar es inspirador...

Riendo, me coloqué detrás del mueble.

—¿Qué te apetece?

—Ni idea. Me gusta el vino, pero este bar invita a pedir un cóctel.

—Te prepararé uno. ¿Qué quieres?

—Sorpréndeme.

—Así será.

Tomó asiento y se puso a inspeccionar las filas de bebidas.

—Pensé que querías comprobar cómo iba tu amiga.

—Sí, pero ya me ha mandado un mensaje diciendo que llegará en veinte minutos. ¿Nos estará esperando Ellen?

—De hecho, será mejor que nos quedemos aquí. A mi abuela le gusta centrarse en su partida, y podríamos distraerla. A mi abuelo le encantaba este bar.

Empecé preparando un Tequila Sunrise, mezclando Don Julio con zumo de naranja y granada.

—Le echas de menos —afirmó Tess.

—Sí. En gran parte, mis abuelos han sido como mis padres. Crecí con ellos, de hecho, vivía aquí.

—¿Así que tus padres siempre han estado viajando?

Asentí, acercándole el cóctel.

—Sí, la única forma de destacar en la industria era capturar siempre las imágenes de la próxima gran novedad y venderlas a las revistas. Ahora, su blog genera tantos ingresos que ya no dependen de las revistas, pero en aquel entonces las cosas eran diferentes. Venían a casa un par de veces al año e intentaban pasar la Navidad con nosotros, aunque no siempre lo conseguían. —Miré la copa que acababa de entregarle—. Si no te gusta, dímelo y te prepararé otra cosa.

Las Navidades que se perdieron fueron las únicas en las que me sentí realmente solo. Abrir los regalos que enviaban no servía para otra cosa que recordarme que no estaban conmigo.

Siempre había pensado que, si tuviera hijos, haría las cosas de otra manera. Los acompañaría en todo, les enseñaría manualidades y les ayudaría a rellenar solicitudes para la universidad. Haría todas esas cosas que me habían enseñado mis abuelos.

—Debes de haberte sentido un poco solo. —Tess me miró con ternura.

Vale, era hora de cambiar de tema. Lo último que quería era que se compadeciera de mí.

—No has probado tu cóctel.

—Ah, es verdad. —Rodeó la pajita con sus carnosos y perfectos labios. Aquella imagen me produjo un intenso cosquilleo localizado justo por debajo del cinturón. Sorbió la mitad de su trago de golpe.

—Cariño, eso tiene tequila. Será mejor que vayas despacio.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Ups! No me he dado cuenta. Solo he notado el zumo de naranja.

—¿No has visto cómo servía Don Julio? —bromeé.

—No, estaba demasiado ocupada admirando esas manos y brazos tan atractivos del barman.

—Te gusta este barman, ¿no?

—Bastante. Tiene unas increíbles habilidades detrás de la barra... en la cama, y también fuera de ella. Además, roba besos con *mucho* estilo.

Salí de detrás de la barra y me acerqué a ella. Tess se recostó tanto en la redondeada silla que estuvo a punto de caerse. La agarré del trasero y la acerqué hacia mí hasta que chocamos.

—¿Qué haces? —susurró.

—Quiero besarte.

—Creía que este cóctel te ayudaría a distraerte. —Señaló la copa que había sobre la barra con la barbilla.

Apreté la parte superior de sus nalgas con los dedos, deseando librarla de la gruesa tela, para sentir su piel desnuda.

—Eso fue antes de que admitieras que te gustaba que robara besos.

—No sé a qué te refieres. Yo estaba hablando del barman.

Un sonido profundo reverberó en mi garganta.

—¿Eso ha sido un gruñido? Dios mío, ¿estás celoso de ti mismo?

Sí, me había puesto celoso de mí mismo. Estaba perdiendo la cabeza.

Tess sonrió, solo hasta que la besé.

Apoyó las manos en mis hombros, y sus piernas quedaron colgando alrededor de las mías. Tenía un sabor a naranja y tequila, y en ese instante, sentí el deseo de besarla durante toda la noche. Exploré su boca hasta que apretó su cuerpo contra el mío, ansiando el contacto tanto como yo. La acerqué aún más al borde de la silla, abriendo bien los muslos. Volvió a sonreír cuando me aparté, cerró los ojos y emitió un sonido de satisfacción.

—Este ha sido memorable —susurró—. Creo que incluso está entre los tres mejores besos que me has dado.

Me reí. Solo Tess podía decir algo así.

—¿Acaso tienes un *ranking*?

Abrió los ojos muy despacio, manteniéndome aún atrapado entre sus muslos.

—¡Claro! Empecé a llevar la cuenta cuando me diste el primero, pero después de lo de hoy me he perdido. Aunque este ha sido sin duda uno de los mejores.

Abrí la boca para respaldar esa afirmación, pero justo en ese momento sonó el teléfono de Tess, interrumpiéndonos.

—Vaya, ya ha llegado Laney. Definitivamente ese timbre no funciona.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la entrada. La seguí, absorto en mis pensamientos. Sin embargo, uno se destacaba por encima de todos: quería darle los mejores besos de su vida. De hecho, quería darle lo mejor en *todos* los aspectos de su vida.

Laney se convirtió en una de mis personas favoritas quince minutos después de conocerla. A primera vista, parecía muy afable, debido a su pelo rubio ondulado y sus redondos ojos, pero se

las ingenió para examinar y luego regañar a mi abuela por no ir al hospital de tal manera que la hizo acobardarse un poco.

—Tienes suerte de tener un nieto tan pendiente —concluyó, mientras le recetaba algo para la inflamación.

—Pero es que no me dolía tanto —protestó la abuela. Había abandonado a regañadientes la partida de ajedrez.

—Has tenido suerte, pero podrías haberte roto un ligamento sin darte cuenta. He estado en muchas cirugías causadas exactamente por este tipo de accidentes.

La abuela suspiró.

—Gracias por venir con tan poca antelación. Te lo agradezco mucho. ¿Cuánto te debo?

Laney sonrió.

—Absolutamente nada. Tess es de la familia.

Mi abuela nos miró a Tess y a mí, y luego a Laney.

—Entonces quédate a tomar algo, Laney —dijo mi abuela.

—Bueno, no me vendría mal. Pero solo un trago.

Acto seguido, nos dirigimos todos a la zona del bar y, tras preparar las bebidas, me excusé para comprobar el timbre antes de que se me olvidara.

Mi abuelo se encargaba de la mayoría de las reparaciones de la casa, de modo que a los catorce años, yo ya había aprendido a repararlo todo, desde las tuberías hasta los sistemas eléctricos.

Había hecho instalar un sistema de alarma muy sofisticada en casa de mi abuela, y el timbre estaba conectado al dispositivo. Identifiqué el problema enseguida: una simple sobrecarga eléctrica. Conecté de nuevo el disyuntor y probé el timbre. Sonó alto y claro. *Perfecto*.

Volví a la zona del bar y sonreí cuando todos levantaron sus copas hacia mí. Estaban sentados en la mesa redonda junto a la barra. La abuela utilizó una silla extra para elevar la pierna.

—Cuando dijiste que le echarías un vistazo, no pensé que realmente lo arreglarías —dijo Tess.

—Ha sido bastante fácil.

—El hecho de saber que puedo contar con él es de gran ayuda —le comentó la abuela a Tess—. Mi querido Héctor le enseñó a arreglar casi todo. Si hay algo que reparar, él sabrá solucionarlo.

Las puntas de las orejas de Tess se enrojecieron. La abuela se dio cuenta y me guiñó un ojo.

—Bueno, esto estaba buenísimo, pero ahora sí tengo que irme —dijo Laney—. Tengo a mi impaciente prometido esperándome en casa.

—Es imposible competir contra eso —dijo la abuela, y luego se volvió hacia mí—. Pero vosotros dos os quedáis, ¿verdad? Tess ha dicho que jugaría una partida de ajedrez conmigo.

«¿Que ha dicho qué?», pensé.

Podría haber rechazado la oferta, inventar una excusa. Pero quiso quedarse allí, no le importaba pasar tiempo con mi abuela. No me lo podía creer.

Después de que Laney se colgara el enorme bolso al hombro, Tess y yo la acompañamos hasta la puerta.

—Te agradezco mucho que hayas venido —dije.

—Lo que sea por Tess... y por su *buen amigo* —enfaticó las últimas palabras en tono divertido.

Tess se sonrojó.

—Me alegro de que no tuviera nada grave —continuó Laney—. Has hecho bien en llamar, Tess. Nunca está de más hacer un doble chequeo.

Le abrí la puerta a Laney y la saludé con la mano. Tess seguía sonrojada, así que aproveché la oportunidad. Cerré la puerta sin hacer ruido y la miré fijamente.

—¿Un muy buen amigo? —bromeé.

Tess se humedeció los labios, colocando unos mechones rubios detrás de la oreja.

—No sabía qué decir.

Me acerqué hasta que estuve en su espacio personal.

—¿Quieres mantener lo nuestro en secreto? —Todo mi cuerpo se puso rígido al pensarlo.

—¡No! No, no es que quiera eso. Pero no sabía...

—Estamos saliendo, Tess. En cuanto tengamos un momento para respirar, te invitaré a algún lado. Pero para que quede claro, estamos saliendo, saliendo en serio.

Sus ojos se abrieron ligeramente. Me había arriesgado y en ese instante estaba incluso aguantando la respiración, esperando su reacción. Sus ojos se abrieron aún más y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. Tess estaba transformándose delante de mí.

Reclamé su boca al segundo siguiente, dando cierre a aquel gran paso, capturando la alegría del momento.

Soltó una risita cuando nos separamos.

—¿Saliendo en serio? Me gusta como suena eso.

—Tal vez deberíamos establecer algunas reglas.

—¿Por qué, para que podamos romperlas? —preguntó de manera sensual.

—Exactamente.

Capítulo Diecisiete

Liam

Tess y yo acabamos pasando la mitad del día con mi abuela y luego regresamos a su casa, donde la vi trabajar en su lencería. Pasé la noche allí y como resultado, una vez más, apenas dormí unas horas. Me sentía como si tuviera resaca, pero... ¡vaya si había merecido la pena!

Ya estaba deseando ver a Tess de nuevo. Aunque no habíamos hecho planes porque habíamos estado ocupados disfrutando el uno al otro, quería llevarla a algún lugar que le gustara. Necesitaba información sobre lo que podría hacerla feliz, y estaba seguro de que Skye no tendría ningún problema en compartirla.

Cuando llegué a la oficina, me encontraba de muy buen humor, y me había propuesto no comportarme como un imbécil con nadie. Lamentablemente, me di cuenta de que algo iba mal en cuanto crucé las puertas del despacho.

Los becarios estaban todos callados, algo que rara vez ocurría, y Becca estaba en su planta, refugiada en un puf con su portátil. Eso tampoco era normal. Le gustaba estar sola cuando trabajaba, insistía en que no podía concentrarse si había otras personas cerca. Llevaba puestos los voluminosos auriculares antirruído de David. Miré extrañado a Dexter, quien simplemente se limitó a señalar a Becca con la cabeza. Me dirigí directo hacia ella y me agaché para que me viera.

Se sobresaltó y se quitó los auriculares.

—¿Qué ha pasado para que te hayas puesto a trabajar en público? —pregunté.

Becca frunció el ceño, señalando a los becarios.

—Necesito tener gente cerca para evitar entrar en tu despacho.

—¿Por qué?

—Porque está Albert.

Me latía una vena en la sien. Teníamos un acuerdo sencillo con Albert: le enviábamos un cheque todos los meses y él nunca, nunca aparecía por la oficina.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé. No se lo he preguntado. David se marchó en cuanto supo que estaba aquí.

Lo que significaba que era yo quien tendría que lidiar con él, como siempre. Me puse de pie, acariciando el hombro de Becca.

—Me desharé de él. —Solo tenía que mantener la calma y actuar de manera civilizada.

Me tomé mi tiempo, me preparé un café y me lo bebí lentamente. Dexter me miraba con las cejas levantadas, incluso los becarios se daban cuenta de que estaba postergando el encuentro. Siempre cogía el toro por los cuernos, pero por lo general, el oponente no era alguien que había sido un íntimo amigo. No me tomaba la traición a la ligera.

Después de terminar mi café, subí las escaleras. Prolongar la situación no serviría de nada, así que era mejor resolverlo de una vez.

Abrí la puerta y me detuve en seco. Albert estaba sentado en mi silla. La vena que palpitaba en mi cabeza amenazaba con explotar.

—Levántate de mi silla —dije, alzando la voz. Vaya manera de mantener la calma...

—Hola, Liam.

—Le-ván-ta-te.

Alzó las manos en señal de defensa y se levantó de la silla. Habían pasado tres años desde la última vez que nos habíamos visto, pero su aspecto no había cambiado: calvo, vaqueros y camisa caros, y gafas de sol en la cabeza, a pesar de que aquel día no hacía sol.

—Solo estaba probando las... comodidades. Te estás gastando una pasta en todas estas cosas.

—¿A qué has venido?

Me senté en la silla que él acababa de dejar libre.

—No te he visitado en tres años.

—Lo cual nos viene muy bien. Ese es el trato. Tú te mantienes al margen de todo, nosotros enviamos los cheques a tu correo.

Albert se paseó por la habitación mientras miraba por la ventana.

—Es que todo este asunto se está empezando a volver muy aburrido.

—¿Qué exactamente? ¿Ir de fiesta con dinero que no ganas trabajando? Pobre de ti.

Se dio la vuelta.

—No fue mi elección irme. Vosotros me echasteis.

—Porque estabas tratando a nuestros asociados como a una mierda. Hasta a *nosotros* nos tratabas como a una mierda. Como si el capital de esta empresa fuera tu fondo fiduciario personal.

—Solo he cometido un error.

—Se trataba de una elección. ¿Qué quieres? Volver no es una opción. David ni siquiera puede estar en el mismo edificio que tú. A Becca le sigue haciendo daño hablar de ti.

—Ese no es mi problema.

Esperé a que continuara, negándome a caer en su trampa. Si no quería decirlo abiertamente, no iba a rogárselo.

—Ya me he aburrido de ser un socio silencioso.

—Pues mala suerte, no vamos a ceder en esto. Firmaste el contrato.

Sonrió de manera sarcástica.

—Sí, pero los contratos se pueden enmendar.

—No nos interesa hacerlo.

¿Se había presentado en nuestras oficinas simplemente porque estaba aburrido de derrochar su dinero? En el pasado, conocía bien a Albert; había sido mi mejor amigo en la universidad. Teníamos grandes sueños para la empresa, pero luego intentó engañarnos haciéndonos creer que invertía el capital de los clientes. Así que tal vez nunca lo conocí del todo. Resultó ser un estafador, y la única razón por la que no lo demandamos fue porque queríamos mantener el asunto en privado. Si la noticia de que Albert había estado desviando fondos se hubiera divulgado, nadie querría hacer negocios con nosotros.

—Tómate unos días para pensarlo. Puedes convencer a David y Becca de que respalden tu decisión, todos saben que tú tienes la última palabra. Siempre se hace lo que tú dices.

Me enderecé en mi silla, apoyando ambos antebrazos en el escritorio, y le miré con firmeza.

—Y mi decisión es que no volverás a formar parte de nuestro equipo. Jamás, en ningún cargo. No vuelvas a aparecer por aquí.

—Eso no está reflejado en el contrato.

—Puedo hacer que nuestros abogados lo incluyan en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tan mezquino eres?

—No, solo protejo a las personas que me importan. Cada vez que apareces, David se desequilibra, y Becca tampoco lo lleva muy bien.

Me levanté de mi asiento, señalando la puerta. Mi paciencia se había agotado. Estaba claro que su presencia allí no tenía ningún propósito en particular, más bien parecía estar tratando de fastidiarnos, lo cual era totalmente inaceptable.

—Puedo hablar con David y Becca —dijo.

—No lo hagas, o les pediré a nuestros abogados que preparen una orden de alejamiento.

Sacudió la cabeza con tanta vehemencia que incluso se le resbalaron las malditas gafas de sol. Las atrapó en el aire.

—No tienes fundamentos para eso.

—Ya veremos. Ahora, lárgate. Y no te atrevas a detenerte para hablar con Becca.

Ni siquiera parpadeé hasta que salió de la habitación. *Menudo gilipollas*. Conté hasta veinte antes de bajar las escaleras.

Becca ya estaba de pie junto a la máquina de café. Le temblaban un poco las manos. Estaba de espaldas a la escalera, probablemente en un intento de no hacer contacto visual con él.

—¿Qué quería? —preguntó.

—¿Qué tal si te invito a tomar un café de verdad?

Giró la cabeza de manera brusca.

—¿Tan grave es?

—No, pero creo que te vendría bien salir un rato de aquí.

Sonrió, asintiendo.

—Bueno, entonces, vamos.

Se puso su abrigo y yo cogí mi chaqueta de cuero. Una vez estuvimos fuera, añadió:

—Siempre sabes qué hacer cuando estoy cabreada.

—Somos amigos desde hace mucho tiempo.

—¿No te parece que deberíamos llamar a David también?

—No, probablemente esté haciendo sus *sprints*. Me ocuparé de él más tarde.

Cada uno tenía sus propios mecanismos de supervivencia. Becca levantaba un muro entre ella y los demás, mientras que David hacía ejercicio hasta quedar exhausto.

—Venga, cuéntame —instó.

—Solo quería fastidiarme. Dijo que estaba aburrido de no venir a la oficina.

—Espero que le hayas mandado a tomar por culo.

—Por supuesto que lo hice. También le aclaré que vamos a pedir una orden de alejamiento si vuelve a aparecer.

—No creo que podamos hacerlo.

Me reí suavemente, apoyando una mano en su hombro.

—Yo tampoco lo creo, pero quería que entendiera que “no” significa “no”.

—Siempre me pongo tan nerviosa cuando aparece. Me hace revivir todo el dolor que sentí cuando me di cuenta de que era un imbécil. Robándonos. Mintiéndome. ¿Sabes? Llegué a pensar que él también estaba enamorado de mí.

Claro que lo sabía, y por eso Becca solía sentirse tan desequilibrada cada vez que él aparecía.

—No volverá a molestarnos.

—¿Cómo puedes estar seguro?

En realidad, no podía estar seguro, pero no quería que se preocupara. Si surgía un problema, ya me ocuparía de él cuando llegara el momento.

La llevé a la misma cafetería en la que había estado con Tess aquel día. Estaba abarrotada de adolescentes con uniformes escolares.

Elegimos una mesa que me permitía ver el lugar donde nos habíamos besado. De inmediato, una sensación de relajación atravesó mi cuerpo, como si hubiera tomado un chupito de tequila. Mi estado de ánimo mejoraba a medida que repasaba el beso en mi mente, y luego la noche que habíamos pasado juntos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Becca—. ¿Sabes qué? No me lo digas, sigue a lo tuyo. De repente pareces feliz.

—Lo estoy.

Ladeó la cabeza, sonriendo.

—Siempre has sabido exactamente cómo tranquilizarnos a David y a mí , pero nunca hemos sabido cómo ayudarte a ti.

La verdad era que ni siquiera yo sabía cómo tranquilizarme a mí mismo. Pero pensar en Tess tuvo un efecto increíblemente positivo en mí.

Becca pidió un café con leche y yo, en lugar de mi habitual café solo, me decidí por la bebida azucarada que Tess había pedido la última vez. Nunca se me hubiera ocurrido pedirla, pero por una vez quería hacer las cosas de otra manera, probar la vida desde la perspectiva de Tess.

—Vale, ahora me estoy preocupando —susurró Becca cuando el camarero se alejó—. ¿No vas a pedir tu café de siempre? ¿Acaso los extraterrestres te han cambiado de cuerpo o algo así?

—¡Ja! ¿No puedo cambiar las cosas de vez en cuando?

Becca jugueteó con su collar, sonriendo.

—Has tenido el mismo coche durante diez años.

—Funciona de maravilla, y en Manhattan, la verdad es que no lo necesito, lo dejo en el *parking* la mayor parte del tiempo.

—Bueno, no es que te caracterices mucho por los cambios —dijo entre risas.

Cuando llegó nuestro pedido, quedó claro por qué solía ser fan de los cambios. La bebida que pedí resultó ser atroz. Era pura azúcar y leche, apenas pude dar un sorbo. Becca estalló en carcajadas.

—Dios mío, deberías ver tu cara. Espera, ¿puedes hacer otra de esas muecas raras mientras te hago una foto?

Levantando una ceja, me limpié la boca con una servilleta y me recosté en el respaldo de la silla.

—Vale, tienes que contármelo. ¿En qué estabas pensando para pedir eso?

—Te lo diré con una condición.

—Bueno...

—No te puedes reír.

Entrecerró los ojos.

—Lo intentaré, pero por tu advertencia, ya sé que se trata de una gran historia.

—Vine aquí con Tess y se pidió la misma bebida. Luego nos besamos. —En ella tenía un sabor delicioso.

—¿Así que lo has pedido solo porque ella lo pidió? ¡Qué tierno, Liam!

—¿No vas a hacer ningún comentario sobre el beso?

Se encogió de hombros, pero su sonrisa era contagiosa.

—Te gustó nada más verla. A mí también me gusta. Es buena gente.

—Sí, lo es. Incluso me acompañó a casa de mi abuela ayer.

Los ojos de Becca se abrieron de par en par.

—¿Ya las has presentado? Vaya.

—La abuela se cayó y yo estaba un poco preocupado. En fin, ella insistió en acompañarme.

—¿Y Ellen se encuentra bien?

—Sí.

Becca estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Ya puedo oír campanas de boda.

Gruñí.

—¿Ves? Precisamente por esto no hablo de mi vida privada.

—Vale, vale. No te daré la lata. —Me observó con atención mientras probaba la nata montada de su bebida con una cucharita.

—No has tenido nada serio en años. A menos que mantengas tu vida privada en secreto mejor que David y yo.

—Pues no. Solo he tenido...

—¿Las típicas citas que no sirven para nada más que para algo de sexo?

—Esta conversación resulta incómoda —respondí.

Sonrió.

—¿Y eso por qué?

—No solemos hablar de estos temas.

Dio un gran sorbo a su bebida mientras movía las cejas de arriba abajo.

—Bueno, David y yo sí, pero no solemos incluirte. Eres tan... estirado.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

—No soy... Bueno, yo no usaría esa palabra, más bien diría que simplemente no soy muy hablador.

—Liam, cada uno tiene su forma de ser. No te estoy juzgando, solo era una observación. — Se recostó en su silla, con cara de satisfacción.

Me alegré de verla más relajada. Lo siguiente que tenía que hacer era localizar a David.

—Estás pensando en David, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Bueno, ya te has ocupado de mí, así que pediré que pongan esto en un vaso de cartón y volveré a la oficina.

—¿Estás segura?

Asintió y se puso en pie.

—Eres un gran amigo, Liam. Gracias.

Hizo un gesto de lanzar un beso al aire antes de marcharse. Levanté una ceja y ella me señaló con el dedo.

—No, no te atrevas a quitarme este momento de alegría. Siempre recordaré este momento como “El día en que Liam pidió la misma bebida que la mujer que le gustaba”.

Eso era mucho mejor que “El día que Albert apareció en la oficina”.

Cuando se marchó, le envié un mensaje a David preguntándole dónde estaba.

David: Recuperándome. Hoy te habría machacado.

Liam: Estoy en la cafetería. Ven aquí cuando vuelvas a sentirte humano.

David: Sí, jefe.

Sabía que David se tomaría su tiempo, pero no estaba de humor para ir a la oficina a por mi portátil.

En su lugar, decidí llamar a Tess. Contestó después de cinco timbres.

—¡Hola!

—Pareces agitada. ¿Has tenido que ir corriendo a buscar tu móvil otra vez? ¿Estaba debajo de un montón de bragas... otra vez?

—Humm... no. Ahora mismo me estoy probando sujetadores.

Me vino a la mente una imagen de Tess en un sugerente sujetador. Apenas pude reprimir un gruñido.

—Tess, algún día de estos me vas a matar.

—No, no, no. Ese no es mi objetivo en absoluto.

Sonreí.

—¿Y cuál es tu objetivo?

—Como si fuera a decírtelo.

—Estás dispuesta a ponérmelo todo difícil, ¿verdad?

—Bueno, para ser sincera, no es necesario, pero es mucho más divertido. —dijo la última parte de la frase en voz baja.

—¿Por qué susurras?

—Es que no quiero que me escuchen las dependientas.

Me sentí aún más relajado que antes. ¿Cómo era posible que el mero hecho de oír su voz tuviera tal efecto en mí?

—Estoy en la cafetería donde te invité a desayunar. He pedido la misma bebida que tú.

La escuché inspirar antes de susurrar:

—¿Por qué?

—No lo sé —respondí, pero en ese mismo segundo comprendí por qué lo había hecho. La echaba de menos. Estaba buscando las palabras adecuadas para decírselo, porque no estaba acostumbrado a expresar mis sentimientos. Me habían educado así y no me parecía raro, pero quería que Tess lo supiera.

—Te echo de menos.

—Vaya.

—Y quería saborear las cosas desde tu perspectiva. Aunque prefiero saborearte a ti.

—No puedo creer que seas tan bueno flirteando incluso a las diez de la mañana. Especialmente después de haber dormido tan poco anoche. Yo aún estoy medio dormida, pero tú pareces estar a tope. ¿Acaso estás intentando llevarme a la cama?

—No. Eso lo dejo para cuando estemos en la misma habitación. —La noche anterior, estábamos demasiado cansados para hacer planes, pero quería rectificar esa situación—. Quiero verte, Tess.

—¿Hoy?

—Hoy no puedo, pero pronto. Como todas las semanas, he quedado con mi abuela esta noche. De todos modos, quiero pasar a ver cómo está.

—Claro, dime más tarde cómo se siente. Salúdala de mi parte, y dile que me siento un poco celosa.

Solo Tess podía decir eso tan casualmente.

—¿Tú estás bien? Te noto un poco diferente —preguntó.

¿Lo había notado? Consideré contarle lo que había pasado con Albert, pero decidí no hacerlo. No había razón para que se preocupara, y ese imbécil no tenía nada que ver con ella. Aquel cabrón era problema mío.

—Bueno, por mucho que me gustaría seguir charlando contigo, guapo, acabo de ver a una adolescente entrando en la tienda. Parece un poco intimidada, así que necesitará un poco de ayuda. Pobrecita, ni siquiera se atreve a acercarse a la zona de los sujetadores.

Me asombraba su preocupación por cada cliente. Nunca había conocido a nadie con tanta empatía.

—Ve y gánatela, Tess.

Después de colgar, busqué un lugar para llevar a Tess al día siguiente. Quería complacerla, elegir algo que de verdad le gustara. Se iluminaba por completo cuando estaba contenta, y yo deseaba ver esa felicidad en ella lo más a menudo posible.

Por impulso, le envié un mensaje a Skye para preguntarle si Tess tenía alguna preferencia en particular.

Un rato después, llegó David. Su sombría expresión me devolvió de inmediato al problema que tenía entre manos. Ese día también planeaba llamar a nuestro abogado para asegurarme de que Albert estuviera atado por el contrato que había firmado. Además, quería que investigaran el caso de manera minuciosa para que tuviéramos alguna ventaja si el desgraciado realmente intentaba regresar.

Cuando le dije que protegía a las personas que me importaban, no me refería solo a Becca y David, sino a todos nuestros colaboradores. Ellos confiaban en nosotros, no en Albert.

Hice un gesto de disgusto al imaginar la posible preocupación que sentiría Tess si Albert lograba infiltrarse nuevamente en nuestras oficinas. No pensaba decepcionarla.

Capítulo Dieciocho

Tess

Después de una ajetreada mañana en la tienda, Skye y yo nos reunimos con la agente inmobiliaria, firmamos el contrato y recibimos las llaves.

—¡No me puedo creer que por fin hayamos firmado el contrato! —exclamó Skye cuando salimos de la oficina del agente. Dado que estábamos en el SoHo, nos dirigimos directamente a nuestra heladería favorita para celebrarlo. Cuando nos sentamos a la mesa, Skye me señaló con el dedo.

—Está supernublado y hace un tiempo de mierda, y tú sueles estar de mal humor en días así. Pero llevas todo el día con una sonrisa en la cara. ¿Pasó algo más con Liam ayer?

Sonreí mientras sacaba mi portátil. Originalmente, planeábamos trabajar en nuestra estrategia operativa posinversión.

—Bueno...

—Espera un momento.

Mi sonrisa se amplió. Apenas habían pasado unos minutos desde que nos sentamos, y ya estaba interrogándome. Definitivamente, iba a ser un día entretenido.

—Te propongo un trato. Revisemos nuestra lista de tareas y luego te compartiré todos los detalles. —Bajé la voz a un susurro conspirativo y continué—. Muchos detalles.

Skye apretó los labios, asintiendo, y a continuación nos centramos en nuestras pantallas.

La realidad era que nuestra lista de tareas pendientes era abrumadora, sobre todo considerando que también estábamos ocupados preparando el lanzamiento de nuestra segunda tienda. Pero, de momento, nos estábamos enfocando en dar a conocer a todo el mundo la noticia sobre nuestro inversor. Si algo había aprendido del desfile de moda era que, a partir de ese momento, incluso las personas que nos habían mirado con escepticismo en el pasado lo harían con más atención.

Además de eso, estábamos elaborando una lista de todas las características que queríamos que tuviera nuestra nueva página web. En medio del proceso, recibí un mensaje.

Kevin: Te vi pasar con Skye por delante del *food truck*. ¿Habéis venido a este lado del SoHo por algo en especial?

Tess: Sí, acabamos de firmar el contrato de arrendamiento para nuestra segunda tienda.

Kevin: Vaya, ¡qué rápido!

¿No me daba ni la enhorabuena? En fin... Simplemente decidí pasar de él.

Cuarenta minutos más tarde, Skye se aclaró la garganta y dijo:

—Lo siento, no puedo concentrarme. Lo he intentado, pero mi capacidad de atención es nula. Me concentraré mucho mejor si nos quitamos ese tema de encima primero. Lo juro por mi helado.

Me reí e intenté robarle la taza, pero la alejó de mi alcance. Mi hermana tenía buenos reflejos.

—Vale, tú ganas —dije, conteniendo la risa a duras penas. A decir verdad, había estado a punto de soltarle todo en cuanto nos encontramos, pero quería aumentar un poco la expectación.

En un susurro bajo, le conté con exquisito detalle lo ocurrido el día anterior.

Skye terminó su helado a mitad de mi historia.

—Espera. Quiero repetir. Este relato mola tanto que necesito acompañarlo con otro helado.

Me reí mientras me dirigía apresuradamente al mostrador y pedí dos tarrinas más.

El dueño le sirvió otro de inmediato.

Su local prácticamente era nuestra oficina, y nos asegurábamos de comprar suficientes bebidas, helados y algún que otro tentempié para compensar el hecho de ocupar una mesa todo el día. Si no estábamos realizando trabajo creativo, preferíamos no quedarnos en la trastienda.

—Vale, continúa —dijo Skye en cuanto se sentó.

Mientras se lo contaba todo, estaba superemocionada. O sea, ¿cómo no iba a estarlo?

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había compartido algo que no fueran frases cutres para ligar o fracasos épicos en el mundo de las citas.

—Me gusta ver esa enorme sonrisa en tu cara —dijo Skye.

—A mí también.

—Me alegra que no dejes que el hecho de que sea nuestro inversor te desanime.

Suspiré, señalándome primero la sien y luego el corazón.

—No es que eso no me preocupe, pero ha ganado el corazón.

—Y las hormonas.

—Esas también.

Aunque era algo más que eso. Era capaz resistir la atracción puramente física, pero no una conexión más profunda.

—Solo prométeme una cosa —le dije a Skye—. No dejes que hable de Liam durante el almuerzo de trabajo. —En una época, solíamos tener almuerzos de trabajo con la familia de forma semanal, pero en los últimos tiempos, solo lográbamos reunirnos todos aproximadamente cada tres semanas.

—¿Por qué no?

—Porque podría dejarme llevar y entrar en más detalles, y eso sería proporcionar demasiada información.

Teníamos una política de no guardar secretos, pero los detalles más íntimos definitivamente quedaban fuera de la ecuación.

—Entendido.

—Ahora, volvamos al trabajo, por favor.

—Tú mandas, jefa.

Comencé a hacer una lista de tareas para la segunda tienda. Busqué en mis archivos la lista original de tareas pendientes de cuando habíamos abierto la primera. Al abrirla, me desplazé hasta el final y sentí un escalofrío repentino.

—Joder, me había olvidado de lo que cuesta abrir una tienda —murmuré. Podíamos tachar algunas cosas, porque ya teníamos los sistemas de pago y almacenamiento, pero aún nos quedaban mogollón de asuntos por resolver.

—Tess, ahora tenemos dependientas, ¿recuerdas? No tenemos que hacerlo todo nosotras solas. Además, podemos contratar más personal, tenemos dinero suficiente.

Era cierto, sin embargo, yo tenía un problema en cuanto a la capacidad para delegar, lo cual suponía un reto. Había mejorado mucho en comparación con unos años atrás, cuando solía microgestionar absolutamente todo; aun así, seguía siendo reacia a la idea de delegar. Tenía la mala costumbre de supervisar el trabajo de todos, lo que al final me llevaba más tiempo que si lo hacía yo misma.

Las dos fijamos un cronograma. Entre los pedidos de muebles y la producción en fábrica de todo el material adicional que necesitábamos, no podríamos abrir antes de diciembre.

A la hora de comer, Skye y yo nos dirigimos al Bajo Manhattan, al despacho de Cole y Hunter.

Como íbamos con retraso, les pedimos que hicieran el pedido por nosotras para no tener que esperar una eternidad a que nos trajeran la comida. A veces, los repartos que se hacían durante la hora del almuerzo podían ser superlentos en algunos restaurantes.

A medida que nos acercábamos a la sala de reuniones, sonreí al oír sus voces. Ryker y Hunter estaban discutiendo. Cole murmuró algo en voz baja, demasiado para que yo pudiera oírlo, pero no tenía ninguna duda de que estaba avivando aún más la ya acalorada discusión. Cuando finalmente los dos estallaron, no pude evitar reír para mis adentros. Conocía muy bien a mis hermanos, y por eso estaba bastante segura de cómo se desarrollaría aquella jornada.

—Hola, buenos días —saludé, entrando al despacho.

Ryker, Cole y Hunter estaban sentados uno al lado del otro. Si uno observaba a mis hermanos, no hubiera dicho que estuvieran emparentados, salvo por su altura y su fornida contextura física. Mientras que el pelo de Ryker era rubio oscuro, el de Cole era negro azabache, y tenía pómulos más angulosos.

Hunter sonrió y señaló las sillas que tenían frente a ellos para que tomáramos asiento. Su mujer se había sentado al otro lado. Me alegré de que Josie también estuviera presente.

Sobre la mesa, había dos platos con burritos preparados para Skye y para mí. Me comí el mío nada más sentarme. No me apetecía tomar helado, lo cual era raro en mí.

—Alguien se ha saltado el desayuno —dijo Josie con tono de desaprobación.

Por supuesto, lo notó de inmediato. No me había quedado más remedio, porque cierto hombre seductor me había mantenido despierta hasta tarde, y en ese momento tenía tanta hambre que había comido con más prisa de la habitual.

Asentí en respuesta a su afirmación y me zampé otro burrito.

—Parece que tienes ganas de contarnos algo, Tess —dijo Cole.

Le miré, sorprendida. *Joder*. Cole solía ser el último en enterarse de todo.

Se rió.

—Vaya, eso ha sido un tiro a ciegas, pero realmente quieres contarnos algo, ¿no?

Lo miré con los ojos entrecerrados. De modo que un tiro a ciegas, ¿eh? Era como confesar que había estado intentando desviar la atención de él hacia mí de manera deliberada.

—Humm, ¿sabéis qué? En realidad, sí, pero no os voy a contar nada. Es más divertido así —dije.

Ryker miró a Skye.

—Tú sabes algo, ¿verdad?

Skye se mordió el labio.

—No, no lo sé.

Levantó una ceja.

—¿Cómo que “no lo sé”?

Mi hermana hizo una mueca de incomodidad y se volvió hacia mí.

—Ayuda.

—¡No os unáis en su contra! —exclamé.

—Alguien tiene que ceder —dijo Hunter.

—No tenéis nada de qué preocuparos —dije.

Cole guiñó un ojo.

—Esto no funciona así, Tess.

Como si no lo supiera...

Skye se enderezó y frunció el ceño mientras miraba a la mesa.

—Tenemos noticias, así que dejad en paz a Tess. Ella lo compartirá cuando esté lista.

Hunter se inclinó hacia delante, mirando a Cole y Ryker.

—No recuerdo que Tess haya sido tan benévola con nosotros como para permitirnos compartir nuestras cosas cuando estuviéramos listos.

Mis hermanos negaron con la cabeza.

—Es verdad, yo tampoco lo recuerdo —añadió Josie—. Pero escuchemos qué noticias tienen.

—Bueno, como ya sabéis, hemos cerrado el trato con el inversor —dijo enseguida Skye, enderezándose y sonriendo de oreja a oreja—. Y acabamos de firmar el contrato de alquiler de la segunda tienda.

Hubo un coro de felicitaciones y, de inmediato, las sillas chirriaron cuando todos se levantaron para abrazarnos. Suspiré, sintiendo el calor de su afecto.

—Ya lo sabía —dijo Ryker—. Hablé con mamá antes de venir.

Sonreí. Habíamos llamado a mi madre en cuanto firmamos el contrato.

—Si necesitáis algo, avisadnos —dijo Hunter. Nos habían brindado un gran apoyo en todo momento, desde ayudarnos a preparar la primera tienda para su inauguración hasta cubrir turnos los domingos para que Skye y yo pudiéramos disfrutar de un día libre.

—Esta vez tenemos todo bajo control —dije—. Al menos, eso creemos. Aunque puede que tengamos que reducir nuestra participación en las galas de baile.

Eso me partía un poco el corazón, ya que amaba las galas, pero hasta que no pusiéramos la tienda en marcha, no podía dividir mi atención.

—Vamos a comunicárselo de inmediato al organizador del evento —dijo Hunter.

Cole frunció el ceño.

—Tess, ¿por qué no me lo has dicho? No tienes que hacer nada para mi boda.

Sacudí la cabeza.

—No, está bien. Tu boda es el próximo verano. Ahora que ya hemos celebrado la primera gala, la siguiente será probablemente en enero, y planeamos abrir la tienda a principios de diciembre, así que...

La primera gala siempre se celebraba a principios de septiembre, y había sido todo un éxito. Recaudamos muchos fondos. Pero con todo lo que tenía entre manos, no podía dedicar tiempo a la organización.

—¿Estás segura? —preguntó Cole.

—Sí.

—¿Alguien más tiene noticias? —preguntó Skye, mirando al resto de la mesa.

Todos negaron con la cabeza, pero me pareció que Josie tenía un aire de culpa. Humm... podría presionarla, pero pensé que no era justo después de que ella se hubiera puesto de mi lado.

Continuamos hablando sobre la tienda y luego sobre la expansión de Cole y Hunter en Europa. Su empresa inmobiliaria era enorme en Estados Unidos, pero acababan de introducirse en el viejo continente, construyendo un centro comercial en Roma. Estaban petándolo, y yo no podía estar más orgullosa.

Una hora más tarde, Skye, Josie y yo salimos de la oficina. Como de costumbre, aquellos almuerzos parecían demasiado cortos.

—Chicas, ¿puedo contaros una cosa? —preguntó Josie cuando estuvimos en el ascensor.

—Pues claro. —Estaba nerviosa, preguntándome si en realidad quería contarnos algo que no se hubiera atrevido a compartir antes.

—Isabelle está tratando de organizar algunos eventos para sus clientes y me ha pedido ideas. Se me dan fatal estas cosas, así que me preguntaba si os parecería bien que ella os consultara.

Aparte de ser la hermana de Josie, Isabelle era una muy querida amiga nuestra. Se había mudado a Nueva York un par de meses atrás y aún se estaba adaptando. Como terapeuta autónoma, le costaba expandir su cartera de clientes. Empatizaba con ella, ya que conocía de primera mano lo que significaba tener problemas con tu negocio. Al principio, Skye y yo trabajábamos quince horas al día para intentar que nuestro proyecto arrancara. Tuvimos la suerte de que el proyecto despegara y de que tuviéramos tanta demanda que incluso llegáramos a necesitar un inversor para expandirnos. Pero no había olvidado aquellas primeras épocas y estaba dispuesta a ayudar a Isabelle en todo lo que pudiera.

—Por supuesto —respondió Skye. Asentí entusiasmada, aunque estaba cien por cien segura de que aquello no era lo que Josie había ocultado antes. Sin embargo, el instinto me decía que no debía insistir en el tema.

—¿Estáis seguras? Porque sé que estáis liadísimas...

Enlacé un brazo con el suyo.

—Sí, pero aconsejar a una amiga no cuesta nada. De hecho, me molesta un poco que Isabelle no nos lo pidiera directamente.

—Es que no quiere molestaros.

—Ya... así que todavía no se ha enterado de que forma parte de la familia —comenté cuando se abrieron las puertas del ascensor y salimos—. No te preocupes. La ayudaré a que vea cómo funcionan las cosas.

Siempre habíamos tenido una estrecha relación con los hermanos de Josie: Ian, Dylan e Isabelle, y desde que se mudó a Nueva York, todos acogimos a Isabelle, pero estaba claro que necesitaba más pruebas.

—La llamaré yo —ofreció Skye—. Bueno, chicas, tengo que ir a recoger a Jonas a casa de mamá. —Se subió a un Uber y luego Josie paró un taxi que pasaba por allí.

Mientras le hacía señas al coche, colocó su mano en el vientre de una forma que me resultó un tanto protectora, y entonces creí saber cuál era el secreto.

¡Estaba embarazada! ¡Dios mío! Mis ojos se llenaron de lágrimas y parpadeé lo más rápido que pude, esperando que ella no lo notara. Apenas me contuve de decirle algo y la abracé brevemente antes de que abriera la puerta del taxi. La mujer de Ryker también estaba embarazada, lo que significaba que pronto estaríamos rodeados de bebés.

Sonreía de oreja a oreja ante la idea de tener una nueva sobrina o sobrino.

Tras despedirnos, pedí un Uber al SoHo. Dios, estaba tan contenta que cualquiera hubiera pensado que había dormido toda la noche del tirón. Normalmente, almorzar con mi familia tenía ese efecto. Si a eso le añadía la posible noticia de Josie, no era de extrañar que estuviera rebosante de energía.

Por la tarde, me dirigí a la tienda para echar una mano a las dependientas, aunque también me encargué de algunas tareas de gestión. Cerca de la hora de cierre, recibimos un mensaje de la tienda contigua a nuestro nuevo local, informándonos que UPS les había dejado un paquete. Vaya mierda. Lo había programado para que llegara el día siguiente, pues se supone que estaría allí. Después de responder, me percaté de que tenía cinco llamadas perdidas de Liam. Marqué su número de inmediato.

—Hola, Tess.

—Hola, lo siento. Acabo de ver las llamadas perdidas.

—Estaba empezando a pensar que estabas pasando de mí.

—No, no. Es que no he mirado el móvil. ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Solo quería oír tu voz.

Un momento. ¿Me había llamado cinco veces solo porque quería hablar conmigo? Mis labios esbozaron una inesperada sonrisa.

—Quiero verte esta noche.

—¿Habías quedado con tu abuela a la hora del almuerzo?

—No, a la hora de la cena, pero he ido a verla por la tarde, porque dijiste que estabas libre esta noche, y tenía muchas ganas de verte.

¿Había cambiado sus planes por mí? Vaya. ¡Me hacía sentir tan importante!

—¿Cómo puedo rechazar una propuesta así? —Ay, me dieron ganas de dar saltos de alegría.

—¿Dónde estás?

—Estoy de camino a la tienda nueva. UPS entregó un paquete enorme hoy en vez de mañana. Lo han dejado en la tienda vecina, y no quiero dejarlo allí toda la noche.

—Puedo estar allí en media hora para ayudarte a cargarlo.

—Sr. Harrington, es usted encantador. Quería que lo supiera. Ya estoy pensando en cómo compensarlo. Le sugeriría un masaje en la muñeca, pero eso ha hecho estragos en mí la última vez. No sé qué efecto podría tener en usted.

Se rió suavemente.

—Me apunto a lo que quieras, Tess. Se me ocurren algunas ideas, y tengo pensado compartirlas contigo... en persona.

Sentí un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Mi móvil se está quedando sin batería. Nos vemos pronto.

Cuando la llamada se cortó, aún tenía ganas de saltar de alegría.

Cogí mi abrigo y bolso, me despedí de las dependientas y prácticamente salí corriendo de la tienda.

Capítulo Diecinueve

Tess

Iba andando deprisa, con la esperanza de llegar a la perfumería antes de que cerraran. Solo tardé quince minutos en llegar. Lo malo fue que por el camino pasé por delante de mi heladería, mi puesto de tortitas y mi gofrería favoritas, y yo no me caracterizaba por tener autocontrol, pero aquel día llevaba prisa, así que ni siquiera me detuve.

El SoHo estaba muy activo. Las calles bullían de visitantes, neoyorquinos y turistas por igual. Por la noche se respiraba un ambiente distinto al del día, cuando todo el mundo corría de tienda en tienda. Al caer el sol, la gente estaba más relajada, disfrutando de un cóctel y una cena.

Me dirigí directamente a la perfumería, un lugar muy moderno y artístico donde se podía incluso personalizar las fragancias.

—Siento mucho que lo hayan dejado aquí —dije al entrar—. No tenía ni idea. Se suponía que llegaría mañana.

—No te preocupes —dijo con una sonrisa Deborah, la dependienta. Era una mujer preciosa, con el pelo negro y de aspecto sedoso, siempre trenzado a un lado y grandes ojos marrones.

Señaló la esquina donde estaba colocado el enorme paquete. Por suerte, no era muy pesado, así que no tenía sentido esperar a Liam. No porque no quisiera verle flexionar los músculos, sino porque se me ocurrían infinidad de maneras de hacerlo. Con mucha menos ropa y mucho más sensuales.

Conseguí transportar el paquete empujándolo hasta la calle y luego lo metí en mi tienda sin mayor complicación. Mientras lo acomodaba en el local, recibí unos cuantos mensajes de la organizadora de bodas de Cole. Habíamos intercambiado bastantes correos electrónicos y mensajes sobre lugares para la boda, e hice un pequeño baile de felicidad cuando vi que todos los que habíamos seleccionado dentro del *top* cinco en nuestro *ranking* estaban disponibles para la fecha que necesitábamos. Solo faltaba que Cole y Laney les echaran un vistazo y nos dijeran cuál preferían. Yo definitivamente me decantaba por el que tenía una fuente en la entrada, sobre todo porque podía imaginarme haciéndome fotos perfectas allí, e incluso zambulléndome dentro de ella al final de la fiesta para divertirme un rato.

No, no, no. Nada de fantasear con mi propia boda. ¡Eso era peligroso!

Acababa de empezar a desembalar la caja cuando oí que llamaban a la puerta principal. Levanté la vista con una sonrisa, que se borró de inmediato. Esperaba que fuera Liam, pero se trataba de Kevin.

—Hola —saludé cuando entró. ¿De verdad me había parecido guapo? En ese momento me pareció completamente insulso con esos ojos grises y su pelo rubio.

—Hola. Te vi pasar por delante del *food truck*. Te llamé, pero no me oíste.

—Ah... supongo que estaba en las nubes, como siempre.

Eché un vistazo alrededor de la tienda, que estaba vacía, antes de centrarse en mí.

—¿Interrumpo algo?

—Tengo que desembalar esta caja. —No estaba de humor para hablar con él. En realidad, acababa de darme cuenta de que ya ni siquiera estaba de humor para aquella supuesta amistad.

—Parece que te ha ido bien, no cualquiera puede abrir una segunda tienda tan rápido.

Algo en su tono sonaba un poco extraño.

—Gracias.

—¿Tienes tiempo para una cena tardía? ¿O tal vez un cóctel?

—No, la verdad es que no. —No mencioné a Liam, ya que no era asunto de Kevin. En su lugar, me limité a señalar la caja.

—Vamos, Tess. Siempre has querido salir conmigo. Esta es tu oportunidad. —Guiñó un ojo, mostrándose muy seguro de sí mismo.

—¿Perdona? ¿Mi oportunidad? ¿Quién te crees que eres?

Me pilló por sorpresa. La última vez que supe de él fue cuando me preguntó por sus posibilidades con esa “barbie” unas semanas antes.

—No dejaste de rondarme.

—¿A qué coño te refieres? —Vale, a esas alturas ya no solo estaba sorprendida, sino enfadada.

—A que estabas esperando que acabara dándote una oportunidad. Pues ya estoy listo.

Dios mío, aquel hombre era más que irritante. ¿Cómo se me podía haber pasado eso por alto? Señalé la puerta.

—Vete.

Frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no tengo ningún interés en salir contigo. Ni ahora ni nunca.

—Bueno, en realidad no se trata de salir. Podríamos ir a tu trastienda si lo prefieres. Parece que necesitas un buen polvo.

¿Qué de-mo-nios...? ¿Solo había usado la excusa de la amistad para tenerme a su disposición para un polvo rápido? A veces me preguntaba cómo seguía siendo tan ingenua respecto a las jugarretas que empleaban los hombres para llevarse a alguien a la cama. Incluso después de años de malas citas, algún que otro gilipollas aún conseguía sorprenderme. No me lo podía creer. Estaba cabreadísima.

—No puedes hablarme así.

—Vamos, esto es Nueva York. ¿Qué quieres, flores?

—Quiero que te vayas y que no vuelvas a dirigirme la palabra nunca más. Eres un gilipollas.

—¿Por qué complicas las cosas?

Apreté los puños.

—Me estás tratando como si fuera una mierda, y no voy a permitirlo.

—Vaya, sabía que serías difícil de contentar. Por eso dije que no la primera vez. Las mujeres como tú siempre piensan que son mejores que el resto solo porque ganan pasta.

Un momento. ¿Ese era su problema? ¿No podía lidiar con mi éxito y por eso me menospreciaba?

—Bueno, entonces, yo soy difícil de contentar, y tú eres un gilipollas. Ahora lárgate de aquí.

Sentí cómo se me calentaba la cara mientras me invadía la ira.

Al ver que no cedía, me acerqué a la puerta y la abrí.

—¡Fuera! No vuelvas a mandarme mensajes y no te atrevas a aparecer por ninguna de mis tiendas.

—Compadezco al idiota que piense que merece la pena aguantar todas tus locuras con tal de follar contigo.

Esbozó una sonrisa de suficiencia antes de marcharse.

Me entraron ganas de gritar “¡Que te jodan!” para que oyera toda la calle, pero no me convenía ganarme una mala reputación antes de abrir el negocio. En lugar de eso, cerré la puerta violentamente antes de apoyarme en ella. Estaba furiosa, y para colmo, aún tenía que terminar de desembalar la caja. Había encargado material de oficina para que Skye y yo pudiéramos trabajar

desde allí, así como los escritorios de IKEA, ya que eran los que tenían los plazos de entrega más rápidos, pero aún no los habían enviado.

Mientras sacaba los suministros, se me ocurrió una idea. Decidí que era necesario colocar un cartel de “Próxima Apertura” en el escaparate. De ese modo, los transeúntes sabrían que algo nuevo estaba por llegar. El cartel con “**Soho Lingerie**” tomaría tiempo en estar listo, pero un adelanto sería útil. También planeaba incluir el enlace a nuestra página web, para informar a la gente que podía suscribirse a nuestro boletín y recibir una notificación cuando la tienda abriera.

De repente, el sonido de la puerta al abrirse llamó mi atención.

Si Kevin hubiera vuelto...

Pero por suerte, era Liam. Las comisuras de mis labios se curvaron de inmediato.

—Hola, guapo. La caja no era pesada, así que la he traído yo misma. Tus habilidades de carga ya no son necesarias, pero se me ocurren algunas formas interesantes de que me enseñes esos brazos musculosos.

Liam no sonrió. Algo no iba bien.

—Vi a un tipo saliendo de la tienda.

Mi buen humor se desvaneció.

—Sí...

—¿Quién era? Se parecía a ese tío de los tacos.

—Era él. Kevin.

Liam se metió las manos en los bolsillos y ladeó la cabeza. ¿Acaso estaba evitando mirarme?

—¿Lo ves a menudo?

—En realidad, no. —No estaba de humor para hablar de Kevin.

—No quiero que vuelvas a verlo.

Me alteré un poco.

—¿Qué?

—Solo hay una razón por la que un tío usa la excusa de la amistad con una mujer que le ha pedido salir. Quiere llevarte a su cama.

—¿Intentas decirme de quién puedo ser amiga?

No sabía muy bien por qué lo estaba atacando cuando tenía toda la razón. Quizás justamente *porque* tenía razón. Ni siquiera había conocido a Kevin y, sin embargo, había intuido sus intenciones, mientras que yo había estado completamente ciega.

Liam se acercó hasta que solo hubo unos centímetros de distancia entre nosotros.

—No, te estoy diciendo que no quiero compartirte con nadie.

Puse las manos en las caderas.

—¿Qué os creéis exactamente, que os tengo a los dos en marcación rápida y os llamo para echar un polvo cuando a mi me plazca? ¿Qué os pasa hoy a todos? ¿Qué he hecho para que la gente me trate como si fuera una mierda?

Mi cara estaba ardiendo. Mis ojos escocían.

Su expresión cambió de fría a preocupada en una fracción de segundo.

—Cariño, ¿qué te pasa? —preguntó extendiendo las dos manos.

—Pues lo que he dicho. Debo estar haciendo algo muy mal. Vienes con todas estas acusaciones...

—Tess, cariño. No te estaba acusando de nada. Es solo que... me pongo loco de celos por ti. No puedo evitarlo. El mero hecho de pensar que alguien te desee me revuelve las tripas. Tal vez me equivoque con el tío...

—No, no te equivocas. Ha venido para eso.

—¿Qué?

—Sí. Al parecer, el imbécil pensó que saltaría a su cama tan solo con chasquear los dedos. Se enfadó conmigo porque no lo hice y le dije que no volviera a aparecer por aquí. No puedo creer que no me diera cuenta. ¿Cómo pude ser tan tonta?

Liam acortó la distancia, colocando una mano en mi cintura y la otra en mi cara.

—Tess, no eres tonta. Eres la persona más increíble que he conocido.

Sonreí un poco, aliviada al sentir su contacto.

—¿Intentas engatusarme para que te diga que sí a lo que estás tramando?

—Lo digo en serio. La mayoría de la gente que conozco asume lo peor de los demás incluso antes de conocerlos. Tú no lo haces, y eso me parece reconfortante. La parte negativa es que eso te lleva a darle el beneficio de la duda a los idiotas, pero ahora me tienes a mí. Estaré encantado de quitártelos de en medio.

—¿Quieres ser mi guardaespaldas personal?

—¡Claro que sí!

—¿Eso significa que vas a querer investigar a todos mis amigos? Porque no me haría ninguna gracia.

—Solo amigos a los que les hayas pedido salir.

—Bueno, pues problema resuelto. No he pedido salir a nadie últimamente, y ahora mismo, solo planeo pedir salir a cierto atractivo inversor que además quiere trabajar como mi guardaespaldas personal.

Me acarició la sien por el pulgar y besó suavemente mi frente.

—Perdona mi arrebato. Es que pensé en ti con otro tío y me puse furioso.

Me incliné hacia él para sentir su contacto y empaparme de toda esa actitud alfa que poseía. Me encantaba.

—Eres bastante posesivo —bromeé.

—Contigo, no puedo ser de otra manera. Quiero todo de ti todo el tiempo.

Me besó en la sien antes de bajar por mi mejilla. Y allí mismo, entre sus brazos, me di cuenta de que siempre me había reprimido un poco cuando salía con alguien. No sabía si era por el divorcio de mis padres o porque mi intuición había dado en el clavo con aquellos otros hombres. Pero con Liam, yo también lo quería todo de él, todo el tiempo.

Mi corazón latía con rapidez. Le abracé y hundí mi cara en su cuello. Respiré exactamente dos veces antes de que se echara a reír.

—¿Tienes cosquillas ahí?

—Eso parece.

—Lo tendré en cuenta.

Se apartó un poco.

—No, no lo harás.

Moví las cejas.

—Es información importante, podría necesitarla en el futuro. Y ahora que lo sé, es probable que no se me olvide.

Acercó su boca a la mía antes de capturar por completo mis labios. El beso fue electrizante. Pasó sus manos a lo largo de mi espalda, haciendo que cada punto de contacto se encendiera. Y cuando presioné mis caderas contra las suyas y noté que estaba empalmado, estuve a punto de abalanzarme sobre él allí mismo, en medio de la tienda.

Muy a regañadientes, detuve el beso.

—¿Crees que eso hará que olvide lo sucedido? —bromeé—. Porque no está funcionando.

—Acabo de empezar. —Su mirada era juguetona, pero ese destello de deseo que había en sus ojos era inconfundible.

—Humm... bueno, me siento en la obligación de decirte que aquí no hay sofá ni ninguna otra superficie blanda. Así que no me tientes más de la cuenta.

Echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—No pensaba hacerlo.

—¿Cuál es el plan, entonces?

—Pues tengo uno, pero es para mañana, no puedo adelantarlos para hoy. Lo único que tenía claro era que quería verte. Lo necesitaba.

Vaya, eso me produjo mariposas en el estómago. Apenas pude evitar llevarme la palma de la mano a la barriga. ¿*Necesitaba* verme? ¿Acaso podía ser más irresistible?

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no me enseñas el SoHo? Siempre hablas maravillas de este sitio. He estado muchas veces, pero quiero verlo desde tu perspectiva.

—¿Quieres explorar el SoHo conmigo? —No sabía explicar por qué me hacía tanta ilusión, pero sentía como una enorme victoria personal cada vez que convencía a alguien de que el SoHo era la mejor zona de Nueva York.

—Solo quiero pasar tiempo contigo. No importa lo que hagamos.

Perfecto. Podía terminar de desembalar al día siguiente. A fin de cuentas, había ido hasta allí para liberar a la tienda vecina del enorme paquete.

Sonreí de oreja a oreja.

—En ese caso, prepárate para recibir una visita muy poco oficial de esta servidora. Una advertencia: durará una eternidad, y al final tendrás que estar de acuerdo conmigo en que este es el mejor barrio de Nueva York.

—Eres un poco exigente, ¿verdad?

—Y tanto...

Me pellizcó el culo y yo le devolví el pellizco.

—Vale, aceptaré, pero con una condición: dirás que sí a todo lo que yo te proponga una vez que haya terminado.

Me reí, contoneando las caderas mientras asentía.

—Tus habilidades de negociación son bastante buenas, lo sabías, ¿verdad?

Capítulo Veinte

Tess

La noche siguiente, había quedado con Liam en una dirección que me envió por mensaje de texto, junto con las instrucciones de no buscar el sitio en Google. Para mi asombro, ¡logré no husmear! El día anterior había intentado por todos los medios que me dijera qué era lo que tenía planeado, pero no lo conseguí. De hecho, como se había tomado tantas molestias para mantener el secreto, quería dejarme sorprender.

El Uber me llevó frente a un coqueto restaurante situado en la entrada del Prospect Park. La fachada de ladrillo y madera era sencilla, pero bonita.

Liam me estaba esperando, contemplando mi cuerpo de manera pausada mientras salía del coche. Aquel hombre ni siquiera necesitaba hablar para hacerme hervir a fuego lento. Tan solo una mirada y estaba acabada.

—Sr. Harrington, está usted aún más guapo de lo que recordaba.

Cogiéndome de una mano, me atrajo hacia él. Luego acarició mi cara y tocó mi labio inferior con el pulgar. Abrí un poco la boca, inspirando. Al segundo siguiente, me dio un profundo y húmedo beso, y estuve a punto de subirme encima de él allí mismo. Fue bajando las manos por los costados de mi cuerpo y se posó en mi cintura por un instante antes de deslizarlas hasta mi trasero. Sonreí contra su boca y me aparté un poco.

—Ni siquiera tienes la intención de ocultar tus traviesos planes —murmuré.

Me palmeó las nalgas, moviendo las cejas.

—¿Por qué debería hacerlo?

—No sé. Pensé que querías hablar y conocernos.

—No se trata de dos cosas mutuamente excluyentes...

Me reí, inclinándome hacia delante y besándole la nuez.

—Por suerte, mi plan es bastante parecido. Y quiero empezar besándote.

Gimió ligeramente. Me encantaba ese sonido; era tan primitivo y sexy. Sonrió, beso mi mandíbula y luego las comisuras de mis labios, para por fin rozar sus labios con los míos. Me estremecí al sentir cómo aquel leve contacto se extendía por todo mi cuerpo, incluso lo pude sentir entre mis muslos.

Vale, esa era la primera regla del juego: no revelar tus intenciones.

Lección aprendida, Liam. Lección aprendida.

Retrocedí unos pasos, levantando un dedo en señal de advertencia.

—Tal vez deberíamos entrar.

Liam presionó las comisuras de mi boca con su pulgar, atrapándome con la mirada.

—Tal vez debería cambiar por completo el plan. No me apetece compartirme con nadie esta noche.

—No, no, no. Nunca he cenado en este parque. Me hace ilusión.

Algo brilló en sus ojos. Cogió mi mano y la besó antes de guiarme a través de una verja junto al edificio.

¿Acaso no íbamos a entrar?

Un sendero de madera serpenteaba entre frondosos árboles. A un lado del camino, dos camareros se hallaban detrás de una enorme mesa. Estaba repleta de cestas de picnic.

—Hola, tengo una reserva a nombre de Harrington —dijo Liam.

El camarero de pelo rubio asintió, entregándole una cesta.

—El número de la cesta es también el de su manta.

—Gracias —respondió Liam. Cargó la cesta de un lado, me cogió de la mano con la que tenía libre y me condujo por la escalera de madera. Una intensa sensación de euforia y alegría se alojaba en mi pecho, y parecía que iba a explotar si no la dejaba salir. Decidí liberarla moviendo las caderas e inspirando con fuerza varias veces. El aire fresco me recordó que sería una de esas noches en las que necesitaría una cálida manta para combatir el frío.

O pensándolo bien... podría pedirle a Liam que me calentara. Estaba segura de que no le importaría.

Disfruté del entorno: un atardecer de rosados y anaranjados tonos que contrastaba a la perfección con las amarillentas y rojizas hojas de los árboles. Luego, a lo largo del parque se alzaban diez construcciones de cristal, parecidas a pequeños invernaderos, que estaban repartidas por toda la zona y se encontraban separadas por hileras de hierba de la pampa. Dentro de cada una había una mesa para dos acompañadas de unos acogedores columpios.

—Vaya, esto es precioso —murmuré una vez estuvimos dentro.

Nos sentamos en el columpio uno junto al otro. A pesar de que la calefacción hacía que el interior estuviera agradablemente cálido, Liam colocó una manta sobre mí de todos modos. El columpio era enorme, más parecido a un banco, lo suficientemente grande como para que pudiéramos incluso tumbarnos uno al lado del otro.

Levanté la vista hacia él con intención de darle las gracias, pero su expresión me pilló desprevenida.

—Pareces muy... complacido. Diría que hasta un poco creído. ¿Por qué?

Acercando su boca a mi oído, susurró:

—Me gusta que nunca hayas estado aquí con nadie.

—¿Alguna vez has venido aquí con alguien? —pregunté, tratando de mantener una actitud despreocupada.

Liam levantó mi barbilla con el pulgar, y me miró directamente a los ojos.

—No. No tengo ningún tipo de estrategia estándar para ligar, Tess.

—Humm... bueno, por poco consigues confundirme, con tus seductoras frases y con esa perfecta sonrisa que podría hacer que cualquiera cayera rendida a tus pies.

—¿Crees que mi sonrisa es capaz de hacer que cualquiera caiga rendida a mis pies?

—¿Quieres comprobarlo?

—No me tientes.

Joder, no estaba de coña.

Sonreí, alejándome unos centímetros de él.

—¿Qué estás haciendo?

—Alejándome de la tentación.

Se rió y volvió a acercarme hacia él, hasta que nuestras caderas entraron en contacto.

—¿Quieres ver lo que hay en la cesta? —preguntó.

No hizo falta que me lo pidiera dos veces; la coloqué de inmediato sobre mi regazo e inspeccioné el contenido. Me sentí como una niña desenvolviendo regalos en la mañana de Navidad.

Había una selección de entrantes fríos, desde jamón y queso hasta dulces para untar.

—Mmm, esto es mermelada de melocotón, mi favorita. Mi madre solía hacerla cuando éramos pequeños.

Liam se rió entre dientes y besó mi mejilla.

—Me gusta que estés tan emocionada.

—¿Acaso tú no lo estás? Mira la cantidad de delicias que tenemos. No puedo creer que no conociera este sitio. ¿Cómo lo has encontrado?

—Le pregunté a Skye.

Me detuve en el acto de desenvolver el pan. No sabía qué me desconcertaba más; si el hecho que se lo hubiera preguntado a mi hermana o que lo hubiera confesado con tanta indiferencia.

Llevábamos diez minutos en aquel lugar y ya se me había acelerado el corazón. ¿Cómo era posible?

—Bueno, ha funcionado. Me has impresionado.

Sonreí y él me devolvió la sonrisa. No podía creer lo relajadas que eran nuestras interacciones, lo abierto que era respecto a todo.

—Entonces, ¿con qué empezamos? —pregunté, señalando todas las delicias que había sacado.

—Tú eliges, Tess.

Me froté las palmas de las manos con entusiasmo antes de hincar el diente. Decidí empezar con un rollo de jamón y queso, y Liam hizo lo mismo.

—Dejaré esto para el final —dije, señalando la mermelada de melocotón—. Es uno de mis mejores recuerdos de Boston.

—¿Vivías allí? —preguntó.

Asentí.

—Nací allí y no me mudé a Nueva York hasta que mis padres se divorciaron. Mi madre iba al mercado agrícola todas las semanas y hacíamos mermelada de melocotón y fresa todos los veranos. Me encantaba hacerla. Solía pensar que, cuando tuviera hijos, dedicaría los fines de semana a hacer todo tipo de mermeladas.

Apreté los labios para evitar revelar más detalles personales.

—¿Por qué te has detenido?

Levanté la vista del vaso y sonreí con timidez.

—Quince años de citas me han enseñado que debe evitarse a toda costa hablar de niños durante una cita.

Liam se inclinó hacia delante hasta que su nariz casi tocó la mía. Estaba sonriendo.

—Quiero escuchar todo lo que quieras contarme.

—¡Ja! ¿No aprendiste nada de la cena “para conocerse”? Puedo asegurarte que definitivamente no te conviene que hable sin filtro.

—Eso es justo lo que quiero, Tess. —Me tocó la mejilla con el dorso de la mano antes de acercarse a mis labios—. Es algo que me gustó de ti desde el principio. ¿En qué está pensando esa mente tan bonita?

—En muchas cosas. Acabo de recordar varias de las monerías que solíamos hacer de niños.

—Debió de ser difícil para tu madre, mudarse con tantos niños a Nueva York.

Asentí, sintiendo un pequeño nudo apretarse en mi pecho.

—Su hermana le consiguió un trabajo como profesora aquí, así que no tuvo muchas opciones. Fue una época dura para la familia, todos estuvimos un poco descolocados durante un tiempo. Mi madre intentaba mantenerse fuerte, pero a veces la oía llorar por la noche. Supuso un gran cambio con respecto a nuestra vida en Boston. Allí vivíamos en una casa enorme y nunca teníamos la necesidad de pensar en el dinero, pero entonces, de la noche a la mañana, empezamos a preocuparnos por cada céntimo. Intenté hacer que todo resultara divertido para mis hermanos, distraerlos pintando nuestras habitaciones y convirtiendo cada cosa en una especie de juego.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevabas? —preguntó.

Me encogí de hombros y presioné de nuevo mi pecho con la palma de la mano.

—Era tontamente optimista. Pensaba que mis padres se reconciliarían, realmente lo creía. Luego descubrimos que se había casado con otra.

—Joder.

—Ya. Por suerte, entre el colegio, cuidar de mis hermanos y los curros ocasionales, no tuve mucho tiempo para pensar en ese tema.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué? —pregunté, sobresaltada.

—Porque eres una persona muy sensible, muy cariñosa. Cuando viniste a mi despacho sin Skye, tenías un millón de cosas en la cabeza y aún así estabas preocupada por si tu sobrino tenía algo grave.

Vale, había estado minimizando aquel hecho durante toda mi vida... pero, ¿cómo pudo darse cuenta de ello?

Mi padre fue el primer hombre que me rompió el corazón y, a decir verdad, no sabía si se lo había entregado a nadie desde entonces. Sin embargo, Liam estaba llegando a mi alma de una manera que nadie más lo había hecho. Me sentía segura con él.

—Soy un bicho raro, lo sé —dije.

—No, eres muy cariñosa y sensible, y eso no es algo de lo que debas avergonzarte.

Entrecerré los ojos y le di un ligero codazo.

—¿Dónde ha quedado eso de ser duro y estricto? Pensé que estaba en la lista de cualidades que buscabas en los empresarios.

—Es que tú también lo eres. Nadie me ha enfrentado tanto como tú. —Sonrió, cubrió la mano que tenía sobre la manta con la suya y luego pasó dos dedos por mi antebrazo. Ni siquiera sabía que ese era uno de mis puntos sensibles. Estaba segura de que Liam podía convertir cada parte de mi cuerpo en un punto sensible.

Me desplacé ligeramente a la derecha, poniendo unos pocos centímetros de distancia entre nosotros.

Levantó una ceja.

—¿Crees que estos cinco centímetros son suficientes para evitar que te bese? ¿O tocarte?

¿Acaso podía leer mi mente?

—Pues no, pero merecía la pena intentarlo. Me estás mirando como si tuvieras alguna idea traviesa en mente.

—Claro que las tengo. Pero me las guardaré para más tarde.

Volvió a rozarme el antebrazo con los dedos. Me invadió un intenso calor mientras recuperaba el aliento. Al instante, repitió la acción, bajando lentamente hasta mi muñeca.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

—No puedo dejar de tocarte cuando estoy a tu lado. Apenas me estoy conteniendo para no besarte, y eso solo porque sé que daría el espectáculo delante de todo el mundo.

Riéndome, me alejé aún más, colocando la cesta entre nosotros. Pensé en señalarle que las hileras de hierba de la pampa nos protegerían, pero quién sabía lo que podría hacer.

—Listo, eso debería bastar —dije con tono juguetón—. No te atrevas a seducirme antes de que haya probado todo lo que hay en esta cesta.

—¿O qué? —preguntó mientras metía la mano.

—No lo sé. Idearé una venganza particularmente cruel.

Elegí un tarro pequeño de mermelada de pimientos y lo unté inmediatamente en una rebanada de pan.

—Mmm, está buenísimo —dije después de dar un bocado—. Nunca lo había probado. Muchas gracias por traerme aquí.

Como no dijo nada, levanté la vista y me sobresalté al ver que me estaba mirando fijamente.

—¿Qué? —pregunté con cierta timidez.

—Solo intento entenderte, Tess. Eso es todo.

—¿Y qué has averiguado?

—Aún no mucho, pero he hecho muchas anotaciones. —Se dio un golpecito en la sien.

—¿Buenas? —pregunté con impaciencia.

—Por supuesto.

—Cuéntamelas.

—Con una condición. —Se dejó caer en el columpio, dando unas palmaditas en el asiento vacío a su lado.

Sonreí y terminé de comer el último bocado antes de volver a sentarme a su lado.

—Acuéstate aquí. Hay espacio suficiente.

Se acomodó un poco y yo apoyé la cabeza en su pecho, dejando una pierna descansar sobre la suya. Cada roce me producía una sensación de calor.

—¿Qué ha pasado con lo de mantener la distancia? —preguntó. Me reí ante su confusa expresión.

—Bueno, lo de la distancia era para que no cayeras en la tentación. Pero la verdad es que no puedes tocarme demasiado de la forma en que estamos tumbados. Tengo uno de tus brazos completamente atrapado. Yo, en cambio, tengo vía libre.

No lo había dicho como un desafío. ¿Acaso se lo tomó como tal? Por supuesto que sí.

Se movió de manera ágil y rápida para salir de debajo de mí y, antes de que tuviera tiempo de decir algo, me dio la vuelta y cubrió mi cuerpo con el suyo. No me estaba aplastando, así que era probable que estuviera soportando su peso sobre las rodillas y los antebrazos, que estaban a los lados de mis hombros.

—¿Qué estás tramando? —susurré.

—No tengo ni idea.

—Pensé que no querías dar un espectáculo ante los demás.

Nadie podía ver lo que hacíamos, y ambos lo sabíamos.

—No lo haré. —Acercó sus labios a los míos, pero no me besó—. Es que me haces actuar por impulso.

Aún no me besaba. En su lugar, rozó mi mejilla y mi sien con la punta de su nariz y luego recorrió el mismo camino con sus labios.

Sonreí, inclinando la cabeza hasta que nuestros labios estuvieron a punto de tocarse.

—Estoy de acuerdo.

Capítulo Veintiuno

Liam

Durante las tres semanas siguientes, trabajé estrechamente con Skye y Tess en su sitio web y en la campaña de marketing. Los *clips* para la radio eran una prioridad. No contenían nada especial, solo lo necesario para transmitir su ubicación y el sitio web. Era muy importante dirigirse directamente al consumidor con esa información.

Desde el momento en que los anuncios comenzaron a emitirse por la radio, notamos un notable aumento en los pedidos en línea. También renovamos su publicidad en Google y Facebook. Por lo general, dividía mi tiempo entre todas las empresas con las que trabajábamos, pero cuando contratábamos a alguien nuevo, me gustaba dedicarle el cien por cien de mi tiempo. En aquel caso, estaba dedicando el doscientos por ciento, al menos en lo que respectaba a Tess. Pasamos muchas noches en su casa, y esa rutina me estaba encantando. ¿Lo mejor de mi día? Despertar a su lado, sin duda.

A partir de ese momento, todo comenzó a ir cuesta abajo. De camino a la oficina, recibí una llamada de nuestro abogado, Barney. Me había puesto en contacto con él justo después de que Albert se presentara en mi despacho.

—Dime que tienes buenas noticias —dije.

—Tengo pésimas noticias.

—Vale, te escucho.

Aminoré el paso, aventurándome por una calle lateral más tranquila.

—He estado investigando un poco. Un amigo de un amigo mío conoce a su abogado, y... bueno, resulta que lo que en realidad quiere Albert es vender sus acciones.

—¡Maldita sea! —Me apoyé en la barandilla metálica de una típica casa de ladrillos rojizos, pasándome una mano por el pelo—. Pero no puede vender sin nuestro consentimiento. Está en el contrato.

Ninguno de nosotros podía vender sus acciones sin el consentimiento de todos los socios. Era una forma de asegurarnos de que solo vendiéramos a quien todos consideraban que encajaba bien con la empresa.

—No, pero tampoco puedes negar la venta indefinidamente.

—¿Ya tiene comprador?

—No que yo sepa, pero eso no tiene mayor importancia.

Solté la barandilla y comencé a caminar por la acera. Por culpa de los nervios, casi pisé una montaña de excremento de perro.

—Hablaré con Becca y David. La mejor manera de seguir adelante es si compramos sus acciones. No podemos permitir que se las venda a cualquiera. Sería un acto mezquino hacia todos nuestros colaboradores. Es a nosotros tres a quienes han otorgado poder de decisión, no a un desconocido.

Cuando dije colaboradores, en realidad me refería más que nada a Tess. Me preocupaba por todos ellos, por supuesto, pero ella era la más importante para mí.

—Revisaré vuestras finanzas, comprobaré el flujo de caja y los indicadores clave de rendimiento.

No solo era nuestro abogado, sino también nuestro director financiero.

—Perfecto.

—Lo que sí, te adelanto que las cosas pueden ponerse feas.

Resoplé. *Tenía razón, y era todo por culpa de ese cabrón.*

—¿Podrías documentar nuestras opciones y reunirte con nosotros lo antes posible?

—Claro. Me pondré a ello.

—Gracias, Barney.

Luego, me dirigí a nuestras oficinas, tratando de recordar el contenido de nuestro contrato con respecto a una venta. Sinceramente, nunca había prestado demasiada atención a esa parte. Cuando lo redactamos, todos éramos amigos, por lo que no parecía importante. Nadie pensó que alguna vez venderíamos. Después, cuando modificamos el contrato para que Albert se convirtiera en socio silencioso, no hicimos ningún cambio en ese apartado. Apenas conseguimos convencerle para que firmara la enmienda tal como la habíamos redactado.

Cuando llegué al edificio, convoqué de inmediato a Becca y David a mi despacho. Era un frío día de mediados de octubre, demasiado frío para ir a la azotea, y aún no habíamos puesto la calefacción. Ellos dos tomaron asiento, mientras yo deambulaba por la habitación.

—He hablado con Barney sobre Albert —dije sin preámbulos, y luego repetí toda la conversación. Siempre prefería arrancar las tiritas de cuajo.

—¡Ese maldito desgraciado! Está recibiendo un cheque sin hacer nada, ¿y aun así no le basta? —Becca estaba furiosa. Su cabello corto estaba erizado, lo cual siempre era señal de que estaba cabreada.

—Barney ha dicho que revisará el contrato y comprobará nuestro flujo de caja —terminé.

—¡Menos mal, porque cada vez que leo toda esa jerga jurídica me da dolor de cabeza! —exclamó David. Se levantó del sillón y cogió la pelota antiestrés de mi escritorio, apretándola con fuerza.

—Propongo que compremos sus acciones —dije.

Becca asintió.

—Es una buena idea. Siempre y cuando no se comporte como un capullo y esté realmente dispuesto a vendérnoslas.

Unos años antes le habíamos propuesto comprar su parte y se negó. Sin embargo, en ese momento quería retirarse y tenía la esperanza de que las cosas salieran bien.

—La verdad es que no necesitábamos esto justo ahora que acabamos de firmar con un nuevo colaborador —dijo David—. Es decir, nunca es bueno meterse en una disputa legal interna, pero ahora es especialmente mal momento.

Seguía apretando la pelota antiestrés, con el ceño fruncido.

Repasé mentalmente la agenda del día y tomé una decisión espontánea.

—¿Quieres que salgamos a correr? —le pregunté.

David se dio la vuelta de manera brusca, mirándome primero a mí y luego a Becca, quien tenía una expresión sorprendida.

—Sabes que son las nueve, ¿verdad? —dijo—. A ti no te gusta salir a correr tan tarde.

—Ayuda a despejar la mente —argumenté.

David silbó con fuerza, lanzó la pelota sobre mi escritorio y se metió las manos en los bolsillos.

—Oye, Becca. Algo le pasa, se está volviendo humano. Da miedo.

—No seas idiota —respondí.

—Tiene razón —interrumpió Becca—. Solo estoy destacando que es un cambio agradable en ti. No cambias tu horario ni cuando estás enfermo, y ahora estás dispuesto a saltarte una reunión para salir a correr.

—La semana pasada te llevé a tomar un café sin haberlo planeado —señalé.

Becca chasqueó los dedos mientras una sonrisa se dibujaba lentamente en su rostro.

—Espera un momento... creo que ya sé qué es lo que lo está volviendo humano. Es Tess, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? ¿De qué me he perdido? —preguntó David.

Becca se levantó del puf y alisó su jersey negro con las palmas de las manos.

—Nuestro querido amigo Liam está saliendo con Tess.

—¿Y no me has dicho nada? Eso es un golpe bajo, tío.

Levanté una ceja.

—Soy una persona discreta.

En muchos aspectos, era como mi abuelo, no solía hablar mucho.

—Pero yo sí. —Se acercó a mí y me dio una palmadita en el hombro—. Así que puedes contármelo todo mientras calentamos para nuestra carrera. Esa escenita en el baño te dejó realmente impresionado, ¿eh?

—Becca, ¡ayuda!

Ella sacudió la cabeza.

—No me involucres en esto. Largaos a correr mientras yo os cubro las espaldas aquí. —Con una sonrisa, añadió—: Pero permíteme que te diga que me está gustando mucho esta nueva versión tuya. David, vamos a tener que encontrar otra cosa para darle la lata.

David respondió de inmediato.

—Estoy en ello.

La carrera le sentó bien a David, pero a mí no tanto. Me esforcé más allá de mi límite habitual, a pesar de que el aire frío parecía perforarme los pulmones y sentía que los muslos estaban a punto de estallar. Correr era adictivo, sobre todo en Nueva York, donde era prácticamente una religión.

Volvimos a hacer estiramientos al final de la carrera y David mantuvo su comportamiento habitual: no dejó de preguntarme por Tess.

En realidad, no le culpaba. Durante la última década, mi vida personal se había limitado a citas sin importancia y sexo ocasional. Simplemente no estaba acostumbrado a hablar de mis asuntos privados, ni siquiera con mi mejor amigo.

—No hablemos más de Tess. Nos espera una enorme carga de trabajo —dije frente a la entrada.

Me dedicó una sonrisa burlona.

—No, no te preocupes. Sacaré el tema solo durante las pausas para el café.

Me reí entre dientes, negando con la cabeza. Pero justo antes de meterme en la ducha, se me ocurrió una idea. Llamé al restaurante donde la había llevado y pedí que le entregaran una cesta a Tess. Era una pena no poder estar allí cuando la recibiera para ver su reacción, pero quería que supiera lo importante que era para mí y cuánto pensaba en ella.

Quería hacerla feliz, y también sentía un fuerte deseo de protegerla de todo, incluido Albert.

Tess

Lo bueno de ser empresaria era que podía trabajar desde cualquier sitio. Ese día, había elegido la nueva tienda como oficina central. Bueno, lo que con el tiempo se convertiría en la nueva tienda. En ese momento estaba vacía, salvo por el sofá que nos habían entregado por la mañana. Estaba sentada en él, respondiendo a *emails* mientras examinaba algunas muestras de telas nuevas. Aún no teníamos internet, así que usaba mi teléfono como medio de conexión.

No había ido allí solo por la tranquilidad, sino porque además quería habituarme al ambiente del lugar.

Todavía parecía un poco surrealista que Skye y yo estuviéramos abriendo nuestra segunda tienda, que todo nos estuviera yendo tan bien a las dos. Teníamos como un trillón de cosas que hacer durante los próximos dos meses, pero estábamos acostumbradas al ajetreo.

Cuando me decidí por mis telas favoritas, hice un pedido al proveedor. Me levanté del sofá y empecé a estirar un poco, ya que tenía los hombros agarrotados. A mitad de mi rutina de estiramientos, vi a un repartidor vestido de azul oscuro detrás del escaparate. Me hizo un gesto con la mano, e inmediatamente me dirigí a la puerta para abrirla.

—¿Señorita Tess Winchester?

—Sí.

—Tengo una entrega para usted.

Reconocí el restaurante inmediatamente. *Vaya. Pero, ¿por qué me enviarían una? ¿Y cómo sabían dónde me encontraba?*

Le di una generosa propina al repartidor y me apresuré a volver al sofá. Extendí la servilleta que cubría la cesta sobre el asiento, dando una palmada al aire al ver todas las delicias: pan recién horneado, una selección de queso y jamón, y mermelada de melocotón.

Me llevé una mano al estómago, invadida por la emoción. No podía ni razonar, pero... ¿acaso lo había enviado Liam? No había otra explicación.

Estaba tan emocionada que apenas pude mantenerme quieta lo suficiente como para tomar una foto de la cesta y enviársela.

Tess: ¿Tú has enviado esto?

Su respuesta llegó enseguida.

Liam: Claro que sí. ¿Cuántos más saben que la mermelada de melocotón es tu favorita?

¡Lo recordaba! Pensé que tal vez el restaurante lo había incluido como parte de un surtido estándar.

Tess: Gracias. Es el almuerzo perfecto. ¿Por qué lo has enviado?

Liam: Para que sepas que estoy pensando en ti :)

Sonreí ante la pantalla antes de abrazar el móvil contra mi pecho. ¡No podía creer que me hubiera escrito eso! Ni que me hubiera enviado la cesta.

Aquel día ya había empezado muy bien, pero no hacía más que mejorar. Mi corazón dio un poderoso suspiro mientras devoraba la comida. Nunca había salido con nadie que me tratara así.

Después de terminar todo, coloqué estratégicamente la cesta vacía en el centro de la habitación para poder verla mientras tecleaba en mi portátil. Hacía que ese espacio vacío pareciera más alegre. La mayoría de la gente se burlaba de mi idea sobre los espacios felices o tristes, pero era algo que yo simplemente sentía. No podía explicarlo. Y sin duda, aquel lugar tenía un aire de felicidad; solo que, al no tener muebles, daba la impresión de estar un poco abandonado.

La mejor parte era que, tras la inauguración, nuestras oficinas estarían ubicadas allí. El local tenía dos trastiendas, ambas con ventanas. En una montaríamos nuestra oficina y la otra se usaría como almacén. Posiblemente también lo convertiríamos en un taller, pero decidimos esperar a que la habitación estuviera lista para ver si estar dentro nos inspiraba o no.

¡Dios mío, estaba tan contenta que ni siquiera sabía qué hacer conmigo misma! Me tumbé en el sofá, me tapé la cara con uno de los mullidos cojines y sonreí.

Instantes más tarde, recibí un mensaje. Moví el cojín y eché un vistazo a la pantalla con un ojo.

Liam: ¿Qué tal el almuerzo?

Mi corazón ya no solo suspiraba, sino que estaba completamente desbocado.

Tess: Riquísimo.

Liam: ¿Ha sobrado algo?

Tess: Ni una mijita.

Liam: Me lo imaginaba. ¿Vas a estar todo el día en la nueva tienda?

Tess: Sí. Es un lugar supertranquilo, y además, esta tarde entregarán unos muebles.

Liam: No puedo dejar de pensar en ti.

Dios mío. Si seguía así, mi pobre corazón iba a explotar.

Liam: David se acaba de enterar de lo nuestro. Becca se lo ha contado. Se está burlando de mí, dice que soy más humano desde que salgo contigo, porque ahora quiero tomarme descansos.

Tess: Me encanta que me atribuyas ese mérito :)

Liam: Te atribuyo el mérito de muchas más cosas, pero no es necesario que David se entere de tantos detalles.

Tess: Liam, si seguimos mandándonos mensajes, los dos nos vamos a retrasar en el trabajo. Me estás distraendo.

Liam: Lo sé, pero merece la pena.

Para mi sorpresa, dejó de enviarme mensajes después de eso. El repentino silencio me resultó extraño, pero, viéndolo desde el lado positivo, conseguí avanzar *mucho*.

No obstante, echaba de menos la sensación de tener mariposas en el estómago cada vez que llegaba un nuevo mensaje.

Decisiones... y más decisiones.

Si le enviaba mensajes, no sería muy productiva. Si no lo hacía, seguiría preguntándome qué estaría haciendo, qué estaría pensando.

Mi monólogo interior se vio interrumpido por la llegada del camión de reparto. Habían llegado los muebles de la oficina.

Mientras descargaban los escritorios, las sillas y las estanterías, tomé un montón de fotos y se las envié a Skye. La empresa de transportes también se encargó de montar los muebles, por lo que, media hora después, nuestra oficina estaba lista.

Los escritorios de madera de cerezo se encontraban situados uno frente al otro. Estaban acompañados por sillas de cuero blanco y había un generoso espacio entre ambos. En cuanto se fueron los chicos, me senté en mi silla, dando una vuelta. Era supercómoda y podía reclinarme hacia atrás casi hasta quedar tumbada.

Después de probar todas y cada una de las funciones de mi elegante silla, grabé un breve vídeo y se lo envié a Skye.

Tess: ¡¡¡Es todo tan bonito!!!

Skye: En nuestra oficina todo luce incluso más bonito de lo que parecía en Internet.

Tess: ¡Ya ves!

Un golpe en la puerta principal llamó mi atención. No pude ver quién era desde la oficina, pero tal vez los repartidores habían olvidado algo.

Pero, ¡no!, era Liam, que estaba de pie frente a la tienda, con un portátil en una mano, mirándome y moviendo las cejas de arriba abajo. Dios mío, apenas pude evitar comprobar si mis bragas no habían estallado espontáneamente. Parecía un poco diferente de lo habitual, pero no podía precisar por qué. Su lenguaje corporal era un poco rígido y sus ojos carecían del brillo habitual.

Si pensaba que sus mensajes me habían dejado un poco atontada, no era nada comparado con lo que sentí cuando entró en la tienda. Estaba completamente embobada con él.

Coloqué una mano en mi cintura, levantando un lado de mi cadera.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con tono juguetón.

—Me dijiste que no te mandara más mensajes porque te distraía.

—Ya, ¿y crees que estar aquí no lo hará?

Señaló su portátil.

—No. Vamos a trabajar juntos. Y podemos tontear un poco entre medias. Todos salimos ganando.

—Claro, porque eso no distrae para nada...

—Es lo máximo que puedo hacer. He estado luchando conmigo mismo toda la tarde, evitando a duras penas mandarte mensajes todo el rato, y al final descubrí cuál era el problema.

—¿Y cuál era?

—Necesitaba verte.

Vaya. Dios mío.

Eché un vistazo al local, centrándose en el sofá.

—¿Ese es nuestro lugar de trabajo?

—No, de hecho, acaban de entregar los muebles de la oficina. Ven, te los enseñaré.

Estaba inmensamente feliz de que estuviera allí. ¡Significaba que me echaba de menos!

De repente, noté que estaba contoneando mis caderas de manera seductora mientras le conducía a la trastienda. No era mi intención, pero aquel hombre tan atractivo ejercía una extraña influencia sobre mí. Intenté corregir mi movimiento, pensé que quizás no se había dado cuenta.

Cuando entramos en la habitación, señalé orgullosa con los dos brazos hacia un escritorio. Colocó su portátil en uno de ellos y, de pronto, me rodeó la cintura con un brazo. Llevó su boca a mi cuello y su mano a mi cadera.

—No muevas el culo así delante de mí, o haré algo más que distraerte. Mucho, mucho más.

Me reí suavemente.

—Bueno, si te quedas más tranquilo, no lo estaba haciendo a propósito.

—No, no me quedo más tranquilo.

Me di la vuelta y le di un pellizco en el pecho.

—Pues entonces siéntate y deja de tentarme.

—¿He pasado de distraerte a tentarte? A eso le llamo yo un avance.

—Yo lo llamo una táctica descarada.

Me guiñó un ojo.

—Eso también. Venga, ¿cuál es mi escritorio?

—Ese. Ahora, a trabajar, señor, que apenas son las cuatro de la tarde.

Completar cualquier tarea cuando Liam estaba en la misma habitación *no* era fácil. Estaba tan pendiente de su presencia, de esa energía seductora que emanaba, que apenas podía

concentrarme.

Cuando reescribí la última frase de un correo electrónico por tercera vez, gruñí.

—Parece que alguien tiene problemas para concentrarse conmigo cerca —bromeó Liam.

—¿Tú crees?

—Sin duda. —Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se levantaba de la silla y se acercaba a mi escritorio. Tragué saliva, apretando las manos sobre el regazo en señal de expectación. Se sentó en el borde del escritorio, inclinándose hacia mí.

Me cogió la cara y me presionó la nuca con los dedos. El brillo salvaje de sus ojos le delató: estaba a un segundo de besarme.

Cuando nuestros labios se tocaron, todo mi cuerpo se encendió. Su boca era cálida y sus besos implacables, y la forma en que movía los labios y la lengua se estaba apoderando de mis sentidos.

—Tess, tengo que confesarte algo —susurró contra mi boca.

—¿Humm...?

—En realidad no tengo nada que hacer hoy. Solo he traído el portátil para distraerme... y no está dando resultado.

—Qué suerte, porque yo todavía tengo un montón de cosas que hacer.

—Esperaré todo el tiempo que quieras, pero solo si me prometes una cosa.

—¿Qué?

—Que después serás toda para mí.

Me humedecí los labios, asintiendo.

—Sí, señor.

—Joder, no digas eso o volveré a besarte.

Su tono era tan feroz y seductor que sospeché que acabaría de espaldas sobre mi escritorio si cedía a otro beso. Eché la silla hacia atrás, poniendo un poco de distancia entre nosotros.

—Solo tengo que rellenar un formulario de pedido para un proveedor extranjero.

—Esperaré.

Media hora más tarde, envié por correo electrónico el formulario de pedido y me levanté de un salto de mi silla.

—Ya he terminado —declaré, sonriendo de oreja a oreja y haciendo un ridículo baile de felicidad en medio de la oficina.

A Liam se le iluminaron los ojos e inmediatamente se levantó de la silla.

—Bueno, ¿recuerdas nuestro trato? —preguntó de manera juguetona, pasando su mano por la parte baja de mi espalda y presionando sus dedos contra mi cuerpo como si estuviera a segundos de deslizar su mano por debajo de mi vestido.

—Humm... ¿por qué mejor no me lo recuerdas?

—Ah, así es como quieres jugar, ¿eh?

Me encogí de hombros en plan juguetón.

Acercó su boca a mi oreja y tiró del lóbulo con los dientes.

—Eres mía esta noche, Tess. Toda para mí.

Me estremecí y gemí cuando pasó sus labios por mi cuello. Le empujé para que se sentara en mi silla antes de subirme a su regazo. Al deslizar las manos por sus hombros, palpé la tensión que había en ellos. Le miré directamente a los ojos, con un gesto de inquietud.

—Tú estás estresado por algo —dije.

Tragué saliva, recorriendo mis muslos de arriba abajo con las palmas de las manos.

—Pues sí.

—¿Quieres contármelo? Soy muy partidaria de compartir las preocupaciones.

—¿Recuerdas que tenemos un cuarto socio?

—Sí, el silencioso, sin poder de decisión.

—Exactamente. Pues resulta que ahora quiere vender sus acciones.

—Vaya. ¿Y qué vais a hacer?

—Le compraremos su parte.

Sentí una pequeña punzada de pánico justo en medio del pecho y entre los omóplatos. ¿Y si no podían? Como no podía ser de otra manera, mi mente se ubicó de inmediato en el peor de los escenarios. No podía dejar de imaginarnos cerrando el negocio y volviendo a buscar un trabajo en una empresa. Ese nudo en mi pecho se apretó aún más, ya que amaba lo que había construido con mi hermana y la libertad que nos proporcionaba. Cada día que iba a trabajar, sentía una sensación de bienestar en el estómago. No quería perder eso.

Respiré hondo. Como siempre decía Cole, lo mejor era afrontar los problemas a medida que se fueran presentando: uno por uno. En ese momento, estaba sentada en el regazo de aquel hombre tan guapo. El pobre estaba lleno de nudos, y yo quería deshacerlos todos. No iba a preguntar cuáles eran las implicaciones ni hasta dónde podía llegar la situación. No quería que esa noche girara en torno a mí. Debía estar centrada en él.

Liam

Le toqué la cara, preso de la adicción de sentir su suave piel bajo mis dedos.

—Desde que hablé hoy con mi abogado, lo único que quería era verte —confesé.

—¿Por qué? —susurró ella, con los ojos muy abiertos.

—Porque sí. Estar contigo me tranquiliza. —Básicamente porque nada más parecía importante cuando Tess estaba a mi lado, todo pasaba a un segundo plano. Besé su mandíbula, descendiendo por un lado de su cuello—. Es una cosa que a mí también me vuelve un poco loco —murmuré contra su piel.

Tess se removió sobre mi regazo.

—Hmmm... ¿solo un poco? —bromeó.

Empujé su culo contra mi entrepierna para que pudiera sentir mi erección.

Tomó aire.

—No hay nada de “poco” en eso.

—Quiero invitarte a salir.

—¿Qué tal si nos quedamos en casa y cocino algo rico?

—Buena idea. Quería tenerte toda para mí de todos modos.

—Entonces, ¿por qué has sugerido que salgamos?

—Tengo una lista enorme de sitios a los que llevarte.

—¿Qué intentas conseguir exactamente con eso?

—Seducirte.

Se quedó boquiabierta.

—¿Seducirme? Vaya. Nadie lo había hecho antes.

—¡Vaya crimen! Pero por otro lado, me gusta ser el primero.

Me dedicó una enorme sonrisa.

—Te gustan mucho todas estas “primeras veces”, ¿no?

—Claro que sí. Para marcar territorio y todo eso...

Tess echó la cabeza hacia atrás, riendo. La hice descender hasta que su espalda quedó a la altura de mis muslos y me incliné hacia ella. Le besé el pecho justo antes de hacerle cosquillas en la axila derecha. Soltó un chillido, apretando sus muslos con fuerza contra mí. Me eché a reír cuando intentó apartarme la mano.

—No estás jugando limpio —dijo entre jadeos.

—Lo sé. Pero quería ver tu reacción. —dije mientras apartaba la mano, esbozando una sonrisa mientras la ayudaba a levantarse. Ella respondió con uno de esos adorables pucheros. Su rubio cabello caía desordenado sobre sus hombros y tenía los ojos un poco llorosos, como si se le hubieran llenado de lágrimas de tanto reír. Sus mejillas se habían enrojecido.

Tess estaba sacando un lado juguetón en mí que no sabía que tenía.

—Retiro todas esas cosas que dije que haría contigo esta noche —declaró.

—No, de ninguna manera.

Inclinó la cabeza y me miró desafiante.

En respuesta, besé primero su mejilla derecha y luego la izquierda.

—¿Estás tratandode volver a caerme en gracia a base de besos?

—¿Funciona?

Pude sentir su sonrisa contra mi mejilla.

—No estoy segura.

Retrocedí un poco y la miré a los ojos, deslizando mi pulgar por su labio inferior.

—Esa sonrisa me dice otra cosa.

Me apartó la mano, pero seguía sonriendo.

—Bueno, parece que está funcionando a la perfección —susurró, esbozando una sonrisa traviesa—. No puedo enfadarme con alguien que quiere seducirme. Pero antes de que se te ocurra hacerme cosquillas de nuevo, ¿qué te parece si salimos de aquí y vamos a casa?

—Vayamos a mi apartamento —propuse. Habíamos pasado algunas noches en el suyo porque estaba más cerca de la tienda, pero como al día siguiente era sábado, deseaba tenerla en mi casa y compartir todo ese amplio espacio con ella.

—Aaah... o sea que ahora quieres seducirme en tu propio territorio, ¿eh?

—¡Pues claro!

Media hora más tarde, llegamos a casa. Afortunadamente, el trayecto no fue largo, lo cual había sido todo un alivio, ya que me había resultado muy difícil mantener las manos quietas. Estaba cansado de tener que contenerme; solo quería perderme en Tess.

Sin embargo, en ese momento, mi chica tenía otra cosa en mente. En cuanto entramos, soltó una risita y echó un vistazo a su alrededor, emocionada.

—Exijo una visita antes de iniciar mi propio plan de seducción —declaró.

No pude evitar reír y, tomando su mano, le di un beso antes de guiarla al interior del apartamento. Este constaba de tres dormitorios y un amplio salón diáfano con una isla de mármol en un rincón, mientras el sofá negro y el sistema de *home cinema* ocupaban el lado opuesto.

Las dos habitaciones de invitados estaban decoradas de forma simple, tenían una cama doble y una cómoda, ambas de color blanco. Las impecables sábanas eran de color azul oscuro.

—Es muy elegante y minimalista —dijo Tess cuando salimos del segundo dormitorio de invitados.

—No es precisamente tu estilo.

Su casa estaba llena de objetos de decoración, cuadros y colores. La mía, en cambio, parecía vacía, ya que no había colgado nada en las paredes blancas. Me gustaba mantener mi entorno lo más despejado posible; me ayudaba a concentrarme. Desde que me había mudado allí, la casa había sido poco más que una extensión de mi despacho.

—No, pero encaja contigo. La primera vez que estuve en tu despacho, me estresó que no tuvieras objetos personales.

—¿Y ahora?

—Ahora simplemente pienso que eres el hombre más increíble que he conocido. Y también muy sexy.

Me pellizcó el culo. Gruñí en respuesta. Estaba guapísima con sus vaqueros y su jersey rojo.

—¿A qué ha venido eso?

—Estaba recalcando lo de la parte sexy —dijo con indiferencia—, ya que me ha distraído. ¿Qué estaba diciendo? Ah, ya me acuerdo. Iba a añadir que no solo eres sexy, sino también un poco misterioso y gruñón, pero eso no hace más que potenciar tu encanto.

Se inclinó hacia mí y añadió:

—Por si no te has dado cuenta, eso de seducirme ha acabado por conquistarme, pero ya me gustaste desde el momento en que me dijiste que dejabas que tu abuela te ganara al ajedrez.

Reí ante el recuerdo y me detuve justo delante de ella. Antes de que se diera cuenta, la cargué en brazos, poniendo las manos por debajo de su trasero. Se aferró a mí con las piernas, sonriendo.

—Solo me queda una habitación más por enseñarte.

—¿Ah, sí? —preguntó dándose golpecitos en la barbilla en señal de fingida concentración. Fuimos directamente al dormitorio principal, encendí las luces y sostuve a Tess para que tuviera una vista directa de la cama.

—Eso es a lo que yo llamo una cama sexy.

Era de tamaño *king* con un cabecero de cuero. Acomodé a Tess en el borde. Luego tiré del borde de su jersey al tiempo que me inclinaba hacia ella, bajando por su cuello con mi boca. Ella apartó mi mano con un rápido y tímido movimiento.

—Recuerdo haber dicho que quería cocinar para ti.

—Más tarde —respondí. Mis palabras salieron como un gruñido.

—Pero tenía un plan...

—Eso también puede esperar. Te necesito, Tess.

Subí mi boca por su cuello y capturé la suya. Ella se entregó a mí de inmediato, lo que casi me hizo caer de rodillas. Me tomé mi tiempo para saborearla, primero sus labios y luego su lengua. Introduje mis manos bajo su jersey hasta llegar al borde de su sujetador. Soltó un sonido de placer contra mi boca, y las reverberaciones repercutieron directamente en mi polla. Estaba empalmadísimo. Cuando estábamos juntos, cada parte de mi mente y de mi cuerpo la deseaba. Y cuando estábamos separados, ansiaba estar con ella.

El cierre de su sujetador se encontraba entre las copas. Lo desabroché, y solté un gruñido al sentir su suave piel bajo la palma de mi mano, así como su arrugado pezón. La besé con más urgencia, moviendo la boca más deprisa. Volvió a vibrar contra mis labios y entonces puso sus manos en el botón de mis vaqueros. Bajó la cremallera, y el mero hecho de sentir el dorso de su mano sobre mi polla me hizo perder la cabeza. Deseaba a aquella mujer con una intensidad que nunca antes había experimentado.

Envolvió mi erección con la palma de la mano y empezó a moverla de arriba abajo. Solo resistí dos caricias antes de interrumpir el beso y quitarle el jersey por encima de la cabeza. El sujetador estaba enganchado solo por los tirantes, los cuales deslicé por sus brazos hasta que la prenda cayó sobre la cama. Con un brillo pícaro en los ojos, Tess se puso en pie.

—Quiero desnudarte —declaró.

Levanté las manos y moví las cejas.

—Soy todo tuyo, pero tengo una petición: desnúdate tú primero.

—¿Eres un poco exigente, no?

—Quiero mirar tu precioso cuerpo desnudo el mayor tiempo posible.

Se sonrojó, pero enseguida se bajó los vaqueros. Su suave piel era mi kryptonita. Le besé el muslo derecho mientras ella tiraba de los lazos a ambos lados de sus caderas. Al segundo siguiente, sus bragas cayeron al suelo y quedó completamente desnuda para mí. Separé sus muslos y pasé mi lengua desde su clítoris hasta su abertura. Se estremeció y me agarró por los hombros.

—Liam —jadeó. No podía pensar en otra cosa que no fuera darle placer. Quería satisfacerla de todas las maneras posibles. Rodeé su clítoris con la punta de mi lengua y mantuve sus caderas firmemente sujetas con mis manos. La tenía justo donde quería. Chupé su clítoris hasta provocar que los músculos de su pelvis se contrajeran y sus piernas temblaran un poco.

—Liam, joder —jadeó—. Pero yo quería...

Eché la cabeza hacia atrás para mirarla.

—Sé muy bien lo que querías, Tess. Y te prometo que la segunda vez me vestiré, solo para que puedas desnudarme. Pero ahora mismo, quiero saborearte hasta llevarte a un orgasmo tan

intenso, que te haga tirar de las sábanas y vibrar por completo. Después, volveré a hacerte lo mismo, pero con mi polla.

Apreté su clítoris con dos dedos y observé cómo su precioso rostro se transformaba por la intensidad del placer, se le cerraron los ojos. Apretó los labios con fuerza y apretó los puños contra mi hombro, se estaba preparando para el clímax. Bajé los dos dedos hacia su entrada, deslizándolos dentro y enroscándolos mientras llevaba mi lengua a su punto sensible. Explotó de una forma increíble, gritando mi nombre. Literalmente, sus piernas temblaban.

Sujeté sus caderas con firmeza y la guié por la cama. Se tumbó boca arriba, con los brazos abiertos a los lados, y respiró hondo. Me despojé rápidamente de mi ropa, no quería que nada se interpusiera entre nosotros antes de ponerme encima de ella. Me dedicó una sonrisa de complacencia y me puso un dedo en el pecho.

—No creas que me he olvidado de mi plan.

—Como he dicho, más tarde. Aún no he acabado contigo.

Le inmovilicé las manos junto a la cabeza mientras le pasaba la punta de la nariz por los pechos, y de allí hacia abajo, hasta llegar al ombligo. Lo hice despacio, disfrutando de su reacción. Movía las caderas de un lado a otro, jadeando y gimiendo cada vez que tocaba una parte de ella que antes había omitido.

Estaba tan empalmado que apenas podía pensar. *El condón.*

Cogí uno de la mesilla y me lo puse antes de perder por completo la razón. Tess me observaba, con los ojos llenos de lujuria. Se colocó en el centro de la cama y separó las piernas, provocándome. Le pasé los dedos por los tobillos y subí hasta las rodillas. Sus ojos brillaban de deseo. Volvió a tumbarse, para estar más cerca de mí.

Levanté una de sus piernas, enganché el codo bajo su rodilla y me coloqué entre sus muslos. La penetré despacio, viendo cómo su cara cambiaba a medida que iba introduciendo más mi polla.

—Liam... —susurró, arqueando la espalda cuando estuve por completo dentro de ella. Apretó sus músculos internos a mi alrededor y yo gemí. Me invadió una oleada de placer, recorriendo mis terminaciones nerviosas y tensando mi ombligo. Todos mis músculos se contrajeron. La penetré una y otra vez, cada vez más rápido, casi volviéndome loco cuando Tess se llevó una mano al clítoris.

Me miraba como si yo fuera todo lo que ella necesitaba. Yo quería ver eso todos los días y ser digno de esa mirada.

Una descarga de placer se apoderó de mí con tanta fuerza que me desplomé sobre ella y gemí.

—¡Joooder!

Me detuve en mitad de la embestida, intentando recuperar la compostura. Sin embargo, la poca que había logrado recuperar desapareció por completo cuando noté que ella deslizaba una mano hacia abajo. Necesitaba liberarse y yo iba a complacerla.

Quité mi brazo de debajo de su rodilla para que los dos tuviéramos más libertad de movimiento. De ese modo, al tener los dos pies sobre el colchón, Tess disponía de una mayor palanca, y la aprovechó. Ambos buscábamos el clímax, pero yo quería prolongarlo lo máximo posible, no quería rendirme todavía. Al segundo siguiente, se corrió sobre mí, contrayéndose tan fuerte que estuve a punto de sucumbir. Se retorció, tirando de las sábanas y gritando mi nombre. Yo luchaba por evitar el orgasmo y para ello necesitaba todo el autocontrol que poseía. Me ardían los músculos y también las entrañas, pero merecía la pena ver cómo se deshacía debajo de mí. Seguí embistiendo incluso durante su orgasmo, intensificando su placer. La piel de sus

mejillas se había enrojecido, el sudor salpicaba su pecho. Cuando su respiración recuperó un ritmo normal, dejé de moverme.

Tess hizo pucheros en señal de protesta. Le sonreí y me aparté antes de rodar juntos sobre la cama. En ese instante, yo estaba tumbado en el colchón y Tess encima de mí.

—Me gustan tus planes sexys —susurró, bajando sobre mi polla. Seguía estando increíblemente ceñida.

Gemí, cerré los ojos y me agarré a sus caderas. Sentí cómo sus senos oprimían mi pecho mientras ella se inclinaba sobre mí y me besaba la nuez. Quise dejar que ella tomara las riendas, pero el instinto me dominó. La envolví con mis brazos y la penetré desde abajo. Tess jadeó antes de enterrar su cara en mi cuello. A continuación, mientras yo empujaba, sentí sus suaves labios y su lengua sobre mi piel.

—Liam... voy a correrme otra vez. No puedo... ¡Aaah, joder!

Me encantaba que no fuera coherente, que el placer la hiciera delirar.

—Claro que puedes, vas a correrte de nuevo.

Gimió contra mi cuello y su respiración volvió a acelerarse. Noté cómo se corría justo antes de que yo cediera a mi propio clímax. Me atravesó de golpe, abarcando cada centímetro de mi cuerpo. La sensación era tan intensa que resultaba brutal. De repente, un gemido gutural salió de mi garganta, y no pude aguantar más. Ya ni siquiera sentía mi cuerpo, al punto de que respirar se había convertido en todo un reto. Moverme era imposible, estaba completamente agotado. Con los ojos cerrados y el cuerpo laxo, lo único de lo que era consciente era de la cálida piel de Tess.

—¿Estás bien? —susurré.

Percibí que asentía contra mi pecho.

—Solo necesito un minuto para recuperarme... o veinte.

Me reí entre dientes, apretando aún más mis brazos alrededor de ella.

—Eres increíble, ¿lo sabías?

—Humm...

Permanecimos en silencio un buen rato, y yo solo me moví lo necesario para deshacerme del condón. Luego volví a colocarme en la posición anterior, porque me encantaba sentir a Tess encima de mí.

Justo cuando estaba a punto de dormirme, ella se incorporó y se sentó sobre mí, recorriendo mis abdominales con los dedos. Tenía una media sonrisa.

—¿En qué estás pensando? —pregunté.

—En cuál es la mejor manera de hacerte pagar por estropear mi plan.

—¿Los tres orgasmos que te acabo de dar no compensan eso?

—Para nada. Una cosa no tiene nada que ver con la otra —dijo seriamente.

—Vale, apuntado.

Entrecerrando los ojos, se inclinó hacia delante y recorrió mi pecho con los dedos.

—Humm... podría hacerte cosquillas.

—No te conviene hacer eso.

Tess me lanzó una mirada desafiante y me atacó por las axilas.

Maldita sea, esa mujer era increíble. Estallé en risas, pero fui lo suficientemente fuerte como para contenerla, juntando mis brazos a los lados y evitando que continuara.

Haciendo pucheros, se tumbó a mi lado. Pensé que intentaría hacerme cosquillas de nuevo, pero se limitó a besarme el hombro antes de apoyar la cabeza en una palma.

—¿A qué ha venido ese beso? —pregunté.

Sonrió tímidamente.

—No te lo diré.

—¿Es porque, después de todo, he conseguido complacerte?

—Tal vez.

—Yo diría que estás muy complacida.

—Realmente necesitas oírlo, ¿eh?

—No es que lo necesite, pero me gustaría.

Me guiñó un ojo.

—En ese caso, haré que esperes un poco más.

—Todavía estoy castigado.

—Ajá. Puedo ser rencorosa —bromeó.

—Ven aquí —susurré, dándole la vuelta y rodeándola con un brazo para acercarla. Ella sonrió antes de hundir su cara en mi cuello. Compartir la cama con Tess me proporcionaba un equilibrio interior que nunca había sentido. Me gustaba tenerla allí, provocándome y montándome.

—Solo un aviso, tienes unos cinco minutos —susurró.

—¿Hasta qué?

—Hasta que ponga en marcha mi plan, por supuesto.

Sonreí, rodando sobre mi espalda.

—Ya estoy listo, señorita Winchester. Soy todo suyo.

Capítulo Veintidós

Tess

A pesar de que era sábado, a la mañana siguiente me desperté a mi hora habitual. Mi cara estalló en una gran sonrisa en cuanto noté que Liam se hallaba a mi lado y me percaté de que estaba en su cama. Dormía boca abajo, completamente destapado. ¿Cómo podía ser tan jodidamente sexy? Los músculos de sus brazos y piernas parecían esculpidos, su culo... ¡joder!, apenas pude evitar acariciárselo. Me dio la impresión de que a lo largo de la zona de sus omóplatos estaba rígido y agarrotado. Humm... Me puse a urdir un plan para cambiar eso. Lo primero era lo primero, tenía que salir de la cama antes de despertarle.

Caminé de puntillas por su cuarto de baño, enjuagándome cuidadosamente la boca con pasta de dientes para librarme del aliento matutino. Me rocié las axilas con su desodorante antes de ponerme los vaqueros y el jersey del día anterior. A continuación, me puse las bragas del revés y decidí prescindir del sujetador. Evité mirarle mientras salía a hurtadillas del dormitorio; no creía que pudiera resistirme a tocar aquel precioso cuerpo.

Cuando cerré la puerta del dormitorio, salí corriendo hacia el salón. Por la mañana, era aún más bonito. El sol brillaba a través de los enormes ventanales, bañando de luz la mitad de la habitación. Me encantaban los tonos azules que había por todas partes. Había cojines azul oscuro en el sofá y una enorme alfombra a juego debajo, combinada con accesorios plateados. Me hizo evocar el océano.

Luego, me quedé mirando la isla de mármol de la cocina con la espléndida lámpara colgante sobre ella.

¿Le importaría a Liam que estuviera recorriendo su apartamento yo sola? Esperaba que no, porque tenía la intención de explorar su cocina.

Descubrí una despensa bien surtida y me puse manos a la obra, sacando la mitad de los ingredientes y poniéndolos delante de mí para inspirarme.

«Vale, ya sé lo que necesita esta mañana», pensé.

Busqué una sartén y una espátula y empecé a trabajar. Tenía la esperanza de que Liam no se despertara hasta que yo estuviera lista. Así podría sorprenderle con el desayuno en la cama.

Vertí leche en la olla y luego el contenido de tres cajas de cereales que estaban casi vacías.

—¿Cuándo te has despertado? —preguntó Liam, sobresaltándose.

—Hace unos veinte minutos.

Estaba justo delante de mí, solo llevaba pantalones cortos. La encimera era lo suficientemente alta como para que pudiera imaginar que estaba desnudo. *Mmm...*

—No puedes quedarte ahí —le ordené en tono fingidamente serio—. ¿Recuerdas lo que pasó anoche?

—Ni siquiera llegamos a la cocina. Esto sí que es un progreso.

—Pero solo porque me escabullí mientras aún dormías. Como sea, desde aquí parece como si estuvieras desnudo, y no consigo concentrarme.

Me miró incrédulo durante una fracción de segundo antes de soltar una carcajada. Luego se colocó de mi lado. Jo... ¿de verdad creía que era la mejor estrategia? Tener esos esculpidos músculos al alcance de la mano me estaba afectando aún más. Quería extender la mano y sentir esa incipiente y sexy barba contra mi piel. Quería recorrer su abdomen con la boca. Sería capaz de desayunarme a Liam todos los días.

Por la sonrisa traviesa de su rostro, sabía exactamente por dónde iba mi mente.

—¿Acaso debería desaparecer por completo de su vista, señorita Winchester?

—Sí, por favor.

Mientras se alejaba, noté que tenía una sonrisa un tanto petulante, pero no me di cuenta de lo que tramaba hasta que noté que estaba a mi espalda. Palpó mi culo con las manos antes de deslizarlas hasta mis caderas y me apretó contra él.

—Oye, no puedes tocarme el culo mientras cocino —le advertí—. Podría quemarme.

Estaba sosteniendo la espátula como una espada.

—Tú no pones las reglas, Tess —susurró en mi oído, acariciándome un poco más el culo, para confirmar sus palabras.

Hummm... claramente necesitaba emplear otra táctica.

—Estoy a punto de seducirte con mis inigualables habilidades culinarias, así que necesito que te comportes.

Menos mal que estaba detrás de mí, porque de esa manera no podía ver la enorme sonrisa que tenía en mi cara. Rozaba lo sospechoso, pero no podía reprimirla.

Era un día increíble. En primer lugar, era sábado, mi día favorito de la semana. Y la parte más importante: lo estaba pasando con un hombre de lo más apetecible. ¿Acaso podía ser mejor?

Me encantaban sus caricias, pero no le había mentido antes. *Corría* el riesgo de hacerme daño, porque sus caricias realmente me distraían.

—¿Y si hago esto? —Me rodeó la cintura con los brazos y me besó el cuello.

—Bueno... solo si prometes mantener esas manos en su sitio —dije, revolviendo la mezcla de cereales con avena.

—¿O sea que no está bien si hago esto? —dijo con un fingido deje de inocencia, y al instante me pasó la palma de la mano por el ombligo. La aparté de un manotazo antes de menear el culo contra su erección.

Gruñó y retrocedió unos centímetros, lo suficiente para quedar fuera de mi alcance.

Giré la cabeza para mirarle y moví las cejas. Se hizo a un lado, se apoyó en la encimera y me dedicó una de esas preciosas sonrisas que hacían estremecer mi corazón... Bueno, en realidad, todo mi cuerpo.

—Te llamaría la atención por mostrarme una de esas sonrisas irresistibles tan temprano, pero me encanta, así que te lo perdono.

Sonrió con picardía, inclinándose hacia mí.

—¿Y crees que eso va a hacer que mantenga mis manos quietas?

Solté una risita.

—Fue un error confesarlo. No tengo la misma lucidez sin café.

Me miró con ojos cálidos.

—Voy a hacer un poco.

—Sí, uno bien cargado para mí, por favor.

—Vale. Ni siquiera sabía que tenía estas cajas de cereales —dijo, viéndome espolvorear cacahuetes y pistachos en la sartén.

—Cogí estos porque las cajas estaban casi vacías.

—Pero tenía cajas nuevas para abrir.

—Lo sé. Las vi, pero no quería que estos se desperdiciaran. Cuando nos mudamos a Nueva York compré un libro sobre cómo cocinar platos baratos y nutritivos, y tenía consejos muy útiles sobre cómo hacer la compra para una semana y cómo aprovechar al máximo las sobras. Mamá se puso muy contenta cuando se lo enseñé. He seguido esas instrucciones durante tantos años que, sinceramente, ahora lo hago como algo natural. Odio tirar la comida.

—Tú nunca dejas de sorprenderme...

—Fue una época muy dura para mamá. Siempre quiso ser económicamente independiente después de la separación, y creo que en cierto modo lo he aprendido de ella. A menudo, mi familia se ofrecía a financiar cosas relacionadas con la tienda, pero siempre temí que todo acabara complicándose.

—No lo creo. Al menos, no por lo que me has contado sobre tu familia.

—Lo sé, lo sé. He luchado toda mi vida contra ese extraño patrón de pensamiento. Aún lo sigo haciendo.

—Todo a su debido tiempo, Tess. ¿Y qué hay de tu madre? ¿Se volvió a casar?

—De hecho, sí, pero después de que todos creciéramos. Su marido, Mick, es un tío increíble.

—Me tendió una taza de humeante café y enseguida le di un sorbo.

Pude percibir cómo se colocaba de nuevo detrás de mí, apoyando firmemente su mano en mi cintura. Sonriendo, volví a dejar la taza sobre la encimera, haciendo como si no pasara nada, incluso cuando él deslizó sus manos por mis caderas por segunda vez. ¡Era tan travieso! Me encantaba...

—Oye, no me distraigas. Ya te he dicho que necesito concentrarme en esto. He perdido práctica en la cocina, hoy en día vivo prácticamente a base de comida para llevar.

Me apartó el pelo de la nuca, dejando la zona, y me besó justo allí. Me estremecí al instante.

—¿O sea que estás usándome como conejillo de Indias?

Volví a soltar una risita. ¿Qué tenía él que me hacía reír tanto?

—Podría decirse que sí. Vale, ya he terminado. Pongámoslo en platos para que se enfríe un poco.

Cinco minutos más tarde, llegó el momento de la gran prueba. Yo estaba un poco nerviosa, porque no había preparado un desayuno así en años. Solo quería tener un detalle con él.

Probé una cucharada y una sonrisa se dibujó en mi rostro mientras la saboreaba.

—Esto me transporta a mi infancia. Los pistachos no estaban dentro de nuestro presupuesto, así que solo los comprábamos como capricho cada dos meses. ¿Qué tal está?

—Muy sabroso. Sobre todo la combinación de mermeladas.

En ese instante, sonreí de oreja a oreja, supercontenta de que lo estuviera disfrutando. ¡Mi plan estaba dando resultado! La noche anterior parecía preocupado, y tenía la esperanza de que el tratamiento al estilo Tess Winchester lo animara un poco.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó.

—Nada, estaba un poco perdida en mis pensamientos.

—Lo he notado. ¿Y en qué pensabas?

Sonreí.

—Estaba repasando mentalmente el plan para hoy.

—A ver, cuéntamelo. Tomó un poco más de avena, mirándome expectante.

Crucé los pies bajo la mesa y me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Bueno, el plan es adaptable. En realidad, estaba pensando más en el objetivo.

—¿Y cuál es?

—Pareces estar un poco tenso. —Moví las cejas de arriba abajo—. Así que pensaba hacer algo al respecto.

Me miró como si le hubiera pillado totalmente desprevenido.

—¿Cómo te has dado cuenta? —preguntó.

—Tus hombros están un poco rígidos. Lo noté anoche cuando los exploraba. —Con un guiño, añadí—: También lo he comprobado esta mañana, mientras dormías.

Sus ojos azules contenían una mezcla de alegría y emoción que, a decir verdad, no esperaba. Terminamos el desayuno en silencio y recogimos la mesa.

—Necesito otro café —afirmé, dirigiéndome con mi taza a la cafetera—. Quiero que todas mis neuronas estén despiertas mientras pongo en marcha “el plan”.

El sonido de los granos al molerse llenaba el ambiente, así que no oí a Liam cuando se acercó de manera sigilosa por detrás. Esa vez no le aparté de un manotazo, ni siquiera cuando me pasó los dedos sensualmente desde los hombros hasta los pechos. Mis pezones se erizaron.

Como ya no tenía que tener cuidado de no quemarme ni quemar la comida, podía dejar que me acariciara todo lo que quisiera. Esa era la segunda parte de mi plan.

—Nunca he tenido algo como esto —dijo en voz baja contra mi cuello.

Me paralicé un poco, preguntándome si había cruzado algún límite, si estaba siendo agobiante.

—Y... ¿te gusta? —pregunté, insegura.

Me agarró por los hombros para que me diera la vuelta, su mirada era intensa.

—¿Que te hayas levantado pensando en cómo mejorar mi día? ¡Pues claro que me gusta! —exclamó justo antes de fundir su boca con la mía. Nunca me había besado así, con una necesidad profunda y desesperada, como si quisiera poseerme. Sus labios eran cálidos y rápidos, y entonces, me apretó contra él. Jadeé al sentir su erección contra mi vientre. Profundizó el beso hasta que dejé de ser consciente de lo que me rodeaba, solo de él y de lo exquisito que era todo.

Pasó las ásperas yemas de sus dedos por la delicada piel del costado de mi cuello. Gemí contra su boca, tocándole los brazos y los hombros, deseando más y más. ¿Cómo era posible que siempre quisiera más de él?

Para mi asombro, detuvo el beso, dejando caer sus manos a mis lados.

—Perdona. No pretendía estropear tu plan —susurró.

Sonreí contra su boca.

—No te preocupes. Esto era parte de ello. No sabía cuándo ni cómo, pero estaba segura de que ibas a tocarme.

Sonrió con picardía.

—En ese caso... —Se inclinó, acercando la punta de su nariz a la mía—. Bébetelo rápido ese café.

—Vaya, lo había olvidado. —Me sentí un poco desanimada—. ¿Pero... qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Quiero que estés totalmente despierta para lo que tengo en mente.

Mmm...

—Entendido, señor.

Cogí mi taza y me acerqué al sofá, moviendo las caderas de forma seductora. Miré hacia atrás directo a Liam, haciendo un movimiento de “ven aquí” con el dedo.

Me senté en uno de los extremos. Para mi sorpresa, en vez de sentarse a mi lado, se tumbó y apoyó su cabeza en mi regazo.

—Me encanta tu apartamento —dije—. Es enorme. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—Cuatro. Lo compré justo después de vender la aplicación. De hecho, en ese momento, me había planteado llenarlo al cabo de unos años.

Tardé unos segundos en darme cuenta de lo que quería decir.

—¿Con... una familia?

Asintió.

—¿Salías con alguien en serio en ese momento?

—No. Acababa de salir de esa relación de la que te hablé, pero pensé que acabaría ocurriendo. Lo cierto es que, como puedes ver, no ha sido así.

—Señor Harrington, me impresiona. Nunca he oído a un hombre hablar así, tan abiertamente, de querer formar una familia. Suelen hacer una mueca de disgusto ante la idea, o incluso llamarlo anticuado.

Sonrió y, desde mi posición, noté que su sonrisa tenía un toque asimétrico, pero eso la hacía aún más adorable.

—Tú me has confesado que tu sueño era pasarte todo el día preparando mermeladas cuando tuvieras hijos, así que me siento tranquilo a tu lado.

Me reí y le di una palmada en el hombro.

—Oye, no te estoy juzgando. Yo también pensé que ya tendría una familia, alguien a quien cuidar todo el tiempo.

Frunció el ceño y empezó a jugar con un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—Pero has tenido muchas citas, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Enseguida endureció su expresión; intentaba poner cara de póquer. Todo encajó al instante.

—Te lo ha contado Skye, ¿verdad? ¿Cuándo?

—Cuando me llamó una vez para preguntarme por la empresa de diseño de páginas web. Fue ella quien sacó ese tema, no le digas que te has enterado. Me hizo prometer que no diría nada.

—No estás haciendo más que cavar tu propia tumba. ¿Dijo algo más? ¿Qué?

Dudó unos segundos antes de decir:

—Dijo que siempre llevas el corazón en la mano.

—Ah... pues en eso tiene razón.

—Yo no soy como tú, Tess.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, según palabras de David, soy un poco robótico. Creo que me parezco a mi abuelo. No era de expresar sus sentimientos o emociones.

—¿En serio?

—Sí. Siempre que había un problema, se limitaba a resolverlo. Decía que los problemas estaban para ser resueltos, no para hablar de ellos. Creo que él también hubiera preferido no contarnos que le habían despedido, pero no era posible, obviamente.

—Entonces, ¿es por eso que hablaste con el terapeuta? Lo mencionaste una vez.

—Sí. Sabía que era imposible que aceptara, ni siquiera reconocía su depresión. Así que le ayudamos de la única forma que podíamos: actuar en lugar de hablar.

Me eché a reír.

—Vaya. Eso es muy diferente a la manera en que hacemos las cosas en mi familia. ¿Te he contado cómo se me ocurrió la política de “no secretos”?

—No.

—Después de que mi padre nos abandonara, todos lo pasamos fatal, pero yo insistí en que teníamos que hablar de ello. No podíamos permitirnos un terapeuta, pero sabía que teníamos que ser más comunicativos. —Entrecerré los ojos—. No puedo creer que David diga que eres robótico. Pareces tan abierto con todo...

Levantó la cabeza y me dio un pico en la barbilla.

—Eso es porque no me dejas otra opción, Tess. Yo tampoco puedo evitar compartir.

Me encantó ver una faceta suya que no solía mostrar a la gente, me hacía sentir especial. Pasé una mano por su espesa cabellera y disfruté de la sensación de familiaridad que me produjo aquel

contacto.

—¿Nunca has tenido miedo de dejar entrar a gente en tu vida después de que el matrimonio de tus padres acabara tan mal? —preguntó.

Reflexioné sobre ello, indagando profundamente en mi interior, tal vez incluso más de lo que nunca había profundizado.

—Claro que tengo miedo... pero lo hago de todos modos. Es como si no pudiera evitarlo. — Mientras lo decía, me preguntaba si alguna vez había sido tan abierta con alguien con quien hubiera salido. Estaba segura de que no, y no solo porque nunca se molestaron en preguntarme. No me había interesado compartir mis sueños y esperanzas con nadie, ni tampoco mis miedos.

—Después de vender la aplicación, se me hizo mucho más difícil tener citas serias. Al principio me emocionó lo mucho que se había disparado mi popularidad entre las chicas...

—Humm... por alguna razón creo que siempre has sido popular.

—Sí, pero después de la venta, fue diferente. No podía estar seguro de si iban tras de mí o tras la fama y una situación económica privilegiada. No voy a mentir, disfruté de los beneficios de esa popularidad extra, pero nada más.

Limpiamos juntos la cocina y, una vez que terminamos, Liam se dirigió a la ducha. Yo me quedé allí, disfrutando de otra taza de café.

Liam

Cuando salí de la ducha, Tess seguía en la isla de la cocina. Estaba acodada sobre un cuaderno, bolígrafo en mano, mientras hablaba por teléfono. Solo oí unas pocas palabras, pero fueron suficientes para saber que se trataba de la boda de su hermano.

—Mira, Laney quiere una temática *shabby chic*, y quiero encargarme de cumplir su deseo. Si no te gusta, podemos buscar otra organizadora de bodas. Sí, estoy autorizada a prescindir de tus servicios.

Esa faceta de ella también me fascinaba: inflexible e implacable.

—No, escucha, quiero que los dos tengan el mejor día de su vida.

Lo que más me gustó fue su determinación por hacer felices a los demás... incluyéndome a mí.

La rodeé sigilosamente, mirando por encima de su hombro. Su cuaderno no era para nada lo que yo esperaba. Creí que era una lista de tareas pendientes, pero en cambio parecía que la había cogido un niño de cinco años. Era una explosión de colores y pegatinas, y apenas pude contener la risa. A pesar de ello, Tess continuó hablando. Miró hacia atrás y, al notar mi sonrisa, me golpeó con su culo.

—Bueno, Honor, tienes una semana para conseguir las opciones que Laney pidió. De lo contrario, tomaremos caminos diferentes.

Acto seguido, colgó la llamada y se volvió hacia mí.

—Vas a burlarte de mi cuaderno.

—Sí —dije seriamente—. Perdona, es que me está costando relacionar el hecho de que seas empresaria con un cuaderno tan colorido.

Se hizo a un lado y señaló una página.

—Es que tengo un sistema. Colores diferentes para distintos tipos de tareas.

—¿Y las pegatinas?

—Las pongo una vez terminada una tarea.

—¿No es mejor tacharla y ya?

Se encogió de hombros.

—Sí, pero eso sería muy normal y aburrido.

Solté una carcajada y me incliné para besarle la frente. Solo Tess podía contestar algo así.

—Oye, no lo critiques hasta que lo pruebes.

—Estoy cien por cien seguro de que no lo probaré.

—Tú te lo pierdes —dijo con timidez.

—¿Tienes más llamadas por hacer?

—No, esa era la única. La planificadora de bodas me ha enviado algunas opciones que no eran adecuadas. Laney quiere una determinada temática, y voy a conseguir exactamente lo que quiere.

«¿Qué querría Tess para su boda?», pensé.

La pregunta surgió en mi mente de la nada. No tenía ni idea de por qué mis pensamientos habían tomado ese camino. Jamás me había planteado algo así. Por supuesto, durante un tiempo había pensado en formar una familia, pero no en los últimos años. Por otro lado, *nunca* había considerado una boda. Hasta que conocí a Tess.

—Oye... tienes una sonrisa rara.

—¿Rara? ¿En qué sentido?

—Ya la he visto antes. ¿En qué estás pensando?

—Es un secreto.

Lo dije más que nada porque pensaba que Tess saldría por patas si supiera lo que rondaba mi mente. Joder, hasta yo estaba sorprendido.

—¡Ja! Le ha salido el tiro por la culata, caballero. Soy una gran detective, ¿se lo había dicho antes?

—No.

—Pues lo soy. —Inclinó la cabeza, dándose pequeños golpecitos con el dedo en la barbilla —. Solo estoy tratando de decidir qué táctica utilizar.

—¿Y?

—No estoy muy lúcida ahora mismo, pero tengo una idea para hoy. ¿Quieres salir a explorar la ciudad?

—Claro.

—Vale. Entonces, iré a ponerme el sujetador.

—Pues yo iré a mirar.

Tess soltó una risita e inmediatamente se zafó de mi agarre, dirigiéndose directamente hacia el baño principal. Me dispuse a seguirla, pero ella miró hacia atrás y me hizo una señal de “no” con el dedo.

—Creo que será mejor que esperes aquí —dijo.

—¿Por qué?

—Ese brillo en tus ojos es un poco peligroso.

—Muy peligroso —admití.

—¿Ves? Quédate aquí. No tardaré.

Asentí, porque tenía razón.

Mientras tanto, comprobé mi teléfono y repasé mi agenda. Era muy aburrida comparada con la de Tess.

Tan solo una lista, sin colores ni pegatinas. Tenía una nueva solicitud de reunión de mi abogado, y también había una nota.

Trazamos algunas opciones. Cuanto antes nos reunamos, mejor.

Sugirió varias franjas horarias. Becca y David ya habían acordado una. Yo tenía una reunión entonces, pero la pospondría, porque no quería perderme nada de aquello. Quería conocer todas las opciones para luchar contra ese cabrón y proteger a todos los que me importaban.

—¡Estoy lista! —exclamó Tess unos minutos después.

Dejé el teléfono en el sofá y me dirigí al baño. Estaba decidido a olvidarme de mis problemas.

Sin embargo, la imagen de Tess sonriendo de oreja a oreja no hizo más que recordarme que ella también podía estar entre los perjudicados por el ego de Albert. De ninguna manera iba a permitir eso. Tess era mi chica. Debía protegerla, y estaba dispuesto a pagar cualquier precio por hacerlo.

Caminó a mi encuentro con un seductor contoneo de caderas. Se detuvo frente a mí y frunció el ceño.

—¡Vaya! ¿Qué ha pasado? Tienes los hombros rígidos de nuevo.

—Mi abogado ha sugerido algunas franjas horarias para una reunión.

—Bueno, eso es positivo. Significa que sabrás cuáles son todas las opciones.

—Exactamente.

—Lo que también significa que hoy no es momento de preocuparse.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Créeme, será fácil. Porque vas a recibir el tratamiento al estilo Tess Winchester.

Capítulo Veintitrés

Tess

—¿Deberíamos comprar algo de comer? ¿Para Isabelle también? Para cuando lleguemos allí ya será la hora de comer —le dije a Skye una semana después. Desde que Josie nos pidió que nos reuniéramos con Isabelle, habíamos estado tratando de encontrar una hora que nos viniera bien a las tres, y aquel era el día en que nos reuniríamos.

—Buena idea.

Isabelle trabajaba muchas horas, y además tenía un segundo empleo como guía turística. Quería mimarla un poco.

Primer paso: conseguir algo delicioso para comer.

Segundo: una vez allí, animarla.

Tercero: ayudarla a planificar una salida para sus actuales clientes.

El tercero era el motivo oficial por el que nos íbamos a reunir con ella. Skye y yo teníamos mucha experiencia en la planificación de eventos, en especial gracias a las galas benéficas de baile que organizaba nuestra familia. Aquello era distinto de lo que hacíamos habitualmente, pero contábamos con algunas ideas que podían ser de utilidad.

Cuarenta minutos después, en cuanto salimos de la estación de metro, una fuerte ráfaga de viento sopló entre nosotras y me revolvió el pelo por toda la cara. Se me pegó un poco al pintalabios, pero Skye me ayudó a desenredarlo.

La consulta de Isabelle estaba en una torre alta de Brooklyn, bañada por la luz del sol. Nos recibió con una sonrisa. Su pelo de color rojo fuego le caía en ondas sobre los hombros.

Quería mucho a Isabelle. Era prácticamente como de la familia, al igual que Josie. También estaba muy unida a los dos hermanos de Josie, Dylan e Ian. Como ellos no vivían en Nueva York, los veíamos solamente en ocasiones especiales, como en Navidad o el Día de Acción de Gracias, y a veces incluso acudían a las galas.

La consulta de Isabelle era muy acogedora. Tenía dos sillones de época frente a su escritorio y de las paredes colgaban dibujos en blanco y negro de la ciudad. Detrás de su silla había una enorme lámpara de arco dorado.

—Chicas, muchas gracias por venir —dijo mientras colocaba los recipientes de comida sobre su escritorio. Me llamaba la atención que, a pesar de ser de Montana, ni Isabelle ni sus hermanos tuvieran el típico acento de la zona. Aunque, por otra parte, todos habían vivido en distintas partes del país durante muchos años—. Acabo de atender a un paciente y en un rato tengo que hacer una visita guiada.

Esa era una de las razones por las que apoyaba tanto a Isabelle. La mujer era pura fuerza. No ganaba suficiente dinero con su consulta, así que también trabajaba como guía turística dos veces por semana. Era una soñadora, pero no le importaba ensuciarse las manos. Nos parecíamos mucho.

—Vale, cuéntenos exactamente qué tienes pensado para el evento del fin de semana con tus pacientes —dije mientras comíamos nuestros tacos.

—Quiero que sea un fin de semana en el que puedan relajarse, pero también en el que se conozcan mejor a sí mismos. Encontré una finca muy cerca de la ciudad. Siempre he querido probar algún tipo de terapia con animales, los caballos son ideales para eso. Así que este fin de semana tendrán momentos a solas conmigo, pero también pasaremos tiempo todos juntos haciendo diferentes actividades, desde senderismo hasta montar a caballo. También, en caso de

que no sepan montar, simplemente podemos darles algo de comer. Necesito organizar un plan diario. Es un grupo pequeño, de solo diez personas.

—Vale —dijo Skye.

Reflexioné sobre la situación, intentando imaginarme pasando el fin de semana en la finca. ¿Cuántos descansos necesitaría? ¿Cuánto tiempo me gustaría pasar en compañía de extraños y cuánto a solas?

—¿Empezaría el viernes por la noche o el sábado por la mañana? —preguntó Skye.

—El viernes por la tarde.

—Muy bien, esto es lo que yo haría —dije—. Ofrecería cócteles de bienvenida el viernes, pero sin cena. Organízalo lo suficientemente tarde como para que la gente tenga que comer antes de ir. Compartir una comida con extraños podría ponerlos nerviosos.

—Vaya, muy bien pensado. Justamente estaba pensando que necesitaba romper el hielo el viernes, pero que poner a todo el mundo en una mesa podría resultar agobiante. Lo de las bebidas informales es una idea genial. De esa forma se irán conociendo y para cuando llegue el sábado ya estarán listos para desayunar juntos.

—Exactamente —dije.

Skye asintió.

—Yo haría lo mismo. Y luego alternaría entre eventos en grupo y tiempo a solas.

Mi hermana tenía razón. Intenté ponerme en los zapatos de los clientes y llegué a la conclusión de que sin duda necesitarían tiempo para ellos mismos.

—Quizás también evitaría hacer tres grandes comidas al día donde todos tengan que reunirse. ¿Qué tal varias comidas? O incluso tener un merendero permanente con canapés, patatas fritas y aperitivos secos para picar.

—¡Sí, me gustan las dos ideas! —exclamó Isabelle—. ¿Creéis que eso encarecerá mucho el *catering*?

—Un poco, pero podemos hablar con el proveedor de nuestras galas. Te conseguiré un buen precio —dije inmediatamente—. Llevamos mucho tiempo trabajando con ellos, los convenceré.

—O podría hablar con Rob —dijo Skye. Su marido dirigía una cadena de restaurantes—. *Dumont Foods* no tiene una división de *catering*, pero últimamente ha proporcionado el servicio para muchas de nuestras reuniones. Es un grupo pequeño, así que podrían hacerlo.

—Pero no quiero molestarle. Me basta con que me presentéis a vuestra empresa de *catering*, de verdad.

Skye guiñó un ojo.

—Hablaré con él y ya veremos.

—Solo queremos que te den un buen precio —añadí—. Creo que Rob podría ser una mejor opción.

Isabelle se pasó una mano por el pelo, mordiéndose el labio.

—Vale, habla con él. Pero, por favor, dile que acepte solo si no es inconveniente. Siento que os estoy molestando más de la cuenta desde que me mudé.

—¡Para nada! —la tranquilicé—. ¿Quieres que hablemos sobre la rutina diaria que tienes en mente?

—¡Claro!

Durante la siguiente media hora, repasamos su programa provisional. Obviamente, Isabelle sabía mejor que nosotras cuánto tiempo a solas necesitaban sus clientes, pero nuestra experiencia resultaba de gran utilidad en lo referente a mantener la dinámica. Todo evento la necesitaba, y

era aún más importante si se prolongaba durante dos días. No era conveniente que los asistentes se aburrieran, pero tampoco había que agobiarlos.

—Muchas gracias por venir, chicas —dijo una vez terminamos.

—No te preocupes. Para eso están los amigos y la familia —recalqué.

Isabelle sonrió y dio unos golpecitos con las manos sobre su escritorio durante un rato antes de señalarme con el dedo.

—¿Sabes? He querido preguntarte desde que llegaste. ¿A qué se debe ese... resplandor que tienes?

Sonreí.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—¡Es imposible no hacerlo, tía! —exclamó Isabelle.

Hacía tanto tiempo que quería contarle, que estaba a punto de reventar.

—Bueno, ya que lo preguntas...

Hablé tan rápido que apenas respiré. Al menos, eso me pareció. Me sentía incluso ligeramente mareada, pero estaba tan jodidamente feliz que sentía que el corazón se me iba a salir del pecho.

Isabelle se rió.

—Te mereces un hombre que te haga feliz, Tess. Creo que eres única, siempre tan optimista respecto al amor. Si mis clientes fueran más como tú, no me necesitarían.

—¿Solo tus clientes, o podría decirse que a ti también te pasa? —pregunté.

Isabelle agitó la mano.

—No, yo estoy bien. Solo estoy esperando a que las cosas se calmen un poco con la consulta antes de lanzarme a conocer a alguien. De hecho, tengo muchas ganas de volver a hacerlo. Mi período de sequía ha sido tan largo que me pregunto si ciertas partes todavía funcionan. Si sigo así, pronto volveré a ser virgen.

Skye y yo nos echamos a reír.

—Pero oye, si pudieras enviarle a Dylan algo de ese contagioso optimismo que tienes, sería genial.

—¿“Contagioso optimismo”? —pregunté riendo.

—Así lo llamo yo, porque el optimismo se pega. Igual que la negatividad.

—¿Sigue desilusionado? —Volví a indagar.

—Y más irritable que nunca —dijo Isabelle.

—Para ser justos, tiene motivos —añadió Skye.

Eso era verdad. Que te dejara tu novia de toda la vida haría daño a cualquiera.

—Quizás solo necesite tiempo, y tal vez una mujer especial. Pero a distancia no puedo ayudarle como me gustaría. Siempre es mejor en persona.

—Bueno, tengo noticias. Josie y yo llevamos tiempo intentando venderles la idea de vivir en Nueva York, y parece que lo hemos conseguido —dijo Isabelle.

—Hostia, ¿van a mudarse aquí? —exclamé. Josie se había criado con nosotros y yo siempre había considerado a sus hermanos como una extensión de la familia.

—Puesto que les ha ido tan bien en Washington, han decidido abrir aquí una filial de su empresa de software. Creo que en unos meses estarán listos para instalarse.

¡Era una noticia increíble! Junté las manos con fuerza, sonriendo.

—Pues en ese caso, voy a empezar a contagiar mi optimismo ahora mismo —afirmé. Sabía lo mucho que aquello significaba para Josie e Isabelle. Ya podía imaginarme lo enormes que serían nuestros acontecimientos familiares.

—Deberíamos marcharnos —dijo Skye—. Tu cliente llegará en cinco minutos, ¿verdad?

—Ah, sí. Y luego voy a hacer mi primer *tour* de Halloween.

Sonreí. Halloween se celebraría tres días después.

—No sabía que existiera algo así. ¿Acaso hay casas encantadas en Nueva York?

—Unas cuantas. Gracias de nuevo por venir, chicas.

—Para eso estamos —aseguré.

Mientras Skye y yo salíamos del edificio, le conté a mi hermana acerca de la reunión que Liam tendría aquel día con su abogado. Me había dicho que planeaban hablar con todos los empresarios con los que trabajaban, pero yo quería contárselo a Skye en persona.

Se mordió el labio cuando terminé.

—¿Y piensa que esto ocasionará muchos problemas?

—Todavía no lo saben. Por eso hoy van a ver a su abogado.

—Vale, entonces, hasta que no lo sepamos, no tiene sentido perder el tiempo dándole vueltas.

Skye siempre había sido pragmática, pero en aquel momento pude notar que estaba más preocupada de lo que parecía. Me puse en mi papel de hermana mayor y aparté mis propias preocupaciones a un segundo plano.

—Exactamente. Nos ocuparemos de esto un paso a la vez. ¿Quieres ir a por algo dulce? Tengo algo de tiempo antes de volver a Manhattan para el desfile.

No era un desfile muy importante, pero había conseguido una entrada, y esos eventos siempre me ayudaban a estimular mi creatividad. En los últimos tiempos había estado bastante inactiva, ya que repartía mis horas entre la coordinación de la entrega, el montaje de los muebles y los dispositivos de iluminación de la nueva tienda, además de la supervisión de los diseños de la página web, entre otras cosas.

—No puedo. Tengo que recoger a Jonas de casa de mamá. —Mordiéndose el labio, añadió —: Siento que te estoy fallando, Tess.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me quedé de piedra.

—Es solo que, últimamente, parece hacer la mayor parte del trabajo, y yo sigo perdiéndome cosas. La mitad del tiempo, ni siquiera sé dónde tengo la cabeza.

—Hermana, tienes un bebé. Lleva tiempo encontrar el equilibrio. No seas tan dura contigo misma, yo me encargo.

—¿Así que no estás molesta?

—¿Acaso parezco molesta?

—No lo sé. Me he sentido un poco dispersa en los últimos tiempos. Se suponía que mis hormonas estarían menos revolucionadas una vez terminado el embarazo, pero parece que no.

—¡Skye! No estoy enfadada —confirmé. Estaba supercontenta de que todos siguieran respetando la política de no guardar secretos. Tan, tan contenta.

—Vale. Gracias por apoyarme tanto. Voy a empezar un curso de yoga online esta tarde. Espero que me ayude a equilibrarme un poco.

—¡Qué guay! Bueno, diviértete.

—Uno de estos días, voy a convencerte para que hagas uno conmigo.

—He hecho algunos, ¿recuerdas? Y casi me rompo el cuello.

Skye puso los ojos en blanco.

—¡Rob y tú sois muy aburridos! No he podido convencerlos a ninguno de los dos.

Le di un golpecito en el hombro.

—Quizás deberías darle una oportunidad al *running*.

—¡Ni de coña!

Me besó la mejilla antes de llamar a un taxi que pasaba por allí. El ejercicio era uno de los campos en los que Skye y yo nunca estábamos de acuerdo. Antes de conocer a Rob, tampoco teníamos la misma opinión sobre el amor.

Eso me recordó a otro escéptico que pronto se mudaría a Nueva York.

Cuando Skye se marchó, caminé sin prisa en dirección a mi barrio y llamé a Dylan. Era un precioso día de otoño y quería quedarme al aire libre un rato más. Me encantaba Nueva York en aquella época del año: la mezcla de hojas doradas, rojas y marrones, el aire fresco y la infinidad de reconfortantes tentempiés invernales, como el *pumpkin spice latte* y los rollos de canela. Desde que Isabelle había hablado de Halloween, veía señales de su celebración por todas partes. Y a propósito de *lattes*... no pude resistirme y compré uno en un carrito ambulante mientras esperaba a que Dylan contestara.

—¡Tess, qué sorpresa! —dijo en vez de saludarme.

—¿Qué es eso que he oído de que Ian y tú os vais a mudar a Nueva York?

Dylan se rió entre dientes.

—¿Qué hermana se ha chivado?

—Isabelle. ¿Por qué no dijiste nada cuando estábamos en la cabaña? —Habíamos pasado el final del verano allí todos juntos.

—Porque aún estaba en fase de planificación. ¿Por qué me has llamado? ¿Está todo bien con Isabelle?

—Sí, Skye y yo fuimos a su consulta para darle algunos consejos sobre cómo organizar un evento para sus clientes. Una cosa llevó a la otra, y empezamos a hablar de ti.

—Ya veo.

—Nos dijo que todavía estás un poco irascible.

—Tess...

—Es solo para que sepas que Isabelle está pendiente de todo.

Normalmente, me gustaba llamar a las cosas por su nombre, pero Dylan necesitaba un enfoque más sutil.

—Claro, ¿y tú no? —bromeó. Como no le contesté, añadió—: He oído que estás saliendo con alguien.

¡Vaya! ¿Acaso Isabelle le había enviado un mensaje mientras estábamos reunidas? Porque hasta ese momento solo se lo había contado a mamá y a Skye... Lo que me recordó que no estaba respetando la política de no guardar secretos, pero bueno, por otro lado, ¡la pandilla no llevaba semanas sin reunirse para un almuerzo de trabajo!

Aquella fue mi señal para contagiar algo de optimismo, como dijo Isabelle.

—Así es. Sin duda mereció la pena besar a todos esos sapos antes, pero aun así, me avergüenzo solo de recordar la cantidad de malas citas he tenido.

Vale, esas no habían sido ni por asomo mis mejores palabras de ánimo, pero era muy difícil hacerlo por teléfono.

—¿Y dices que no estás pendiente de mí? —En ese instante se estaba riendo. Vaya... ya se había descubierto el pastel.

—Solo un poco. Isabelle dice que mi optimismo es pegadizo.

—Ya veo.

—Se me da mejor en persona, te lo aseguro.

—Puedes intentarlo la próxima vez que esté en la ciudad. Y, por cierto, si ese tío con el que sales juega contigo, Ian y yo le daremos una buena paliza.

—Ay, qué tierno eres, pero no te preocupes, creo que mis hermanos y Hunter ya lo tienen cubierto.

—No importa, cuantos más seamos, mejor.

—Es verdad.

Sonreí, ajustándome más el abrigo. No veía la hora de que se mudaran a Nueva York. Después de hablar por teléfono con Dylan, escribí en el grupo de WhatsApp que tenía con mi familia.

Tess: ¿Cuándo tendréis tiempo para comer todos juntos? Tengo algunas noticias (no de trabajo).

Ryker: Puedes empezar contándonos la noticia.

Cole: Coincido.

Tess: Pero quiero contároslo en persona.

Skye: Hermana... creo que te has echado a los leones.

Josie: ¡¡¡Quiero saberlo ya!!!

Ryker: Creo que está saliendo con alguien. Tess, basta con que lo confirmes o lo niegues.

Skye tenía razón, y no podía culpar a nadie más que a mí.

Tess: ESTÁ BIEN. Estoy saliendo con nuestro inversor.

No pasó nada durante unos segundos, y luego el chat explotó.

Ryker: ¡Hostias!

Cole: No me esperaba esto.

Josie: QUIERO DETALLES.

Visto lo visto, tendríamos que organizar una noche de chicas y un almuerzo de trabajo.

Capítulo Veinticuatro

Liam

—Abuela, siempre hacemos lo mismo el Día de Acción de Gracias. Claro que me apunto.

Solíamos organizar una cena tradicional, y la abuela siempre cocinaba un pavo pequeño para los dos. En ocasiones, mis padres también pasaban las fiestas en Nueva York, pero hasta ese momento no habían dado señales de que fueran a estar en la ciudad.

Comprobé la hora en el reloj del portátil. La reunión con el abogado en diez minutos.

—Bueno, pensé que dado que ahora tienes a esa encantadora dama en tu vida, tendrías otros planes para ese día.

Di unos golpecitos en la mesa con el bolígrafo, dándome cuenta de que se me había olvidado por completo hasta ese instante. También caí en la cuenta de que quería ver a Tess el Día de Acción de Gracias. La pregunta era si ella quería lo mismo. Pasábamos mucho tiempo juntos, pero nunca planeábamos nada más allá de cuándo volveríamos a vernos. ¿Estaba yendo demasiado rápido?

—Me encantaría invitarla a cenar —continuó mi abuela.

—Estoy completamente seguro de que va a cenar con su familia.

La verdad es que no me gustaba mucho esa idea. Parecía que llevábamos vidas separadas.

—Bueno, avísame.

—¿Sabes si vendrán mamá y papá?

—No lo sé.

—Vale, pues ya veremos. En cuanto sepa algo, te avisaré.

—¡Estupendo! Pero no creas que me daré por vencida, jovencito. Quiero tener nietos algún día.

Me reí y finalicé la llamada. Luego, hice algo que rara vez hacía: llamé a mi madre. Dado que siempre estaban de viaje y a veces no nos encontrábamos en la misma zona horaria, nos manteníamos en contacto principalmente por correo electrónico.

—¡Liam, hola!

—¡Hola, mamá!

—¿Pasa algo?

—No, solo quería saber cómo estáis y preguntaros si estaréis en Nueva York para el Día de Acción de Gracias.

—Ah, vale. No, no iremos a la ciudad este año. Ni siquiera en Navidad. Hemos conseguido unos vuelos baratos a Nueva Zelanda y queremos aprovecharlos.

—Creo que a la abuela le encantaría que vinierais. Al menos para una de las dos celebraciones.

—¡Oh!... bueno, pero ella te tiene a ti, ¿verdad? Y nos ha dicho que estás saliendo con alguien. Estoy segura de que ya estará bastante entretenida con vosotros. Es que no queremos perder esta oportunidad.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa y decidí no insistir más. Mi madre también se parecía a mi abuelo, siempre algo distante, y yo lo aceptaba. Normalmente no me molestaba, así que ¿por qué iba a hacerlo en ese momento? Era su manera de ser y eso no iba a cambiar.

Entonces comprendí que era yo quien había cambiado, y todo a causa de Tess.

Un golpe en la puerta me interrumpió, y luego Becca asomó la cabeza.

—Ha llegado Barney —susurró.

—Mamá, hablaremos en otro momento. Tengo que colgar.

—Claro.

Colgué y me dirigí directamente al despacho de David. Esperaba recibir buenas noticias.

Resultó no ser más que un deseo. Durante la hora siguiente, nuestro abogado fue pasando de un escenario desagradable a otro, y mi mente estaba a punto de estallar.

—¿Nos estás diciendo que, a pesar de nuestra valoración de mercado, no tenemos suficiente flujo de caja para comprar la parte de ese cabrón?! —exclamó David, reflejando mi propia consternación.

—Ahora mismo, no. Si a Albert le diera por esperar cuatro meses, volveríais a tener liquidez suficiente.

—¿Y si no quiere esperar? —presioné.

Se apretó la nariz, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Pues aún estáis a tiempo de congelar la inversión de este año. Tenéis una cláusula en todos los contratos que os permite congelar la inversión durante seis meses en caso de circunstancias extremas.

—No —respondí antes de que terminara de pronunciar la última palabra—. Eso está totalmente descartado.

—Es una opción. Te daría suficiente liquidez.

—No, no lo es. Nuestros colaboradores han depositado su confianza en nosotros. No podemos decepcionarlos.

Asintió, pero se encogió de hombros.

—Me temo que esto es todo lo que he podido encontrar.

—Entonces busca algo mejor, o tendremos que contratar. —El tono de mi voz era tranquilo, pero estaba seguro de que mi rabia era visible en mi cara. Aquello era una chapuza. Siempre había más de una forma de resolver un problema, y yo no estaba dispuesto a aceptar nada que no fuera la excelencia de la gente con la que trabajaba.

Cuando nuestro abogado se fue, David, Becca y yo nos miramos sin pronunciar ni una palabra.

—Mejor no hablemos de nada de esto esta noche —sugirió finalmente David.

Becca asintió.

—Estoy de acuerdo. Ahora mismo estoy demasiado agobiada para aportar algo de todos modos.

Ambos me miraron. Si les presionaba, se quedarían por mí y juntos haríamos una lluvia de ideas. Sus miradas eran la prueba de que yo estaba al mando.

—No, dejemos este tema por hoy. Será mejor que nos tranquilicemos antes de seguir.

Se levantaron antes de que yo terminara la frase y nos fuimos todos a la vez. Ya no soportaba estar en el despacho. Necesitaba estirar las piernas y despejar la mente. Sin embargo, mientras caminaba, no podía dejar de pensar en los consejos del abogado. No solo estaba al mando; también era responsable de todos aquellos en los que invertíamos. Todos habían confiado en mí, y yo estaba decidido a no defraudar a nadie. No había llegado hasta donde estaba por entrar en el juego de nadie. Por algo tenía fama de duro e implacable, y pronto se lo recordaría a Albert.

No era la primera vez que me enfrentaba a un obstáculo. La única diferencia era que esa vez tenía más gente a la que quería proteger. Recordé la aprensión de Tess antes de firmar, lo mucho que me había costado ganármela. Temía que volviera a meterse de nuevo en su caparazón y no quería que aquella situación abriera una brecha entre nosotros.

Mientras salía de la oficina, pensé en cómo le daría la noticia. Tess iba a asistir a un desfile de moda en el Upper East Side y, aunque no habíamos hecho planes para esa noche, necesitaba

verla.

Llegué antes de que terminara el evento y esperé frente al edificio de estilo art déco. Al cabo de unos instantes, la gente empezó a salir y entonces la vi. Ella me reconoció entre la multitud y se dirigió hacia mí.

—Apuesto caballero, me resulta usted familiar —dijo Tess, con una sonrisa dibujada en la comisura de los labios. Lucía absolutamente despampanante, aunque apenas me dio tiempo a echar un vistazo a su vestido rojo antes de que se abrochara el abrigo negro.

—¿De qué manera? —respondí, uniéndome a su juego.

Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos de manera juguetona.

—No lo sé. Quizás debería recordármelo.

Me acerqué y le acaricié el labio inferior con el pulgar.

—Cuando estemos solos.

Inspiró y me besó el dedo.

—¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que nadie te besara mientras esperabas un taxi.

Se rió bajito y movió las cejas de arriba abajo.

—¿Ni siquiera tú?

—Yo no he dicho eso.

Le pasé el pulgar de una comisura de su boca a la otra.

—Oh, oh —murmuró Tess.

—¿Qué?

—De verdad, deberíamos esperar hasta que estemos solos para ese beso. Veo tus intenciones, sé qué estás pensando.

—¿Lo sabes por la forma en que estoy tocando tus labios?

—No, de hecho, solo por la forma en que me miras.

—Sabes leerme muy bien.

—En realidad no pensaba coger un taxi todavía, quería dar un paseo primero. Central Park está precioso en esta época del año, con todos esos colores otoñales.

Me quejé.

—Pero eso significa que no estaremos solos hasta dentro de un rato. ¿Cuánto tiempo va a tener que esperar ese beso?

—No lo sé, señor, usted suele ser muy creativo con respecto a estas cuestiones, confío en que logrará apañarse.

Cruzamos la calle, dirigiéndonos a una de las entradas del parque.

—¿Tenemos algún destino? —pregunté.

—No, solo iba a vagar por los callejones.

Tomé sus manos entre las mías, mirándola directo a los ojos.

—David, Becca y yo tuvimos una reunión con el abogado.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada bueno, pero voy a estudiar esa información para encontrar algo que beneficie a todas las partes implicadas.

—¿Liam! ¿Qué ha dicho? Quiero saberlo. —Sus ojos despedían fuego—. Quería protegerla de todo aquello, pero debería haber actuado con más inteligencia.

—No puede vender su parte a cualquiera. Si el comprador no nos inspira confianza, podemos vetarlo, pero solo podemos hacerlo unas pocas veces o nos acusarán de no jugar limpio.

—¿No podéis comprar su parte?

—De momento no tenemos suficiente liquidez.

La luz que había en los ojos de Tess se apagó. Su asombroso cerebro ya había atado cabos.

—Pero aún estás a tiempo de congelar la inversión que habéis hecho este año.

Prácticamente pude sentir cómo se retraía en su caparazón. Intentó apartar las manos de las mías, pero se las sujeté con firmeza. Esto era justo lo que temía. Me importaba tanto que no quería arriesgarme a que nada ni nadie se interpusiera entre nosotros.

—Tess, eso no va a ocurrir —dije con determinación—. Soy un hombre de palabra, nunca congelaría una inversión.

Sus ojos se suavizaron un poco.

—Pero no tienes elección.

—Siempre hay una salida, solo hay que tener la determinación suficiente para encontrarla. Estoy convencido de que la encontraré.

Le cogí la cara con las dos manos y le acaricié las mejillas con los pulgares. Quería que sintiera que hablaba en serio.

—No existe ningún escenario en este mundo en el que dejaría que algo te hiciera daño, ¿entiendes? Si tú sufres, yo sufro, y eso no va a pasar, cariño.

Ella no contestó.

—Dime en qué estás pensando —dije—. Tienes una política de no guardar secretos, ¿recuerdas?

Sonrió despacio, cubriendo mis manos con las suyas.

—En demasiadas cosas.

—Quiero saberlo.

—No puedo creer que estés dispuesto a meterte en líos... por mí.

—Joder, mujer, ¿cómo puedes decir eso? ¿Acaso no sabes lo mucho que significas para mí?

Un deje de vulnerabilidad cruzó su rostro. Realmente no lo sabía.

—Pues entonces he hecho un pésimo trabajo demostrándotelo. Me esforzaré más.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su cara.

—Nunca he conocido a nadie como tú.

—Yo tampoco, Tess.

—Quiero que me mantengas al tanto de todo, ¿vale?

Asentí, y ella entrecerró los ojos.

—Lo digo en serio. No te limites a darme información con cuentagotas o decirme lo suficiente para no preocuparme.

—¿Por qué? Es una opción perfectamente aceptable.

Gruñó, dándome un golpecito en el hombro.

—No, para nada, cabezota. No soy una cosa frágil que debas guardar en una caja fuerte.

Ladeé la cabeza, considerando sus dichos.

—De hecho, esa es otra buena idea. O mandarte a las Bahamas con todo pagado hasta que lo solucione.

Esa vez me pellizcó los abdominales.

—Lo digo en serio. No quiero que busques soluciones por tu cuenta. Yo también soy parte de esto. Y Skye.

—Lo sé.

Entrecerró los ojos.

—Ajá. No estoy muy segura de ello. Tu abuela dijo que eres un lobo solitario.

—¿Cuándo?

—Mientras arreglabas el timbre. Le conté que tengo una familia muy numerosa y que acostumbramos a meternos en los asuntos de los demás, y me dijo que siempre había deseado que tuvieras un hermano.

Era cierto; siempre había preferido hacer las cosas por mi cuenta, pero era la forma en que me había criado, y me gustaba.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En muchas cosas. Como lo que voy a hacerte esta noche.

Ella suspiró.

—Realmente se te da muy bien esto de seducir.

—Es más que eso, Tess. No quiero que dudes nunca de lo importante que eres para mí. Que movería montañas para hacerte feliz, para mantenerte a salvo. No solo ahora, siempre. No lo dudes.

—Bueno.

Le pasé un brazo por encima de los hombros mientras pasábamos por un callejón muy estrecho cubierto de hiedra, lo que en la ciudad era inusual, pero a la vez encantador. Había otro tema que quería tocar.

—Por cierto, se acerca el Día de Acción de Gracias. Siempre lo paso con mi abuela, y me gustaría que tú también estuvieras.

Tess me dio un ligero codazo.

—Esperaba convencerte de que vinieras a casa de mi madre.

Quería levantar el puño en señal de victoria al ver que habíamos tenido la misma idea. Nuestras vidas estaban convergiendo de una manera que no había planeado, ¡pero joder, era una sensación increíble! Y muy auténtica.

Se mordió el labio.

—Si tú quieres, por supuesto. Es decir, no quiero que pienses que te estoy presionando para que conozcas a mi familia...

—Tess, claro que quiero conocer a tu familia. ¿Qué tengo que hacer para que te des cuenta de que quiero pasar todo el tiempo posible contigo?

Sonrió.

—La verdad es que estás haciendo un gran trabajo, pero nunca me negaré a recibir más mimos.

«Entonces, ¿por qué sigues esperando lo peor?», quería preguntar, pero entonces me di cuenta de que, a fin de cuentas, apenas me conocía desde unos meses antes, y llevaba años de decepciones.

—Entonces, ¿deberíamos ir primero a casa de tu abuela y luego a casa de mi madre?

Me reí.

—¿Dos cenas de Acción de Gracias?

—Oye, a veces uno tiene que hacer lo que hay que hacer. Y he aprendido que no debes molestar a un chef a menos que quieras arriesgarte a tener el estómago vacío.

—Creo que el riesgo de que eso ocurra es cero.

Capítulo Veinticinco

Liam

Durante las semanas siguientes, hice lo que mejor se me daba. Me sumergí por completo en el trabajo, revisando todos los contratos y buscando cualquier vacío legal. Desafortunadamente, no encontré ninguno. Necesitaba más información, del tipo que no se conseguía fácilmente, lo que me llevó a hacer algo que nunca había considerado antes: pedirle a un detective que investigara la vida personal de Albert y recopilara toda la información posible. Por lo general, no aprobaba ese tipo de acciones; no era mi estilo. Pero a grandes males...

—¡Madre mía, no me puedo creer que hayas hecho algo así! —exclamó Becca la tarde del Día de Acción de Gracias. El informe había sido entregado en la oficina, ya que el responsable insistió en no dejar ningún rastro electrónico.

—Solo quería obtener más información —respondí.

David me miró con asombro, como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Sí, pero por lo general, eso para ti significa seguir el camino de la moral. No puedo creer que por fin te estés convirtiendo en una persona normal.

—¿Habéis terminado, así podemos revisar esto? —pregunté.

—No, en realidad, ni siquiera he comenzado, pero puedo esperar hasta después —dijo David.

Becca se inclinó hacia adelante en su asiento. Abrí el sobre y les entregué una copia del informe cada uno.

—¿De verdad le has pedido tres copias al detective? —preguntó David—. Vale, deja que te dé la brasa un poco más. Tú no sabes ser sigiloso, la próxima vez que trates con un detective, deja que yo me encargue.

—David, normalmente valoro esa actitud desenfadada que tienes, pero ahora me está molestando.

Becca puso las manos en forma de T, señalando una pausa.

—Chicos, comportaos. Leamos esto.

—Sí, David. Leámoslo.

Me dio la impresión que David estuvo a punto de añadir algo sarcástico, pero, dado que tanto Becca como yo comenzamos a leer, decidió callar.

El informe incluía un resumen detallado de las actividades de Albert en los últimos años, tanto en lo que respectaba a sus finanzas como a sus relaciones interpersonales.

—Dios mío, ¿el tío está en bancarrota?! —exclamó David segundos después de que acabara de leer la misma información. Ya no había ni rastro de humor en su voz.

Me enfurecí. A medida que el informe del detective entraba en detalles sobre la cuantía de las deudas de Albert, las palmas de mis comenzaron a picarme por la necesidad de golpear algo.

—Bueno, esto es peor de lo que pensaba —dijo Becca con calma—. De hecho, supuse que quería vender ahora mismo solo para perjudicarnos. Resulta que el tío solo está desesperado por dinero.

No dije nada, pero había llegado a la misma conclusión, y no me gustaba en absoluto. Albert era ya un problema incluso cuando no estaba desesperado, pero... ¿cómo se comportaría en esa situación?

—Supongo que esto significa que no hay forma de convencerle de que quiera vender su parte —dijo David apretando los dientes.

—No, no lo creo —respondí.

—Así que la única opción que nos queda es congelar la inversión que hemos hecho este año —dijo Becca—. Nuestra reputación se verá afectada sin duda, pero nos recuperaremos. Y...

—No —dije. El tono de mi voz era inquietamente tranquilo.

David parpadeó. Incluso él sabía que no era momento de bromear.

—¿Tienes alguna otra sugerencia? —preguntó Becca.

—Ahora mismo, no, pero apenas hemos recibido esta información. Estoy seguro de que podré sacarle más partido si dedico algo de tiempo a analizarla.

Becca se mordió el labio.

—Es por Tess, ¿verdad?

Ante eso, David se enderezó en su asiento.

—No voy a hacer nada que ponga en riesgo su negocio.

—¿Y qué hay del nuestro? —preguntó Becca en voz baja.

—Ni el nuestro. Os doy mi palabra.

Se mordió el labio de nuevo.

—Confío en ti. Nunca nos has llevado por mal camino, pero no tenemos mucho tiempo para pensar, ¿verdad? Si no le hacemos una oferta antes de Navidad, podrá buscar otro comprador.

—Lo sé.

—Vale, entiendo que estamos en una situación complicada, pero... tengo que molestarte un poco —intervino David—. La oportunidad es demasiado buena como para dejarla pasar. Además, animará el ambiente.

—Adelante. No nos vendrá nada mal —dijo Becca antes de que pudiera responder. No estaba de acuerdo, pero no dije nada.

—No puedo creer que realmente te la estés jugando así por una mujer. ¿Qué se siente? ¿Es más bueno que malo? ¿Debería tomar notas? —preguntó David.

—Sí, deberías —dijo Becca.

Los fulminé con la mirada.

—¿En serio estáis pensando en eso en este momento?

—Es una especie de mecanismo de supervivencia —explicó Becca—. Mucho mejor que enfadarnos como de costumbre cuando se trata de Albert.

Vale, tenía razón. Era un avance en comparación con salir a correr con David o llevar a Becca a tomar café para liberar la tensión.

—Me encantaría quedarme a charlar, pero tengo que asistir a dos Cenas de Acción de Gracias —dije.

David se rió.

—¿Qué pasa?

—Dios mío, ¿y una de ellas es con la familia de Tess? —preguntó Becca—. David, en serio, deberías tomar notas, o tardarás un año en ser invitado al banquete de Acción de Gracias de tu futura novia.

—Te aseguro que te daré mucho material para apuntar después de las cenas, pero ahora tengo que irme.

David levantó las manos.

—Aquí estaré esperando. Era una pregunta retórica. ¿Desde cuándo te tomas todo tan en serio? —La última parte de su comentario iba dirigida a Becca.

Ella se encogió de hombros, con una sonrisa tímida.

Me levanté de la silla y me despedí de ambos. Aquel día no tenía tiempo para entretenerme.

Mientras me dirigía a recoger a Tess, repasaba las últimas novedades en mi mente. Dos cosas estaban claras: estaba dispuesto a hacer todo lo posible para proteger a mis seres queridos, y estaba decidido a no arruinar la cena de nadie con mi mal humor.

Tess

—Maldita sea, no puedo llegar tarde. —Comprobé la hora en mi móvil, con el cepillo en la mano. Estaba tratando de hacer varias cosas a la vez... y no estaba funcionando en absoluto.

Estaba siguiendo de cerca el funcionamiento de nuestra nueva tienda online. Se había puesto en marcha la semana anterior, y desde entonces, nos habíamos dedicado a pulir todos los fallitos. La jornada anterior había transcurrido sin problemas, y esperaba que aquella fuera igual, porque la siguiente era *Black Friday*, uno de los días más importantes para el comercio minorista.

Íbamos a abrir oficialmente la segunda tienda en la primera semana de diciembre, y las cosas iban tan deprisa que apenas tenía tiempo de mantener el ritmo.

Sin embargo, aquel día tuve que pulsar el botón de “Pausa”. Era una noche especial, un día feliz.

Cerré el sitio web, y me centré en el momento presente, en los acontecimientos que estaban teniendo lugar en ese momento. Estaba emocionada.

Liam quería que pasáramos el Día de Acción de Gracias con su abuela y luego con toda mi familia.

Me encantaban las Cenas de Acción de Gracias en casa de mi madre; me hacían sentir como una niña. Con el paso de los años, el número de comensales había aumentado, ya que la mayoría se había casado o habían tenido hijos. Ese año, Isabelle se uniría a nosotros, por supuesto, ya que se había mudado a Nueva York. Además, Ian y Dylan se encontraban en la ciudad, así que también acudirían. Me cepillé el pelo a toda velocidad y me puse rímel y sombra de ojos.

Cuando terminé, vi que tenía un mensaje.

Isabelle: Solo un recordatorio de que Dylan va a estar presente. Se necesita optimismo extra.

Tess: Vaya... ¿Por qué?

Isabelle: PUEDE que haya sugerido que Ian y él tuvieran una cita doble con unas amigas mías, y digamos que ahora mismo no soy su hermana favorita.

Tess: ¡Optimismo extra activado!

Sonreí señalando mi reflejo en el espejo.

—Sí. Ha merecido la pena besar a tantos sapos.

Solo tenía que convencer a Dylan de eso también. Claro que su caso era un poco diferente. Yo había tenido una serie de malas citas y relaciones cortas fallidas, y eso había minado un poco mi optimismo.

Dylan, en cambio, había tenido una relación larga y estaba enamorado. Era imposible que eso no dejara cicatrices, pero yo realmente creía que el tiempo lo curaba todo. Por otro lado, quería conocer la causa de la ruptura; me ayudaría a encontrar un enfoque más adecuado. El problema era que nadie decía nada al respecto, seguía siendo un misterio.

Unos minutos más tarde, sonó el timbre. Cuando abrí la puerta, me quedé sin aliento.

Liam llevaba un abrigo muy elegante con un pañuelo azul oscuro y plateado alrededor del cuello.

Sus mejillas estaban enrojecidas, lo que significaba que indudablemente no era un cálido Día de Acción de Gracias.

—¡Vaya, hola! Déjame coger mi abrigo.

Liam soltó un pequeño gruñido y yo incliné la cabeza hacia atrás, sorprendida, antes de mirarlo y batir las pestañas.

—Oye, no te lo tomes a mal, me encantan esos gruñidos, son muy sensuales. Pero, ¿a qué vienen?

—A ti.

Me miré a mí misma.

—No, llevo un jersey. Y vaqueros. ¿Qué tiene mi atuendo de indecente?

Incluso mi suéter estaba abotonado.

—No es que tu atuendo sea indecente, es que estás guapísima.

Antes de que pudiera preguntar otra cosa, me inmovilizó contra la puerta abierta y me besó profundamente. Rodeé su cuello con mis brazos, apretándome contra él de manera instintiva. Me besó hasta que me puse de puntillas y bajé mis manos por sus hombros. Ya estaba aborreciendo su sexy abrigo porque no me permitía tocarle bien. Podía jurar que olía como un frío día de invierno mezclado con *aftershave*.

Suspiré cuando nos separamos para tomar aire.

—Hmmm... no sé a qué ha venido eso, pero me ha encantado. —Con una sonrisa, me llevé la mano al botón superior. Era imposible estar cerca de Liam y no tener pensamientos eróticos. La forma en que me miraba, con esos ardientes ojos azules, era suficiente para hacerme olvidar qué día era.

Me cogió la muñeca antes de llegar al botón.

—Si haces eso, no nos iremos nunca. —Su mirada hizo que me quedara inmóvil.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor llevo algo poco sexy —bromeé.

—Llevas un código rojo.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Pues porque mueves más las caderas. Siempre haces lo mismo.

—Vaya, tendré que redoblar mis esfuerzos si quiero que sigas manteniendo el interés, ¿eh? No me gustaría que te aburrieras.

Lo había dicho en broma, pero mis palabras escondían una pizca de verdad. Un temor que no podía quitarme de la cabeza: la idea de que tal vez estaba haciendo mucho o muy poco y de que toda mi felicidad podría acabar esfumándose.

—Nunca me cansaré de ti, Tess. Jamás. No puedo creer que tenga la suerte de haberte encontrado. No voy a dejar que te escapes.

Me derretí. Pese a que me encantaron sus cálidas palabras, también detecté un atisbo de inquietud en su expresión.

—¿Estás bien? Parece que hay algo que te preocupa.

Liam negó con la cabeza.

—Siempre tengo algo de qué preocuparme. Disfrutemos del Día de Acción de Gracias.

—Vale...

No me gustaba que me estuviera tratando de tranquilizar en lugar de abrirse, pero no quería insistir.

—Tienes razón; siempre hay algo de lo que preocuparse. Mientras me arreglaba, estuve controlando la página web, pero de momento funciona de maravilla.

—¿Has detectado algún error en el código?

—Ninguno hasta ahora. Funciona perfectamente. Me flipa.

Me besó de nuevo, incluso más fuerte que la primera vez. Sentí cada latigazo de su lengua en lo más profundo de mi cuerpo. Cuando le agarré el pelo, gruñó y retrocedió un paso.

—Tess, coge tu abrigo y vámonos o no nos iremos a ninguna parte esta noche.

—¡Es verdad! ¡Hoy es el Día de Acción de Gracias!

Capté una pequeña sonrisa en Liam mientras me ayudaba a ponerme el abrigo.

—Oiga, señor, no ponga esa cara de satisfacción. Cualquier mujer olvidaría en qué día está si la besara así.

—¿Así cómo?

—Has conseguido que me moje —susurré.

Sus pupilas se dilataron al tiempo que exhalaba bruscamente.

—Misión cumplida. Ahora estás igual de afectada que yo. Venga, démonos prisa. No quiero causar una mala impresión.

Capítulo Veintiséis

Tess

Cuando Liam me dijo que solía pasar el Día de Acción de Gracias con su abuela, no me había dado cuenta de que, literalmente, ellos eran los únicos asistentes a la celebración. Ellen era una cocinera estupenda, pero incluso más tarde, cuando ya estábamos terminando el pavo, yo seguía sin poder creer que estuviéramos los tres solos.

—Ellen, todo está delicioso. Muchas gracias.

Ella sonrió.

—Eres un encanto. Por cierto, Liam, he hablado con tu madre esta mañana. Me ha pedido que los llamáramos cuando estuviéramos todos juntos.

—Claro. —En cuanto Liam sacó su móvil, yo comencé a sudar. *¿Sus padres? Dios mío, ¿cómo era posible que no me hubiera preparado para ese momento?*

Tiré del borde de mi jersey, cruzando y descruzando las piernas por debajo de la mesa. Colocó el teléfono sobre la mesa de modo que los tres estuviéramos visibles. Cuando la videollamada se conectó y sus padres aparecieron en la pantalla, una gota de sudor salpicó la palma de mi mano. Su madre parecía una versión más joven de Ellen, y su padre tenía el pelo negro azabache y llevaba gafas redondas.

—¡Hola, Liam, soy mamá! Y tú debes ser Tess.

—Así es, encantada.

—Igualmente —dijo su padre—. Liam, ¿cómo va el negocio?

Liam prosiguió explicando algunos detalles sobre nuestra colaboración. Toda la conversación me pareció un poco rígida y fría, al menos comparada con la forma en que nos hablábamos en mi familia. La llamada solo duró cinco minutos, y ni Liam ni Ellen parecieron sorprenderse cuando terminó.

—¿A qué hora tenéis que estar en la otra cena? —preguntó Ellen.

—En una hora —respondió Liam.

—Vaya, nos queda poco tiempo.

Empezó a levantarse de la mesa, pero enseguida, Liam le hizo un gesto para que se quedara sentada.

—No te levantes. Yo me encargo de recoger.

Me encantaba cómo trataba a su abuela.

—Te echaré una mano —dije.

Ellen sonrió.

—Bueno, entonces, me dedicaré a no hacer nada. ¿Qué os parece si nos sirvo un poco de *brandy*?

—¡Me apunto! —exclamé.

Mientras tanto, entre Liam y yo, nos las arreglamos para llevar todos los platos a la cocina.

—Liam, ¿Ellen ha hecho planes para cuando nos vayamos? —pregunté con cierto titubeo.

—No.

Se me encogió un poco el corazón. No quería dejar sola a la pobre mujer.

—¿Crees que le gustaría venir con nosotros a casa de mi madre? —pregunté justo cuando Liam cerraba el lavavajillas.

Se enderezó y se giró lentamente hacia mí. Tenía las cejas tan levantadas que casi se confundían con la línea del nacimiento del cabello.

—Perdona... no quería sobrepasar ningún límite. Es que solo de pensar que se quedaría sola me puso triste. Pero no es necesario que...

—Tess, para. —Acortó la distancia entre nosotros, pasándome el pulgar por el labio inferior —. Deja de pensar que cruzas los límites todo el tiempo.

—Pero es algo que puede ocurrir. Tú mismo lo dijiste cuando nos conocimos. Que tienes una línea muy definida... para todo.

—Sí, es verdad. Pero eso era antes de enamorarme de ti.

Mi corazón estaba a punto de explotar. En serio. Mi pulso pasó de normal a desbocado en una milésima de segundo.

—¿Me quieres? —susurré con la voz entrecortada.

Rozó su nariz con la mía.

—Si esto te sorprende, entonces realmente tengo que esforzarme más en demostrártelo.

—Ya. ¿Cómo?

—Se me ocurren tantas cosas... Aunque ninguna es apropiada para este momento.

Lentamente, noté que mi boca se curvaba en una sonrisa, y luego se amplió hasta convertirse en una sonrisa tan grande que mis mejillas comenzaron a doler.

Me señalé la boca.

—¿Ves esta sonrisa?

—Es difícil no verla.

—Te quiero mucho, Liam.

Sus hombros se relajaron un poco, como si acabara de liberarse de la tensión.

Le di un golpecito en su hombro derecho.

—¿Qué significa esto? ¿Tú también estás sorprendido?

Ladeó la cabeza, esbozó una muy bonita sonrisa y dijo:

—Estoy muy feliz.

Me abalancé sobre él al segundo siguiente, porque tenía que darle un buen uso a toda esa energía extra.

Se tambaleó durante un instante antes de recuperar el equilibrio. Pasó sus manos por debajo de mi trasero y me llevó hasta la encimera.

En cuanto me senté sobre ella, tomó el control del beso, profundizándolo hasta dejarme sin aliento, lo que me hizo temblar ligeramente.

—Eres una mujer increíble, Tess. Amable, divertida, y tan cariñosa que haces que esté completamente rendido a tus pies. Gracias por proponer que mi abuela nos acompañe.

—¿Crees que querrá ir? —pregunté.

—Vamos a averiguarlo.

Ellen estaba tan emocionada que a los quince minutos ya estaba lista para marcharse. Era muy rápida para su edad, y eso que, según ella, la lesión de rodilla la estaba ralentizando. Acabamos de bebernos nuestro *brandy* justo antes de salir por la puerta. Liam y yo habíamos planeado coger un tren a Brooklyn para evitar el tráfico, pero lo perdimos.

Nuestro pequeño episodio en la cocina nos había retrasado, pero había sido por una gran causa.

¡Él me quería!

Estaba flotando en una nube tan alta que incluso podía tolerar el caótico tráfico de la ciudad con una sonrisa en la cara.

Uber no tenía coches disponibles, pero Liam consiguió un taxi y los tres nos acomodamos en el asiento trasero. Yo quedé en el medio, un poco apretada entre los dos lados, pero en realidad

no me importaba.

Todavía estaba flotando en mi increíble nube cuando me di cuenta de que sería la primera vez que Liam conocería a mis hermanos y a Hunter. Les había hablado más acerca de él cuando por fin almorzamos juntos, pero *conocerlo* era diferente.

—Humm... olvidé decírtelo. Todos los hombres de mi familia van a estar encima de ti. Puede que sean un poco intensos, pero es solo porque no te conocen.

—Conozco a Ryker —dijo Liam, sorprendido—. He coincidido con él en algunos eventos del sector.

—Conoces a Ryker en su papel de banquero de inversión, no en su rol de hermano. Hay una gran diferencia.

Liam levantó una ceja, como si no me creyera del todo.

Ellen me dio un golpecito con el codo.

—Es un presumido. Siempre ha sido así. Me muero de ganas de ver a tus hermanos en acción.

—Me caes realmente muy bien, Ellen.

Como me había dado la impresión de que estaba muy sola, de inmediato pensé en pedirle a mamá que invitara a Ellen a su casa de vez en cuando.

—¡No os unáis contra mí! —advirtió Liam.

Decir que la casa de mi madre estaba abarrotada era quedarse corto. Toda mi familia se encontraba presente. Aunque, a decir verdad, me encantaba que estuviéramos todos reunidos. No importaba en qué parte de la vivienda estuvieras, podías oír las risas y el gozo de todos. La casa olía de maravilla, a pavo asado, manzana asada al horno y canela, e incluso a chocolate caliente.

Isabelle, Dylan e Ian también habían acudido. Mi madre y su marido, Mick, fueron los primeros en darse cuenta de nuestra presencia y enseguida vinieron a saludarnos.

—Liam, qué alegría conocerte por fin. Y Ellen, encantada de que hayas podido venir —dijo mamá.

Mick estrechó la mano de Liam y besó la de Ellen.

—Gracias por abrirme las puertas de vuestra casa con tan poca antelación —dijo Ellen.

Mick asintió.

—Es un placer.

Mamá agitó su mano.

—Nos encantan las reuniones grandes, aunque este lugar está a reventar. Que sepáis que aquí sois siempre bienvenidos.

Mientras indicaba a Ellen y Liam dónde poner sus abrigos, capté la atención de Isabelle y la saludé con la mano. Inmediatamente se apresuró a acercarse a nosotros, observando a Liam con aprecio.

—Liam, te presento a Isabelle, la cuñada de mi primo y una de mis personas favoritas.

—Encantada de conocerte, Liam. Gracias por hacer tan feliz a esta chica y por ser un deleite para la vista. Cuando te busqué en Internet, te puntué con un diez sobre diez, pero en la vida real, eres como un veinte sobre diez.

Los ojos de Liam se abrieron de par en par, y yo me reí. Estaba acostumbrado a las maneras de Isabelle y a veces olvidaba que los demás no.

—Ahora tengo que asegurarme de que mis hermanos no lo espanten. Luego me pondré con la “Operación Dylan” —le susurré a Isabelle una vez que mi madre tuvo a Liam y a Ellen entretenidos en una conversación. Ni siquiera estábamos fuera del alcance del oído, pero el constante parloteo era lo suficientemente fuerte como para tapar mi susurro.

Hizo una mueca.

—Es verdad... ¿sabes qué? Creo que eso puede esperar. Olvidé por completo que a este bombonazo de aquí podrían comérselo vivo.

—Lo he oído —dijo Liam, dándose la vuelta.

Me sonrojé. Isabelle levantó la barbilla.

—Y, sin embargo, no te acobardas. De hecho, ni siquiera te inmutas. Hmmm... no sé si eres excepcionalmente valiente o un inconsciente.

—Supongo que ya lo averiguaremos —dijo Liam, con un aire de arrogancia.

Aaay... le quería tanto.

El bullicio se calmó cuando entramos en el salón.

Mis hermanos, e incluso mi primo, eran un poco comodines cuando se trataba de esa cuestión. Habían acogido a Rob, aunque podrían haberle dado “la charla” a espaldas de Skye y de mí. Eso siempre era una posibilidad.

—Liam, me alegro de verte, tío —dijo Ryker, dándole una palmada en la espalda.

Cole estrechó la mano de Liam y Hunter hizo lo mismo. Los miraba atentamente, tratando de descifrar sus pensamientos, pero me resultaba imposible. ¿En qué momento habían perfeccionado sus caras de póquer?

Al menos, guardaron silencio, lo que me pareció una buena señal. Ninguno de los dos estaba fulminando con la mirada a mi novio, lo cual era otra buena señal.

—El pavo estará listo dentro de media hora —anunció mi madre desde el otro lado de la habitación—. Si alguien ya tiene hambre, hay algo de picar en la mesa.

No tenía hambre, pero tenía *muchas* ganas de probar las galletas de queso de mi madre. Era lo que más me gustaba. Me dirigí directamente a la mesa, junto con Avery, la hija de Ryker y Heather. Ella y yo teníamos gustos parecidos en cuanto a la comida.

—¿Cómo estás, Avery?

—Estoy supercontenta con lo de mi hermanita. Tengo muchas ganas de conocerla. —Avery señaló el sofá, donde Heather, que estaba visiblemente embarazada, permanecía sentada, con las manos cruzadas sobre el vientre.

Le guiñé un ojo a Avery.

—Yo también estaba muy feliz cuando esperaba que nacieran mis hermanos.

Cargó su plato con una docena de galletas.

—¿Te vas a comer todas esas galletas de queso tú sola? —pregunté, no queriendo que se sintiera mal o arruinara su cena.

—No. Se las llevaré a mamá. Si come mucho, quizás mi hermana crezca más rápido y salga antes, porque no cabrá.

El tono de Avery era muy serio, estaba claro que se lo había pensado mucho, mientras, yo luchaba contra la risa con todas mis fuerzas.

Cuando salió corriendo hacia Heather, puse dos galletas en mi plato. Mi madre tenía una receta increíble en la que mezclaba pasas, almendras y tres tipos de queso. Al dar el primer bocado, dejé escapar un suspiro de placer. Estaba tan deliciosa como la recordaba. Sin embargo, al tragar el último bocado, me percaté de que Liam ya no estaba a mi lado.

Al darme la vuelta, le vi rodeado de mis hermanos y Hunter, que parecían muy charlatanes. *¿Podría ser verdad? ¿Habían estado esperando a que me alejara?*

Mick se acercó a mí, cogió unas galletas para él y se rió al verme observando a los chicos.

—Es solo una señal de que lo están tomando en serio —dijo—. Después de todo, a mí también me dieron “la charla” cuando empecé a salir con Amelia.

—Sí, pero creo que igualmente iré a ponerme en el papel de árbitro.

Con un suspiro, dejé el plato y me acerqué de manera sigilosa al grupo. Esperaba poder escuchar su conversación antes de que se dieran cuenta de mi presencia.

No tuve suerte.

—Tess está detrás de ti —le dijo Ryker a Cole.

Puse los ojos en blanco y coloqué las manos en las caderas.

—¿En serio? ¿De qué va esto?

—Estamos conociendo mejor a Liam —dijo Cole con indiferencia.

—¿Y no puedo escuchar la conversación? —desafié.

—Bueno, claro que puedes. Pero estaríamos corriendo el riesgo de que nos des una paliza —dijo Hunter.

Le fulminé con la mirada.

—Puede que lo haga de todos modos. Solo por diversión.

Ryker guiñó un ojo.

—Bueno, en cualquier caso, creo que ya estábamos a punto de terminar.

Miré a Liam y noté que las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa.

—¿Ah, sí? Eso no es lo que parecía hace un momento. Tess, creo que están esperando a que te vayas otra vez. Me estaban explicando todas las formas en que me castigarían si meto la pata —dijo como si nada.

Me pasé la mano por el pelo, sin saber qué decir. Mis hermanos parecían sentirse orgullosos de sí mismos, al igual que Hunter.

Detrás de nosotros, alguien se rió. Dylan. Él, Ian e Isabelle estaban apenas unos centímetros detrás de mí y habían oído claramente todo.

—¿Le habéis dado “la charla” y el tío ni siquiera está un poco preocupado? Estáis perdiendo el toque —dijo Ian.

—¡No, no! Ya tenemos bastante con que Hunter, Cole y Ryker le estén fastidiando. No necesitamos más testosterona —declaró Isabelle.

Ian sonrió con suficiencia.

—¿Quieres que nos reservemos para el próximo chico que nos presentes?

Dylan sonrió.

—Nunca es conveniente dejar que se acumule la testosterona, hermanita.

Isabelle me hizo un gesto de disculpa.

—Lo siento. Si hubiera sabido que se iban a portar así, no los habría traído. Liam, son mis hermanos. No les hagas caso. Son pura palabrería.

—¿Por eso nunca nos presentas a ningún chico con el que sales? —replicó Dylan.

Isabelle puso los ojos en blanco.

—Ya está bien —dijo.

—No, no, me estoy divirtiendo bastante —dijo Liam—. Las primeras veces que hablé con Tess, no dejaba de darme la brasa. Respeto ese rasgo, ahora veo que es cosa de familia. Incluso en la versión extendida.

Vaya. Literalmente pude ver cómo se disparaba la aceptación de mi familia por él.

Dylan silbó.

—Liam, creo que eres un buen tío.

Antes de que alguien pudiera decir algo más, mi madre anunció en voz alta:

—Vale, sentaos todos a la mesa, por favor. El pavo ya ha reposado bastante. Si no, se enfriará.

Había mucho ruido en la habitación cuando todos se dirigieron a la mesa y movieron las sillas. Me aseguré de que Ellen se sentara entre mamá y Liam.

Cargué mi plato con un poco de pavo y mucho arroz a la canela. En una ocasión, mi madre había experimentado con media docena de guarniciones, y el arroz había ganado por goleada. Desde entonces, se había convertido en un plato básico para sus Cenas de Acción de Gracias.

Hunter servía bebidas a todo el mundo, excepto a Josie y Heather, que bebían agua. Sonreí para mis adentros, invadida por un estado de ansiedad. Era probable que anunciaran su embarazo ese mismo día. Aquello solía ser muy común en nuestra familia, esperar a que la pandilla estuviera reunida para soltar noticias importantes.

Mientras cenábamos, no dejaba de mirar en torno a la mesa, escuchando fragmentos de conversación. Cole, Laney y yo hablamos bastante de la boda. La organizadora por fin había enviado propuestas adecuadas para la temática *shabby chic*, y ya habían escogido el lugar. Era un precioso restaurante en una mansión del siglo XIX a las afueras de Nueva York.

Después, dirigí mi atención al resto del grupo.

Mi objetivo era simple: comprobar cómo estaban todos. Sabía que no podía resolver los problemas de nadie, por supuesto, pero se me daba muy bien escuchar y levantar el ánimo de la gente.

Media hora más tarde, me alegró comprobar que nadie atravesaba situaciones complicadas. Heather estaba un poco cansada debido al embarazo, pero, por lo demás, estaba perfectamente sana. Ryker parecía más atento a ella de lo habitual, lo que me llenó el corazón de alegría. Siempre había insistido mucho en que quería permanecer soltero de por vida.

Luego, capté la mirada de Liam. Sentí que había estado observándome durante un rato.

—¿Qué? —susurré.

—Eres adorable, preocupándote por ver cómo están todos.

Mis mejillas se sonrojaron y me encogí de hombros.

—Siempre hago lo mismo.

Asintió, apretándome la mano bajo la mesa mientras todos se levantaban para servirse más comida. Yo habría hecho lo mismo, pero ya estaba llena cuando habíamos salido de casa de Ellen. Aún quería dejar sitio para la tarta de Acción de Gracias de mi madre, una mezcla única de nueces, miel, manzana y calabaza. Además, tenía muchas ganas de beber ponche. Los aromas que salían de la cocina eran intensos y deliciosos, pero todos sabíamos que no debíamos beber antes de la cena. El ponche de mamá era lo bastante fuerte como para emborracharse con media taza.

—¡Mamá, siempre se me olvida lo buena que está tu tarta de Acción de Gracias! —exclamó Cole unos momentos después, cuando todos disfrutábamos del postre.

—Y el ponche —añadí con un guiño.

Hunter se aclaró la garganta.

—Bueno, ya que estamos todos aquí, Josie y yo tenemos algo que anunciar.

¡Sí! Apreté los labios con fuerza, decidida a mantener el secreto.

Cuando Josie habló, la mesa quedó en silencio.

—¡Estoy embarazada! Lo sabemos desde hace un tiempo, pero queríamos esperar a que pasaran los tres primeros meses antes de decíroslo.

No tuvo la oportunidad de decir mucho más porque todos saltaron de sus sillas para felicitarlos. Miré a mi madre, que estaba al otro lado de la mesa. Tal vez ya lo sabía, o al menos lo sospechaba, al igual que yo. Ian y Dylan parecían estar muy emocionados mientras abrazaban a su hermana.

—Ahora tenemos una razón aún mejor para concretar la mudanza —dijo Dylan.

Isabelle se llevó una mano al pecho.

—¿Quieres decir que Josie y yo no éramos suficientes?

Ian le guiñó un ojo.

—Para nada, hermanita. Solo que ahora tenemos una motivación extra para no retrasar ese asunto por más tiempo.

—Amelia, ¡parece que tu mesa estará aún más concurrida el año que viene! —exclamó Ellen. Mi madre le respondió con una sonrisa.

—Cuantos más seamos, mejor.

—Tienes suerte. Llevo esperando bisnietos desde siempre.

Me llevó un segundo darme cuenta de que se refería a Liam. Al instante, sentí cómo el calor me subía a las mejillas. Liam miró a su abuela con los ojos bien abiertos.

—Está bien, está bien Me comportaré —dijo Ellen con una sonrisa que claramente indicaba que no tenía intención de hacerlo. Luego se aproximó más a Amelia y susurró para que toda la mesa pudiera escuchar:

—Son tan adorables, los dos. Serán unos bebés preciosos.

Capítulo Veintisiete

Liam

—Todo esto ha sido increíble —dijo Tess cuando entramos en mi apartamento. Era muy tarde. Acabábamos de dejar a mi abuela en su casa—. Y Ellen se lo ha pasado muy bien, ¿no crees?

Era entrañable lo mucho que se preocupaba por la felicidad de todos.

Me quité el abrigo antes de ayudarla a quitarse el suyo. Lo hice despacio, deteniéndome con los dedos en sus brazos hasta notar cómo se estremecía.

—Se lo ha pasado muy bien —confirmé, colgando los abrigos. Luego le puse las manos sobre los hombros para que se girara y quedáramos cara a cara.

—Estoy segura de que pronto les pedirá a Mick y Amelia que vayan a su casa a jugar una partida de ajedrez. Hablarán de todo, desde compartir más cenas juntos hasta cómo serán sus nietos.

Joder, ¿de dónde había salido eso? Desde luego, no había tenido intención de decirlo y, a juzgar por la sorpresa de Tess, ella no esperaba oírlo.

Se sonrojó, como en la cena, pero no se retrajo ni rechazó mis palabras. Todo mi cuerpo se relajó. Quería a Tess en mi vida, y para siempre. Nunca lo había tenido tan claro como en ese momento.

—Te quiero, Tess. —Deslicé mis dedos por su mandíbula antes de rozar sus labios con el pulgar.

Sonrió y me rodeó la muñeca con los dedos antes de llevar mi mano a su mejilla y besármela.

Llevé la otra mano a su cuello y su pulso se aceleró. Su mirada reflejaba la emoción del momento.

—Así que has pensado mucho en todo esto, ¿verdad? —susurró.

—No antes de hoy —admití—. Pero ahora tengo algunas ideas muy concretas.

Entonces su amplia sonrisa se hizo menos pronunciada.

—¿Te importaría compartirlas?

—No, no quiero asustarte. No lo he dicho del todo en serio.

—Así de concretas, ¿eh?

—Sí.

En el pasado, me había planteado la posibilidad de tener una familia solo de manera fugaz antes de descartar esa idea por completo. Pero incluso entonces, había sido un simple boceto, más bien una idea, muy diferente a la de ese momento.

—Por cierto, ¿por qué no me avisaste de la llamada con tus padres?

—Lo siento, olvidé decírtelo. Pero como has visto, no fue nada del otro mundo.

—Es cierto.

—Antes de conocerte, no me molestaba tanto. Pero ahora... quiero decir, no puedo cambiar su forma de ser, pero tú y yo podemos construir la vida que queremos. Juntos.

Podía visualizar nuestra vida en pareja con tanto detalle que daba miedo. Cómo ambos tendríamos semanas ajetreadas, pero satisfactorias, fines de semana llenos de risas, juegos y diversión. Cómo ella se empeñaría en hacer cosas típicas de Tess, como elaborar mermelada, y el esfuerzo que yo pondría en ser un buen marido. Un buen padre. Estaba convencido de que sería un gran padre con Tess a mi lado.

Era una imagen vívida que parecía pintarse sola. No podía describirlo exactamente, porque era más bien una sensación... pero lo que sí podía hacer era demostrarle lo mucho que significaba para mí.

Le agarré la nuca y la besé de manera tan lenta y profunda que era consciente de cada respiración, de cada gemido que se le escapaba. Me estaba empapando de todo aquello. La besé hasta que su cuerpo se estremeció ligeramente. Cuando empezó a tirar de su jersey, como si no pudiera aguantar más la ropa, casi me volví loco. Agarrándola por las caderas, la inmovilicé contra la pared más cercana. Me deshice de sus vaqueros. Llevaba medias. Joder, en ese momento me estaba fuera de mí, en serio. Me miró a través de los entrecerrados párpados, sonriendo de felicidad.

—Vamos, súbelo más. —El tono de su voz era sensual, y me di cuenta de que estaba ocultando algo más que las medias.

Le levanté el jersey hasta la cintura, e inspiré profundamente. Tess llevaba un corpiño de encaje, unido a las medias por finos tirantes que bajaban por cada muslo. Estaba tan increíblemente sexy que no podía dejar de mirarla. Quería tocar cada parte de su cuerpo al mismo tiempo y no sabía ni por dónde empezar. Deshacerme de su jersey parecía una buena decisión, así que lo hice. El corpiño le llegaba hasta los pechos, pero era sin tirantes y tenía botones en el centro.

Era el hombre más afortunado del mundo.

Tracé el contorno de la parte superior de sus pechos, justo donde terminaba la tela, mientras separaba sus muslos con la rodilla. Ella cerró los ojos y tragó saliva mientras yo desabrochaba el primer botón y luego el siguiente. No me detuve hasta desabrocharlos todos. La prenda no cayó al suelo, sino que colgó de sus curvas, como si estuviera provocándome. Abrió los ojos, me puso las manos en los hombros y me acercó a ella. Empezó a besarme al mismo tiempo que yo tocaba entre sus muslos, por encima de la tela de su lencería. Me estaba excitando al ver lo mojada que estaba y ella gemía mientras yo frotaba la tela lentamente con dos dedos, hacia delante y hacia atrás, hasta que no pudo besarme más porque comenzó a jadear. Sus piernas temblaban. Pasé la otra mano por los tirantes y luego por las pinzas que unían el corpiño a las medias.

Con dos movimientos, aflojé los *clips*. Me puse en cuclillas y le quité las medias. Después de desnudar sus piernas, besé desde sus rodillas hasta el interior de sus muslos hasta llegar al vértice. La tela de encaje seguía estorbando. Por muy sexy que fuera, quería quitárselo. Quería que estuviera completamente desnuda.

—Quítatelo —dije, observándola.

Tess obedeció de inmediato, bajándose el corpiño por las caderas y quitandoselo en cuanto le llegó a los tobillos.

Levanté la vista hacia ella y contemplé su cuerpo desnudo antes de levantarme y besarla con fuerza.

Luego la cogí en brazos, sujetando sus nalgas. Ella suspiró, mientras permanecía apretada contra mí. Su clítoris quedó a la altura de la hebilla de mi cinturón. Nuestro entorno iba desapareciendo a medida que avanzaba por el apartamento. Me agarró con fuerza por los hombros, balanceó las caderas y prácticamente se abrazó a mi cinturón.

Estaba claro que Tess necesitaba rozarse más. Joder, quería estar dentro de ella. No podía aguantar más.

Apenas conseguí llegar hasta la encimera de la cocina. La bajé, amasando sus nalgas antes de soltarla. Me desnudé en plena oscuridad. Afortunadamente, Tess me ayudó mucho. Ni siquiera pude ver dónde estaban sus manos, solo las sentí por todo mi cuerpo hasta que estuve desnudo.

Agarré su mano y la llevé a mi entrepierna.

—Tócame. Joder, tócame.

Dejé caer la cabeza hacia atrás, gimiendo cuando ella me rodeó con su mano, moviéndola a un ritmo enloquecedor. Más que verla, pude notar que se arrodillaba. Apretó la parte plana de su lengua contra la punta de mi miembro.

—¡Joooder!

Sujeté su cabello, necesitando aferrarme a algo para luego moverme y embestirla, absteniéndome a duras penas de mover las caderas. Inhalé por la nariz y exhalé por la boca. No podía ver nada, solo sentir su lengua y sus labios. Me estaba volviendo loco.

—Cariño, te deseo. —Sonaba tan desesperado que ni siquiera reconocía mi propia voz.

Apretó aún más sus labios en torno a mí. Me incliné hacia atrás, soltándole el pelo y apoyando las palmas de las manos en el borde de la encimera. Tess se apartó un poco y me besó los abdominales y el pecho. Le agarré la cabeza con las dos manos y la besé hasta que nos quedamos sin aliento.

—Condón —murmuré.

—Tengo uno en mi bolso —susurró.

Maldita sea, no. Estaba en el pasillo. No quería dejarla esperando tanto tiempo, pero no tenía elección.

Tess se movió en la oscuridad y, una vez que salió de la habitación, encendió la luz. Estaba tan excitado que empecé a tocarme, apretándomela fuerte con la mano alrededor. No era suficiente.

Regresó unos segundos después, dejando la luz encendida. Apenas se filtraba en la habitación, pero era suficiente para ver su precioso cuerpo desnudo.

—Liam... —susurró cuando bajó la mirada hacia mí.

—¿Ves lo que me produces? Me vuelves loco, me desesperas. Ven aquí.

Abrió el paquete mientras caminaba. Solo aparté la mano cuando se puso delante de mí y me colocó el preservativo. Su tacto me transmitió una inyección de energía. Joder. Necesitaba estar dentro de ella.

Dándole la vuelta, le indiqué:

—Pon las manos sobre la encimera.

Le abrí las piernas al mismo tiempo. Jadeó ligeramente cuando le di un pequeño mordisco en el hombro. Agarrando la base de mi polla, me ubiqué entre sus piernas y me introduje de golpe hasta que mis muslos empujaron su culo. Tess se inclinó hacia delante y jadeó. Apoyé la frente en su nuca, aspiré su aroma mientras cubría su cuerpo con mis brazos, y luego la sostuve para estabilizarla.

Entonces moví las caderas, necesitando de placer, Tess jadeó de nuevo. Se estaba deshaciendo en mis brazos, y yo no había hecho más que comenzar el acto. Estábamos casi encorvados sobre la encimera, por lo que la enderecé un poco para poder tocarla mejor. Le palpé los pechos y se los acaricié antes de bajar una mano a su clítoris. Ella gimió, contrayéndose. En ese instante, el deseo se apoderó de mí y me moví aún más deprisa. Me ardían las piernas, pero no quería bajar el ritmo. Necesitaba más, lo necesitaba todo.

—Eres mía —susurré en su oído, queriendo expresar el sentimiento que me consumía—. Solo mía.

La abracé mientras gemía y jadeaba de placer, penetrándola hasta que sentí que se corría. Una de sus piernas salió disparada hacia un lado mientras la otra temblaba. Aunque sus manos estaban firmemente apoyadas en la encimera, era yo quien sostenía nuestros cuerpos. Mi clímax se formó lentamente y luego se extendió como un reguero de pólvora. Nunca me había corrido

así, nunca. Todo mi cuerpo ardía. Sentía como si los huesos se estuvieran derritiendo y apenas podía respirar durante el orgasmo. Mis piernas estaban a punto de ceder.

Tess se inclinó un poco, apoyando los codos en la encimera, y yo imité su postura, con el pecho pegado a su espalda. Luego, apoyé la barbilla en el pliegue de su cuello. Los dos seguíamos respirando increíblemente rápido, disfrutando de lo que acabábamos de experimentar.

Después de lo que parecieron horas, mis miembros volvieron a funcionar con normalidad. Volteé a Tess y se deshizo en mis brazos. La levanté para acercarla aún más a mí y ella apoyó suavemente la cabeza en mi hombro.

Mi luchadora y parlanchina mujer estaba completamente callada, y agotadísima. Estaba muy orgulloso de mí mismo.

—¿Crees que puedes mantenerte en pie en la ducha? —pregunté mientras la llevaba al baño principal.

—Bueno, si no lo hago, estoy segura de que harás lo que es debido y me ayudarás —bromeó.

—Es verdad. Soy un caballero.

—Y nunca dejas pasar la oportunidad de acariciarme.

—Eso también.

Me deshice del preservativo y, tras asegurarme de que la temperatura del agua era la adecuada, la metí bajo el chorro caliente. Si no lo hacía, hubiera acabado besándola de nuevo contra los azulejos.

Tess sonrió señalándome la boca.

—Espera, conozco esa mirada. ¿Estás pensando en volver a hacer de las tuyas conmigo otra vez?

—Pues sí, pero no quiero que estés dolorida mañana.

—No me importa.

—Mujer, no me tientes.

Moviendo las cejas, se echó gel de ducha en las palmas de las manos y se lo frotó por todo el cuerpo. Yo permanecí apartado, dispuesto a disfrutar del espectáculo... Hasta que puso sus manos enjabonadas sobre mí. La erección fue inevitable y Tess sonrió con cara de satisfacción. Al segundo siguiente, le agarré las muñecas y se las sujeté por encima de la cabeza contra uno de los azulejos.

—No, Tess. Lo digo en serio. No puedo resistirme a ti, y repito, no quiero que estés dolorida. Me he comportado como un animal antes.

Sonrió pícaramente.

—Pues yo disfruté cada segundo.

—Si te suelto las manos, ¿te comportarás?

—Claro que no.

Me reí antes de besarla de manera lenta y relajada, hasta que hubo tanto vapor en la ducha que apenas podíamos respirar.

—Venga, descarada, salgamos de aquí antes de que nos asfixiemos.

—Vas a tener que soltarme las manos si quieres que nos movamos —bromeó.

Liberé sus manos y no me tocó... hasta que nos secamos y salimos del baño. Entonces me abrazó por detrás y apoyó las palmas de las manos en mis huesos pélvicos.

—Tess...

—No especificaste hasta cuándo no podía tocarte. Y estos —pasó los dedos por la V de mis abdominales, señalando mi erección— resultan ser uno de tus mejores atributos.

—¿Cuáles son los otros? —pregunté, dándome cuenta de lo que había dicho apenas cuando ella bajó aún más la mano, cubriendo mi erección. No pude evitar soltar un gemido—. Joder, es culpa mía.

—Estás perdonado.

Me di la vuelta, besando la punta de su nariz.

—Oye, no tienes nada de sueño, ¿verdad?

—No. Uno pensaría que dos Cenas de Acción de Gracias me harían caer rendida, pero estoy muy despierta. Me pregunto por qué. —Apretó sus labios con fuerza y entrecerró los ojos como si estuviera pensando mucho—. Ya lo sé. Puede que el bombonazo que me ha follado sobre la encimera de la cocina me haya quitado el sueño.

Gruñí.

—No hables de mí en tercera persona.

—¿Celoso otra vez?

—Sí. No puedo explicarlo.

Chilló, me rodeó el cuello con los brazos y miró hacia la cama.

—Y me encanta. Tengo una propuesta peligrosa. No nos vayamos a dormir. Son las tres y tengo que levantarme a las seis.

—¿Por qué?

—Mañana es el *Black Friday*, ¿recuerdas?

—A decir verdad, no. El viernes después del Día de Acción de Gracias siempre es un día de descanso para mí.

—No para los que buscan rebajas. Ni para quienes las ofrecen.

—Vas a estar cansadísima si no duermes.

—Lo sé, pero dormir solo tres horas será aún peor. Me dolerá la cabeza todo el día.

—Vale, entonces me apunto.

—¿Cómo piensas mantenerme despierta hasta el amanecer?

Le pellizqué el culo.

—Pensaba que tú ibas a ocuparte de mantenerme despierto a *mí*.

—Se me ocurren algunas ideas, pero tienes que prometerme que no las vetarás.

—Pero no puedo prometer eso a estas alturas, ¿verdad? Ahora tengo que cuidar de ti, incluso cuando parece que no lo quieres. Nos pusimos unos albornoces y ajusté el de ella con fuerza por la cintura. Saltó a mis brazos y la llevé al salón.

—Aaah, de vuelta a la isla de la cocina. Me gusta a dónde va esto —bromeó.

—No, estamos yendo al sofá.

Me senté, colocando a Tess en mi regazo, y le aparté el pelo húmedo de la cara. Bostezó de una forma muy tierna.

—¿Seguro que no quieres dormir?

—No, señor. ¿Por qué perder el tiempo durmiendo cuando lo tengo a usted para darme un festín? Llamemos a este rato “horas de exploración”.

—Porque estás cansado.

—Mañana me acostaré temprano. Me esperan unas semanas largas con la inauguración y la proximidad de la Navidad.

Tenían previsto abrir oficialmente la tienda el cinco de diciembre.

—Cuidaré muy bien de ti. —Empecé a masajear sus pies para confirmar mi afirmación, y continué subiendo por sus tobillos.

—Me encanta estar contigo. —Suspiró, cerrando los ojos y disfrutando del contacto de mis manos con su piel. Cuando volvió a abrirlos, parecía un poco inquieta.

—¿Quieres que hablemos de lo que te tiene preocupado? Te he dicho que se me da muy bien interpretar señales.

—Y te he dicho que hoy es el Día de Acción de Gracias.

—Ya no. Ya ha pasado la medianoche —dijo Tess.

—No vamos a malgastar estas horas de exploración, como tú las has llamado, hablando de algo desagradable —respondí.

—Está bien, pero que sepas que solo cedo porque estoy empezando a sentirme un poco cansada y quiero aprovechar al máximo nuestro tiempo juntos.

De hecho, no pensaba desperdiciar el tiempo con Tess hablando de Albert. Era algo que me correspondía solucionar a mí, y ella ya tenía tantas cosas entre manos que no quería sumarle ninguna más. Iba a protegerla de aquel imbécil y asunto concluido. Una cosa que había aprendido de mi abuelo era que los problemas debían afrontarse sin cargárselos a los seres queridos.

Ella era mi chica, y eso no únicamente conllevaba darle masajes, orgasmos o hacerla reír. También debía protegerla.

—Creo que sé cómo mantenerte despierta hasta mañana— le susurré al oído.

Tess sonrió.

—¿Esa es tu mejor frase para ligar?

—¿Me estás diciendo que tengo que tener una para hacerlo?

Se encogió de hombros.

—Me gusta cuando me seduces.

Capítulo Veintiocho

Liam

El lunes después de la celebración del Día de Acción de Gracias, hice algo que no había hecho en años: fui a visitar a Albert.

No le pedí que se presentara en nuestras oficinas, porque no quería ver a David y Becca fuera de sí otra vez.

El detective había averiguado la dirección personal de Albert y, además, que pasaba la mayor parte del día allí.

Era un cuchitril a las afueras de la ciudad, nada que ver con el apartamento que solía tener. Realmente lamentable. Si hubiera invertido de manera inteligente la paga que le enviábamos cada mes, o al menos hubiera ahorrado una parte, las cosas hubieran podido ser muy diferentes.

El ascensor del edificio no funcionaba, así que subí por las escaleras hasta la quinta planta. Cada escalón estaba cubierto por una gruesa capa de suciedad. No me atreví a mirar más de cerca, pero estaba claro que no era solo polvo y barro.

Llamé al número cincuenta y siete varias veces. Al no recibir respuesta, golpeé con más fuerza hasta que escuché movimiento al otro lado de la puerta. Finalmente, Albert abrió. Parecía como si acabara de despertarse. Sus ojos estaban marcados por profundas ojeras, y su camiseta gris estaba llena de agujeros, al igual que sus pantalones cortos.

—¿Qué narices...? —exclamó.

Le empujé, apartándolo de la entrada, y entré en el apartamento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Quería hablar contigo. No quería que volvieras a aparecer por la oficina.

El pasillo era estrecho y oscuro, pero no tenía intención de quedarme el tiempo suficiente como para explorar las habitaciones.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Contraté a un detective para que te investigara.

—¿En serio? ¿Y te gustó lo que encontró?

—No tienes un duro. Tienes que ser muy estúpido para malgastar todo el dinero que recibes cada mes.

—No es tanto.

—Depende del estilo de vida que lleves.

Su antiguo edificio tenía portero y servicios de conserjería, y solía llevar trajes de cinco mil pavos cada uno.

—Exactamente, por eso necesito más, y por eso quiero dejar la empresa.

—Probablemente lo malgastarás también.

—Pero ese no es asunto tuyo, ¿verdad?

—Claro que lo es, ya que me obliga a hacer algo que no quiero, y eso me supone un problema.

Albert entrecerró los ojos.

—Lo único que tienes que hacer para conseguir suficiente dinero para comprar mi parte es congelar una inversión actual. Solo una.

Le miré fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres el único que ha contratado a un detective.

—¿Vives en esta pocilga y gastas dinero en un detective? Dios, ¿qué te ha pasado? Solías ser un tío inteligente.

Esa fue la razón por la que le hicimos socio del negocio, no solo porque fuera nuestro amigo.

—No congelaré nada.

Los ojos de Albert se volvieron fríos.

—¿Qué coño te pasa? Llevas años tratando de echarme de la empresa.

—Es un mal momento.

—Te estás follando a una de esas zorras de Soho Lingerie, ¿verdad?

Cerré mis puños.

—A la que no está casada. Mi detective lo sospechaba —continuó.

—Si vuelves a llamar “zorra” a alguien delante de mí, te quedarás sin dientes. El detective que has contratado es un incompetente si ni siquiera ha sido capaz de confirmar que Tess y yo estamos juntos.

—Estás loco si crees que me quedaré sentado esperando a que te convenga.

—Sí, lo harás.

—Quizás deba hablar con esta tal Tess y averiguar su opinión sobre esto.

Antes de que me diera cuenta, mis manos agarraron su camiseta.

—Si te acercas a Tess, te arrepentirás. Lo digo muy en serio.

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nunca presentamos cargos contra ti.

—Porque no tuviste cojones, así que no me vengas con eso. Eres demasiado orgulloso para permitir que mancillen tu nombre, así que no creas que me tragaré esta actuación.

—La gente cambia, Albert. Tú has cambiado. Yo también. Las cosas que solían importar ya no importan.

Otras sí y, de hecho, en ese momento importaban mucho más.

Por primera vez, noté incertidumbre en sus ojos, incluso miedo. Perfecto, porque estaba hablando muy en serio.

—No voy a ceder con respecto a la fecha límite —dijo.

—Haré como si no lo hubiera oído. Quiero una notificación por escrito de que ampliarás el plazo hasta abril, o lamentarás haber intentado estafarnos. No necesito una respuesta ahora. Piénsatelo bien. Muy bien —dije.

Me marché antes de que pudiera responder. No quería escuchar ni una palabra más, porque era capaz de propinarle un puñetazo.

No tenía idea de qué demonios estaba pensando al presentarme en su casa. ¿Tal vez creí que podría llegar a él de alguna manera porque habíamos sido amigos en el pasado? Claramente, eso no le importaba.

Y a mí tampoco. Ya no. Albert iba a aprender por las malas a no meterse conmigo.

Capítulo Veintinueve

Tess

La semana posterior al Día de Acción de Gracias fue un poco loca. Normalmente lo era, y no porque el *Black Friday* fuera al día siguiente. Una vez que la ciudad se llenaba de decoraciones navideñas, los turistas acudían en masa a verlas. Las principales calles comerciales estaban abarrotadas, y apenas tuvimos tiempo para respirar en la tienda a lo largo de la semana. Ese año tenía más trabajo del que podía asumir, pues dividía mi tiempo entre las dos tiendas mientras supervisaba las reparaciones de última hora en el nuevo local.

Por desgracia, el dos de diciembre, la empresa de muebles nos comunicó que nuestro pedido había llegado dañado. Los productos de recambio no llegarían hasta dentro de dos semanas. No podíamos abrir sin estanterías, sofás y sillas.

—¿Sabes qué? Tengo una idea —dijo Liam después de que leyéramos el *email* de disculpa—. ¿Por qué no organizáis una fiesta de preapertura con la familia? Así todavía tendréis algo que os haga ilusión.

—¡Qué buena idea! —respondí—. Le enviaré un mensaje a Skye para ver qué opina, pero me gusta. También podríamos invitar a nuestros clientes VIP. De esa manera parecerá un evento muy exclusivo, en el que también podrán echar un vistazo a la nueva colección.

—Eres genial.

Sonreí.

—Me encanta que me halagues.

—Es que es la pura verdad.

Nos encontrábamos en la trastienda del nuevo local. Liam estaba masajeando mi cuello con maestría, y yo podía sentir cómo se disipaba mi estrés.

—¿Cómo tienes esas manos tan increíbles? —susurré.

Acercó su boca a mi oído.

—Soy completamente increíble. Mis manos, mi lengua, mis labios... mi polla.

Giré mi silla hasta quedar cara a cara con él. Las puntas de nuestras narices casi se tocaban.

—¿Cómo puedes decir eso con una cara tan seria?

Se enderezó, guiñando un ojo.

—Pues... porque eso también es la pura verdad.

Puse los ojos en blanco.

—¿Has terminado con tus *emails*?

Teníamos una bonita rutina en la que él solía pasarse por la tienda todos los días después de que terminara de trabajar y trabajábamos en silencio hasta que al menos uno de los dos terminaba.

—No —dijo con el ceño fruncido, antes de volver a sentarse detrás de su escritorio.

Un nudo se formó en mi estómago. En aquellos últimos tiempos, a pesar de todo lo que tenía entre manos, yo siempre terminaba antes que él. Él tenía el don de hacer que me derritiera solo con un beso o con sus mágicas manos, pero yo no parecía capaz de ayudarlo a relajarse.

Liam tecleaba en su portátil mientras yo enviaba mensajes a Skye.

Skye: ¡¡Estoy TOTALMENTE de acuerdo con eso!! Es una idea buenísima. También voy a decirle a Sam cuatro cosas. No me importa si tiene que entregar los muebles personalmente; pero esto es inaceptable.

Tess: Adelante.

Skye tenía un talento especial para infundir miedo en la gente, aunque, siendo honesta, Sam no tenía la culpa en absoluto. Aun así, un poco de motivación adicional nunca venía mal.

Rápidamente redacté un boletín informativo, dirigido específicamente a nuestro segmento VIP. Cuando terminé, miré a Liam, quien estaba frente a la pantalla con el ceño fruncido.

Me levanté y me acerqué hacia él contoneando las caderas de forma exagerada en un intento por captar su atención. No lo conseguí. Solo se fijó en mí cuando me senté al borde de su escritorio, imitando su postura anterior.

—Señor Harrington, últimamente está tan concentrado que mis intentos de seducción pasan desapercibidos. Estoy perdiendo mi toque —dije con un tono de fingida seriedad.

—Para nada. Es que tengo muchas cosas en la cabeza.

Me senté en su regazo, moviéndome coquetamente.

—Cuéntame.

—No merece la pena. —Agitó una mano y me dio un beso rápido en la barbilla. Luego, deslizó sus dedos por mis costados antes de atacar mis axilas. Chillé de risa, aferrándome a él con todas mis fuerzas.

—Para. ¡Para! ¿Cómo sabías que tengo cosquillas en las axilas?

—Porque fuiste tú quien me hizo cosquillas ahí. Supuse que ese también era tu punto débil.

Cuando me enderecé, noté que no estaba en modo jugueteón. Seguía centrado en sus problemas... los cuales no compartía.

En los últimos tiempos, se mostraba evasivo cada vez que le preguntaba por su día. Sin embargo, no quería insistir demasiado. ¿Y si se cansaba de mis preguntas? No, no. No quería caer en esa mentalidad negativa. Él no tenía por qué compartir todos sus pensamientos, como me gustaba hacer a mí. Tal vez no podía ayudarlo a relajarse en ese momento, pero podía demostrarle que le quería con todo mi corazón y esperar que eso fuera suficiente.

—Bueno, vale, ya que estás tan reservado, voy a tener que usar todas mis tácticas para conseguir esa bonita sonrisa que tanto me gusta.

Se reclinó en la silla, moviendo las cejas.

—¿Todas?

—Todas y cada una de ellas.

—¿Por dónde vas a empezar?

Tracé un pequeño círculo alrededor del botón superior de su camisa con el dedo.

—Podría empezar por aquí... —Luego me dirigí rápidamente al último botón, justo sobre su cinturón—. O por aquí...

Gruñó un poco, acercando las caderas unos centímetros. Le empujé hacia atrás de manera juguetona.

—No... creo que no empezaré por aquí.

Algo brilló en sus ojos y supe que estaba a punto de desatar toda la pasión que llevaba dentro. Me incliné hacia él, besando el dorso de su cuello y luego la zona de la nuez.

—Te quiero —susurré.

—Yo también te quiero, cariño. Si sigues así, este escritorio va a ser testigo de cosas muy inapropiadas.

Sonreí contra su piel, contoneándome un poco más en su regazo.

—Justo las palabras que esperaba oír.

Cuando llegó el día de la fiesta de preapertura con la familia y nuestros clientes VIP, yo estaba inmersa en un auténtico torbellino de emociones. Para ser sincera, había estado así desde el momento en que decidimos llevar a cabo la idea. Por suerte, cierto hombre increíblemente atractivo no dejaba de mimarme, como si supiera que eso era justo lo que necesitaba.

Me resultaba prácticamente imposible no estar de buen humor. Incluso a pesar de mi frustración y enfado con la empresa de muebles por arruinarlo todo, seguía con una sonrisa de oreja a oreja al verlo entrar por la puerta con una seductora sonrisa y una deliciosa pizza. Su abrigo estaba cubierto de una impoluta capa de nieve blanca, al igual que su cabello. Había estado nevando todo el día.

Me acerqué a él y tomé la caja de pizza.

—Espera un momento, ¿ni siquiera me das un beso?

—Ahora que lo dices...

Me puse de puntillas y le di un pico, pero enseguida Liam lo volvió apasionado y sensual, dejándome sin aliento y estremeciéndome en el acto. Me sonrojé cuando nos separamos e hice un gesto con la cabeza al equipo que estaba preparando el *buffet* para la noche. El menú era sencillo, pero queríamos ofrecer algo para todos los gustos.

Liam se encogió de hombros, con aquellos ojos ardientes clavados en mí.

—Podemos comer en la trastienda —dije, indicando el camino. Por lo general, me gustaba estar en la parte delantera, para poder observar a la gente y disfrutar de la decoración navideña de la calle, pero en ese momento, con el ajetreo del personal, no resultaba tan relajante.

—Vaya, me acabo de dar cuenta de que dejé las servilletas delante. Voy a buscarlas.

Habíamos dividido la parte delantera y colocado las mesas junto a la entrada, dejando suficiente espacio para que la gente pudiera moverse. Como faltaban muchos muebles, la tienda lucía bastante vacía. Teníamos tres maniquíes en el escaparate a los que habíamos vestido con camiones y unos cuantos estantes con lencería en el centro. Encontré servilletas en la mesa del *buffet* que habían montado los chicos.

De repente, escuché la puerta principal abrirse y me volví. No era nadie que conociera.

—¿Puedo ayudarlo? —pregunté.

—¿Tess Winchester?

—Sí.

—Soy Albert McDowell. Soy...

—Sé quién eres. Liam ya me ha hablado de ti. ¿Qué estás haciendo aquí?

Entrecerré los ojos y lo examiné. Parecía unos años mayor que Liam, Becca y David, o tal vez su calvicie me dio esa impresión. Sus grandes ojos verdes recorrieron la habitación. Estaba claro que no esperaba que tuviera compañía. Por la forma en que se tambaleaba sobre sus botas, sospeché que estaba un poco ebrio.

—¿Dónde está Liam? —preguntó—. Lo he visto entrar.

¿Había seguido a Liam?

—¿Qué haces aquí? —repetí.

—¿Podemos hablar en un lugar más privado?

—No. No te ofendas, pero acabo de conocerte y no vienes precisamente recomendado. No confío en ti.

—Tú sí que eres un mal bicho, ¿eh!

—¿Perdona?

—Si no fuera por ti, Liam me habría dado lo que quería.

—Mala suerte. Yo no puedo ayudarte.

—Joder, claro que puedes.

—No puedes entrar en mi tienda y hablarme así. —Señalé la puerta, apenas consiguiendo mantener mi temperamento bajo control—. Fuera.

Unos pasos resonaron detrás de mí.

—Cariño, ¿qué...? ¡¿Y tú qué coño estás haciendo aquí?! —bramó Liam en cuanto vio a Albert.

—Quiero hablar contigo.

—Entonces, pide una cita y ven a mi despacho. Lárgate de aquí.

—Me temo que no lo haré. —Caminó furioso hacia nosotros, y cuando estaba a menos de un metro, se confirmó mi sospecha. Estaba borracho—. ¿Qué te ha pasado, tío? El Liam que yo conocía nunca arriesgaría su negocio por nada, y mucho menos por una mujer.

Mi corazón se encogió. *¿Arriesgar su negocio?*

—Cállate.

—Me dijiste que pensara muy bien en mis próximos pasos cuando viniste a verme —dijo Albert, lo que me hizo preguntarme si esa era la razón por la cual Liam había estado tan tenso. ¿Cuándo lo había visto Liam? ¿Y por qué no lo había mencionado?

—Y lo he hecho —continuó Albert—. Si no compráis mi parte para Navidad, como estipula el contrato, buscaré otro comprador.

—Lár-ga-te. —Liam apenas movió los labios mientras hablaba.

Albert levantó el brazo derecho. Me llevé la mano a la boca cuando me di cuenta de que estaba apuntando su gancho derecho en dirección a Liam, quien atrapó el puñetazo en el aire, desviándolo hacia un lado antes de empujar a Albert, que trastabilló hacia atrás, manteniendo a duras penas el equilibrio.

—¡Eres un cabrón! —bramó Liam mientras Albert se recuperaba. Supuse que no iba a volver a atacar. Estaba demasiado borracho y Liam era demasiado astuto y rápido—. No puedes venir aquí para amenazar a mi chica así.

Acto seguido, Liam agarró a Albert por el cuello con una mano y bloqueó su segundo intento de puñetazo con la otra. Grité y miré a los demás, que se limitaron a contemplar la escena.

Esa vez, Liam giró a Albert, manteniéndole el brazo derecho detrás de la espalda.

—Lárgate de aquí. —dijo antes de conducirlo hacia la puerta. Al abrirla, lo arrojó a la calle. Albert tropezó y estuvo a punto de chocar de cabeza con una de las farolas más cercanas. Sin embargo, consiguió frenar la caída agarrándose al poste. Giró su cabeza y nos miró con el ceño fruncido a través de la espesa cortina de nieve antes de darse la vuelta y marcharse. Liam permaneció junto a la puerta hasta que Albert estuvo fuera de su vista.

Luego se volvió hacia mí.

—Lo siento mucho. ¿Estás bien?

—Sí. No ha hecho nada, solo balbuceó hasta que llegaste. ¿Cómo estás?

Me dirigí a toda prisa hacia él, sin prestar atención al resto de la gente de la tienda, aunque seguían mirándonos fijamente.

—Estoy bien, Tess —dijo en voz baja. El corazón me seguía martilleando en el pecho. Miró a las personas que nos rodeaban antes de cogerme de la mano y caminar conmigo hacia la trastienda. El olor a queso fundido llenaba el ambiente, pero no tenía apetito. Solo quería asegurarme de que estaba bien.

—Tess, cariño, ¿qué pasa? Estás temblando.

Colocó sus manos en mi cuello y las cubrí con las mías.

—¿A qué se refería cuando dijo que estabas arriesgando tu negocio?

Liam negó con la cabeza.

—No te preocupes por ese tema. Me estoy ocupando de ello.

—No, estamos juntos en esto. Quiero saberlo.

—Ya estás al tanto de que quiere vender sus acciones, y voy a encontrar una solución para que las acciones sigan bajo nuestro control.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo?

Suspiró.

—Si no hago una oferta antes de Navidad, puede vendérselas a quien quiera.

Cerré los ojos, intentando refrenar todas mis emociones.

—¿Por qué no me dijiste que había un plazo?

—No quería que te preocuparas.

—¿Acaso te parece que no puedo manejar las cosas?

—En absoluto, Tess. Pero tienes tantas cosas entre manos con la apertura de la tienda y la inauguración de la nueva plataforma digital que no quería arruinarte la ilusión ni cargarte con más preocupaciones.

Me conmovieron sus palabras, y apreté sus manos con más fuerza.

—Pero así no funcionan las cosas, Liam. También es necesario que yo esté informada.

—¿Sí? ¿Para qué? ¿Para que nos preocupemos los dos en lugar de uno solo?

—Sí. Exactamente.

Frunció el ceño.

—No estoy de acuerdo. Verte preocupada no ayudaría ni lo más mínimo.

Parpadeé varias veces, dando un paso atrás.

—Entonces... ¿tu solución es simplemente no contarme las cosas?

Liam parecía tener muchas ganas de decir que sí, pero antes de que pudiera expresarlo, oímos que llamaban a la puerta.

—Soy yo —dijo Skye.

—Entra —respondí, sosteniéndole la mirada a Liam. Ninguno de los dos dijo más nada mientras entraba mi hermana.

—Hola. ¡Anda, Liam! No sabía que estabas aquí. ¿Interrumpo algo?

—No, para nada —dijo Liam con calma—. He traído pizza para todos.

Skye se rió, echando un vistazo a la caja.

—Querrás decir para ti y Tess, aunque es lo suficientemente grande para los tres. Comamos, me muero de hambre.

Nos apoyamos en los escritorios, comiendo de pie. Quería continuar la conversación con Liam, pero sinceramente no sabía cómo abordar el tema. Su encanto y las bonitas palabras me tenían cautivada, y, al mismo tiempo, no estaba segura de cómo expresar la importancia que tenía ese tema para mí. En mi opinión, la comunicación era la base de todo.

Skye pareció percibir la tensión que llenaba la habitación, porque no dejaba de alternar su mirada entre nosotros.

—Estaba buenísima —dijo una vez que acabamos la pizza—. Liam, ¿planeas quedarte toda la tarde?

—No puedo, solo he venido a almorzar, pero regresaré para la fiesta.

—Está bien, entonces lleva a tu encantador ser fuera para que Tess y yo podamos ocuparnos de los preparativos. Y nada de mensajes bonitos o sugerentes, ya sabes que siempre la distraen.

Se rió entre dientes. Yo también sonreí, aunque en realidad deseaba apartar a Liam para discutir nuestros asuntos hasta llegar a un acuerdo. Pero como no había pensado en ninguna

táctica, decidí no actuar.

Me dio un rápido beso en la frente, mirándome directamente a los ojos.

—Nos vemos luego —susurré—. Gracias por el almuerzo.

Al cabo de unos instantes, asintió y se despidió de Skye antes de marcharse.

Una vez que se marchó, mi hermana me miró con una expresión suspicaz.

—Bueno, tal vez mis dotes detectivescas no sean tan agudas como las tuyas, pero parecía haber algo raro en el ambiente.

Suspiré, me acerqué y me apoyé en su escritorio, justo a su lado. Entrelacé un brazo con el suyo y apoyé la cabeza en su hombro.

—Has acertado.

Entonces, procedí a contárselo todo.

—Espera un momento. Por supuesto que no está bien. Se supone que deberías estar al tanto. De hecho, se supone que *ambas debemos estar* al tanto, ya que esto también afecta al negocio. — Skye se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

—Tienes razón. Hablemos con Becca —sugerí—. Tengo la sensación de que Liam está minimizando todo y me gustaría conocer todos los detalles.

—Buena idea —dijo Skye.

Saqué mi teléfono y lo puse en altavoz mientras llamaba a Becca.

—¡Tess, qué sorpresa! —saludó.

No tenía mucho contacto con ella ni con David ya que Liam era nuestro mentor oficial.

—¡Hola! Skye también está aquí. ¿Tienes unos minutos?

—Claro. ¿En qué puedo ayudarlos?

Me pasé una mano por el cabello y le conté todo lo sucedido con Albert apresuradamente. Becca maldijo cuando terminé.

—Becca, ¿qué está pasando? —pregunté.

—¿Has hablado con Liam sobre esto?

—Sí, pero no creo que me lo esté contando todo.

—Tess —dijo Becca en voz baja—. Está haciendo todo lo posible por encontrar una salida que no implique congelar la inversión.

Un nudo se formó en mi estómago.

—Pero de momento esa sigue siendo la mejor solución, ¿verdad?

Hubo una pausa mientras Becca dudaba.

—¿Becca? —insistí.

—De momento, sí.

—¡Mierda!

—Chicas, hemos enfrentado crisis a lo largo de los años, y siempre hemos conseguido salir adelante...

—¡No quiero causar una crisis! —exclamé, sintiendo de repente una tristeza abrumadora—. Becca, gracias por tomarte el tiempo para hablar. No te entretengo más. Que tengas un buen día.

—Vosotras también, chicas.

Corté la llamada y apreté el teléfono contra mi pecho, apoyando mi frente contra la pared. Necesitaba pensar y encontrar la manera de contener la sensación de pánico, pero no sabía por dónde empezar.

Mi hermana me rodeó con un abrazo reconfortante.

—Lo resolveremos, Tess. Deja que vaya a buscar algo de tarta y queso para distraerte un poco.

A pesar de todo, una risa suave escapó de mis labios.

—Tú sí que sabes levantarme el ánimo.

—Y pidamos al grupo que venga antes. Un almuerzo de trabajo de emergencia antes de la fiesta. Siempre dan buenos consejos.

—¡Me encanta esa idea!

Capítulo Treinta

Liam

¡Maldito Albert! —exclamó David. Habíamos tenido una reunión con uno de nuestros colaboradores, y apenas tuve tiempo de contarle sobre la visita de ese idiota cuando salimos.

—¿Vas a volver a la oficina? —preguntó, mientras pedía un Uber.

—No, voy a la fiesta de preapertura de Soho Lingerie, ¿recuerdas?

David sonrió.

—Tú te vas de fiesta, y yo me quedo trabajando. ¿Cuándo se invirtieron los papeles?

Gruñí en respuesta. Él amplió su sonrisa.

—Bueno, déjame fastidiarte un poco más para que no sienta que me estoy convirtiendo en ti... por completo.

—A Tess no le ha hecho mucha gracia que no le contara lo delicado que es el asunto con Albert.

David alzó las manos en señal de rendición.

—Tío, no me pidas consejo sobre relaciones. La mayoría de mis romances duran entre una noche y una semana.

—No te estaba pidiendo consejo —aclaré—. Solo pensaba en voz alta.

—Pues entonces, buena suerte en la fiesta.

David subió al Uber que había solicitado, y yo hice señas a un taxi para dirigirme al SoHo. Cuando llegué, me di cuenta de que la tienda ya estaba llena. Comprobé la hora; no había llegado tarde.

Abrí la puerta y me saludaron Cole, Josie, Hunter y Ryker. La tienda estaba abarrotada por toda la familia Winchester, además de Isabelle. Como los muebles aún no habían llegado, el sonido de las voces se amplificaba. Me sentí como si acabara de entrar en un estadio. Amelia y Mick me saludaron desde el *buffet*.

—¿Cuándo habéis llegado? —pregunté—. Pensé que el evento empezaría en diez minutos.

—Así es, pero Tess y Skye nos pidieron que viniéramos antes. Consejo familiar de emergencia, ya sabes —dijo Ryker.

Josie hizo un gesto de disgusto.

—Se suponía que no debías decir nada.

Ryker levantó una ceja.

—No dijisteis que fuera un secreto.

—Creo que mi mujer tiene razón —dijo Hunter, rodeando con su brazo los hombros de Josie.

¡¿Emergencia...?! Mi pulso se aceleró.

—¿Dónde está Tess?

—Algunas de sus clientes VIP vieron que la fiesta había empezado antes y entraron también. Las llevaron a los probadores, donde no se nos permite entrar —dijo Cole—. Pero no te preocupes, ya saldrá. Mientras tanto, nosotros podemos entretenerte.

Me pasé una mano por la mandíbula. No era que no quería pasar tiempo con ellos, porque sí lo hacía, pero necesitaba hablar con Tess. Cuando salí de la tienda al mediodía, tuve un mal presentimiento y, en ese momento, sentía que la situación iba a peor.

Me quité el abrigo, encogiéndome de hombros, con la intención de tomarme las cosas con calma y disfrutar de una copa con el clan Winchester mientras Tess atendía a sus clientes.

Cinco minutos después, no pude aguantar más y le pedí a Josie que le dijera a Tess que quería hablar con ella. Se dirigió a la trastienda y volvió con Tess, que se había puesto un vestido

negro envolvente que me estaba volviendo loco. Realzaba sus curvas y se ceñía perfectamente a sus pechos y caderas. En cuanto a sus tacones... joder.

Nos encontramos a mitad de camino.

—Cariño, estás preciosa —dije, alejándome un poco del grupo, cerca de uno de los maniquíes.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Gracias. Josie me ha dicho que me necesitabas.

—¿No puedo piropear a mi chica preciosa?

Inclinó la cabeza y sonrió aún más.

—Los piropos siempre son bienvenidos, pero tenemos clientes.

—Ryker dijo que necesitabas una reunión familiar de emergencia.

—Umm, sí. —dijo con una mirada esquiva.

Sentí un nudo en el estómago, pero no quería presionarla.

—Nunca te he oído hablar sobre esos consejos de familia. ¿Son más serios que una reunión?

Tess suspiró antes de asentir.

—Cariño, dime algo —supliqué.

—¿Podemos esperar hasta que los clientes se vayan?

Me acerqué y le acaricié la mejilla.

—¿Vas a torturarme todo ese tiempo?

La miré a los ojos y noté cómo su determinación se desvanecía hasta que finalmente negó con la cabeza.

—Creo que Skye puede ocuparse de los clientes durante unos minutos. Vamos a la oficina de la trastienda —murmuré.

Pasamos por delante de los probadores, que estaban separados de la tienda por una enorme cortina negra. Una vez dentro, Tess cerró la puerta.

—Tess, por favor, háblame.

Deambulaba por la habitación con los brazos cruzados mientras se mordía el labio inferior. La agarré del hombro y la sostuve para poder establecer contacto visual. Luego rocé su labio en el mismo lugar donde se lo había mordido antes.

—Estás preocupada.

—Pues sí. Por eso hemos organizado el consejo familiar. —Sonreía, pero sus ojos aún reflejaban inquietud.

—¿Está relacionado con nuestra conversación?

—Sí. Todavía estoy procesando todo, pero quería hablarlo con mi familia.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No exactamente... pero no entiendo por qué no me lo has contado todo.

Apreté suavemente mis pulgares sobre su nuca, decidido a ser completamente honesto.

—Porque cuando hablamos sobre este tema el Día de Acción de Gracias, sentí que te cerrabas por completo. Pude sentir cómo te alejabas, y no quería arriesgarme a que eso volviera a suceder.

Tess bajó la mirada hacia mi barbilla.

—Es que has estado tan retraído y callado durante estas últimas semanas, en lugar de abrirte a mí para que pudiéramos buscar una solución juntos, que pensé que... —Su voz tembló un poco —. Pensé que había hecho algo mal.

¡Maldita sea!

—Tess... cariño. Solo intentaba protegerte.

Ella tragó saliva y asintió.

—Pero no quiero que hagas eso. Estás cargando toda la tensión sobre ti todo el tiempo, y eso no es bueno, ¿sabes? Te cansarás de eso... y de mí —susurró.

—No, eso no sucederá. Jamás. Te quiero.

—He hablado con Skye, y nos gustaría decirte que por favor no manejes la situación con Albert de manera diferente a como lo harías normalmente. Me refiero a que lo hagas como si no estuviéramos juntos.

—¿Qué estás diciendo?

—He hablado con mi familia, y si congelaras la inversión durante un tiempo, podrían concedernos una línea de crédito hasta que las cosas se resuelvan.

—¿Prefieres pedir dinero prestado a tu familia, cosa que me has dicho que no quieres hacer, en lugar de confiar en mí para arreglar esto?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No, estoy buscando alternativas para que no tengas que poner tu negocio en peligro, porque te quiero, Liam.

Dios mío, qué mujer... Era exasperante. ¿De verdad confiaba tan poco en mí? Eso me preocupaba más que cualquier otra cosa. Era consciente de cuánto valoraba Tess su independencia. También sabía que la ausencia de su padre cuando era niña había dejado una marca más profunda de lo que ella solía mostrar. En realidad, me había insinuado que uno de los motivos de su constante autosuficiencia era su deseo de no depender económicamente de nadie, ni siquiera de su familia. Pero yo no le estaba pidiendo que dependiera de mí, solo que confiara en mí.

—No puedes ir por libre. Estas cosas tenemos que decidir las juntos —dije en tono comedido. Tess me señaló con el dedo.

—Tú eres quien no me ha involucrado en tus decisiones.

Llamaron a la puerta y, al instante, Isabelle asomó la cabeza.

—Perdón por entrometerme, Tess, pero hay una cliente que te está buscando, además... vuestra conversación se escucha un poco. tal vez sería mejor retomarla más tarde. Liam, tenemos un montón de aperitivos. Le pediré a Josie que te traiga algo también, Tess. A veces, las cosas cobran más sentido después de llenar el estómago y tomar algo de azúcar.

Tess se rió entre dientes. Yo también sonreí. Isabelle era increíble.

Acto seguido, Tess salió a toda prisa del despacho para atender a su clienta.

—Vamos. —Isabelle entrelazó un brazo alrededor del mío, prácticamente arrastrándome fuera de la habitación—. No bromeaba con aquello del azúcar.

—¿Ese es tu consejo oficial de terapeuta?

Se rió mientras me conducía al *buffet*.

—Claro que no. Solo que es mejor no forzar las cosas esta noche. Tess y Skye están cargadas de adrenalina. Una vez que todo haya terminado y hayan descansado un poco, estoy seguro de que podrán ver las cosas de otra forma.

—Escucha a Isabelle, realmente sabe lo que hace —dijo Hunter. Estaba a nuestro lado, sirviéndose bocadillos.

—Aaay, gracias por ser un cuñado tan solícito —respondió Isabelle con un guiño.

Ryker y Cole también se acercaron a nosotros.

—Has sobrevivido —dijo Ryker con seriedad—. Estoy asombrado.

—Significa que no será necesario que le demos “la charla”, ¿verdad? —añadió Cole.

—Yo no llevaría las cosas tan lejos —se apresuró a decir Ryker.

Hunter me dio una palmadita en el hombro.

—Liam, para serte sincero, estoy completamente de acuerdo con tu enfoque.

—Nosotros también —dijo Cole.

Ryker asintió y dijo:

—Pero toda una vida tratando con nuestras hermanas nos ha enseñado que en realidad no tenemos ni idea de qué aconsejarte.

Isabelle gruñó.

—No ayudáis en nada.

Hunter le sonrió.

—No. Por eso le hemos sugerido que te escuchara.

—¿Por qué mejor no me hacéis caso y picamos algo? A lo mejor después de eso se nos ocurren mejores consejos.

Cargué mi plato, sin importarme realmente lo que estaba comiendo. Levanté la vista, con la esperanza de que Tess saliera de los probadores. Necesitaba intentar hablar con ella una vez más esa noche. El consejo de Isabelle era razonable, pero no quería dejar pasar la noche sin arreglar las cosas con Tess.

Sin embargo, a las cinco en punto, el resto de sus clientas VIP entraron en tromba en la tienda. Skye y Tess solo salieron de los probadores para acompañar a las clientas a la salida antes de regresar a sus tareas.

Me vi obligado a admitir la derrota. Isabelle tenía razón, no era el momento de hablar con Tess. Lo único que quería era que llegara el momento de llevármela a casa una vez terminada la velada y cuidar de ella de todas las maneras posibles. Pero cuanto más se alargaba la velada, más me daba cuenta de que no era probable que eso ocurriera. La fiesta se negaba a terminar, sus clientas VIP no daban muestras de querer dejar de comprar.

Como inversor, era una excelente noticia, pero yo solo deseaba estar a solas con ella.

Cuando la familia empezó a marcharse, dejando a Tess y Skye con sus clientas, Josie e Isabelle volvieron a acercarse a mí.

—No, no, espera. Detecto una mirada decidida —dijo Isabelle.

—Estoy tratando de averiguar si Tess seguirá queriéndome si la cojo en brazos y me la llevo de aquí —respondí. Lo dije medio en broma y medio en serio.

Josie me dio una palmada en el hombro.

—No te conviene conocer la respuesta a eso. ¿Por qué no te centras mejor en lo que harás la próxima vez que la veas?

—Es solo un consejo, pero no sería mala idea tener a mano su comida favorita —añadió Isabelle.

Josie asintió.

—Como el helado.

—Y un poco de queso —dije.

Josie me sonrió.

Isabelle asintió en señal de aprobación.

—Creo que lo harás muy bien.

Capítulo Treinta y Uno

Tess

A la mañana siguiente, me desperté con un nudo en el estómago y dolor de cabeza. La noche anterior se había alargado hasta altas horas de la madrugada. Nuestras clientas se lo habían pasado tan bien que no querían irse, y por supuesto no íbamos a echarlas.

La velada fue apoteósica, pero solo hubo una cosa que impidió que fuera perfecta. Cada vez que rememoraba la noche previa a la inauguración, imaginaba a Liam a mi lado, incapaz de apartar sus manos de mí —por supuesto—, susurrándome cosas tiernas y atrevidas. Sin embargo, en lugar de eso, tuvimos una pelea en la trastienda y apenas nos miramos durante el resto de la fiesta.

Mi pobre corazón estaba sufriendo.

Me levanté casi a rastras de la cama. Los pedidos a la fábrica no podían esperar solo porque me hubiera acostado tarde o porque fuera sábado. La ducha no me ayudó a despertarme, ni tampoco la primera taza de café.

Mientras preparaba una segunda taza, vi un mensaje en mi teléfono.

Isabelle: ¿Estás despierta?

Tess: Sí.

No escribió nada más.

Tess: Aunque tengo que tomarme otro café para despertar mis neuronas, luego estaré lista para ayudarte en lo que necesites.

Isabelle: No necesito nada, tonta. Solo quería saber cómo estabas. ¿Tienes planes para hoy?

Tess: Sip, tengo que enviar todos los pedidos de anoche a la fábrica.

Isabelle: Vaya. Sé que ambas vivimos bajo el lema #TRABAJODURO, pero tal vez te vendría bien tomarte un día libre.

Tess: Lo haré, no te preocupes. DESPUÉS de enviar los pedidos :)

Isabelle: ¿Entonces estarás en casa todo el día?

Tess: Sí. Pero podemos planear algo por la tarde.

Isabelle: Hablemos cuando termines.

Tess: Vale :)

El segundo café tampoco ayudó tanto como esperaba, pero, por otra parte, ¿qué podía hacer la mera cafeína contra esa sensación de vacío en el pecho?

Armada con una tercera taza de café y mi portátil, encendí las luces navideñas de la terraza antes de acomodarme en mi sillón. Sip, era uno de esos días en los que necesitaba inyectarme con la mayor dosis de espíritu navideño posible. Sin embargo, las luces no eran suficientes. Necesitaba que mi casa fuera aún más navideña.

Dejando el portátil a un lado, saqué mi caja de adornos del trastero.

Aquello se me daba muy bien, era una experta en decoración y me adaptaba a cualquier tipo de circunstancia. Incluso aquel año en el que nos mudamos con mi madre a Nueva York, con poco espacio y menos dinero para decoraciones, transformé nuestro pequeño apartamento en un paraíso navideño. Bastó con una visita a Goodwill para comprar tijeras, pintura y pegamento. Logré hacerlo todo antes de que mi madre regresara del trabajo. Sabía que levantaría el ánimo de todos, y así fue. Incluso mamá sonrió aquel día, y desde el divorcio, rara vez la había visto sonreír. La Navidad era mágica; al menos para mí, siempre lo había sido.

Estimé que solo necesitaría diez minutos para completar el trabajo.

Sin embargo, media hora más tarde, me encontraba sudando y lanzando maldiciones al aire, porque no conseguía desenredar el último juego de luces navideñas.

Solo me detuve cuando el timbre de la puerta sonó. ¿Acaso Isabelle había decidido visitarme después de todo? ¿O era alguien de mi familia? De hecho, no me venía nada mal un poco de amor al estilo Winchester. Mi apartamento era ya muy acogedor, con las luces de Navidad, el árbol artificial, las guirnaldas plateadas y los globos pintados colgando por todas partes, pero aun así, un abrazo de oso de alguno de mis hermanos o de Hunter sería más que bienvenido.

—Adelante. La puerta está abierta —anuncié en voz alta, aún intentando desenredar las luces de Navidad. Oí cómo se abría la puerta y apenas levanté la vista cuando escuché que se acercaban unos pasos, que se detuvieron de inmediato.

Liam.

Vestía vaqueros y un jersey azul que se ceñía perfectamente a sus musculosos brazos y resaltaba la profundidad de sus ojos. Llevaba una barba incipiente y el pelo alborotado. Era evidente que acababa de levantarse de la cama, pero aun así estaba guapísimo. Me sentí incómoda con mi viejo jersey amarillo y mis *leggings*. Fueron lo primero que encontré en el armario y me los había puesto sin pensármelo dos veces, aunque parecían harapos.

Me examinó detenidamente, primero mis manos y luego barrió la habitación con su mirada antes de volver a concentrarse en mí.

—Liam, ¿qué estás... se suponía que tenía que saber que ibas a venir? —pregunté.

No había comprobado el móvil desde que había comenzado la “Operación Navidad” , tampoco había escuchado ningún sonido que indicara un mensaje o llamada.

—No. Se supone que es una sorpresa.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. La noche anterior, había compartido muchas cosas con él, y apenas le había dado la oportunidad de hablar. Tenía miedo de lo que fuera a decir en ese momento.

—¿Cómo sabías que estaba en casa? —Caí en la cuenta rápidamente—. Ah, debe haber sido Isabelle.

Por fin sonrió, y sentí un alivio instantáneo en mi estómago.

—¿Le pediste que hiciera de espía por ti?

—No, solo le pedí que averiguara si estabas en casa. Y también para evitar que apareciera el resto de tu familia.

—¿Por qué querías eso? —La verdad era que tenía muchas ganas de recibir un poco de cariño de los Winchester.

—Así puedo tenerte toda para mí.

Se alejó de la entrada y se acercó directamente a mí. A pesar de la falta de sueño, no pude evitar contemplarlo. No podía decidir qué era más atractivo: sus profundos ojos azules, la incipiente barba o su masculina postura.

—Liam... no quiero discutir de nuevo.

—No estoy aquí por eso.

—Ahh...

Estaba tan cerca de mí que podía percibir el aroma de su desodorante.

—Tess, la única razón por la que no te cogí en brazos y te llevé a un lugar privado anoche fue porque tenías clientes.

—Vaya, eres muy considerado —dije, riendo un poco.

—Estaba seguro de que no me hubieras perdonado si te perdías el evento por mi culpa, y no quería darte más razones para que te enfadaras conmigo.

Sujeté con más fuerza la tira de luces, conteniendo la respiración mientras esperaba a que continuara.

—Te quiero, Tess. Te quiero tanto que ni siquiera dudé en ponerte en primer lugar a la hora de decidir qué hacer. Me parecía natural. ¿Me equivoqué al no incluirte? Sí, lo hice. Pero por otro lado... no.

Mis labios se tensaron, pero decidí guardar silencio. Por un lado, casi se me sale el corazón del pecho cuando dijo que ponerme a mí primero era lo único que le parecía natural. Y quería saber por qué pensaba que estaba equivocado, pero también por qué *no*. Parecía como una de las frases de mis hermanos, quizá por eso les caía bien.

—Llevabas semanas lidiando con la presión de la tienda y todo lo demás. No quería que además tuvieras que cargar con esta situación. A fin de cuentas, era yo quien debía resolverla. —Tomó una de mis manos entre las suyas y luego buscó la otra—. Así me educaron: a resolver problemas en lugar de hablar de ellos.

—Pero eso no me parece bien. Quiero que nos comuniquemos. Sin secretos, ¿recuerdas?

—En ese aspecto, somos bastante diferentes... pero prometo que me esforzaré por mejorar. Lo intentaré. —Tragó saliva y añadió—: Sin embargo, esa no es la única razón por la que no te he contado todo. No quería que nada se interpusiera entre nosotros, por si por si acaso esta situación nos separara. Anoche, ver esa mirada de desconfianza en tus ojos, la angustia... me mató. Fue como si mi peor miedo se hiciera realidad, y no pude soportarlo, ni siquiera por unos minutos. Y no lo haré, no me iré de aquí hasta que resolvamos esto.

—¿Resolvamos? —susurré, sonriendo. Dejé caer las tiras de luz y acaricié su rostro con ambas manos. Su barba rozó suavemente mis palmas—. Siento haber sido tan dura anoche. No sabía cómo reaccionar ni cómo afrontar todo aquello. He acumulado tanta tensión en las últimas semanas y tenía tanto miedo de que fueras a alejarte de mí... ¿Sabes? Yo también te estaba poniendo a ti primero. Cuando hablé con Becca, lo primero que pensé fue: «No quiero que ponga en riesgo a su propia empresa por mi culpa».

Al segundo siguiente, me besó con tanta pasión, profundidad y urgencia que no pude resistirme, entregándome por completo. Pasé una mano alrededor de su cuello y deslicé la otra por su cabello. Su cuerpo vibraba ligeramente, o tal vez era el mío; estábamos tan enredados que era imposible distinguirlo.

Me rodeó la cintura con un brazo. Por fin sentí que podía volver a respirar. No quería que los besos se detuvieran y, aunque no tenía ni idea de cómo había sucedido, de repente estaba completamente de acuerdo con su opinión de que, si bien se había equivocado al no incluirme, “por otro lado, *no*”.

—Seguimos teniendo una conversación pendiente, pero no puedo dejar de besarte —susurró, bajando por mi cuello, sin dejar de rodearme la cintura con el brazo.

—Pues bésame. Haz lo que quieras conmigo.

Gruñó, volvió a ascender con sus labios por mi cuello y me besó. Su beso fue aún más apasionado que antes, aún más urgente. Cuando por fin soltó el brazo que me rodeaba la cintura, fue solo para poder levantarme y agarrar mi trasero con las manos. Le rodeé con las piernas, riendo contra su boca.

—¿Qué? —preguntó, apartándose lo justo para mirarme.

—Nada. Es que me siento feliz. De que te preocupes tanto por mí, de que hayas hablado con mi familia para asegurarte de que nadie nos interrumpiera hoy. Lo eres todo para mí, Liam.

Cerró los ojos y apoyó su frente contra la mía. Me encantaba sentirlo tan cerca, saber que era mi chico. Le amaba con todo mi ser, y no quería que lo dudara nunca.

—Te quiero —dijo.

—¿Sabes? No dejas de repetir que me quieres, pero si pensabas que este problema abriría una brecha entre nosotros, entonces yo también quiero demostrarte algunas cosas —dije.

Un fuego interior brillaba en sus ojos mientras trazaba el contorno de mi boca con la yema de su pulgar, separando ligeramente mis labios. Me incliné hacia él, rozándole los labios. Al principio lo hice despacio, solo para disfrutar de su cercanía, del hecho de que estuviera allí conmigo. Pero al poco tiempo, comencé a sentir un deseo incontrolable por él. Lo besé, sonriendo contra su boca cuando tomó el control del beso. Retrocedimos unos pasos, hasta que tropezamos con la caja de adornos.

Solté una risita, y Liam también sonrió antes de apretarme con más fuerza. Disfrutaba de esa posición, con su firme agarre en mi trasero, pues me permitía explorarlo a mi antojo sin que sus caricias me desconcentraran.

Le besé el cuello. Mis manos se apresuraban a buscar la forma de deshacerse de su jersey. Estaba tan concentrada en quitárselo que no me percaté de que habíamos llegado al dormitorio hasta que me tumbó en la cama. Como no solté su jersey, cayó encima de mí, apoyándose y esbozando una sonrisa.

La forma en que me miraba a los ojos era increíble, como si yo fuera lo único que le importaba.

Cubrió mi boca con la suya, besándome con delicadeza y sin prisa. Los lentos movimientos de su lengua me volvían loca. No podía parar de temblar mientras tanteaba su jersey, finalmente pude quitárselo torpemente por encima de la cabeza.

—Despacio, cariño.

—No, hoy estoy golosa. —Realmente lo estaba. Quería que estuviera completamente desnudo, así que, con su ayuda, me deshice de sus pantalones y sus bóxers.

—¿Contenta? —bromeó.

—No del todo.

Comencé a quitarme el jersey, dejando al descubierto mi vientre. Liam se acercó de inmediato, tirando de él hasta que finalmente me lo quitó por completo y, a continuación, pasó a encargarse de mis *leggings*, cuando lo consiguió los arrojó a una esquina de la habitación.

Llevaba puesta una sencilla lencería de encaje blanco porque esa mañana no había prestado atención a lo que me había puesto, sin embargo, noté que la mirada de Liam se encendió aún más. Separó bien mis muslos, acercándose más y bajando una mano a lo largo de mi ombligo; acto seguido, descendió un poco más... Sus dedos rozaron mis bragas y los músculos de mi vientre se contrajeron en respuesta, me acarició por encima de la tela hasta que la humedecí por completo. Contoneé las caderas, empujándome con fuerza contra sus dedos, jadeando. Necesitaba más.

A continuación, retiró la mano y yo gruñí en señal de protesta. Cogí su mano y tiré de él para que cayera sobre mí. Pude percibir que estaba sonriendo, y entonces, nos besamos lenta y apasionadamente como un rato antes.

La diferencia era que en ese momento lo deseaba diez veces más. Sentir su piel caliente contra la mía era increíble. El peso de su cuerpo y de sus exquisitos músculos presionaban contra mi pecho, estaba muy alerta de cada movimiento que hacía.

Cuando apretó su miembro contra mi abertura, gemí. Estaba tan dura... y yo tan excitada. Comenzó a mover las caderas en sensuales círculos. La descarga de placer recorrió todo mi cuerpo y me hizo estremecer por completo.

—Cierra los ojos, Tess.

Cerré los párpados con fuerza, y me dejé llevar, entregándome a él. Literalmente. Podía hacer lo que quisiera conmigo; confiaba plenamente en él. Me desabrochó el sujetador y me lo quitó. De repente, se apartó durante un breve instante, y fue suficiente para sentir frío... pero no por mucho tiempo, pues me dio un ardiente beso en el vientre al tiempo que enganchaba sus dedos en el elástico de mis bragas.

Cuando las deslizó por mis piernas y acercó sus labios, tuve la sensación de que todo mi cuerpo estaba a flor de piel. Me colmó de besos a lo largo de mis muslos antes de explorar también la zona de mis pechos con la boca. Se movía despacio, casi con reverencia.

Al notar que se desplazaba hacia mi clítoris, apreté las sábanas con expectación.

Sentí su aliento sobre mi punto sensible antes de que presionara su cálida boca contra él. Me reincorporé, gritando mientras su lengua me acariciaba sin cesar. Aun así, mantuve los ojos cerrados, ya que, de ese modo, todas las sensaciones se intensificaban. Era glorioso.

Fue alternando entre provocarme y directamente deleitarse conmigo hasta que todo mi cuerpo tembló. Entonces... se detuvo.

Abrí los ojos y lo miré fijamente.

Sonrió con picardía y besó el interior de mi muslo antes de ponerse de rodillas. Luego, se levantó de la cama y me acercó hasta el borde del colchón.

Mientras él buscaba un par de almohadas, no pude evitar darle algunos besos sobre su torso. Quería colmarlo de besos, pero Liam estaba demasiado impaciente. Colocó una almohada debajo de mi espalda y otra debajo de mi trasero, elevándome ligeramente.

Entonces, separó mis muslos y se colocó en el medio, recorriendo lentamente mi entrada con su polla, volviéndome loca cada vez que rozaba mi clítoris. En el momento en el que se colocó el condón y se deslizó dentro de mí, nos mantuvimos así durante unos segundos, inmóviles, simplemente disfrutando de aquella conexión. Tomó mi mano entre las suyas y entrelazamos los dedos mientras comenzaba a penetrarme con fuerza. Sabía que no duraría mucho, pues todo mi cuerpo estaba muy sensibilizado por los preliminares y muy cerca del clímax por lo que había provocado con su boca.

Pasé mis manos por sus abdominales, ansiando tocarle, pero me vi obligada a abandonar mi exploración cuando aumentó el ritmo de sus embestidas. Estaba desesperado por liberarse y yo iba a darle justo lo que necesitaba. Me impulsé sobre mis talones y sobre un codo, moviéndome contra él. Apenas empecé a sentir cómo se ensanchaba dentro de mí cuando mis músculos internos se contrajeron. Después de eso, perdí la noción de todo lo que ocurría, dominada por el placer. Apenas podía respirar, pero sentí cómo se corría con fuerza, empujando y embistiendo hasta dejarme exhausta.

Me entregué a sus brazos mientras volvía a colocarme en la cama. Liam quedó tumbado boca arriba, con un brazo bajo mi cabeza, y yo a horcajadas sobre él. Una vez allí tumbados, comenzó a dibujar pequeños círculos en mi espalda con la yema de sus dedos.

—Tal vez deberíamos discutir más a menudo —bromeé—. Ha sido... increíble.

Acto seguido, me dio la vuelta para que quedara debajo de él. Claramente no estaba tan agotado como yo pensaba.

—¿Estás insinuando que normalmente no te parece increíble?

—Siempre es increíble, Liam. Siempre. Creo que esta vez lo he sentido todo más intensamente por la sensación de miedo a perderte que me ha invadido todo el día. —Tragué saliva, aclarándome la garganta—. No quiero volver a sentirme así nunca más. Espero que no volvamos a discutir de esa manera. No me gusta.

Me besó suavemente las mejillas y luego me dio un beso en la frente.

—Coincido. No me gusta que nos peleemos. Lo que sí me gusta es esto. —Siguió llenándome de besos hasta dejarme embelesada.

—A mí también me gusta —susurré.

—Te quiero, Tess. Y no voy a dejarte ir. Jamás. Probablemente la vida no será un camino de rosas, pero mientras tú estés a mi lado, yo seré feliz.

Me quedé sin palabras. Su mirada se volvió juguetona antes de añadir:

—Y mientras sepa que puedo hacerte mía cada noche.

Sonreí.

—Apuesto a que esa es tu parte favorita.

—Y que lo digas.

Recorrí su espalda de un hombro al otro con los dedos, y entonces comencé a acariciar su cuello. No podía dejar de tocarlo, pero debía parar.

—¿A qué vienen esos pucheros tan adorables? —preguntó.

Fue un gesto espontáneo, ni siquiera me había dado cuenta.

—No quiero levantarme de la cama, pero tengo que enviar los pedidos a diseño y producción. Me sentiré culpable si no lo hago.

Inclinó la cabeza, como si estuviera considerando seriamente mis palabras.

—Tengo una solución.

—¿Cuál?

Con una pícara sonrisa, agarró mis muñecas por encima de mi cabeza y me inmovilizó.

—Pues no dejar que te vayas. Así tendrás una excusa para no sentirte culpable.

—Ya veo. Así que soy tu prisionera, ¿eh? —Levanté la cabeza y le robé un beso.

—Eres mi chica, y me dedicaré a cuidar de ti y a hacerte feliz. Tengo montones de ideas sobre cómo hacerlo.

Me reí, sintiendo cómo mi corazón estallaba de alegría. Intenté zafarme, pero no pude. Sonreí tímidamente antes de robarle otro beso.

—Adelante, Sr. Harrington. Estoy impaciente por ver sus ideas.

Capítulo Treinta y Dos

Liam

—Eres una mala influencia —murmuró Tess aquella tarde.

—Eso ya lo sabíamos.

Le estaba dando algunos besos en el cuello mientras ella intentaba enviar por *email* la hoja de pedido en la que había estado trabajando durante la última hora. Todavía estábamos en la cama.

—¡Ya está, todo listo! Solo me ha llevado bastante más de lo que debería por tu culpa. Pero si quieres, te dejo distraerme así todos los días.

—Me quedo más tranquilo, porque no pienso comportarme cuando estoy cerca de ti. Y menos si llevas eso puesto.

—Liam, estoy desnuda.

—Precisamente. —Aparté su portátil y la coloqué en mi regazo.

—Pero yo estoy en desventaja. ¿Por qué tú sí estás vestido?

—Pero si tú misma has insistido para que no te distrajera...

—Ah, es verdad. —Sonriendo, tiró de mi jersey—. Aunque en verdad no cubre mucho. Veo tus increíbles músculos a través de la tela.

Pasé una mano por su cabello, disfrutando de lo suave que resultaba entre mis dedos. Estaba absorto en mis pensamientos, deseando que habláramos del tema que nos ocupaba.

—Mmm... conozco esa cara de preocupación. Venga, vamos a dejar de ignorar el tema y hablemos —sugirió—. Pero espera, primero quiero taparme.

—¿Por qué?

—No lo sé, siento que debería ponerme algo. —Miró hacia atrás y luego se abrazó a sus rodillas—. Eres tremendo. ¿Qué has hecho con mi ropa?

Acomodé a Tess en el colchón antes de levantarme de la cama y buscar el vestido. Lo encontré en el suelo, a los pies de la cama. Ella extendió las manos para cogerlo, pero se las aparté. Apoyé una rodilla en el colchón y empecé a ponerle el jersey.

—Vaya, conqué ahora quieres ponerme la ropa. Es la primera vez que pasa esto.

Cinco segundos después, quedó claro que, en realidad, se me daba mejor quitarla, ya que mis brazos se enredaron en la tela. Al final, Tess tuvo que echarme una mano.

Estaba encantadora con el pelo revuelto y adherido a su rostro, tratando de apartarlo de sus ojos con suaves soplidos.

Tomé asiento a su lado en la cama y le acaricié las mejillas.

—Tess, te prometí que intentaría ser más abierto, así que quiero que aclaremos un par de cosas. No quiero que pidas dinero prestado a tu familia.

—Y yo no quiero que pongas en riesgo tu negocio.

Antes de que pudiera responder, me tapó la boca con un dedo, y se alejó un poco del colchón.

—Sé que te dije que no me gusta involucrar las finanzas familiares porque me hace sentir dependiente. Lo que quiero decir es que... no sé cómo ha ocurrido, pero mi perspectiva al respecto ha cambiado. Aunque sigue sin ser mi primera opción, no creo que sea algo malo confiar en quienes quiero para gestionar ciertas cosas, incluyendo las financieras. Siempre fui bastante reacia a eso, supongo que a raíz de que mi padre nos dejara, ya que fue una experiencia realmente devastadora. Pero si no puedes confiar en la familia, ¿en quién puedes confiar? ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí, claro. Estoy orgulloso de ti, cariño. Tu familia merece que confíes en ellos para todo.

—Lo sé, y se lo he dicho. ¿Sabes? Tú eres una de las principales razones detrás de mi cambio de mentalidad.

Sonreí.

—¿Puedes hacérselo saber a Ryker y Cole? Estaban hablando de darme “la charla”.

Tess se rió.

—Estoy en eso.

Bajé el tono de mi sonrisa, porque lo que iba a decir iba en serio.

—Aun así, no quiero que lo hagas, porque no congelaremos la inversión. No voy a darle a ese gilipollas lo que quiere, no se lo merece. Tengo un plan y quiero que confíes en mí.

—Vale, ¿cuál es el plan?

—Es algo que nunca había considerado antes de conocerte. Voy a hacer público que le pillamos intentando malversar fondos hace años.

Tess dejó escapar un suspiro.

—Pero siempre dijiste que eso no sería bien visto en el sector. Que podría dañar la reputación de Harrington & Co.

—Sí, es verdad, pero ya no me importa.

—¿Qué opinan Becca y David?

—Ambos están de acuerdo. Hablé con ellos esta mañana. Entre eso y su visita a tu tienda con amenazas, tenemos suficientes pruebas para deshacernos de él con muy poco dinero. Incluso tenemos testigos presenciales en tu tienda, así que no puede luchar contra esa acusación. Hay una cláusula en el contrato contra el comportamiento desleal. No es suficiente para encerrarlo, pero lo dejará en la ruina, y no creo que vaya a presentar batalla. Esa es la forma más discreta de poner fin a esto. Se verá obligado a aceptar menos dinero por su parte. Y una vez que lo haga... una vez que haya roto todos los lazos con Harrington & Co., lo entregaremos a la justicia.

—Vaya... Existe el karma, y luego estás tú —dijo.

—No me ando con tonterías cuando alguien quiere hacer daño a las personas que amo.

—Desde luego que no.

Volvió a sentarse en mi regazo y me rodeó los hombros con los brazos. Luego movió la cabeza de un lado a otro.

—Tienes el cuello tenso. —De inmediato, presioné su cuello con mis dedos. Ella suspiró y cerró los ojos—. También quería hacer esto anoche.

—Pues puedes compensarlo ahora. —Sonrió, tumbándose en el colchón y apartando su cabello para dejar al descubierto su cuello..

—¿Quién dijo que empezaría por tu cuello? —Moví las cejas de arriba abajo.

—Entiendo... ¿Qué tienes planeado atacar primero?

Antes de que pudiera responder, sonó el timbre. Tess frunció el ceño.

—He pedido comida —aclaré.

Sus ojos se abrieron de par en par y saltó de la cama para salir del dormitorio. Sonriendo, me tomé mi tiempo, sabiendo que para cuando yo saliera, ya estaría completamente sumergida en la cesta.

—¡Has pedido una cesta de quesos! —exclamó cuando entré en el salón. Aunque tenía la cabeza agachada, rebuscando en el contenido, pude percibir que sonreía.

—¡Y también mermelada de melocotón!

Soltó una risita y sacó el tarro. Me acerqué a ella y le rodeé la cintura con un brazo.

—Eres un auténtico tesoro. —Me miró con ternura—. ¿Tienes más sorpresas para mí?

—Solo unas pocas.

No tenía ni idea.

Cinco días después

—¡Brindemos porque ese cabrón ya no forma parte de la empresa! —exclamó David en cuanto entramos a la oficina. Era última hora de la tarde y los becarios ya se habían ido. Acabábamos de regresar de la reunión con el abogado de Albert.

De inmediato, David sacó una botella de champán de la nevera. Ni siquiera sabía que había comprado una, pero debería haberlo imaginado. Nunca se perdía una oportunidad para celebrar.

A continuación, nos quitamos los abrigos, que estaban empapados por la lluvia y la nieve. Nueva York quedaba hecha un desastre cuando llovía así.

—Todavía no está fuera del todo —le respondí.

David puso los ojos en blanco.

—Bueno, no, pero acabamos de darle una buena paliza. Todo el resto es una simple formalidad.

Eso era cierto. Por fin, aquel cabrón recibiría exactamente lo que se merecía: una suma tan pequeña que prácticamente no nos afectaría. Sin embargo, aceptó el trato con la condición de no ir a la cárcel. Planeaba hacerle creer eso hasta que oficialmente no formara parte de Harrington & Co., y luego entregaría toda la documentación sobre su intento de malversación a un juez. En esa época, éramos una empresa joven, y un escándalo habría ocasionado un daño irreversible. Afortunadamente, nuestra situación había cambiado; ya estábamos establecidos y gozábamos de mucho respeto, y un viejo incidente no nos perjudicaría tanto.

Albert no volvería a joder a nadie. Nunca más.

—Solo tenemos tazas de café, pero servirán —dijo David, sirviendo champán para todos, incluida Tess. Necesitábamos que Tess estuviera allí, porque queríamos que quedara constancia del incidente de la borrachera en su tienda.

David chocó su copa con la de Tess.

—Brindo por Tess, que ha conseguido que nuestro amigo no solo sea más humano, sino un humano feliz en lugar del robot gruñón que Becca y yo conocemos desde hace... mucho tiempo. No quiero decir cuánto. Me hace sentir viejo.

La última parte de su discurso iba dirigida a Becca.

—Vale, hoy me apiadaré de ti —respondió ella, chocando su copa con la nuestra—. Brindaré por habernos librado por fin de Albert y por la mejor inversión que hemos hecho nunca. Anoche hice números y Soho Lingerie tiene la mayor tasa de adquisición de nuevos clientes de todas las inversiones que hemos realizado hasta hoy.

—¡Qué pasada! Menos mal que la semana que viene abriremos oficialmente la segunda tienda. Estamos a reventar —dijo Tess.

—¿Hiciste números anoche? —preguntó David a Becca, cabizbajo—. Por favor, dime que no te estás convirtiendo en Liam.

Becca puso los ojos en blanco.

—Por favor, vete a echar un polvo. Cada día estás más intenso.

David se atragantó con su bebida. Becca, Tess y yo estallamos en carcajadas. Luego, Becca inspeccionó la botella de champán y deslizó su pulgar por la etiqueta.

—¿Sabéis qué? En mi despacho tengo un buen vino que he estado guardando para una ocasión especial. ¿Cuánto tiempo creéis que nos quedaremos aquí?

Miré a Tess, quien dijo:

—No tenemos planes para esta noche.

—Iré a buscarlo antes de que la copa me haga efecto y me impida caminar sin tambalearme.

—Te echaré una mano —dijo David.

Solté una risita. Becca lo miró con desconfianza, pero se encogió de hombros. Preveía un futuro en el que Becca ocuparía mi lugar como el destinatario favorito de las tonterías de David. No pararon de discutir mientras subían las escaleras en busca de la botella.

En cuanto los perdí de vista, rodeé la cintura de Tess con un brazo. Me senté en el borde del escritorio de uno de los becarios y la atraje hacia mí.

—Estás callada —dije.

—Simplemente estoy procesándolo todo —respondió Tess—. Que ya no haya ninguna amenaza pendiendo sobre nuestras cabezas. Que te tenga a mi lado y que estemos superándolo juntos.

—Y esto es solo el principio.

—Me encanta que digas eso. Suena como una promesa.

—Es que lo es. —Besé su frente, agarrando sus caderas con más fuerza—. Y voy a cumplirla todos los días.

—¿Empezando desde hoy? —bromeó.

—Empezaría ahora mismo, pero Becca y David están por aquí.

—Ya veo... Así que quieres empezar con un plan travieso.

—Todos los planes empiezan así. Nos ha traído buena suerte hasta ahora.

Se rió, pero asintió dándome la razón.

—Es verdad.

Me planteé darle una pequeña muestra del travieso plan que tenía en mente, pero oí que David y Becca estaban bajando las escaleras. Becca sostenía la botella como si fuera su hijo.

—Es mi orgullo —comentó—. Me lo dio una persona muy especial hace mucho tiempo. Pero antes, tomemos otra ronda de champán.

—¿Lo abrimos o esperamos a que llegue Skye? —preguntó David.

—Me ha enviado un mensaje diciendo que llegará en unos minutos —dijo Tess—. No sé por qué se ha retrasado.

Hizo pucheros y se giró para mirar a David y Becca.

Me incliné para besarle el cuello, intentando ocultar mi sonrisa. Sabía cómo poner cara de póquer para el mundo de los negocios, pero aquello era definitivamente territorio inexplorado. Skye estaba de camino de la tienda situada en la Quinta Avenida, donde había encontrado el anillo que quería comprarle a Tess. Planeaba sorprender pronto a mi chica. Me moría de ganas de ver su reacción.

Epílogo

Tess

Una semana después

¡El día de la inauguración oficial por fin había llegado! Elegimos un sábado porque queríamos que fuera un evento especial y, además, la mayoría de la gente solía hacer compras durante los fines de semana. Invitamos a todas nuestras clientas y les ofrecimos tarjetas regalo. Iba a ser una gran fiesta. Empezaba al mediodía. Reservamos la mañana para mostrarle la tienda a la familia. Durante la fiesta de preapertura, faltaban la mitad de los muebles, y queríamos enseñarles la versión terminada.

—¡Habéis hecho un trabajo increíble con este espacio! —exclamó Isabelle.

—Gracias —respondí. Nos encontrábamos en la trastienda, acompañadas por Josie, Laney y Heather. Mientras tanto, mis hermanos, mamá, Mick y Ellen se encontraban en la parte delantera con Skye. Hacíamos las visitas en grupo; de lo contrario, apenas tendríamos espacio para movernos.

—Me alegro mucho por vosotras —dijo Josie mientras acariciaba su barriga. Aún no se le notaba mucho el embarazo. Heather estaba sentada a su lado y hacía que su propia barriga pareciera enorme en comparación. Estaban muy guapas, pero Heather se sentía un poco triste porque ninguna de nuestras lencerías supersexys le quedaba bien. Desde el embarazo de Skye, había soñado con la idea de desarrollar una línea para mujeres embarazadas que se adaptara a los cambios corporales. En ese momento, estaba más convencida que nunca de que el proyecto tenía que hacerse realidad.

—Estoy muy orgullosa de vosotras. Sois unas empresarias increíbles —dijo Isabelle.

—Tú tampoco te quedas atrás —respondí.

—El evento con los clientes fue todo un éxito y me ha dado todo tipo de ideas nuevas.

Me alegraba ver a Isabelle tan feliz. Como de costumbre, su pelo parecía reflejar su estado de ánimo. Era rojo brillante y caía en una cascada sedosa sobre sus hombros.

—Bueno, si necesitas ayuda en cualquier cosa, no dudes en decírnoslo —ofrecí con una sonrisa. Tenía la sensación de que disponía de muchísimo tiempo libre, aunque en realidad no era así. Había resuelto los asuntos más urgentes relacionados con la boda de Cole junto a la organizadora de bodas, pero aún quedaba mucho por hacer.

Josie y Heather asintieron en señal de apoyo.

Josie era como un tiburón en todo lo relacionado con asuntos legales, y las habilidades de Heather como reportera resultaban valiosas para redactar comunicados de prensa y textos en plataformas digitales. Entre todos los miembros de la familia y amigos cercanos, teníamos experiencia en diversas áreas.

—Vayamos a la parte delantera —sugerí. Todos estuvieron de acuerdo, así que regresamos con el grupo. Rob se había encargado del *catering* de la fiesta, así que, contábamos con un delicioso surtido: desde minibocadillos hasta panecillos. Dado que íbamos a servir champán, consideramos que sería apropiado tener algo de comida para acompañarlo y ayudar a absorber el alcohol.

La familia se congregaba alrededor del pequeño *buffet*, conversando entre ellos. Incluso Ian y Dylan habían asistido a la inauguración, lo cual agradecí mucho.

En el escaparate, habíamos colocado un imponente árbol de Navidad. Era un día nevado de mediados de diciembre, lo que añadía un toque mágico a la escena. Me gustó mucho cómo había

quedado la decoración dentro de la tienda. Habíamos optado por iluminar el escaparate y colocar el árbol de Navidad. La sencillez evitaría que los invitados tropezaran con los cables, pero después de la fiesta, tenía la intención de dar rienda suelta a mi espíritu navideño y decorar el local de manera más elaborada.

Divisé a Liam charlando con Rob y Hunter, lo que llenó mi corazón de alegría. Giró la cabeza como si hubiera sentido mi mirada. Extendió la mano hacia mí desde la distancia, y me acerqué a él de inmediato. ¿Quién podría resistirse a esos ojos azules como el cielo? Desde luego, yo no.

—Hola, guapa —dijo, besándome la mano y atrayéndome lo suficiente hacia él como para hacerme pensar que también me besaría en los labios. Sin embargo, no lo hizo.

—¿Estás lista para el brindis? —preguntó.

—Sí. Ya hemos hecho el recorrido con todos.

Me guió hacia la segunda mesita destinada a las bebidas. Ya habían servido champán en todas las copas.

—Atención, todos. Nos gustaría hacer un brindis —dije.

Los presentes se arremolinaron por la sala y cogieron una copa. Skye se puso a mi lado.

—Gracias a todos por haber venido hoy —dijo—. No podríamos haberlo conseguido sin vosotros. Gracias por vuestro constante apoyo, por estar siempre a nuestro lado.

—Todo este viaje ha sido una locura, así que gracias por aguantarnos —añadí con una sonrisa. Me sentía increíblemente feliz de estar rodeada de todos mis seres queridos. A continuación, me volví hacia Liam—. También quiero agradecer a este hombre maravilloso a quien tengo la suerte de llamar mi novio. Es el mejor socio que podríamos imaginar. El mejor hombre que podría desear. Gracias por formar parte de mi vida.

Miré a mi madre, un poco sorprendida al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Mamá, ¿por qué estás llorando? —pregunté.

—Estoy muy orgullosa de vosotras. De todos vosotros. No hay mayor deseo para un padre que ver a sus hijos prosperar y ser felices.

Maldita sea, las lágrimas comenzaron a aflorar en mis ojos también.

Liam dio unos golpecitos a su copa con los dedos.

—A mí también me gustaría decir unas palabras.

Asentí, aliviada de que alguien más tomara el relevo, ya que temía que mi voz sonara un poco temblorosa. Puso una mano en mi cintura y me acercó a él.

—Cuando conocí a Tess, lo primero que pensé fue “¡Vaya lío en el que me he metido!”. Apenas podía concentrarme en otra cosa que no fuera ella. Luego, a medida que la fui conociendo mejor, me di cuenta de que estaba metido en un lío muy *gordo*.

Todos se rieron. Sentí que se me calentaban las mejillas. Me encantaba cómo me abrazaba mientras hablaba.

—Cariño, admiro tu pasión y dedicación en todo lo que haces, tu determinación para luchar por lo que quieres. —Hizo una pausa y respiró hondo, girando un poco la cabeza para mirarme—. Y me siento increíblemente afortunado de tenerte a mi lado.

Me soltó la cintura y enseguida sentí el frío y la necesidad de volver a sentir su contacto, pero parecía que mi chico tenía otros planes en mente. Incliné la cabeza hacia él, y un mechón de pelo se deslizó de mi trenza. Él lo apartó detrás de mi oreja antes de retroceder un paso.

Alguien del grupo empezó a murmurar, pero dejé de prestar atención en cuanto me di cuenta de que Liam se estaba arrodillando. Mi corazón comenzó a latir tan rápido que apenas podía respirar. Cuando sacó un anillo de su bolsillo trasero, instintivamente llevé una mano a mi

estómago. No había una caja, solo el anillo más precioso que jamás había visto. La banda estaba hecha de una mezcla de platino y oro, y en el centro brillaban tres piedras: un rubí, un zafiro y una esmeralda.

—Tess Winchester, después de hoy, ya no quiero ser simplemente tu novio. Quiero ser tu prometido.

Su mano temblaba ligeramente, así que di un paso adelante y tomé su mano extendida entre las mías.

—Quiero que seas mi compañera de vida, la madre de mis hijos, mi esposa. Eres una persona increíble.

Su voz era firme, su mirada decidida, y yo solo podía asentir. Me temblaban las manos, y en ese momento, fue él quien las mantuvo firmes mientras deslizaba el anillo en mi dedo. Me lancé a sus brazos antes incluso de que terminara de ponerse de pie, pero mi robusto hombre ni siquiera se tambaleó. Mis oídos volvieron a funcionar, y pude escuchar a todos aplaudiendo y vitoreando. Lo abracé con fuerza, hundiéndome mi cara en su cuello y disfrutando de su aroma durante unos instantes. No podía creer que aquello fuera real, que me quisiera tanto.

Me bajó al suelo con cuidado. Le di un apasionado beso, tratando —sin conseguirlo— que no fuera demasiado ardiente.

Cuando nos separamos, Liam tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Te quiero —susurré.

—Eres mi vida, Tess.

Me besó las manos y de repente sentí un fuerte abrazo de oso por detrás. Ni siquiera tuve que girarme para saber que era Cole. Todos nos abrazaron y nos felicitaron, y busqué a mi madre en medio de la multitud, porque pensé que ella también necesitaría un abrazo en ese instante. Sin embargo, no pude verla hasta que todos —excepto ella, Mick y Ellen— nos habían felicitado. Estaban esperando un poco apartados. Mick me abrazó sin decir una palabra y luego estrechó la mano de Liam. Mi madre tenía los ojos aún más llenos de lágrimas que antes.

—Liam, cuida bien de mi niña —dijo mamá.

—Todos los días de mi vida. Te lo prometo.

—Tienes un buen hombre, Tess. Quíerele siempre tanto como lo haces ahora —añadió mi madre.

—Lo haré —prometí, asintiendo llena de emoción.

Ellen me sonrió.

—Puedo pecar de parcial, por supuesto, pero estoy de acuerdo con tu madre. Eres perfecta para él.

—Gracias, Ellen.

—Y no nos hagas esperar mucho por esos nietos —dijo mirando a Liam.

—Abuela, no empieces.

—Si no puedo empezar el día que te comprometes, ¿entonces cuándo? De hecho, ¿sabes qué? No hace falta que me respondas. Tengo ochenta años. Estoy en la edad en la que oficialmente me da igual si me dan permiso o no.

Liam y yo estallamos en risas, pero yo estaba segura de que Ellen no estaba bromeando. Había estado haciendo campaña para que le cumplieran el deseo de tener nietos incluso más abiertamente que antes.

Pero no me importaba, porque yo estaba completamente de acuerdo con ese plan.

Dirigí la mirada a Liam, intentando descifrar su expresión. Me miraba con una sonrisa de complicidad.

—Sé lo que estás pensando —susurró en mi oído mientras volvíamos a la mesa del *buffet*.

—¿Ah, sí?

Me guiñó un ojo.

—Vamos a poner ese plan en marcha muy pronto.

Mis orejas y mejillas se calentaron de inmediato. Isabelle, Ian y Dylan estaban en el *buffet*, inmersos en una fraternal discusión que me resultaba muy familiar.

—¿Por qué estáis discutiendo? —pregunté, intrigada.

Isabelle levantó la mano, señalando a Ian, a Dylan y luego a sí misma.

—Bueno, con todos los Winchester oficialmente fuera del mercado, me preguntaba cuál de nosotros será el próximo en salir del club de solteros.

—Y, déjame adivinar, ¿estos dos han insistido firmemente en que les gusta pertenecer a ese club?

—Oye, que estamos aquí —dijo Dylan, riendo—. Podemos oírte.

—Si me preguntan, apostaré... —comenzó a decir Cole, pero Ian le interrumpió.

—Nadie está preguntando —dijo Ian en voz alta, y yo me partí de risa.

—Yo sí —dijo Dylan.

Ian le miró fijamente.

—Tío, no entres en este juego. Es como un gafe.

Cole levantó una ceja, alternando su mirada entre los hermanos.

—No quiero empezar una guerra entre vosotros, así que me reservaré mi opinión.

—Creo que seré yo —declaró Isabelle en voz alta, echando su increíble melena pelirroja hacia un lado y guiñando un ojo a sus hermanos.

Todos nos echamos a reír, pero entonces Skye gruñó.

—Vaya, se supone que tenemos que abrir ahora. Ya son las once.

Miré por la ventana. Estaba nevando copiosamente y el SoHo tenía un aspecto aún más mágico que de costumbre. El día estaba oscuro y nublado, lo que hacía que las farolas y las luces de Navidad que colgaban por la calle brillaran con mayor intensidad.

Me dirigí a la puerta, aún riéndome de la afirmación de Isabelle de que sería la próxima mientras cambiaba el letrero de “Cerrado” a “Abierto”. Estaba totalmente convencida de que así sería, aunque ¿cómo saberlo? Tal vez su hermano sería el siguiente. O quizás alguien finalmente conquistaría el corazón de Dylan.

No siempre era fácil encontrar el amor en Nueva York, pero con un poco de suerte, todo era posible.

Este es el final de la historia. La serie continúa con la historia de Isabelle. [Suscríbete a mi boletín para recibir un libro mío gratis y para recibir noticias sobre nuevos libros y ventas.](#)

Lista de Libros:

[La Familia Bennett](#)

[La Familia Connor](#)

Contacto de la Autora

Únete al [Grupo de Lectores](#) de Layla